LOLA TORO

DE BRUJAS Y ÁNGELES

PARTE 2

Bruja de fuego



Primera edición: febrero 2024

Corrección, maquetación y diseño de cubierta bajo las directrices de autopublicación por:
Ediciones Hic Sic | www.hicsic.com @edicioneshicsic

Imagen de la cubierta: Gerardo Martín
Dibujos de brujas: María Sánchez

Para todos los que siguen creyendo en la magia.

LA PROFECIA

«Y de un acto de amor, nacerá la bruja de fuego
que salvará a todas sus hermanas
de los terrores que asolarán la tierra
cuando se abra el portal que nunca
debió ser abierto».



INTRODUCCIÓN

Yo soy Asier, capitán de los ángeles y soldado de Dios.

Soy cruel, despiadado, rencoroso y estoy lleno de prejuicios y odio hacia las brujas, contra las que vuelco toda mi frustración por estar aquí, separado de mi hijo y mi mujer por toda la eternidad.

Hace cuatrocientos años que tomamos parte de la guerra en la tierra contra las brujas que intentaban dominar a todos los seres mágicos que en ella habitaban.

Como castigo por nuestra rebelión a espaldas de Dios, este nos castigó desterrándonos a todos a la tierra para mantener a salvo a los humanos por toda la eternidad.

Y aquí seguimos.

Intentar mantener una Chicago limpia de escoria es tan difícil como intentar que nos llevemos bien con las brujas… Misión imposible, pero aquí seguimos. Luchando a diario para intentar que haya paz entre todos los seres de la tierra, tengan magia o no.

Mi odio hacia las brujas es por todos conocido…, hasta que conocí a Bibian, la bruja de tierra más poderosa de todas, y nos vimos obligados a trabajar juntos para protegerla.

Ella me demostró que no todas las bujas están llenas de ambición, por muy poderosas que sean.

Sin poder remediarlo, nos enlazamos como pareja.

Su hermana, muerta por un problema cardíaco, se nos presentó para ofrecerle a su hermana su poder, convirtiéndose así en la primera bruja de fuego desde hace más de quinientos años.

Nos avisó de que un poder maligno se acercaba e iba a necesitar la magia de las brujas de fuego para poder vencerlos.

Los demonios atacaban la tierra.

PRIMERA PARTE
BRUJA DE FUEGO



ASIER

No sabía por qué Bibian no había despertado todavía.

La llevé al salón después de haber llamado a gritos a Kate, que llegó corriendo, sobresaltada por mi llamada desesperada. Martin llegó con ella y ambos miraban a Bibian, que no había recobrado el sentido desde que Mónica, su hermana, le cedió sus poderes o lo que coño sea que había hecho con ella.

—¿Por qué no despierta todavía?

Los miré a los dos sin disimular mi preocupación. No tenía ni idea de lo que se suponía que iba a pasar con Bibian ahora. ¿Y si le pasaba algo por tener un poder que no le pertenecía? ¿De verdad le había cedido el poder su hermana?

Fulminé a Martin con la mirada. Ese maldito duende conseguía sacarme de mis casillas con bastante facilidad.

Levantó las manos en señal de rendición.

—Su cuerpo tiene que asimilar ese poder. No despertará hasta que lo sienta como suyo.

Miré a Kate con temor, asustado por sus palabras.

—¿Y si no lo hace?

Ese era mi principal temor. ¿Podía una bruja asimilar un poder que no era el suyo? Si era así, ¿qué cambios podía tener en su cuerpo? ¿Qué iba a pasar con mi pareja ahora?

—Asier, esto es algo que escapa completamente de nuestros conocimientos. —Kate se levantó del sillón donde estaba sentada, junto a Bibian, y me miró intentando calmarme, algo bastante difícil

cuando era mi pareja, recién forjada, la que estaba sin sentido y sin saber lo que podía pasarle ahora—. Solo nos toca esperar. Es una mujer fuerte.

—Ha sufrido mucho las últimas semanas.

Era absurdo recordárselo a su mejor amiga. Ella había vivido en primera persona todo lo que les había sucedido desde que Bibian había fabricado la droga que cambió sus vidas para siempre.

Miré a Martin, que estaba revoloteando sobre la cara de Bibian y me estaba poniendo de los nervios.

—¿Quieres dejar de hacer eso? Me pones nervioso.

—Creo que no te has dado cuenta todavía. —Me soltó el enano del duende revoloteando ahora junto a mi cara—. Ella es la bruja de la que habla la profecía. ¡Qué fuerte!

¡Profecía! ¿Qué demonios era eso? ¿Había una profecía sobre mi mujer?

—¿De qué estás hablando, Martin? Y, por favor, deja de volar por aquí. Me mareas, ¡joder!

Martin se posó junto a la cabeza de Bibian y le acarició el cabello pelirrojo que rodeaba su cara, más pálida de lo normal. Había una luz brillante pulsando bajo su piel de vez en cuando, como si encendieran una bombilla desde su interior. Me daba escalofríos mirarla.

—Hay una profecía muy antigua sobre el nacimiento de la bruja de fuego. ¿No lo conocías? Te recuerdo que las brujas de fuego no pueden nacer con este poder, debe ser cedido. Es la acumulación de varios poderes de brujas. Cuantos más poderes sume, más poderosa será…

—Vale, vale, ya sé cómo se forma una bruja de fuego…, pero no recuerdo nada sobre ninguna profecía.

Prefería cortarle la explicación, ya que Martin tendía a divagar y saltar de un tema a otro con pasmosa facilidad. Suponía que por el montón de años que había estado prisionero en la torre Oscura sin poder ver ni hablar con nadie.

Me la recitó sin tener que leerla en ningún sitio y reconocí que me fascinaba esa memoria que parecía ser infinita sobre cualquier tema. Para mi consternación, era un pozo de sabiduría popular.

—Asier —Miré a Kate, que seguía observando a Bibian con atención, como si esperase que despertara de un momento a otro—, esto es mucho más importante de lo que parece. Creo que tenemos que estar preparados. Cuando Bibian despierte no sabemos cómo se va a encontrar ni qué tipo de poder tendrá, y, sobre todo, si será capaz de manejarlo.

«¡Madre mía! Es lo que le faltaba a Bibian. Tener que lidiar con nuevos problemas».

—Debe haber alguien que sepa cómo lidiar con su nuevo poder,

¿no?

Haría lo que fuera por intentar ayudar a mi pareja.

—De hecho, hay alguien… —Su mirada temerosa me puso sobre aviso.

—¿Quién?

Intenté pensar en quién podía saber qué hacer entre mi montón de conocidos. Mi puesto de capitán me hacía conocer a un sinfín de personas importantes y de lo más variopintas de la ciudad. Pero lo que le sucedía a Bibian era demasiado importante para que alguien sin magia pudiera saber lo que debíamos hacer para ayudarla.

«¡Joder, Bib! ¡Despierta, por favor! ¡Vuelve conmigo!»

—Hay una hechicera en la Torre Oscura…

Cerré los ojos con pesar, eso era justo lo que me temía. No quería seguir tratando con brujas ni hechiceros de la Torre después de lo que le había pasado la última vez que pusieron sus manos sobre mi mujer.

—¡No! ¡Ni hablar!

No los quería cerca de ella. Punto.

—Asier…

No quería oírla.

—No, Kate. No quiero que esa panda de brujos retrógrados con varita se acerque a mi mujer. ¿Se te ha olvidado lo que le hicieron la última vez?

—Creo que esto se nos escapará de las manos. Si se ha convertido en la bruja de fuego que dice la profecía…, va a ser muy poderosa. Creo que vamos a necesitar toda la ayuda que podamos conseguir.

No lo tenía claro. No quería que los hechiceros se acercaran a ella.

«¿Qué has hecho, Mónica?» Si no fuera porque estaba mal maldecir a los muertos, maldeciría a mi cuñada mil veces por hacerle eso a su hermana.

—Esperaremos a que despierte y luego ya veremos qué hacer al respecto —decidí, sin querer reconocer que era más que posible que necesitara la ayuda de las brujas.

Al fin y al cabo, ella era la bruja de tierra más poderosa de todas. Y ahora no sabíamos lo que nos íbamos a encontrar.

—Mirad…

Todos nos centramos en Bibian, que resplandecía de manera dorada como si el sol brillase desde su interior. Era algo realmente impresionante. Pero me preocupaba que estuviera sufriendo dolor.

—¿Le dolerá?

Miré a Martin, pidiéndole con la mirada que, por favor, se callase, aunque reconocía que era el único que decía en voz alta aquello que los demás no nos atrevíamos a decir.

—No parece que le duela. —O eso esperaba.

Su rostro parecía relajado y tranquilo, aunque, como seguía

inconsciente, no podíamos tener ninguna seguridad de nada.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Está bien? —preguntó Mika.

Ella y Miguel acababan de llegar y miraron a Bibian preocupados. Mika me miró con preocupación. Sabía lo protector que era con ella, así que debía sentir por nuestro vínculo lo preocupado que estaba en ese momento.

Les conté a ambos lo que había pasado con Mónica y lo que habíamos estado hablando desde entonces.

Miguel le acarició el pelo y yo rechiné los dientes y me obligué a relajarme. No soportaba que ningún otro hombre se acercase a ella y mucho menos que la tocase. Me obligué a respirar y a recordarme que era mi hermano y que también se preocupaba por ella.

Estaba claro que aún no controlaba demasiado lo que nuestro vínculo me hacía sentir.

—Asier —Mika me acarició el brazo intentando darme consuelo—, creo que Kate tiene razón. Esto nos sobrepasa a todos. Si hay alguien que puede ayudarnos y arrojar algo de luz sobre lo que nos vamos a encontrar cuando despierte, debemos hablar con ella.

—No quiero que los hechiceros se enteren de lo que le pasa. No los quiero cerca de ella.

Sabía que era inútil querer protegerla, sobre todo, porque en algún momento todos se enterarían de lo que era. Especialmente, si era la bruja de la profecía. No íbamos a poder ocultar lo que había pasado si, además, tenía una función concreta que realizar. Algo de lo que tampoco tenía ni idea. Iba a tener que desempolvar los libros de brujas que había en la biblioteca.

—Con lo que está por venir, creo que tarde o temprano todos se enterarán de lo que es. —Mika no cesó en su empeño de aceptar que necesitábamos ayuda.

—No quiero que le hagan daño. —A eso se reducía todo.

Era absurdo intentar callarme cuál era mi mayor preocupación. Eran mis hermanos y vivíamos juntos desde hacía cuatrocientos años. Eso había conseguido que todos nos conociéramos casi mejor que a nosotros mismos, y estábamos enlazados de tal manera, que todos sentíamos los sentimientos de los demás como si fueran los propios.

—No permitiremos que nadie le haga daño. Pero debemos estar preparados —me soltó Kate.

—Bien. —Tuve que dar mi brazo a torcer—. Avisa a esa hechicera para que venga a hablar con nosotros.



MARIAN

Que una simple bruja de viento como yo llegara a ser hechicera de La Torre oscura no era cuestión de suerte. Había dedicado toda mi vida al estudio de las artes arcanas para poder formar parte del exclusivo número de brujas que pertenecíamos a la Torre Oscura y ostentábamos mayor poder que los demás.

Era la bruja más joven y, por lo tanto, la que veía la gran diferencia que había entre sus creencias y la de algunos otros brujos que, como yo, seríamos los grandes hechiceros de los que la historia llegaría a hablar algún día.

Según la profecía, el portal que mantenía a los demonios encerrados se había abierto, y ese desastre significaba que tenía que haber nacido una bruja de fuego por un acto de amor incondicional. Y para frustración de todos los hechiceros de la Torre, ninguno sabía dónde podía estar esa bruja ni quién podía ser.

La Profecía indicaba lo que pasaría, pero, por supuesto, no decía nada sobre quién podía ser la bruja ni cómo volver a cerrar el portal.

La tarde anterior pudimos sentir que una magia jamás sentida se desataba en la ciudad. Y supimos que la profecía sobre la Bruja de Fuego, por fin se había cumplido.

En principio no nos habíamos enterado de que hubiese ningún tipo de ataque perpetrado por demonios, pero eso tampoco indicaba nada. Aunque se suponía que esos dos fenómenos iban de la mano, no tenían que darse a la vez.

Era de agradecer que se hubiese dado primero el del nacimiento de la Bruja de Fuego, ya que los demonios venían a matarnos a nosotras, las brujas, principalmente.

Seguramente los ángeles serían los primeros en enterarse si sucedía algo extraño en la ciudad de Chicago. No iba a pasar desapercibido para nadie si empezaban a aparecer brujas muertas por la ciudad.

Ángeles.

Esa mera palabra me provocaba escalofríos.

Y que ellos fueran los que tenían que intentar detener a los demonios de la profecía y mantenernos a las brujas a salvo era, cuanto menos, surrealista.

Los seres que más odiaban a las brujas tenían que ser los que al final se dedicaran a salvarlas.

Una ironía en toda regla.

Me había enterado hacía poco de que la bruja de tierra, Bibian Shade, había formado un vínculo de pareja con el capitán de los ángeles. La noticia corrió como la pólvora desde que ellos dos lo confirmaran cuando estuvieron en la Torre por la investigación del duende desaparecido.

Había que reconocer que el ángel en cuestión era un espécimen de hombre impresionante, pero aun así…

Yo ni siquiera me había enterado de que habían tenido encerrado en los calabozos a un duende desde hacía setecientos años.

Una locura.

Y lo peor de todo era que ninguno de sus compañeros sabía a ciencia cierta cuál era el crimen cometido por el duende en cuestión para merecer semejante castigo.

Esas eran las cosas con las que yo no podría estar nunca de acuerdo.

Me quedé mirando el teléfono que comenzó a vibrar en ese momento. Solía tenerlo sin voz cuando entraba a trabajar para que no molestase a nadie si alguien me llamaba.

Apenas había amanecido todavía, así que esa llamada tan temprano no pudo menos que avisarme de que algo importante había pasado.

¡Kate!

Conocía a la ayudante de Bibian desde hacía algunos años. Era la encargada de los arreglos florales que solían comprar para los eventos de hechiceros que celebraban de vez en cuando en Chicago.

No tenía ni idea de para qué me podía llamar tan temprano. Apenas habíamos hablado de nada fuera del tema laboral. Por la cercanía de Kate con Bibian, me vino a la mente de nuevo la relación de la bruja de tierra más poderosa de Chicago con el capitán de los ángeles y que esa llamada pudiese estar relacionada con ese hecho, no se me borró de la cabeza.

¿Podía ser posible?

Sabía que la hermana de Bibian había muerto hacía apenas unos días por un problema cardíaco y suponía que tenían la floristería cerrada en señal de luto. Cogí el teléfono, todavía dándole vueltas a todas esas noticias.

—¿Kate?

—Buenos días, Marian.

Parecía preocupada.

—¿Ha pasado algo?

—Tienes que venir al Castillo Blanco lo antes posible.

¿Qué demonios?

¿Ir al Castillo de los ángeles?

Ninguna bruja lo había pisado nunca. Nadie estaba tan loco como para entrar en su casa, aunque se decía que estaba hechizado por brujas.

—¿El Castillo Blanco? —No me lo podía creer.

—La casa de los ángeles, sí. —Me aclaró Kate con rapidez, por si no sabía cuál era.

—No puedo ir allí, está prohibida la entrada a las brujas. —¿Acaso no se acordaba?

—Lo sé, pero créeme que en este momento todos te estaremos esperando. Es muy urgente, Marian.

No tenía ni idea de qué coño era lo que pasaba, pero estaba más que dispuesta a enterarme.

—Voy para allá, pero asegúrate que los ángeles saben que me has pedido ir allí. No quiero problemas con ellos.

Era muy importante ese pequeño detalle. No quería vérmelas con un puñado de ángeles furiosos por colarme en su casa sin autorización. Bastante revuelo se había formado con la detención de Bibian semanas atrás. Estaba segura de que al capitán no se le había olvidado que la torturaron en La Torre Oscura.

—No te preocupes, Marian, te estaremos esperando.

Y colgó.

Que el Castillo Blanco era impresionante, todo el mundo lo sabía. No había más que ver el imponente castillo medieval con sus altas almenas de piedra pulida que brillaba, blanca y pura, bajo la luz del sol, de ahí su nombre, alzadas sobre el cielo de Chicago desafiando el tiempo y a los elementos. Aunque casi nadie había entrado a su interior desde que los ángeles llegaron para quedarse. Una pena, porque era un elemento arquitectónico digno de poder visitar como atracción turística de la ciudad.

Mi corazón, que aún mantenía algo del romanticismo infantil, se emocionó al saber que iba a poder entrar por fin en el inmenso castillo.

Se decía que estaba encantado por brujas desde su construcción, y esperaba con ilusión poder comprobar eso también cuando entrara.

¿Cómo podías saber si una casa estaba encantada? ¿Se notaría a simple vista?

Miré la inmensa puerta cerrada que había ante mí. Levanté la mirada para comprobar que el sol se reflejaba en las inmaculadas piedras blancas, y para mi sorpresa, la puerta de entrada se abrió con suavidad sin que nadie la hubiese empujado y sin tener la necesidad de haber llamado. La miré, parpadeando con la boca abierta por la impresión.

¡Parecía que era verdad todo lo que decían sobre ella!

¡Qué pasada!

—¿Hola?

No me atrevía a entrar en el castillo, aunque pareciese que este me estuviese dando la bienvenida.

Me sobresalté cuando Kate apareció bajando las escaleras del fondo con el capitán tras ella, era fácil reconocerlo por sus trajes de marca, su porte imponente y fiero y sus inmensas alas blancas, aunque en ese momento vistiese vaqueros y suéter de cuello alto. Era guapo como el demonio. Y junto a ellos bajó también un ángel mujer que supuse que era Mika. La única mujer que pertenecía al escuadrón del capitán en Chicago.

—Pasa, Marian.

Kate tenía una sonrisa de bienvenida y me presentó a los ángeles que la acompañaban.

—Ellos son Asier y Mika.

Ambos me dieron un apretón de manos con formalidad.

Me moría por enterarme de lo que había pasado para que necesitaran de mi presencia allí.

—¿Qué ha pasado?

—Necesitamos que nos digas todo lo que sabes sobre la Bruja de Fuego —me soltó el capitán con bastante impaciencia.

Al parecer no estaba equivocada sobre mis elucubraciones sobre el tema.



ASIER

Tener a una hechicera en mi casa me hacía rechinar los dientes. Había demasiados rencores entre nosotros y el trato que le habían dado a Bibian y a Martin no hacía que mi opinión sobre ellos mejorara.

Decidí dejárselo claro a la bruja antes de que supiera cuál era el motivo exacto por el que la habíamos hecho venir.

Miré a la mujer morena vestida con traje azul oscuro y camisa blanca, formal, que a su vez me observaba con curiosidad, tanto a mí como al castillo por igual.

Sonreí a mi pesar al recordar que a Bibian le había encantado el Castillo Blanco desde el primer momento y el sentimiento parecía ser recíproco.

—Quiero que te quede clara una cosa…

—Asier…

Miré a Kate molesto, porque me cortó lo que pensaba decirle a la otra bruja.

—No, Kate. Quiero que las cosas estén muy claras.

Marian me miró entrecerrando los ojos como si así pudiese adivinar lo que queríamos de ella.

—Quiero que entienda que lo que vamos a confiarle debe quedar dentro de los secretos de esta casa. No podrá hablar de ello absolutamente con nadie. ¿Está claro?

—Claro, no hay ningún problema.

No lo seguía teniendo demasiado claro. Era una de las hechiceras de La Torre Oscura, una de las que habían estado torturando o dejando que torturaran a mi pareja hacía solo unas semanas y no los había olvidado ni perdonado todavía.

—Sígueme.

La bruja lo hizo junto con todos los demás. Entramos en mi habitación, donde habíamos llevado a Bibian la noche anterior para

intentar que estuviese más cómoda. Que una bruja entrase en mis aposentos privados me hacía rechinar los dientes de nuevo.

Anthony y Miguel estaban allí haciendo guardia por si despertaba, y ambos miraron a la hechicera con curiosidad.

A ninguno nos pasó inadvertida la mirada que le lanzó a Anthony, quizás intentando averiguar por qué era tan diferente a nosotros, incluidas sus alas negras que tenía firmemente cerradas tras él.

—¿Alguna novedad? —Les pregunté al entrar.

—No, ha empezado a brillar de nuevo, pero no ha despertado ni soltado ningún tipo de ruido que nos pueda indicar cómo se encuentra o si despertará pronto.

Pude ver cómo la hechicera abría los ojos con asombro al entrar en la habitación y ver a mi pareja brillar con intensidad, como si una luz del sol brotara de su interior. Era como si su cuerpo se encendiera desde el interior cuando su corazón palpitaba.

—¿Qué demonios…? —Nos miró algo apurada y me hizo sonreír divertido por la expresión—. ¿Qué le ha ocurrido? —Me miró a mí fijamente—. Es su pareja, ¿no?

Asentí sin decir nada más y volví a mirarla casi sin parpadear, como si así pudiese conseguir que abriera los ojos de una vez. Verla así de quieta me estaba destrozando.

La necesitaba conmigo.

«¡Por favor Bib, despierta de una vez!»

—El espíritu de su hermana Mónica, que era una bruja de agua… —expliqué. Ella asintió indicándome que sabía quién era—, se nos presentó ayer por la tarde, avisándonos de que los demonios venían y ofreciéndole su poder, o eso es lo que le dijo. Al tocarla durante unos minutos, Bibian se desmayó y no ha vuelto a despertar desde entonces. Su cuerpo palpita encendiéndose desde el interior y no sabemos cómo despertarla. Te hemos mandado llamar porque se supone que tú puedes tener conocimientos sobre la profecía que se supone que ha caído sobre mi mujer.

Se acercó más a la cama y se inclinó tanto sobre Bibian que intenté acercarme a protegerla, pero mi hermana Mika me retuvo por el brazo.

—Espera —me susurró para que solo yo pudiese oírla.

—Entonces es verdad…

Ante la mirada que le lanzamos los que estábamos en la habitación, la hechicera añadió:

—La profecía ha comenzado.

—No tenemos ninguna noticia de que haya habido ataques de ningún demonio en la ciudad ni de nadie parecido —le soltó Anthony con brusquedad.

Ella ignoró sus palabras sin apartar los ojos de Bibian.

—No importa, pero ella es el ejemplo viviente de que la profecía es real.

—¿Por qué un espíritu ha dicho que le daba su poder? ¿Eso es posible? —Anthony no parecía dispuesto a acercarse a ella.

La hechicera chasqueó la lengua sin hacer caso de sus palabras.

—Solo tienes que mirarla. Es evidente que está luchando por asimilar todo el poder que tiene ahora mismo en su cuerpo.

—¿Y si no lo consigue?

No quería preguntarlo, pero necesitaba enterarme de lo que podía pasar a partir de ahora y, al parecer, esa bruja era la que más conocimientos tenía sobre la maldita profecía.

—Esto es lo más maravilloso que pasa desde hace casi mil años —susurró a nadie en particular.

—¿Qué ocurrirá a partir de ahora?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. Es la única bruja de fuego que va a existir en la historia desde hace siglos. Todo es nuevo para todo el mundo, nadie sabe a ciencia cierta lo que va a pasar.

—¿Y qué hará con el poder cuando lo asimile?

Porque, si de algo estaba seguro, era de que ella sería la bruja de la que se hablaría a partir de ahora en la ciudad.

La nueva bruja de Fuego.

Mi mujer.

—Tendrá que hacer lo mismo que hemos hecho todos, aprender a utilizarlo.

—¿Está sufriendo? —Por favor que no sufra.

Verla encendida como un faro me creaba ciertas dudas sobre su bienestar, pero era cierto que su rostro parecía estar relajado, como si estuviera en un sueño plácido.

—¿Podemos hacer algo para que despierte?

Le estaría eternamente agradecido a esa hechicera si conseguía traerme a mi mujer de vuelta de una vez.

—No, no despertará hasta que su cuerpo esté preparado. Siento no poder ayudarle en eso —me dijo con seriedad—. Creo, capitán, que no ha caído usted en una cosa.

Levanté una ceja para que continuara

—Su mujer es la bruja más poderosa sobre la fan de la tierra y va a tener un papel primordial en lo que queda por venir.

—¿Y?

¿A dónde quería ir a parar?

—No va a poder mantener en secreto lo que le ha pasado por más que usted se empeñe en ello.

—Cuando llegue ese puente, lo cruzaremos, pero me niego a que nadie venga a mi casa a atosigarla ni a molestarla.

—¿No lo entiende aún?

Parecía comenzar a perder la paciencia conmigo.

—Ilumíneme.

—Vamos a necesitar trabajar todos juntos a partir de ahora, capitán. Los ángeles y los hechiceros, para salvar al mundo de lo que está por venir.

—Va a ser divertido —murmuró Anthony, a mi espalda.

—Sí, mira cómo me rio —le solté yo sin mirarlo.

—¿Sabemos dónde se ha abierto el portal que mantenía encerrados a los demonios? —le preguntó Miguel, sin separarse del lugar donde estaba montando guardia junto a la cama de mi mujer.

—No, la profecía no dice nada al respecto.

—Ya me parecía a mí que era demasiado fácil —murmuró Anthony.

—Está despertando —nos indicó Kate.

Guardamos silencio cuando vimos que Bibian, por fin, abría los ojos.



BIBIAN

Desperté sin tener idea de dónde estaba ni de cuánto tiempo había dormido.

Sentía un calor intenso y me pregunté si estaba enferma.

—¿Bibian? Cariño, ¿estás bien?

¿Estaba bien? No tenía ni idea.

Los ojos azules de Asier me recorrían la cara con preocupación, lo que me indicó que era cierto que algo me pasaba, pero no conseguía recordar el qué.

Comprobé que a mi alrededor estaban casi todos los habitantes de la casa y una bruja, a la que no conocía, me contemplaba sin ocultar su fascinación. Lo que me dejó más desconcertada todavía.

—¿Qué ha pasado?

Centré de nuevo mis ojos en Asier, que me miraba preocupado. Él miró de soslayo a la bruja a la que no conseguía recordar. Sabiendo lo que Asier y todos los ángeles pensaban de nosotras, ¿qué hacía en mi habitación? ¿Y en el castillo?

Tenía entendido que las brujas no habían pisado este castillo desde hacía cientos de años. ¿Qué estaba pasando?

—¿No lo recuerdas? —Volví a mirar a Asier. Tenía cara de cansado y me miraba con tanta preocupación que supe que algo pasaba, pero no era capaz de recordarlo.

—¿Quién es la hechicera? —pregunté a mi vez.

Era una hechicera porque podía ver su varita enganchada a la cinturilla de su falda. Sentía su magia latir en su interior.

—Ahora te lo explicamos —dijo Kate, que se asomó sobre el hombro de Asier para poder verme bien—. Asier ¿Has visto su ojo?

—Sí. —Que fuera tan parco en la contestación solo me preocupó más. Lo miré para que me diese una explicación de una vez.

Pero no me dijo nada más.

¿Qué les pasaba a mis ojos? ¿Qué estaba pasando?
—Asier, ¿vas a decirme lo que pasa?
Empezaba a agobiarme porque algo gordo debía haber ocurrido y yo no me…
—Joder.
Me quedé mirando mi mano cuando iba a levantarme. ¿Estaba brillando? Me miré las dos y me sorprendí tanto que por unos momentos me quedé sin palabras. Parecía un puñetero faro brillando en la oscuridad… Y entonces me acordé.
—Asier…
Me sujeté a él para comprobar que era real y que no era posible que hubiese visto a mi hermana en la entrada de la casa y que me habló de ¿demonios? Y dijo algo de darme su poder, que lo iba a necesitar…
—¡Joder, joder!
Repetí de nuevo sin poder dejar de mirar a Asier, que me acariciaba las manos sin soltarme. Suponía que debía estar sintiendo mis emociones a través del vínculo. Mi corazón comenzó a palpitarme y un dolor en el pecho, ya conocido, me hizo llevarme las manos allí, como si pudiese aliviármelo con ellas al tocarlo.
—Todo está bien, Bibian. Tranquila. Lo solucionaremos juntos, ¿vale? —Asier me apretó las manos intentando calmarme.
—¿Crees que hay solución a estar brillando como una puñetera antorcha? ¿Me estás diciendo eso? —Todos me miraron cuando alcé la voz e intentaba a la vez respirar hondo para calmar mis nervios.
—Asier. —El tono de voz de Anthony me obligó a mirarlo preocupada.
¿Qué coño estaba pasando?
«¿Por qué tengo tanto calor?» pensé, «¿Voy a salir ardiendo?»
Me miré las manos, aterrada por la situación.
—Bibian, mi nombre es Marian y he venido para ayudarte en lo que pueda. Pero necesitamos que permanezcas tranquila, ¿vale?
Intentaba respirar para calmarme y evitar que el fuego que sentía dentro de mí escapase a mi control.
—¿Es posible que mi hermana me haya transmitido sus poderes?
Miré primero a Asier, que asintió sin apartar sus ojos azules de mí y luego a la hechicera, que parecía que era la que sabía las respuestas a todas mis preguntas. O eso quería pensar.
—Eso parece. ¿Puedes decirnos qué es lo que sientes?
¿Podía decírselo?
—Calor. Hay… una especie de hoguera en mi interior. Necesito concentrarme para evitar que se extienda y me consuma. ¿Qué se supone que significa?
—Significa que eres la Bruja de Fuego de la que habla la Profecía. La conoces, ¿verdad?

Claro que la conocía, todas las brujas habíamos oído hablar de ella en más de una ocasión. Al fin y al cabo, esa profecía hablaba de una bruja que nacería para erradicar a los demonios del mundo. ¿Serán los mismos de los que habló mi hermana Mónica?

—Mi hermana los nombró —Miré a la bruja de nuevo—, a los demonios. ¿Han llegado ya?

Asier negó con la cabeza.

—Aun no, no te preocupes por eso ahora. Nos enteraremos cuando llegue el momento.

—Y si no me preocupo de eso, ¿de qué se supone que me tengo que preocupar? —No podía evitar mi tono histérico.

—Ahora mismo, lo más urgente es que aprendas a controlar ese poder nuevo que tienes. —Marian me apretó la mano para intentar tranquilizarme.

—Estoy de acuerdo —secundó Kate.

Lo recordé de repente.

—¿Qué se supone que me pasa en los ojos?

Asier me miró preguntándose como decírmelo y eso me preocupó todavía más.

—Tienes uno verde y otro violeta —soltó preocupado.

—¿Qué? —Debía ser una broma.

—¿Te duelen?

No apartaba sus ojos azules de mí y me anclé a ellos intentando que me mantuvieran cuerda para no dar lugar al pánico que comenzaba a invadirme.

Negué con la cabeza.

—¿En serio? Yo quiero verlo.

Martin revoloteó desde la puerta abierta, donde al parecer había estado enterándose de todo.

—¿No recuerdas lo que te dije? —le espetó Asier, molesto.

Pasó olímpicamente de él y de la bruja nueva, que lo miró con los ojos como platos, y revoloteó frente a mi cara, con lo molesto que me resultaba eso.

—¡Deja de hacer eso! Me mareas.

—¡Qué pasada, Bibian! Un ojo de cada color. —Le faltó aplaudir.

—¡Sí, mira que emocionada estoy! ¡Para de una vez! —Deseé que se posase de una vez en cualquier lado.

—¿Es un duende? —La voz de la bruja era una mezcla de miedo y de sorpresa.

—¡Oh, oh! —Soltó el susodicho ante las palabras de la hechicera.

—Sí, ¡oh, oh! —le soltó Asier con evidente muestra de enfado por su inconsciencia. Estaba segura de que le dijeron que se mantuviera oculto para que la hechicera no lo viera y la Torre no se enterara de que era cierto que se había escapado con nosotros. Ahora íbamos a

tener que confiar en su discreción. Si hablaba, tendríamos un grave problema.

—¿Era cierto que había un duende en los calabozos de La Torre? —La bruja no daba crédito.

—Claro que sí, ¿es que no me estás viendo? —Se volvió hacia ella molesto porque no se lo creyera. Estaba claro que a Martin no le gustaba que nadie lo ignorara.

—Es increíble. Todos hemos oído hablar de eso, pero ninguno creíamos que pudiera ser verdad.

—¿En todos estos años ni siquiera has tenido curiosidad de ver si era cierto?

Anthony clavó sus ojos oscuros en la bruja, que agachó la cabeza avergonzada.

—Bueno, los calabozos no son agradables de visitar, así que no, nunca bajé a comprobarlo.

—Puedo decirte lo poco agradable de visitar que son. Me tuvisteis allí casi setecientos años.

El rencor en la voz de Martin era más que evidente. Aunque impresionaba poco por esa voz aguda que tenía de niño pequeño, tan desagradable de oír cuando chillaba de esa manera.

—¿Cuánto tiempo? No es posible. —Marian negó, incrédula.

—¿Me vas a decir a mí lo que es posible y lo que no?

Nunca había visto a Martin enfadado. Enfadado de verdad, como parecía estar ahora, y algo muy sutil se notó en la habitación, como si de repente las sombras cobraran intensidad y oscurecieran la habitación varios tonos más.

—¡Ya basta! —le soltó Anthony—. Centrémonos en lo importante.

—Lo importante ahora es Bibian y la tarea que tiene por delante. —Asier me tendió la mano para ayudarme a levantar de la cama—. ¿Crees que podrás hacerlo? Estaré contigo en todo momento, ya lo sabes. Puedes contar con toda nuestra ayuda.

Sabía que podía contar con la ayuda de él y del resto de los ángeles. Pero ¿ayuda para qué, exactamente? ¿Ayuda moral?

—Puedes contar con mi ayuda cada vez que lo necesites, Bibian, volveré a la torre a investigar sobre lo que se supone que está por llegar. Os tendré informados de todo lo que descubra.

—Sabes que cuentas conmigo de manera incondicional, y que sepas que tus nuevos ojos molan un montón. —Martin se sentó a mi lado en la cama.

Iba vestido de negro y solo resaltaba su pelo pelirrojo de punta, como solía llevarlo siempre. Su simple presencia me calmaba.

—Siempre estaré a tu lado, Bib, ya lo sabes. Nadie va a dejarte sola —añadió Kate, sonriendo para transmitirme algo de calma.

Por unos segundos, pensé que teníamos una especie de alianza entre

todos los seres mágicos que quedaban en la tierra.



ASIER

Intentaba por todos los medios que el ambiente en la comida fuera lo más normal posible. Pero a ninguno se nos pasaba que Bibian apenas estaba comiendo y que se miraba las manos, que no dejaban de brillar de manera intermitente. Eso parecía ponerla muy nerviosa, según podía sentir por nuestro vínculo.

Una de las veces que se quedó con el tenedor a medio camino de su boca porque se volvió a quedar embobada con sus manos, le toqué el antebrazo para llamar su atención. Me miró sobresaltada.

—Come. Se supone que te será más fácil controlarlo si estás entretenida con otras cosas.

Me miró esperando encontrar en mis ojos la confianza que estaba claro que le faltaba en esos momentos. Suponía que tenía que ser aterrador disponer de un poder que parecía que te iba a sobrepasar en cualquier momento.

—Todo irá bien, Bibian. —Le apreté una mano con ternura.

—¿Me lo prometes?

¡Ay…!

¿Todavía no sabía que haría lo que fuera por ella?

Le sonreí, intentando tranquilizarla.

—Siempre juntos, ¿recuerdas?

—Creo que lo más importante ahora es comprobar el alcance de tu nuevo poder, Bib.

Miré a Anthony con preocupación porque, aunque era lo más sensato, no tenía claro poner a Bibian en esa situación.

—Puedes gruñir lo que quieras, pero tenemos que saber el poder que alberga. Ella tiene que saber lo que posee.

Estaba claro que a Anthony le daba igual mi mal humor. Yo sabía que mucha gente se encogía cuando me escuchaba gruñir. A él le daba igual, a la vista estaba.

—Hará lo que tenga que hacer cuando esté preparada, ni un segundo antes.

¿Había alguien capaz de rebatirme eso en aquel momento?

—No seas tan protector. —Martin, por supuesto, era el temerario, y siguió sin hacerme ni puñetero caso. Bibian sonrió ante la mirada iracunda que le dirigí—. No tenemos tiempo para que se piense nada. Si llegan los demonios, Bibian tiene que estar preparada.

—Posiblemente necesitará aprender a luchar —añadió Mika a la que la idea parecía gustarle especialmente.

—¿Luchar, yo?

Espera, espera, ¿desde cuándo era ella una guerrera? Pero sabía que era lo más sensato. No teníamos ni idea de lo que nos podíamos encontrar a partir de ahora.

Yo ya había luchado contra los demonios hacía tiempo y deseaba de corazón que mi cuñada se hubiese confundido en su premonición y no fuesen ellos los que provocaron que se cumpliera la profecía. Me daba pavor todo lo que estaba pasando, sobre todo, porque sentía el miedo de Bibian. Haría lo que fuera por mantenerla feliz y a salvo. Pero estaba claro que los acontecimientos se habían precipitado como un tsunami imposible de mantener controlado.

—Posiblemente sea lo mejor —reconocí a mi pesar.

—¿Luchar? —repitió ella sin poder creérselo.

Me miró con los ojos muy abiertos por el miedo y la sorpresa.

—Cariño, no puedes usar el poder de manera indefinida… Si vamos a enfrentarnos a demonios debes aprender a luchar. Solo usarás el poder de forma puntual, supongo que no es ilimitado.

Sobre todo, viendo el desgaste físico que le provocaba a su cuerpo el usarlo.

—Eso es lo que necesitamos saber. —Anthony se sirvió agua de la jarra de la mesa. Rara vez bebía alcohol. Ni siquiera una cerveza como hacían los demás comiendo o una copa de vino como solían tomar las mujeres. Él, agua—. Cuánto poder puedes usar sin debilitarte.

—¿Qué habéis pensado al respecto? —Parecía aterrorizada y no la culpaba.

Lo suyo eran las pócimas y las plantas, no luchar como un guerrero.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —Eso era lo más importante, que ella estuviese preparada para ponerse a entrenar y hacer frente a todo lo que iba a venir.

—Necesito soltar energía —explicó—. Es como si tuviese excedente y necesito dejarlo salir.

—Bien. —No me quedaba otra que acceder. De todos modos, no podía negarle nada. Era cierto que no podíamos tomarnos los nuevos acontecimientos con calma. Cuando los demonios cruzaran el umbral todo se desataría e íbamos a necesitar toda la ayuda que pudiésemos

conseguir—. Podemos empezar comprobando el poder que tienes en cuanto terminemos de comer, si crees que estás preparada. Pero recuerda que solo cuando tú quieras, no te dejes llevar por las prisas de los demás.

Miré a mi hermano de mala gana, lo que hizo que los demás sonrieran a su vez.

Anthony directamente me ignoró.

—¿Tenemos un lugar seguro para entrenar?

Le sonreí a Bibian, que me miró embelesada.

Deseé poder llevármela a mi cama y abrazarla hasta que todo hubiera pasado. No estaba preparado para que se pusiera en peligro. Me obligué a pensar en lo que teníamos entre manos, que no era más importante bajo mi punto de vista, pero sí más urgente según todos los que estábamos allí reunidos. Miré a la hechicera que nos observaba en silencio como si fuéramos algo muy entretenido. Apenas había hablado en toda la comida. Sus ojos oscuros me miraban con atención.

—No tengo que recordarte que todo esto debe quedar en el más absoluto secreto, por lo menos mientras podamos.

Dejó de comer soltando los cubiertos en el plato y me miró con seriedad. Sus ojos negros aguantaron mi mirada.

—Mantendré el secreto todo el tiempo que pueda. Pero en cuanto aparezcan los demonios saldrá a la luz si queremos forjar una alianza entre todos para poder hacerles frente.

Asentí, porque era cierto que no se iba poder guardar el secreto de lo que era Bibian. Era demasiado importante como para intentar mantenerla al margen.

—Que os quede claro que ella es mi responsabilidad y que de ninguna manera saldrá de esta casa. Avisa a quien haga falta.

Me miró unos segundos evaluando si hablaba en serio y acabó accediendo con la cabeza.

—Lo sé. Lo dejaré claro cuando llegue el momento.

—Bien.

—¿A qué te has referido con enseñarme a luchar? —me susurró acercando su cara a la mía. Sin embargo, todos la oyeron.

Estaba claro que Bibian seguía dándole vueltas al asunto.

—Te enseñaremos a luchar, Bibian.

—¿Luchar? —Me miró perpleja—. ¿Con una espada de verdad? Yo no soy una guerrera, de hecho, soy muy patosa con instrumentos cortantes, así que seguramente me la clavaré en el pie antes de aprender a utilizarla.

—Pero nosotros sí —le recordé, porque estaba claro que se le había olvidado lo que éramos.

—He oído muchas historias sobre vosotros —añadió Martin ilusionado—, sobre todo tuyas, Asier.

Que un duende me dijera eso, me sorprendió. Nunca había luchado con duendes en ninguna de mis muchas batallas a lo largo de los siglos.

—¿En serio?

No sabía si sentirme halagado o no. Con Martin nunca se sabía.

—Bueno —añadió Mika—, algunas batallas han sido legendarias, sobre todo la que tuvimos con los demonios en la última donde conseguimos acabar con ellos.

—Yo he oído la que tuvisteis con las brujas que dio paso a vuestro destierro del cielo.

Por la mirada que mis hermanos le echaron a la bruja, esta se dio cuenta de que no era buena idea recordar precisamente esa batalla.

—Sí —intervino Anthony—, ya echaba de menos volver a tener acción por aquí. Detener delincuentes es una acción vergonzosa para guerreros como nosotros.

—¿Y vais a intentar convertirme a mí en guerrera?

—¡Esto va a ser divertido! —Aplaudió Martin.

—Sí, mira cómo me rio —le soltó Bibian.



ASIER

Nos habíamos reunido todos en el patio de armas del castillo. Un patio cuadrado, enorme y vacío, excepto por la nieve que había en el suelo, ya que el recinto en cuestión estaba a cielo descubierto.

Bibian me había preguntado cómo no había sido capaz de encontrar ese lugar en los muchos paseos de exploración que había dado por el Castillo, intentando aprenderse los numerosos recovecos, salas vacías y escaleras infinitas que contenía.

Al susodicho patio se accedía desde los calabozos y, para ser sinceros, ella los había rehuido como a la peste, quizá por recordarle un poco los de la Torre Oscura, por eso no lo había visto antes.

—Bien —dijo Mika.

Hacía un frío del demonio incluso para nosotros, que teníamos la temperatura corporal más alta que los demás. Nos habíamos reunido para ver lo que mi pareja era capaz de hacer con su nuevo poder. Anthony y Mika se habían colocado frente a Bibian para poder medir la distancia que su magia podía alcanzar.

Aunque por la cara de duda de Bibian, no tenía claro que pudiesen conseguir nada.

—Bien —repitió ella al mirarme confusa, ya que nadie había dicho nada más.

«¡Céntrate, Asier!»

—Tienes que centrarte en tu poder y dejarlo salir, Bib —¿Qué más podía decirle? Yo no tenía magia alguna y no sabía cómo la manejaban los seres que sí la poseían.

—Ya, eso lo sé.

Pero se quedó mirándome sin hacer nada más.

—Vamos, Bibian, céntrate. Eres una bruja muy poderosa.

Miré a Martin, que revoloteaba por su cara sin recordar lo que ella le decía que le molestaba, ¡Pues él ni caso!

—Déjala que se concentre. No te necesita revoloteando en su cara, ¿puedes quitarte de en medio? —le solté perdiendo la paciencia.

—Tú no tienes magia, ¿verdad? ¿Por qué crees que puedes decirle cómo hacer que fluya la suya? —me preguntó con esa voz chillona que tanto me molestaba.

Me entraron ganas de retorcerle el pequeño cuello al duende para que dejara de incordiar de una vez.

—Bibian, busca el poder en tu interior. ¿Qué sientes cuando lo buscas?

Miré enfadado por la interrupción a la nueva bruja que se había unido a nosotros alegando que podía ayudar a mi pareja, y pensaba que solo la estaba poniendo más nerviosa todavía. Tenía el cuerpo esbelto y delgado y parecía en buena forma, así que supuse que seguramente hacía deporte con asiduidad. Su pelo oscuro lo llevaba recogido en una cola alta que destacaba sus pómulos elegantes y el cuello delgado como el de un cisne.

Había visto a Anthony mirarla cuando ella estaba distraída.

—Es algo que siento aquí —Nos señaló su estómago—, es diferente al poder de la tierra que fluye por mis venas.

Movió sus dedos y la nieve de las columnas del patio se apartó y empezaron a crecer margaritas amarillas. Parecía resultarle muy fácil. No sabíamos si usar el nuevo poder le resultaría igual de sencillo o no.

—Bien, normalmente, cuando tienes más de un poder, puedes sentirlos de manera diferente. Si sientes el fuego en tu interior debes buscarlo y hacerlo fluir hasta el exterior. Tú eres la que tienes el poder y debes poder manejarlo. —Marian la miraba con seriedad y mi pareja la observaba como si ella tuviese todas las respuestas.

—¿Qué sabrás tú si solo haces juegos malabares?

Miramos a Anthony sorprendidos de que se hubiese atrevido a insultar de manera tan clara a Marian. Solía ser tan comedido y reservado con su interacción con todo el mundo que era muy raro oírle decir eso a una invitada a la que ninguno conocíamos.

—¿Juegos malabares? —la miró ofendida.

Ninguno de nosotros pudimos evitar que la hechicera sacara su varita con rapidez y la moviera en el aire en dirección a Anthony mientras murmuraba algo en voz baja.

Todos dejamos de respirar hasta ver lo que fuera que le había hecho a nuestro hermano, que se reía de ella con la diversión en su rostro.

—Ya deberías saber que los ángeles somos inmunes a vuestra magia, brujita. Si eso es todo lo que sabes hacer no puedes intentar darle ningún tipo de consejo a nadie. Tenlo presente antes de darte de sabelotodo.

Marian no dijo nada más, pero su rostro se encendió con el rubor que le provocaron sus palabras. Volvió a mover la varita y un montón

de nieve, de la que estaba en el tejado de la casa, cayó de repente sobre Anthony haciendo que todos riéramos relajando el ambiente.

El ángel de alas negras se acercó a ella de manera amenazante. Las risas pararon de repente.

—¡Ya basta!

Bibian había extendido los brazos y dos llamaradas salieron de sus manos en mi dirección. Suerte que era rápido y me tiré a un lado o me hubiese frito las alas. Su llamarada dejó las piedras de la pared de enfrente ennegrecidas y derritió el montón de nieve que había delante del muro.

—Vaya —murmuró Martin asombrado—. ¡Fíjate en eso! Lo has hecho, Bibian.

—¿Estás bien? —Se acercó a mí horrorizada, pensando que me había podido quemar.

Me levanté del suelo mirando la pared del fondo sorprendido y le sonreí a mi mujer con orgullo. Ya sabía que lo conseguiría.

—¿Y tus manos? ¿Te las has quemado?

Nos reunimos todos a su alrededor para mirar la palma de sus manos y la punta de sus dedos, que seguían inmaculados.

—¿Puedes hacerlo ahora a voluntad? —Mika miró de nuevo la pared antes de mirar a Bibian—. Es importante saber que lo dominas tú y no te sale solo cuando te enfadas —le dijo con una sonrisa.

—Ni siquiera sé cómo lo he hecho antes.

Había sentido la preocupación de ella por nuestro vínculo, así que estaba claro que le había salido cuando pensaba que Anthony y Marian podían hacerse daño de verdad.

—Céntrate y deja de pensar que un pajarito negro puede hacerme el más mínimo daño —le soltó Marian mirando a Anthony con antipatía.

Este gruñó en respuesta.

No sabía por qué me gustaba la reacción que esa hechicera conseguía de mi hermano, que se mantenía normalmente imperturbable ante todo lo que le rodeaba. Sabía que también odiaba a las brujas, aunque parecía que desde que Bibian y Kate habían llegado a nuestras vidas, se le veía algo más relajado. No llegaba a comprender bien por qué reaccionaba así con ella. Supuse que era porque, quizás, la responsabilizaba del trato que le dieron a Bibian cuando la tuvieron prisionera. Estaba claro que parecía tenerle aprecio a mi pareja y sabía a ciencia cierta que había sentido mucho lo que le había pasado a Mónica.

Tendría que hablar con él al respecto.

—Apartaos, no quiero que nadie se queme por accidente. Voy a intentarlo de nuevo.

Miré sus ojos cerrados y su rostro concentrado y sentí el poder fluyendo por sus venas antes de ver una pequeña llama, como la de

una hoguera flotando sobre su mano extendida, y de repente una enorme llamarada en dirección al cielo nos arrancó un grito de sorpresa.

—Lo siento. Creo que necesito practicar un poco más —soltó algo avergonzada cuando la llama se extinguió.

Sentía por nuestro vínculo que estaba cansada. Estaba claro que usar este poder acababa pronto con sus reservas de energía.

—No necesitas hacerlo hoy, Bibian. Mañana seguiremos con esto.

—Puedo hacerlo —Me miró dándome a entender que no iba a hacer lo que yo quisiera.

Gruñí en voz baja para no decir nada delante de todos. Intentaba controlar mis ganas de abrazarla y llevármela a nuestra habitación para mantenerla a salvo y esperar que todo esto pasara.

—Intenta sacar todo el poder que tienes, Bibian.

Marian ignoró mi mirada asesina.

¿Todo el poder? ¿De qué coño hablaba esa hechicera?

—Necesitamos saber lo que puede hacer —intentó explicar, porque podía ver mi gesto severo con facilidad.

—Estoy bien. Puedo hacerlo. —Bibian se concentró de nuevo.

Asentí, jurándome que luego tendría un par de palabras con todos los que pensaban que iban a utilizar a mi mujer o el poder que ahora tenía sin tener en cuenta su salud.

Extendió los brazos con suavidad y cerró los ojos para concentrarse. Sentí su poder antes de ver cómo las llamas se extendían a su alrededor con lentitud.

—¡Qué pasada! ¿Qué? —me soltó Martin cuando mi mirada asesina se clavó en él—. Es una pasada.

De repente Bibian empujó las llamas que volvieron a brotar de ella en dirección a la pared.

Nos quedamos todos impresionados. Esta vez no había sido una llamarada. Al parecer, Bibian le había cogido el punto a su nuevo poder y las llamas siguieron fluyendo y fluyendo de ella cada vez más rápido.

No podía creerlo.

No podía imaginar el alcance de su poder.

La imagen de ella se puso de color naranja y el fuego aumentó de temperatura mientras las llamas seguían fluyendo de ella de manera regular.

Me comenzó a preocupar lo que sentía por nuestro vínculo.

Parecía extenuada.

—Ya basta, Bibian.

No supe si podía oírme o no, y estaba claro que no podía tocarla para que me hiciera caso.

—Bibian…

—¿Por qué no para ya?

Que Martin me mirara preocupado solo consiguió asustarme más. Él también era sensible a los sentimientos de Bibian y si me estaba avisando era porque también debía sentir que no iba todo bien.

—No lo sé —murmuré preocupado.

Cuando pensaba sujetarla para llamar su atención, las llamas se apagaron con la rapidez con la que habían brotado y cogí a Bibian antes de que cayera al suelo completamente agotada.



BIBIAN

Sentí que unos brazos me rodearon cuando mis piernas dejaron de sostenerme. Supe quién era por su olor, porque me sentía tan exhausta que ni siquiera podía abrir los ojos.

—¿Qué ha pasado?

Apenas podía sentir en mi interior el poder del fuego y me pregunté cuánto tiempo había estado en llamas para sentirme tan cansada.

—Se acabó el entreno por hoy —anunció a todos mientras me metía en casa con rapidez.

Podía sentir el enfado de Asier a través de nuestro vínculo y me pregunté por qué parecía estar tan enfadado.

—Sé andar, ¿sabes?

Habría sonreído ante su bufido si hubiese tenido fuerzas para ello. Hice un esfuerzo y abrí mis ojos para ver el perfil de Asier. Debió sentir que lo miraba porque me dirigió una mirada tan severa que estuve a punto de encogerme en sus brazos.

¡Sí parecía enfadado, sí!

Me tumbó sobre el sofá y me sujetó con fuerza para que permaneciera sentada cuando intenté incorporarme.

—Quédate tumbada unos minutos y descansa.

Mi carácter se reveló y aun apeteciéndome quedarme tumbada y dormir una semana entera, me obligué a sentarme e ignoré su gruñido de respuesta.

—Estoy bien.

—¿Bien? —Gritó tan fuerte que Kate y Marian dieron un paso atrás, asustadas—. ¿En qué coño estabas pensando, exprimiéndote de la manera en que lo has hecho?

—Necesitábamos saber cuánto poder tenía, ¿recuerdas?

No quería enfadarme con él. Ya sabía lo sobreprotector que era conmigo, pero viendo lo que se nos venía encima iba a tener que

aprender a relajarse, porque yo no iba a quedarme de brazos cruzados si eso significaba que la gente iba a morir a mi alrededor.

—Y te repito que tenías que tomártelo con calma y no… —Comenzó a sangrarme la nariz—. ¿Estás sangrando?

Lo que me faltaba.

—No es nada.

¿Me sangraba la nariz? ¡A mí nunca me había sangrado! Pensé sí podía ser un daño colateral al usar el fuego como lo había hecho antes.

—¿No es nada?

Miró a Marian exigiendo respuestas y ella tosió un poco antes de contestarle.

—Es posible que sea a causa de haber exprimido tanto su poder. Pero no lo sé a ciencia cierta.

Asier comenzó a pasearse a nuestro alrededor como un animal enjaulado, fulminando con la mirada a todos los que estaban a mi alrededor acercándome pañuelos para limpiarme la sangre.

—Deja de preocuparte. Se encuentra bien.

Anthony levantó las manos en claro gesto de rendirse cuando Asier se volvió hacia él al decir eso.

—Debería habérselo tomado con calma como le pedí. Pero todos vosotros os habéis empeñado en llevarla más allá de lo que debía por ser el primer día, ¡joder! Ha podido pasarle algo.

Todos agacharon la cabeza en actitud culpable y aunque me encontraba fatigada me negué a que castigara a todo el mundo con su comportamiento.

—¡Ya basta, Asier!

Me miró con tanto dolor en sus ojos que deseé poder calmarlo y abrazarlo. Ahora estaba viendo lo que significaba estar vinculado a un ángel superprotector.

—Bien, haz lo que quieras. Pero los entrenamientos quedan cancelados hasta nueva orden.

Se marchó a su despacho dando un fuerte portazo al cerrar la puerta, que hasta los cimientos del castillo parecieron estremecerse.

—¡Puf!

—Sí, ¡puf! —Miré a Martin, que me observaba a su vez preocupado, no tanto por mí sino por el mosqueo que tenía Asier y por lo que se suponía que me iba a costar tranquilizarlo.

—Deja que se le pase. Hace muy poco que estáis vinculados y necesita tiempo para calmar un poco los instintos que nacen con el vínculo. —Mika miraba la puerta cerrada del despacho mientras hablaba conmigo, intentando justificar a Asier.

—Bien, tengo que marcharme ya, Bibian.

Marian se despidió de todos.

—Vamos a marcar un calendario de entrenamiento diario, no sabemos cuánto tiempo tenemos hasta que empiecen a aparecer demonios —anunció Anthony, evitando que Marian se marchase.

—¿Todos los días tengo que hacer esto?

No iba a poder con mi cuerpo.

¡Mátame, camión, y hazlo rápido!

—No, Bibian, haremos un entrenamiento militar, tenéis que aprender a utilizar armas, espadas y puñales, principalmente. Contando con que quieras involucrarte en esto, como has dado a entender hoy.

—Tu hermano te mata —murmuró Mika, haciéndonos reír a todos.

—Ya me encargaré yo de él si hace falta. —Yo sabía que Anthony se encargaría de intentar apaciguar a su hermano.

No parecía muy preocupado por conseguirlo.

—Pero yo ya tengo mi magia…

—Y ella también… —le cortó a Marian—, y mira el tiempo que le ha durado. Tenéis que estar preparadas para enfrentaros a los demonios sin ella. La magia será algo puntual para casos desesperados.

—No aprenderemos a luchar en una semana —le recordó Kate.

Y estaba claro que, por supuesto, no aprenderíamos en tan poco tiempo.

—No, no aprenderéis tan rápido, pero, por lo menos, me aseguraré de que sepáis coger la espada por el mango y defenderos con los puñales cuerpo a cuerpo. —Anthony se colocó las alas bien antes de sentarse junto a mí.

—Creo que necesitáis saber que a los demonios solo los mata el acero o el fuego. —Anthony nos miró a todas las brujas que estábamos allí—. Y que, cuando vengan, porque lo harán, se dedicarán a cazar a las brujas, porque eso es lo que hacen los demonios.

Todos nos quedamos en silencio evaluando las palabras del ángel y, cómo no, Martin fue el que puso la nota de humor.

—Si a Asier casi le ha dado un ataque porque le ha sangrado la nariz —soltó tapándose la cara—, cuando la vea con una espada se muere del susto.

—No seáis exagerados. —No me gustaba que tuviesen esa idea de mi pareja, aunque me temía que pudiera ser verdad y que íbamos a tener más de un problema.

Él probablemente no iba ceder y nosotras necesitábamos aprender a defendernos con urgencia.

—Será mejor que hable yo con él sobre este tema antes de que encierre a Bibian en la torre y tire la llave —soltó Anthony, y fue con su hermano para poder hablar en privado.

Nosotras nos despedimos al fin de Marian, que había prometido volver para los entrenamientos siempre y cuando Anthony pudiese apaciguar un poco a mi pareja o muriera en el intento.

No tenía ni idea de lo que se nos iba a venir encima.

Ni del poco tiempo que íbamos a tener para prepararnos antes de que los demonios aparecieran sembrando la ciudad con cadáveres de brujas.



ASIER

Hacía mucho que no me sentía tan frustrado.

Tiré todo lo que había sobre mi escritorio, formando un impresionante montón de papeles, carpetas y bolígrafos en el suelo. Menos mal que mi portátil estaba cerrado cuando cayó al suelo, pero ni siquiera eso consiguió calmar mis nervios.

¿Podía ser más infantil? ¡Posiblemente sí! Si me daban un poco más de tiempo se lo demostraría a todos.

Sabía que mi reacción con respecto a Bibian estaba siendo exagerada, pero no conseguía calmarme lo suficiente para hacerme a la idea de que todo lo que estábamos haciendo iba a ser muy necesario.

Lo único que deseaba era cogerla en brazos y llevármela volando a algún lugar lejano y tranquilo donde pasar desapercibidos y poder proteger a mi pareja.

¡No habíamos tenido tiempo de disfrutar de nuestra recién estrenada unión!

Esa sensación de que todo comenzaba a escaparse de mi control me tenía de los nervios todo el día y encima Bibian no hacía absolutamente nada por intentar tomarse las cosas con calma.

Y, por supuesto, nada de dejarme cuidarla o protegerla.

¡No! ¿Por qué pensaba que mi mujer podía ser sensata? La conocía lo suficiente para saber que, si podía haber peligro en algo, ella se tiraría de cabeza.

Tuve que sonreír sin poder evitarlo.

¡Esa era mi mujer! Y me volvía loco solo de pensar en lo que nos esperaba.

Me pasé las manos por el pelo y la cara mientras paseaba nervioso de un lado a otro.

Que una botella de *whisky* apareciera con unos vasos sobre la mesa

me indicó lo que la casa pensaba al respecto.

—¡Venga ya! ¿En serio?

Yo pensaba que el alcohol jamás solucionaba los problemas, pero estaba claro que iba a necesitar ayuda para calmar un poco los nervios y dejar de hacer el ridículo.

Apareció una hielera con sus pinzas justo al lado. Al parecer acababa de recordar cómo me gustaba beber una copa.

Era casi la hora de cenar y aunque debería calmarme y bajar con todos, no me sentía preparado todavía.

Pensaba dejarle muy clarito a Bibian lo que íbamos a hacer cuando se encontrara totalmente recuperada. Ni loco iba a dejar que hiciese lo que quería ni que se dejase llevar por los demás.

Unos golpes en la puerta me sacaron del bullicioso descontrol de mis pensamientos.

Todavía no quería enfrentarme a Bibian, seguía furioso, así que pensé que, si no contestaba, quien quiera que estuviese esperando entendería que no quería hablar con nadie… todavía.

Para mi frustración la puerta se abrió y Anthony entró sin esperar respuesta.

Miró los papeles en el suelo y levantó una ceja.

—¿Te has calmado ya?

Le gruñí en respuesta y levantó la comisura de la boca en una semisonrisa irónica.

—Veo que la casa te conoce bien.

Se sentó ante la mesa del despacho, se sirvió una copa sin hielo y me preparó uno con hielo para mí.

Me lo acercó sin decirme nada y se quedó haciéndome compañía en silencio, cosa que agradecí.

—¿Sabes que tenemos que empezar con los entrenamientos cuanto antes?

No le contesté, pero la mirada que le dirigí fue suficiente.

—No tenemos tiempo, Asier. Sé que quieres proteger a tu mujer y lo entiendo. Siento de verdad que no tengáis más tiempo para disfrutar de vuestro amor con calma, pero las cosas son como son, aunque no nos guste.

Sabía y entendía perfectamente lo que me decía y por eso mismo me sentía tan frustrado.

—Quizás esa hechicera pueda aclararnos algunas cosas sobre la profecía. ¿Qué opinas de ella? —Se arrellanó en la silla para beberse la copa sin prisas.

—Que, si fue capaz de sorprenderte con la nieve, puede sernos de ayuda. —No quise evitar burlarme un poco de él.

—Muy gracioso.

Sonreí por primera vez desde que había entrado en mi despacho.

Pinchar a mis hermanos siempre mejoraba mi humor. Al fin y al cabo, ellos disfrutaban mucho haciéndolo conmigo, ¿no?

—No deberías enfadarte con Bibian. Todo esto es nuevo para ella. Nos necesita, Asier, no podemos dejarla sola en esto.

—No voy a dejarla sola. Es solo que me aterra pensar que pueda pasarle algo. Es una bruja de tierra, no una guerrera, y todos sabemos de lo que son capaces los demonios. Aniquilarán a todas las brujas sin compasión si no hacemos algo al respecto.

—Lo sé. Por eso debemos empezar con los entrenamientos lo antes posible. Debemos estar preparados y todos van a necesitar un entrenamiento exhaustivo.

—Ella no hará nada hasta que se recupere por completo.

Era mi última palabra y no pensaba ceder en eso. Miré a mi hermano con seriedad y asintió, sabiendo que no pensaba ceder un ápice.

—No la presiones demasiado. Deja que se acostumbre al vínculo poco a poco.

No tuvo reparo alguno en criticar mi manera de proteger a mi pareja.

—¿Me estás llamando intenso?

Se rio y tuve que sonreír a mi vez.

¡Sí, era intenso, posesivo, celoso y protector, todo eso multiplicado por cien, pero mi hermano sabía que necesitaba adaptarme para poder ir cediendo poco a poco! Los sentimientos que sentía por ella eran tan fuertes que no me dejaban pensar con claridad.

Llevábamos muy poco tiempo vinculados y eso hacía que predominara lo peor de mi personalidad. Apenas podía pensar en otra cosa que no fuera follármela en cada rincón de la casa a todas horas. Así que ya sufría suficiente controlando ese deseo todos los días. Estaba totalmente convencido de que mi mujer me atormentaría si se enteraba de lo que pensaba la mayor parte del día.

—Habla con ella. Por lo que he visto esta tarde no lleva demasiado bien que le den órdenes ni que la sobreprotejas.

—Ya le avisé cómo era antes de vincularnos.

—Y aun así lo hizo —me recordó él—, así que debes hablar con ella en vez de encerrarte aquí para maldecir en voz baja y regodearte en tu mal humor.

Sabía que mi hermano tenía razón. Era el más independiente de todos y rara vez intervenía en los problemas de nadie si no se le pedía ayuda directamente. Así que, si pensaba tomar partido en mi relación y en el gran problema que teníamos entre manos, era porque consideraba que no lo estaba llevando bien y que de verdad íbamos a necesitar toda la ayuda que pudiésemos necesitar.

¿A quién quería engañar?

Lo estaba llevando rematadamente mal. No podía controlar mis sentimientos por ella y que se empeñara en llevarme la contraria o no hacerme caso, hacía que me llevaran los demonios. Nunca mejor dicho.

—Vamos a cenar, anda. Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar con las brujas sobre el entrenamiento de los próximos días.

Nos encontramos a Bibian justo en la puerta del despacho. Abrió los ojos sorprendida al ver el desastre que había en el suelo de la habitación.

—Os espero abajo para cenar —nos dijo Anthony al salir y dejarnos solos—, no tardéis.

Me quedé mirando a Bibian en silencio intentando leer la expresión de su cara, que lo miraba todo con preocupación antes de centrar sus ojos de dos colores sobre mí.

—¿Vas a hablar conmigo sobre esto?

Esas simples palabras me avergonzaron mucho más que lo que ya me avergonzaba yo mismo por perder el control de esa manera.

Sabía que tenía que decirle todo lo que sentía sobre lo que estaba pasando. Eran demasiados cambios en muy poco tiempo y aunque ella estaba en primer lugar de sus preocupaciones actuales, era cierto que tenían un gran problema entre manos que no podía obviar.

—¿Se ha marchado Marian?

Era más fácil desviar la pregunta cuando aún no estaba listo para darle una explicación lógica sobre lo que me había pasado.

—Volverá cuando vayamos a empezar con los entrenamientos. Mientras tanto, ha prometido investigar todo lo que pueda sobre la profecía.

Asentí sin apartar la mirada de ella, que seguía sin acercarse a mí. Evaluándome en silencio. Estaba preciosa. Parecía cansada y desconcertada, pero a mí me seguía pareciendo la mujer más hermosa del mundo. Inspiré con fuerza para llenarme de ese aroma a flores que siempre la acompañaba.

—¿Estás bien? ¿Has comido algo?

—Kate me ha preparado una poción reconstituyente. —Se acercó despacio hasta pararse justo frente a mí, tan cerca que podía ver el cansancio en su rostro y en sus ojos—. ¿Vas a hablar conmigo de lo que ha pasado?

—Luego, ¿vale? Ahora prefiero que bajemos a comer.

—No voy a dejarlo pasar, Asier —me dijo con seriedad.

—Lo sé.

Y salimos juntos del despacho.



ASIER

Habíamos quedado en iniciar los entrenamientos a la mañana siguiente. En principio empezarían mis hermanos con las brujas mientras yo me encargaba de hacer algunas llamadas importantes en el trabajo. Sabía que todas estarían en buenas manos si ellos se encargaban de su entrenamiento.

Y a mí me daría oportunidad de calmarme un poco mientras me hacía a la idea.

—¿Te bañas conmigo? —propuse.

Habíamos subido a acostarnos y sabía que Bibian estaba esperando una explicación. No iba a dejarlo pasar. Eso lo tenía claro. Pero pensaba hacer lo que fuera necesario para hacerlo en el mejor entorno posible.

—Vale

Sabía que a mi mujer le gustaba tanto bañarse de noche que no iba a ponerme pegas.

Entré en el baño y accioné el mando del agua caliente mientras ella echaba sales.

El ambiente se comenzó a llenar de vapor de agua y del olor que ella emanaba, normalmente a flores, que me volvía un poco loco.

Me la comencé a comer con la mirada cuando comenzó a quitarse la ropa de manera algo tímida al principio. Miró en mi dirección al notar el silencio y se quedó quieta, mirándome.

—¿Qué? —me preguntó entre sorprendida y avergonzada por mi mirada. Entonces sonrió de manera perversa y me entraron ganas de tumbarla en el suelo y follármela sin descanso hasta borrar esa arrogante sonrisa de su cara. Su sonrisa se borró de golpe al ver mi expresión—. ¿Vas a quedarte ahí mirándome?

Le sonreí de manera lasciva y comencé a quitarme el traje gris que llevaba. Sabía cómo jugar con ella y calentarla lo suficiente como para

hacerle perder la cabeza. No me importaba aplazar nuestra conversación por una maratoniana sesión de sexo.

—Sé lo que estás haciendo —murmuró comiéndome con los ojos como yo hacía con ella.

—Bien. Eso me facilita la tarea.

Seguí quitándome la ropa con lentitud hasta quedarme completamente desnudo ante ella y con mi erección lista para jugar. Ella miró mi polla con detenimiento y tragó saliva con dificultad.

—¡Joder, Bib!

Con esa mirada me puso más cachondo todavía.

Su piel comenzó a encenderse de manera tenue y la miré preocupado. Se miró las manos a su vez algo desconcertada.

—¿Estás bien? ¿Te duele?

Se siguió observando la mano mientras negaba con la cabeza

—No, es…

—Está pulsando igual que tu deseo sexual.

¡Podía notarlo en nuestro vínculo! Su deseo por mí era más que evidente. Podía oler su excitación y sabía que si metía mi mano entre sus piernas su sexo estaría mojado, pero era desconcertante verla brillar por ello. Mi ego creció un poco al saber lo que era capaz de provocar en ella solo con quedarme desnudo.

—¡¿Qué?! —gritó tan fuerte que me sobresaltó—. ¿Me estás diciendo que ahora voy a brillar así cuando te desee? ¡No puede ser verdad!

Intenté no reírme porque sabía que no era buen momento. Bibian era muy capaz de arrancarme la cabeza si pensaba que me reía de ella en un momento así.

—Bibian, no vas a brillar siempre así, no seas ridícula.

Bufó molesta y avergonzada.

—Estás aprendiendo a controlar tu nuevo poder. Además —añadí para que me mirara y se tranquilizara un poco—, te pulsa el poder por tu estado de ánimo, nadie tiene por qué saber cuándo estás cachonda… Solo yo.

Me dio un puñetazo en el hombro y me reí divertido.

—No tiene gracia —me soltó metiéndose en la bañera

—Déjame un hueco a tu espalda, anda.

Me metí tras ella y se recostó sobre mi pecho mientras yo la abrazaba y le besaba la coronilla inhalando el olor de su pelo.

—No creas que vas a engatusarme para que me olvide de la conversación que tenemos pendiente.

—Puedo esmerarme un poco más, si quieres.

Le acaricie un pezón y se removió apretando mi polla contra su espalda, lo que me hizo gemir en su oído.

—No, explícame qué coño te ha pasado antes para que te hayas

convertido en un capullo integral.

¿Cómo comenzar a explicarle cómo me sentía?

—Te estás convirtiendo en una brujita muy exigente, ¿lo sabías?

Le pellizqué el pezón en venganza y ella volvió a removerse y se restregó de nuevo contra mi polla. Esta vez gruñí con fuerza.

—Joder, deja de hacer eso, que me desconcentras, y comienza a hablar de una vez.

—Bibian, eres la primera mujer de la que me enamoro después de cuatrocientos años que llevo en la tierra.

—De una bruja —me recordó con retintín.

No olvidaba lo mucho que nos odiábamos cuando nos conocimos.

—De una mujer —le corregí con cariño y volví a besarle el pelo.

Ella se relajó de nuevo contra mi pecho y enlazó sus manos con las mías, que tenía sobre su vientre, indicándome que también me quería igual que yo a ella.

—Vincularme contigo te convierte en lo más importante de mi mundo, Bibian. Ahora eres toda mi vida. Mi corazón inmortal está en tus manos y solo tú tienes el poder de destrozarlo si quisieras. Aún me cuesta controlar mis sentimientos hacia ti.

Besé nuestras manos entrelazadas y suspiró. Yo seguí hablando antes de comenzar a hacerle el amor a mi mujer, a la que quería con todo mi corazón de un modo tan profundo que a veces me abrumaba.

—Normalmente, cuando un ángel se vincula necesita hasta un año para acostumbrarse a la pasión tan arrolladora que siente por su pareja. Sí, Bibian, has oído bien. Necesitaría hacerte el amor durante un año entero de manera ininterrumpida para sentirme lo suficientemente calmado para compartirte con el resto del mundo sin sentirme abrumado por los sentimientos. Ni tan posesivo ni tan celoso ni tan protector.

Podía sentir sus sentimientos por mí en ese momento por el vínculo y la sorpresa que se estaba llevando por mis palabras.

—Sí, Bibian, has oído bien. Un año sin dejar de follarte a todas horas para sentirme lo suficientemente colmado de ti para dejarte hacer tu vida normal sin intentar protegerte de manera tan feroz a cada segundo.

—Ay, Asier.

—No puedo soportar pensar que puedan hacerte daño, Bibian. Lo siento, pero no puedo pensar en que te involucres de cabeza en todo lo que está por venir. No tienes ni idea de lo peligroso que es.

—No me va a pasar nada.

—No te va a pasar nada porque no voy a separarme de ti ni un solo segundo, ¿está claro?

—Vale. Prométeme que hablarás conmigo y no te cerrarás en tu necesidad de mantenerme protegida y al margen.

—Lo intentaré. —No podía menos que prometérselo—. Y tú prométeme que dejarás de ponerte al límite y no me provocarás micro infartos todos los días por tus imprudencias.

La oí reírse en voz baja y esta vez su mano se coló por nuestros cuerpos para agarrarme la polla con fuerza, gruñí en respuesta.

—Mientras, podemos seguir con ese año que tenemos pendiente de sexo ininterrumpido, ¿no?

Me encantaba que eso fuera lo único que le importaba de todo lo que le había contado. Evité poner los ojos en blanco.

La levanté un poco de la postura en la que estaba y la senté en mi polla para clavarme en ella con lentitud.

—Pensé que nunca ibas a pedírmelo.

Le mordí el cuello y luego lo lamí con suavidad, ya que no podía besarla en esa postura, mientras comencé a moverme en su interior, perdiéndome en su cuerpo suave y cálido. No me importó que el agua de la bañera se derramara por todas partes.



BIBIAN

Era una mierda se mirara por donde se mirase.

Llevábamos toda la semana entrenando sin descanso, pero no con espadas o puñales, no; estábamos haciendo fortalecimiento completo, según Anthony y Mika, que eran los dos ángeles encargados de nuestro entrenamiento.

Así que lo que tenía que ser emocionante y divertido, o así pensaba yo que iba a ser el entrenamiento, se había convertido en algo tedioso y cansado hasta decir basta.

—Esto no es lo que pensaba —le dije a Anthony de mal humor cuando pasé por su lado, después de la octava vuelta corriendo que le dábamos al inmenso patio donde practicamos el primer día.

—Deja de quejarte —me soltó él—, poneros en forma física es tan importante o incluso más que saber utilizar tu magia.

—Ya estamos en forma —repliqué, intentando respirar mientras hablaba.

Odiaba correr. Lo había odiado siempre. ¿Desde cuándo se había visto a una bruja corriendo de un lado para otro?

—Sí, sobre todo tú.

Bufé molesta mientras oía a mis compañeras de fatiga reírse a mis espaldas, las malditas me habían sacado casi una vuelta de distancia. Todo el mundo parecía estar en mejor forma física que yo. No sabía que Kate hiciera deporte y a Marian no la conocía antes como para saber en qué forma física se encontraba.

Terminé la vuelta que me falta maldiciendo a todos los ángeles del cielo y de la tierra y a la santa madre que los parió. Odiaba que Asier se estuviese librando de todo eso, porque llevaba toda la semana de reuniones con los hechiceros de la Torre, gracias a nuestra nueva amiga que se recuperaba sentada en el suelo junto a Kate. Podía ver cómo Anthony la miraba de reojo de vez en cuando, quizá pensando

que nadie lo veía. Estaba dispuesta a hacerle chantaje algún día con eso.

Más tarde, Asier recorrería la ciudad con Miguel de patrulla buscando algún indicio de que los malditos demonios estaban ya entre nosotros. O eso me dijo antes de salir por la mañana.

—Bien, doña quejica, presta atención —me soltó Anthony cuando acabé mi vuelta y me uní a todos los que estaban esperándome allí—, hoy vamos a daros movimientos básicos de ataque y defensa con puñales.

—Menos mal. Algo de acción por fin.

—Bibian, no vamos a daros puñales reales —aclaró Mika sonriendo. ¡Pues que rollo!—. No nos fiamos de que no matéis a alguien por error.

—¡Qué exagerados sois! —me burlé.

—Bien, simuláis tener una daga en la mano y repetís estos movimientos, una ataca y la otra se defiende, ¿vale?

—Bibian, ponte conmigo. —Miré a Anthony con recelo.

—¿Yo, por qué?

—Porque quiero tenerte controlada de cerca.

Refunfuñé sin evitar que me oyera. Su rostro normalmente inexpresivo se curvó en una sonrisa cruel.

—¿Algún problema?

—¿Puedes darme una daga de verdad?

Su gesto arrogante me ponía de peor humor. ¡Ángeles!

—¿Piensas que puedes herirme?

—No lo sabremos hasta que no me lo des, ¿no crees?

Anthony me observaba con seriedad, cosa normal en él, era así de estirado el pobre, y le hizo una señal a Mika que le sonrió a su vez. Se acercó a darme una daga plateada, liviana y ligera que sujeté arrepintiéndome de ponerme tan chulita con mi cuñado. Supe que Asier se la liaría muy gorda si salía lastimada de aquí.

—Asier tendrá que darme las gracias por librarla de una mosca cojonera como tú.

¡Au, eso dolía!

Que los demás rieran divertidos consiguió hacerme reír y desear borrarle la sonrisa engreída de la cara.

—¿Sabes por lo menos cómo se coge una daga?

¡Será… tonto el tío!

—No importa cómo la coja, siempre que sepa clavársela a un maldito demonio, ¿no?

—Te equivocas.

Se acercó a mí con rapidez y me dio un golpe seco en la mano con el que hizo que se me acalambrasen los dedos y soltara la daga con un siseo de dolor. Mi mal humor empeoró aún más.

—La manera de coger la daga es igual de importante que saber utilizarla —nos informó el ángel a todos y me la devolvió indicándome la manera correcta de cogerla—. Ahora veamos si puedes encauzar toda esa mala leche que te gastas. Atácame con toda la intención de matarme.

¡Para, para! Era un ángel inaguantable, pero si tenía que morir por ser un idiota, no quería ser yo quien lo matase. Y me di cuenta de que yo no podía matar a nadie, ni aunque fuera un idiota que me pusiese de mal humor.

—Estás de coña, ¿no? No puedo atacarte con una daga por muy tonto que seas. —Esa vez fui yo la que le sonrió divertida disfrutando de su mala cara.

—Déjate de tanta tontería y tómatelo en serio de una vez, Bibian.

Sus palabras me picaron en mi orgullo y decidí que, si quería morir joven, yo no lo iba a matar, pero sí podía callarle la boca un rato.

—Vamos, acabemos con esto de una vez.

Me planté ante él y comenzamos a dar vueltas evaluando el momento en el que intentar atacarlo.

—¿Estás seguro de esto? —le solté sin quitarle el ojo de encima.

—Es un guerrero, Bib —me recordó Asier detrás de mí. No lo vi llegar y en ese momento deseé dejar el entrenamiento, acurrucarme entre los brazos fuertes de mi pareja y olvidarme de todo ese asunto por un rato.

Estaba cansada.

Tenía unas agujetas horrorosas.

Estaba sudando y yo odiaba sudar si no era en la cama con mi pareja…

—Bibian…

Me sorprendí al oír su tono de voz que me demostraba que podía sentirme por el vínculo y me avergoncé de inmediato.

—Él no puede estar pendiente de ti en una lucha. Por lo tanto, o aprendes a luchar o harás que nos maten a todos —ahí estaba otra vez el idiota de Anthony, picándome.

Eran las palabras que necesitaba. Di un paso adelante y me abalancé sobre el ángel al que no sorprendí en absoluto. Me sujetó la muñeca haciéndome soltar la puñetera daga, otra vez.

—Eres muy fácil de leer, Bibian. Indicas tus movimientos antes de atacar y así todo el mundo podrá adelantarse a tu ataque. Otra vez.

Cogí la daga del suelo, me sacudí la mano para que la sangre volviera a circularme por ella y me coloqué de nuevo ante él.

Volví a atacarlo y me desarmó con facilidad… otra vez.

—Si haces cien veces el mismo movimiento, cien veces te desarmaré.

Bufé en respuesta y le ataqué una vez más. Cuando iba a rechazar

mi ataque salté a un lado, lo cual lo descolocó, pero se movió con una velocidad pasmosa y volvió a sujetarme la muñeca con fuerza. Entonces decidí que no solo se peleaba con armas. Así que le solté un puñetazo con la mano izquierda en un lado de la mejilla. No parecía que le hubiese hecho daño, era mi primer puñetazo y encima era diestra, pero sí se sorprendió de mi ataque. Antes de que me desarmase de nuevo, le di una patada en la espinilla con saña y eso consiguió que me soltase. Me empujó para que no pudiera atacarlo con otra parte de mi anatomía.

Oí la risa ronca de Asier a mi espalda y todos los demás me silbaron mientras también se reían a carcajadas.

Anthony no tuvo más remedio que reírse también.

—Bueno, atacando con la daga eres un desastre, pero veo que eres una mujer de recursos que mantiene la cabeza fría cuando hace falta. Una bruja en toda regla, vamos.

Se masajeó la espinilla dolorida sin apartar la vista de mí.

—¿Y ahora qué? —No podía evitar la chulería de mi voz.

—Ahora te enseñaré a utilizar una daga como Dios manda.



ASIER

Mantener reuniones de manera continua con Theodore Grant me hacía estar en alerta continua. No podía entender cómo podía caber en una sola persona todos los defectos que odiaba en el ser humano.

Era taimado.

Egocéntrico.

Arrogante.

Rencoroso.

Envidioso.

Y seguro que, si seguía tratando con él, descubriría aún más defectos. Encima conseguía acabar con mi paciencia y ponerme de mal humor con una rapidez pasmosa.

Los hechiceros estaban enterados de que se había cumplido la Profecía y el gran problema que teníamos.

Todos habíamos luchado con los demonios en algún momento del pasado y como éstos se alimentaban principalmente de brujas, estábamos obligados a luchar juntos en esa pelea.

Habíamos estado estudiando toda la documentación que tenían sobre la Profecía, pero, para mí desgracia, era tan desconfiado… —¿había dicho que también era desconfiado? pues también tenía ese defecto—, que no me dejaba sacar ningún documento de la biblioteca que tenían en la primera planta de la Torre Oscura.

No había olvidado lo que le hicieron a Bibian, y por ese motivo me negué en redondo a que se la llevaran a esa maldita torre oscura y aislada. No sé cómo podían trabajar allí tantas brujas que me miraban con una variedad de expresiones distintas cada vez que me veían entrar o salir.

Hacía como que no veía la variedad de miradas de deseo que me lanzaban algunas cuando pensaban que no las veía. Ni siquiera lo ocultaban, pero yo ya tenía suficiente con la bruja que tenía en casa.

—¡Tenemos que estudiar el alcance de su magia! No tiene sentido que la mantenga escondida en ese castillo suyo.

Miré al hechicero sin ocultar lo que me cansaba esa conversación.

Era tan perseverante como un perro con un hueso, y eso no tenía claro si era otro defecto o una virtud.

¡Algo bueno debía tener el pobre!

Me mantuve en silencio porque no pensaba ceder en eso.

—Marian está entrenando con nosotros y ella quería entrenar con Bibian su nuevo poder.

—Marian no es nadie relevante en la materia.

Volví a mirarlo sin disimular mi curiosidad.

—Pensaba que no había nadie especializado en el elemento del fuego.

—Y no lo hay. —Se estiró en la silla donde estaba sentado a mi lado y me miró con sus ojos tan oscuros que nunca podía leer en ellos nada de lo que pensaba, y eso me molestaba.

Solía ser muy bueno leyendo las expresiones de la gente, y con ese brujo me resultaba terriblemente frustrante.

Quería pensar que estábamos del mismo lado en la batalla, pero no podía olvidar que habían mantenido a Bibian cuatro días en el calabozo a punto de morirse de frío y que habían mantenido a Martin setecientos años sin dudarlo ni un momento, solo porque era un duende y parecía ser el último de su especie.

¡No, no me fiaba ni un pelo de Theodore Grant!

—¿Entonces? —Intenté centrarme en la conversación que manteníamos.

—Tenemos hechiceros mucho más poderosos que Marian que son nuestros grandes maestros desde hace muchos años. Ellos podían comprobar el alcance de su poder y enseñarle a usarlo. Al fin y al cabo, ella es la bruja de la que habla la Profecía, lo que significa que nuestras vidas están en sus manos.

¡Y una mierda iba a dejar que tuviesen a Bibian aquí para que la estudiaran como si fuera un insecto!

—Theodore —Alcé el tono de voz para que se enterara de una vez de que lo decía en serio—, Bibian no va a venir aquí y no volveré a hablar del tema. Pensaba que te había quedado claro.

No quiso dar su brazo a torcer.

¡Terco como una mula!

—Es una de los nuestros y debería estar con los de su sangre.

¡Manda huevos!

—¡No te atrevas a decirme eso cuando estuvo a punto de morir de frío entre los de su clase, como dices tú!

—Pero tú no tienes ningún poder para decidir por ella.

—¡¡¡Es mi pareja!!!

Lo dije casi en un gruñido, pero, al parecer, sirvió para que se enterara de una vez. Me miró evaluando si era sensato insistirme con el tema.

—Ya, pero incluso así…

Me levanté para marcharme porque si seguía allí iba a retorcerle el cuello al maldito hechicero sin importarme nada más.

—¿A dónde vas? ¡Tenemos mucho trabajo pendiente!

Lo sabía, pero no podía seguir ahí dentro ni un segundo más.

—Y seguiría trabajando en mi casa si me dejaras llevarme los malditos libros. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas? No soy un crío para desconfiar del cuidado que tendré con los malditos libros.

—No es eso. —Estaba claro que se había dado cuenta que tenía todos los motivos para sentirme ofendido—. Son normas que no me puedo saltar, es todo. No puedo hacer la vista gorda… No es desconfianza

¡Claro que era desconfianza! ¿A quién quería engañar? Eran tan rancios con sus costumbres arcaicas que no eran capaces de ver cuando alguien intentaba ayudarlos.

Pero no tenía ningún sentido insistirles en el tema si a esas alturas todavía no se había dado cuenta.

—Tengo más trabajo pendiente que estar aquí estudiando siempre los mismos libros.

—¿Podría ir mi hechicero a practicar con la señorita Shade al castillo? Cuanto antes empiece su entrenamiento, mejor será para todos.

No me apasionaba la idea de tener a más brujos en mi casa, pero, aunque no me gustaba la idea, ella necesitaba ayuda. Así que tendría que olvidarme de nuestras rencillas pasadas y trabajar juntos en esto.

—Claro.

—Bien, Sir Walter Clawn irá a entrenar con ella en cuanto pueda.

—¿Quién?

¡Espera, espera! ¿Iba a mandar a un hombre a trabajar con mi mujer? ¡Por encima de mi cadáver!

—Es nuestro hechicero más poderoso, ya te lo dije antes.

Que Theodore me tuteara directamente era inequívoca señal de que también estaba cansado de trabajar conmigo.

No podía negarme porque no tenía un motivo válido para hacerlo. No podía decirle que me negaba a que otro hombre trabajase codo a codo con mi mujer.

¡Oh, mierda!

Solo esperaba que el hechicero fuera tan viejo y carcamal como el jefe de los hechiceros.

Qué equivocado estaba.

SEGUNDA PARTE
ALIANZAS



BIBIAN

Estaba aprendiendo a caer bien, ya que al parecer era mucho más difícil de lo que podía parecer.

Tardé poco tiempo en aprenderlo —caer mal, digo— cuando me quedé tirada en el suelo, mirando el cielo grisáceo que amenazaba con romper a llover de un momento a otro, e intentando recuperar el aliento.

¡Joder cómo me dolía la espalda de golpeármela una y otra vez!

—Así no, Bibian, debes redondear la espalda en vez de caer a plomo —repitió Anthony.

Estaba cansada de oír su voz corrigiéndome.

Tumbó a Mika para que vieran el ejemplo de nuevo que, aun teniendo alas, sabía caer con mucha más gracia que todas las brujas juntas.

¡Cuánto la odiaba en ese momento!

—Vale, otra vez.

No pensaba rendirme, ni siquiera cuando volví a golpearme la espalda porque esa vez me distraje mirando al hechicero pelirrojo que entró al patio buscando a Asier, que se volvió del entrenamiento para hablar con el recién llegado.

—¿Quién es? —le pregunté a Marian, que se había quedado mirándolo también junto a mí con el ceño fruncido.

—El que supongo que viene a entrenarte a partir de ahora. —Pasó de mirar al recién llegado a mí en unos segundos—. Es nada menos que Sir Walter Clawn. Uno de los hechiceros más poderosos a este lado del charco.

Mika se acercó a nosotras mirando al pelirrojo con ojos entrecerrados.

—¿Un Sir inglés? ¿En serio? —preguntó divertida, mirando al recién llegado sin ocultar su curiosidad.

Las tres nos miramos sonriendo, pensando que, a lo mejor, el nuevo conseguía que nuestro entrenamiento diario, tan cansado y doloroso como estaba siendo, se volviera más interesante a partir de ese momento.

—Yo de ti tendría cuidado con tu trato con él —me aconsejó Anthony, indicando con la cabeza a Asier, que venía andando tras él evaluando nuestras sonrisitas divertidas.

—Yo creo que nuestro principito perderá la cabeza bastante pronto —indicó Mika divertida.

—¿Él? ¿Por qué?

No lo entendía.

—Para empezar, es un reconocido mujeriego —informó Marian en voz baja.

No me extrañaba con esa cara y ese cuerpo.

—¡Lo que nos faltaba!

Tuve que reírme entre dientes mientras Kate rodaba los ojos, divertida con nuestros comentarios.

—¿Bibian, tienes un minuto?

Me volví hacia ellos y observé al hechicero sorprendiéndome de lo atractivo que era de cerca. Era más bajo y delgado que Asier, que medía casi un metro noventa. Tenía los ojos de un azul muy oscuro, grandes y expresivos de mirada intensa. Llevaba una barba corta de un color más oscuro que el pelo, pelirrojos ambos, que no le tapaba por completo una cicatriz que le bajaba por debajo de la barbilla hasta que se perdía bajo los botones del jersey negro que llevaba puesto. Me pregunté cómo se la habría hecho.

Una boca de labios carnosos, completaban una cara bastante agradable de mirar. Vestía con pantalones negros de algo parecido a la piel y jersey de algodón también negro.

No disimulaba su apariencia oscura y misteriosa; ya sabía el efecto que causaba en las mujeres.

Asier debió sentir mi escrutinio porque entrecerró los ojos mientras me miraba con intensidad.

¡Oh, mierda con el vínculo!

Le sonreí con inocencia, cosa que no debió creerse en absoluto porque apretó la mandíbula y pude ver la amenaza en sus ojos, avisándome de que más tarde hablaría conmigo.

¡Asier en estado puro!

—Quiero presentarte a Walter Clawn, es un hechicero que te ayudará con tu entrenamiento.

¡A la mierda el Sir! Mi pareja quiso dejarle claro que no estaba ni estaría por encima de nadie. No reconocería ninguna diferencia social entre nosotros. Eso era lo que más me gustaba de él. Con lo mucho que odiaba a las brujas cuando nos conocimos, ahora trataba a todo el

mundo de la misma manera. Estaba segura de que al carcamal de Theodore Grant se lo llevarían los demonios si no conseguía que él lo tratase con la distinción que, estaba segura, el hechicero pensaba que merecía.

—Encantado de conocer a la Bruja de Fuego.

Para mi sorpresa, me besó el dorso de la mano cuando se la tendí para estrechársela.

Asier gruñó en respuesta, cosa que el inglés ignoró por completo. Lo que decía de él que, o era más tonto de lo que parecía, o más valiente. Pero fuera lo que fuera, yo tenía claro que Asier se lo dejaría muy claro más pronto que tarde.

—Espero que no tengas demasiadas expectativas puestas en mí. Apenas puedo encontrar el fuego la mayoría de las veces. Mucho menos manejarlo a mi voluntad.

—Como puedes comprobar *mi mujer* es muy modesta y suele exigirse demasiado a sí misma.

Supongo que a ninguno de los tres nos pasó desapercibido el énfasis que puso en las palabras «mi mujer».

—Como ocurre con todos los poderes, hay que aprender a manejarlos, Bibian. Sobre todo, uno tan poderoso como el tuyo, que encima no es innato en ti, sino que ha sido cedido. —Ante mi mirada de curiosidad, añadió—: Tu poder no es solo juntar dos elementos distintos —aclaró el brujo mirándome con esos intensos ojos azules—, si fuese eso, habría más brujas de fuego. Lo raro, es que eres el recipiente adecuado para abarcar tanto poder. No hay una bruja de fuego desde hace casi mil años.

¡Madre mía!

—No me siento tan poderosa.

No me daba vergüenza admitirlo, de hecho, prefería que todos supieran cómo me sentía para que nadie pensara cosas que no eran.

—Creo que te infravaloras, querida.

Otro gruñido. No hace falta decir de quién, ¿verdad?

—Bien, ¿cuándo empezamos con el entrenamiento? Estoy dispuesta a aprender todo lo que quieras enseñarme.

La mirada asesina que Asier me lanzó casi me hizo soltar una carcajada. Casi. Conseguí evitarla justo a tiempo. Estaba claro que todo eso iba a ser un ejercicio de contención bastante importante para él.

—Me muero por empezar a trabajar contigo.

Mika sujetó a Asier, que estuvo a punto de lanzarse a la yugular del brujo. Rodé los ojos exasperada por su comportamiento.

¿Iba a ser siempre así?

Estaba claro que el brujo era un idiota que solo buscaba provocarlo y él era tan tonto que le entraba al trapo.

Sabía que Asier no iba a tener paciencia suficiente para aguantar tantas tonterías a diario.

—¿Podemos empezar ahora? Necesito comprobar el control que tienes de tu poder, ¿sí? —Asentí como respuesta—. Bien.

Se acercó a mí casi rozándome y me cogió las manos con suavidad. Lo miré desconcertada. Podía oler su perfume y ver las motitas doradas del fondo de sus ojos, pero no quería tenerlo tan cerca. Me sonrió divertido y supe que disfrutaba haciendo sufrir a Asier y me cayó peor de lo que ya lo hacía. Supuse que debía saber lo protectores y posesivos que eran los ángeles con sus parejas.

—Quiero que busques tu poder y saques apenas una pequeña llama —dijo mirándome con atención. Calibré el espacio que nos separaba y supe que lo iba a tener muy difícil. No controlaba mi poder para garantizar que no saliese chamuscado al estar tan cerca—. Igual de pequeña que la llama de una vela o de un mechero —aclaró con amabilidad—, no queremos que chamusques a nadie.

—¿Qué te hace pensar que me importa chamuscar a un brujo pomposo? De hecho, estoy segura de que saldrás bastante perjudicado si no te apartas un poco más.

Esperaba que entendiera la indirecta que le estaba mandando. Pude oír a todos los ángeles reírse bajito detrás de mí.

La risa ronca de Asier me produjo un intenso placer. Me gustaba oírlo reír. Era algo muy raro en él y su risa siempre me arrancaba una sonrisa. ¡Joder, haría lo que fuera por escucharlo reírse así más a menudo! No quise contener las ganas que me entraron de besarlo, así que me acerqué a él con lentitud y le sonreí mientras me enarcaba una ceja con escepticismo. Le cogí la cara para que se pusiera a mi altura y le di un suave beso en los labios. Suspiró en mi boca y el desasosiego que había sentido en nuestro vínculo se calmó de repente.

—Esperad, esperad, ¿qué me he perdido? ¡Idos a una habitación! —Gritaba Martin mientras se acercaba volando hacia nosotros.

—¿Alguien se había extrañado de que no hubiese aparecido todavía? —soltó Mika divertida, mirando a Martin cuando llegó a nosotros.

Aquel día vestía de un color verde hoja que resaltaba bastante el color naranja de su pelo.

Tengo que decir a favor de Walter que no dijo una palabra sobre Martin, al que miró con una intensidad que despertó mis alarmas, por lo que estaba claro que sabía bien quién era. Eso me hizo detestarlo un poco más.

—Van a enseñar a Bibian a controlar su poder —explicó Asier sin apartar sus ojos azules del hechicero. Yo me acerqué de nuevo a Walter, que había vuelto a cogerme una mano para empezar con el entrenamiento.

—¿Vas a achicharrar a ese hechicero, Bibian? Pobre.

Todos nos reímos de las palabras de Martin.

Walter debió pensárselo mejor al oírlo, porque dio un paso atrás.

—Vamos a intentarlo de otra manera. Acérquese a ella, capitán.

«¿Qué? ¡No, no no!»

—¿Dónde quieres que me ponga? —No lo dudó un segundo.

Su plena confianza en mí me abrumaba.

—Lo más cerca posible.

Asier se paró a centímetros de mi cuerpo y me miró con una sonrisa en los labios.

—¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco?

—Bibian, ahora encienda esa pequeña llama. Estoy seguro de que le dolerá más quemar a su pareja ¿no?

Odié la sonrisa de su cara.

¡Idiota!

—Esto no tiene ninguna gracia.

—Rodéela con las alas, capitán.

Lo hizo, y de repente estuve rodeada de sus esponjosas alas y del impresionante cuerpo de mi pareja. Su olor me inundaba las fosas nasales y me transportaban a otros momentos en nuestra habitación.

¡Qué bien olía, por Dios!

Le miré los labios sintiendo unas intensas ganas de morderlos y lamerlos con lentitud.

Debió sentirlo, porque me miró con intensidad.

—Bibian, no es el momento —susurró.

Yo no podía contener la oleada de deseo que sentí en ese momento al tenerlo tan cerca.

Gruñó en voz baja.

—No quiero hacer esto. No quiero hacerte daño. —Casi lloriquee angustiada.

Me acarició la mejilla con ternura.

—Mi confianza en ti es completa, ya lo sabes. Solo recuerda lo mucho que me gustan mis alas… y a ti también.

—Por favor, no me digas eso.

—Espera, Bib, espera. —Martin revoloteo y se coló entre nosotros para darle un beso a Asier en la mejilla, haciendo que todos rompieran a reír a carcajadas—. Quiero despedirme del capitán por si lo chamuscas demasiado. No me mires así —me dijo sin inmutarse—, yo te quiero mucho, pero él va a dar su vida sin necesidad.

—¿Cómo quieres que te mire? —Casi grité.

—No vuelvas a babearme —le soltó Asier fingiendo estar enfadado y movió sus enormes alas para intentar alejarlo de nosotros—, haz el favor de dejar que se concentre y no nos molestes.

Y así empezó mi entrenamiento.



ASIER

El entrenamiento había ido bastante mejor de lo que pensábamos. Mi hermano Miguel seguía con Nathaniel de patrulla por la ciudad mientras que Mika y Anthony eran los encargados del entrenamiento de las brujas, y era consciente de que las quejas y las risas no les faltaban durante el día.

Sabía que todas estaban muy comprometidas con el entrenamiento, pero a Bibian le estaba costando mucho hacerse a la idea de todo lo que se le venía encima, por lo que prefería que no se agobiase demasiado y se lo tomase con algo de calma. Cuando los demonios aparecieran de una vez por todas, sería hora de tomarse las cosas con más seriedad.

Debía reconocer que el hechicero de los cojones había conseguido que Bibian manejase su magia de fuego mucho mejor de lo que ella misma esperaba.

No me gustaba Walter Clawn, pero reconocía que no tener ni una gota de magia me limitaba por completo para darle un puñetero consejo a mi mujer sobre cómo proceder con la suya.

Nos haríamos cargo de su entrenamiento completo hasta conseguir hacerla una aguerrida guerrera. Y tendríamos que aguantar a ese idiota pomposo para que mi mujer aprendiese a usar todo su potencial.

Sabía que a ella no le gustaba demasiado y no había dudado en hacérselo ver, pero, aun así, tenerlo todo el día soltándole indirectas era muy agotador para todos y supuse que al final debía tener unas palabras con él.

No quería hacerlo. No quería que Bibian pensase que era un hombre controlador y posesivo, de verdad que no, pero no estaba dispuesto a aguantar esa falta de respeto hacia mi mujer.

Miré el lateral de mis alas y torcí el gesto al ver algunas plumas

chamuscadas. Recordé las risas de todos cuando al final casi salieron ardiendo al completo ante la consternación de Bibian. No había podido convencerla de que no me había hecho ningún daño más allá de mi ego al ver mis plumas así.

Me preocupé al ver que no bajaba a cenar cuando la había dejado a punto de meterse en la ducha, así que subí a ver qué pasaba por esa loca cabecita suya.

No veía con claridad las señales que me llegaban a través del vínculo y no me esperaba para nada encontrármela sentada en la cama con la mirada perdida en sus pensamientos y con una escueta toalla liada a su cuerpo aún mojado.

Mi polla palpitó bajo el pantalón del traje, como cada vez que la veía escasa de ropa, bueno, que la miraba en general, llevase ropa o no.

No supe muy bien lo que le sucedía, así que le hablé desde la puerta para no asustarla.

—Bibian, ¿va todo bien?

Me miró sobresaltada.

—Márchate.

Parpadeé sorprendido porque de ninguna manera me esperaba que estuviese enfadada y al parecer era el culpable de lo que fuera que le sucedía.

—¿Qué ocurre?

—No sé, dímelo tú.

Pensé qué había podido hacer o decirle para que estuviese tan hundida y furiosa a la vez. Esperaba que no fuese por lo que había pasado esa tarde, pero algo me decía que eso era el verdadero trasfondo de su mal humor.

Me acerqué a ella y sus ojos de dos colores brillaron furiosos. Era algo verdaderamente increíble de ver.

—Me encantaría saber todo lo que te pasa por esa loca cabecita tuya, nena. Pero, por desgracia, muchas cosas se me escapan y vas a tener que contármelas tú.

No parecía haberse aplacado por mis palabras y lo intenté de nuevo de manera directa esta vez.

—¿Qué te ocurre?

—No voy a permitir que pongas tu vida en peligro, ¿me oyes?

Comenzó a darme con la punta del dedo en mi pecho para llamar dar más énfasis a sus palabras.

—Bibian, tengo plena confianza en ti, te lo dije allí fuera y te lo repetiré las veces que hagan falta.

Y era verdad. Lo que consiguió hacer esa tarde era muestra del enorme poder que tenía, aunque se negara a creérselo todavía.

—¿Confianza en mí? —bufó—. ¿Para hacerte esto?

Tocó el lateral de mis alas donde aún se notaban un poco las que se quemaron cuando la llama se le descontroló, cosa que era bastante normal a mi parecer.

—No me duele. —Ante su cara de mosqueo añadí consternado para no empeorar su sentimiento de culpa—. Casi nada. No seas exagerada.

Acaricié su mejilla y me perdí en la profundidad de sus ojos donde podía ver el miedo en ellos. Y algo más…

—Todo saldrá bien, cariño, no voy a dejarte sola ni un solo segundo. Juntos siempre, ¿recuerdas?

—Estoy aterrada.

La abracé con fuerza y escondió la cara en mi cuello para inhalar profundamente mi olor. De inmediato deseé tumbarla en la cama y pasarme la noche haciéndole el amor hasta que en su cabeza no quedara ninguna duda de mi deseo y mi amor por ella.

—Lo sé, y sabes que puedes con esto y con todo lo que está por venir.

—No me dejes nunca, ¿vale?

—Jamás. Para toda la eternidad, ¿recuerdas?

Posó sus labios con suavidad en los míos. Una vez, dos… A la tercera vez le sujeté la cara y me abalancé sobre su boca para besarla como deseaba hacerlo durante todo el día, o como deseaba hacerlo siempre que la veía en cualquier sitio o incluso cuando solo pensaba en ella. No me cansaba de desearla a todas horas y que a ella le pasase lo mismo me llenaba de un orgullo masculino difícil de ignorar.

—Si vuelvo a verte mirar a Walter de la manera que lo has mirado hoy, no dudaré en traerte a esta habitación y recordarte quién es tu pareja.

Ella se río divertida mientras comencé a mordisquearle el cuello y a lamérselo con lentitud, lo que la hizo gemir y pegarse más a mí.

—Nadie te va a follar como yo, lo sabes, ¿verdad?

Me froté contra su sexo con fuerza para que notara mi erección y eso la hizo gemir más alto.

—Eres un arrogante.

—Lo sé y tú eres mi pareja y él es un idiota —se rio.

Me desabrochó el botón del pantalón y me los bajó junto con la ropa interior incluida. Sujetó mi polla ya erecta con la mano y comenzó a pajearme con fuerza.

—Lo es —Aceleró el movimiento de la mano arrancándome un gemido. Balanceé mis caderas para tener mejor fricción con su mano —, yo solo te deseo a ti.

—Eso espero. Para que no se te olvide, voy a follarte duro para que mañana me recuerdes cada vez que te muevas.

Ella me mordió el cuello con fuerza.

¡Joder!

Estuve a punto de correrme en su mano, que no dejaba de moverla de arriba abajo con ímpetu.

—Bien, eso espero.

La alcé en brazos y la tumbé sobre la cama agradeciendo que solo llevaba la toalla.

—Me encanta que los dos pensemos lo mismo.



BIBIAN

Despertar entre sus brazos era lo mejor del día con diferencia.

Solía abrazarse a mi espalda y pegarse a mi cuerpo como si temiera que me escabullera durante la noche. Sus manos grandes y fuertes me sujetaban por el vientre pegándome a su sexo en semi erección.

«¿Es que este hombre no se cansaba nunca de practicar sexo?»

Era un Dios griego con una energía sexual inagotable y yo no podía estar más enganchada a los polvos que echábamos.

Me bastaba con mirar sus ojos azules y esa sonrisa de perdonavidas para calentarme como una tetera puesta al fuego.

Me solté de sus brazos con cuidado de no despertarlo y me giré en la cama hasta colocarme frente a él, que se movió en sueños y se colocó boca arriba, con un suspiro, sin despertarse.

Deseé darle un despertar memorable y me relamí los labios mirando que siguiese dormido antes de decidirme a hacer lo que se me había ocurrido.

Me desplacé por la cama con cuidado y me senté junto a su cadera. Me incliné y besé la punta de su polla, que palpitó bajo mis labios, pero no se despertó… todavía.

Saqué la lengua y la pasé desde el tronco hasta llegar a los testículos que comencé a lamer con glotonería.

Asier gruñó en respuesta y la polla comenzó a hincharse con rapidez. Cuando me la intenté meter en la boca para comenzar a lamerla, sus manos me sujetaron la cabeza para marcarme el ritmo que le gustaba.

—Buenos días, brujita. ¿Estás aprovechándote de un pobre angelito indefenso?

Tuve que reírme por sus palabras, pero no pensaba soltar a mi presa. Le mordisqueé el glande con cuidado, haciéndolo sisear con fuerza.

—Ponte el tope que voy a follarte esa boca pecaminosa que tienes y voy a dejarte mi sabor impreso para que me recuerdes todo el día.

Comenzó a bombear en mi boca, primero con cuidado, marcando un ritmo que sabía que no me daría náuseas.

—Luego voy a follarte como sabes que me gusta y que a ti te vuelve loca. Cuando empieces en los entrenamientos, no habrá nadie que no sepa que tu pareja te a follado a conciencia.

No pude contestarle, obviamente, solo aceleré mi ritmo haciendo que Asier cerrase los ojos y echase la cabeza hacia atrás rugiendo de placer. Su polla se terminó de hinchar en mi boca sabiendo que estaba a punto de correrse.

Estaba desnuda, pero podía sentir mi entrepierna mojada de lo caliente que me tenía. Sí, follar con Asier era garantía de salir tremendamente satisfecha sexualmente. Era un puto dios del sexo y él lo sabía.

Y yo estaba encantada de ser la dueña de sus atenciones.

—Voy a correrme, Bib —gimió mirándome con sus ojos oscurecidos por el deseo. Habían pasado a un azul muy oscuro como le pasaba siempre que se dejaba llevar por la pasión. El brillo rojo de sus pupilas me indicó que estaba a punto de perder el control.

Aceleré mi ritmo con la mano que acompañaba mi boca y lo sentí derramarse en mi garganta, espeso y caliente mientras gruñía con fuerza al correrse.

Dejé de lamerle cuando comenzó a desinflarse, bebiéndome todo su semen sin derramar una gota.

—Ahora voy a follarte fuerte y duro hasta volverte loca.

«¡Sí, por favor!»

Me ayudó a incorporarme y me besó saboreando mis labios con lentitud, haciendo que mi sexo palpitase de manera dolorosa.

Me tumbó bocabajo en la cama y me entregó una almohada, como solía hacer para sacarme el culo hacia fuera.

Sabía que esa postura lo hacía perder el control por completo y eso me ponía más cachonda todavía.

Era un hombre temperamental y posesivo en todos los aspectos de su vida, pero en el sexo se multiplicaba por dos su lado dominante haciendo que follar con él fuese una experiencia memorable y casi religiosa.

Dudaba mucho de que a él le gustara que lo comparara con tener una experiencia religiosa, pero era lo más parecido a tocar el cielo con las manos.

—Seguro que estás lista. —Me metió una mano entre las piernas y pasó sus dedos por mi coño mojado—. Sí, lo que me suponía. Siempre lista para mí.

—Necesito que me folles ya. —Casi gruñí de impaciencia.

—Siempre tan exigente.

Se tumbó sobre mí y me mordió el cuello con fuerza haciéndome gemir mientras lo sentía colocarse en la entrada de mi vagina.

—Eres mía para toda la eternidad, Bib. —Comenzó a penetrarme empujando con decisión. Sentirlo adentrarse en mi vagina me hizo gemir con fuerza—. No lo olvides nunca. Dímelo —Se coló por entero, lo que me hizo gemir más alto. Él gruñó de placer en mi oído—. Dímelo, Bibian.

—Soy tuya. Tuya por completo.

Y lo curioso es que era verdad. Jamás había sentido por nadie los sentimientos que tenía por él. Tan intensos que a veces me asustaban.

—Bien —Me abrazó con fuerza antes de empezar a moverse a mi espalda—, voy a asegurarme de que jamás se te olvide.

Y eso hizo.

—Dejaremos que Bibian se recupere de los golpes en la espalda, ya que parece no aprende a caer. —Iba a quejarme por la ofensa, pero lo pensé mejor. Mi espalda necesitaba un respiro; me dolía tanto que había pensado en tirarme al suelo y ponerme a llorar directamente. Nunca nada me había dolido tanto como me dolía la espalda ese día —. Hoy aprenderemos a lanzar cuchillos —nos indicó Anthony con seriedad.

Siempre parecía estar enfadado. Nunca cambiaba la expresión de su cara, o casi nunca. Me preguntaba a menudo qué cosas le gustaban, porque en el tiempo que pasábamos juntos en la casa no lo veía reírse ni disfrutar con nada. Ni siquiera lo había visto nunca con una mujer.

—¡Qué guay!

Le sonreí a Kate porque pensaba justo lo mismo.

—Sigo pensando que la mejor arma de las brujas y de las mujeres en particular es el veneno, pero va a ser algo lento en una lucha cuerpo a cuerpo —nos dijo Anthony repartiendo los cuchillos.

¿Eso era una broma?

—Te codeas con la bruja de tierra más poderosa que existe —le recordó Marian ofendida—, yo de ti no intentaría ofender tan alegremente.

—Bibian es mi hermana de sangre. Ella está al margen de mis comentarios —le replicó él, parándose a su lado para observarla con suficiencia.

—Vaya, gracias, Anthony. —le soltó Kate dolida y él se acercó a abrazarla con ternura.

—Tú eres la pareja de Miguel, tampoco cuentas.

—¿Entonces lo estás diciendo por mí? Puedo acabar contigo con los

ojos cerrados, pedazo de idiota.

No supe por qué, pero estaba claro que Anthony disfrutaba molestando a la hechicera. Nunca había sido tan desconsiderado con nadie. Era frío y despegado en el trato con los demás, pero nunca había sido ofensivo a propósito.

—Dejad de quejaros y atended.

Todas nos pusimos a su alrededor mientras nos daba las dagas que pesaban menos de lo que me imaginaba.

Mika colocó un muñeco como blanco humano al fondo del patio, a unos veinte metros o así.

—Hasta que estéis preparadas, y ahora no lo estáis, tenéis que evitar luchar cuerpo a cuerpo con nadie. Con demonios ni os lo planteéis. Estaréis muertas antes de pestañear.

Todas bufamos sin querer creernos su poca fe en nosotras

—Intentad, siempre que podáis, luchar a distancia. Por eso vamos a aprender a lanzar las dagas. ¿Quién quiere empezar?

Que éramos un completo desastre no hacía falta que nadie nos lo dijera porque podíamos comprobarlo a simple vista.

La daga de Kate chocó en la pared al lado del blanco.

La de Marian igual y la mía directamente se quedó corta y cayó al suelo a bastantes metros del muñeco.

Anthony se pasó las manos por el pelo con frustración. Era tan divertido verlo así que me hubiese reído si no fuese tan vergonzoso para nosotras.

—¿Esto es todo lo que podéis hacer? Estáis muertas. Os lo digo de antemano. Haced flexiones en el suelo, ya.

Si había algo en el mundo que odiaba más que correr, eran las flexiones.

—Venga ya, esto es muy cansado.

Ignoró mi queja por completo.

—Si no fortalecéis vuestros brazos con rapidez no podréis luchar en ningún sitio. Eso lo entendéis ¿verdad?

Tenía razón, pero me gustaría poder fortalecer mi cuerpo de otra manera.

Después de lo que me parecían horas haciendo ejercicios físicos otra vez, lo convencimos para que nos pusiera el blanco más cerca, a la mitad de distancia o así.

—No podéis ser mujercitas tan endebles, Bib. Hasta yo puedo lanzar dagas a esa distancia.

Todos miramos a Martin, que había permanecido en silencio toda la mañana, cosa muy rara en él.

—Toma, listo.

Ya estaba harta de que nos criticaran sin cesar durante toda la mañana, así que le entregué mi daga, que era casi tan grande como él

y pensaba que no podría ni sujetarla, pero me equivoqué. Siempre me sorprendía.

La cogió con facilidad mientras seguía revoloteando sin problemas y la lanzó a una velocidad asombrosa clavándola en la cabeza del muñeco.

—Hasta yo puedo hacerlo —proclamó con orgullo—, así que moveos y entrenad hasta que seáis capaces de patearles los culos a todos los demonios que nos encontremos por ahí.

Eso es lo que hicimos durante el resto del día.

Nos había dejado claro que teníamos que ponernos las pilas si queríamos sobrevivir a lo que se nos avecinaba.



BIBIAN

Por las noches acababa molida. Tantas horas entrenando e intentando aprender a manejar mi magia me estaba comenzando a pasar factura.

Durante toda esa semana no se supo nada de los demonios y eso nos hacía respirar un poco más tranquilos. Pero, incluso así, por las noches terminaba rendida.

Me acababa de meter en la bañera para intentar aliviar el dolor de espalda que esa noche ya era insoportable. Esperaba que el agua caliente me ayudara a relajarme.

Asier entró en el cuarto de baño cuando me apoyaba en el borde de la bañera y vio mi gesto de dolor. Mi piel se erizó al sentirlo cerca, como cada vez que entraba en un lugar y mis sentidos se agudizaban y el vínculo que nos unía comenzaba a vibrar con fuerza. Como un latido de un corazón de alguien que acababa de recorrer una larga distancia.

—¿Qué te ocurre?

¡Ya podía arder Troya!

—Nada, tengo mi espalda un poco dolorida por los entrenamientos, eso es todo. —No quise darle más importancia. Tenía asumido que, hasta que aprendiera a luchar, mi cuerpo estaría dolorido por tantos golpes y caídas. Aprender a caer bien no era mi especialidad, pero sí era culpa mía.

—Le dije a Anthony que no se extralimitara.

Su tono de reproche no me pasó inadvertido. Me empezaba a acostumbrar a la manera tan fiera que tenía de defenderme y de anteponer mi bienestar por encima de todo lo demás.

—Lo sé, pero tenemos que fortalecernos poco a poco.

El gesto de girarme hacia la pared para coger el gel de baño me arrancó un gemido que lo terminó de poner sobre aviso.

—Sal de la bañera y déjame echar un vistazo, cariño.

Me tendió la mano y me obligué a no salir corriendo para lanzarme a sus brazos.

—Espera a que termine de bañarme, que se me enfriará el agua.

No iba a hacer lo que me ordenaba cada vez que me pedía algo. Era demasiado exigente y estaba muy acostumbrado a salirse con la suya. Mi espalda no iba a irse a ninguna parte para que no pudiese esperar un poco para verla. Tampoco era tan grave. Supuse que tendría algunas rozaduras o hematomas por el montón de caídas de esa semana. Al parecer era completamente nula en algunas cosas.

Esperó inquieto a que acabara y terminó dándome la mano para ayudarme a salir del agua.

¡Qué ángel más impaciente, por Dios!

Se quedó a mi espalda y lo oí gruñir en voz baja. Sentí su furia antes de que hablara.

—¡Me cago en la puta! ¡Lo voy a matar!

Joder, ¡qué susto!

«¿Qué pasa? ¿Qué me ha salido en la espalda?»

—¿Qué pasa Asier?

Le cogí la mano preocupada para que no se fuese sin contestarme, pero estaba claro que pensaba salir a matar a alguien por la intensa furia que mostraba su cara y podía sentir por nuestro vínculo.

—¿Que qué pasa? —Estaba tan enfadado que apretaba los dientes con fuerza y sus ojos brillaban como dos brasas encendidas. ¡Mal asunto!—. Tu espalda está azul, Bibian, eso pasa. Por eso te duele tanto. ¡¿En qué coño estaba pensando Anthony?! ¡Joder!

Salí de la bañera desnuda e intenté sujetarlo, no podía permitir que pelease con su hermano por algo que había sido culpa mía. Se soltó de mí viendo mis intenciones.

—No es culpa suya —le dije con rapidez—, ha intentado explicarme hasta la extenuación la manera de poner la espalda para que no me haga daño al caer y está visto que soy nula para eso. Por favor, no pelees con él por esto.

—Voy a matarlo.

Salió de la habitación rugiendo el nombre de su hermano. A continuación, un silencio absoluto se creó en la casa y luego un montón de gritos y voces en el salón.

«¡Oh, mierda! ¡Pobre Anthony!»

Me puse el albornoz y salí al pasillo descalza corriendo escaleras abajo. Me encontré a Asier sujetando por el cuello a su hermano mientras lo empujaba contra la pared y lo sostenía a un metro del suelo.

Que Anthony no hiciera absolutamente nada por defenderse era lo peor de todo.

—¿En qué coño estabas pensando? —le gritó a la cara—. Ella es una

bruja, ¿recuerdas? No es una guerrera y no es uno de nosotros. No tiene alas que le protegen la espalda de las caídas.

—Solo intento que aprenda a defenderse y te recuerdo que tú mismo me lo pediste —le soltó su hermano sin ningún temor, al parecer no era la primera vez que perdía los nervios con alguno de ellos.

Me alegré un poco de que al parecer no pensaba golpearlo. Sabía lo mucho que respetaba y quería a todos sus hermanos y no me podía perdonar que les hiciera daño por mi culpa.

—Suéltalo, ya te he dicho que es culpa mía.

Intenté meterme entre ellos para separarlos, pero Mika me sujetó negando con la cabeza. Estaba claro que cuando Asier perdía los papeles con sus hermanos era mejor dejarlos solos.

—Tú no te metas en esto —ladró sin apenas mirarme.

—Si Bibian me hubiese dicho lo que le pasaba en la espalda le hubiese dado un respiro. No tenía ni idea de lo mal que la tenía. —Me miró consternado—. Lo siento, Bib. Debí darme cuenta de que te habías hecho daño.

Asier pareció relajarse un poco y darse por vencido, ya que soltó a su hermano sin decirle nada más.

—Bien, si ya está todo aclarado, ¿cenamos? ¿Y tú qué haces en albornoz?

Miré a Martin dolida por chivarse de algo de lo que Asier parecía no haberse dado cuenta todavía. Le bastó mirar mis piernas desnudas y mi cuerpo aún mojado para gruñirme esta vez a mí, apretar los dientes de nuevo e indicarme con el dedo que subiera a vestirme de inmediato. Subí sin decir nada. Pensé que no hacía falta mosquearlo más por esa noche.

Subí a mi habitación, me vestí para volver a bajar ante la enojada mirada de Asier, que seguía enfadado vete tú a saber por qué. No pensaba preguntarle, bajamos juntos a cenar y estuvimos charlando de los adelantos que habían hecho buscando el dichoso portal en los libros de la Torre Oscura y de cómo habíamos avanzado con los puñales. Resultaba que yo tenía bastante buena puntería lanzando puñales en las distancias cortas, algo era algo.

El buen rollo se cortó de golpe cuando Asier recibió una llamada de Miguel; habían encontrado dos brujas muertas junto al río.

Al parecer los demonios acababan de aparecer.



BIBIAN

Había una gran diferencia entre las sesiones de entrenamiento en el que no había ningún tipo de riesgo ni peligro inmediato, y estar allí, en la calle, en plena noche, mirando lo que al parecer habían sido dos brujas en algún momento anterior y que ahora eran poco más que dos cascarones vacíos. Como esas momias que salían en la tele chupadas y resecas sin nada más que piel encogida.

—¿Por qué huele a huevos podridos?

Todos miramos a Martin, que por supuesto se había apuntado a lo que él había llamado la primera aventura nocturna que no se pensaba perder por nada del mundo. Como todos sabíamos que tenía magia y nadie sabía cuán poderoso era su poder, lo dejaron acompañarnos sin demasiadas quejas.

Olimos todos con curiosidad como perros olfateando la comida, dándonos cuenta de que, efectivamente, olía a huevos podridos.

—Los demonios huelen así —contestó Asier sin mirar a nadie en particular. Estaba examinando a los dos cadáveres con Walter arrodillado a su lado haciéndole algunas indicaciones de vez en cuando sobre el cuerpo. El hechicero se había unido a nosotros en el lugar de los asesinatos. Al parecer a ellos también los habían avisado de que habían aparecido las brujas muertas.

—No perdáis de vista el perímetro —nos indicó Anthony, escudriñando los alrededores.

Su rostro concentrado y alerta me ponía más nerviosa de lo que ya estaba.

—Recordad que lleváis las dagas y que debéis evitar el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Ellos se defenderán con sus garras, que son como las de un oso para que os hagáis a una idea, y sus dientes están afilados. Todos ellos. Así que intentad que no os agarren y, sobre todo, que no os muerdan o podéis perder una mano de un

solo mordisco.

¿En serio?

Las palabras de Mika me terminaron de poner más nerviosa todavía.

—Si se supone que ya han estado aquí —dije, señalando el cuerpo de las dos brujas—, ¿por qué iban a volver?

—Es una clara llamada de atención. —Asier se levantó y se colocó a mi lado, mirándome con sus ojos azules llenos de preocupación—. Las han dejado aquí para que salgamos de casa.

No me gustó la mirada preocupada que me lanzó.

—Han dejado los cuerpos como señuelo —añadió Walter, centrando sus ojos azules en mí—. Es posible que nos estén esperando. O, en este caso, a ti.

—¿A mí por qué? —No pude evitar mi tono preocupado. No entendía bien por qué un grupo de demonios iban a quererme precisamente a mí.

—Porque tú eres la que cumple la profecía, Bibian. Seguramente sea a ti a quien buscan.

¡Oh, mierda! Me entraron unas ganas histéricas de empezar a reír. ¿Desde cuándo mi vida era importante para nada más que mantener a mi hermana y a mi amiga a salvo?

—¿Me estáis diciendo que los demonios me quieren a mí? —¿Era una puta broma?

—Claro, eres la única que puede romper la profecía y cerrar el portal que ellos mismos han abierto. Si acaban contigo, se acaba su amenaza. Es así de simple. Tú eres su verdadera enemiga.

«¡Madre mía!»

Asier me tomó la mano para darme ánimos, supuse que supo por el vínculo cómo me sentía en ese momento.

—¿Así de simple?

Odié la voz de pito que me salió. ¿De verdad era así de ridícula?

Nunca había sido una mujer valiente, o no especialmente valiente. Sobre todo, al saber que tenía una horda de demonios persiguiéndome para acabar con mi vida y romper la profecía que todo el mundo conocía y nadie esperaba que se cumpliera. Mucho menos yo.

—Bibian, ningún demonio pondrá sus manos sobre ti, ya lo sabes. No voy a permitirlo. —Asier, por supuesto, siempre era el que intentaba reconfortar con sus palabras.

—Vienen demonios por allí —señaló Martin con su voz chillona.

Todos nos pusimos en tensión. Yo forcé la vista intentando ver u oír algo. Nada. Todo seguía en un tenso silencio.

—Son unos diez, más o menos. —Martin no dejaba de mirar el lugar por donde se suponía que estaban los demonios y que al parecer solo él podía percibir.

—¡Oh! ¡Dios mío!

De repente yo también los vi venir hacia nosotros.

—¿Podemos huir? —preguntó Mika a Asier, que también los observaba sin apartar la mirada.

—Demasiado tarde —aclaró a su hermana—, vayamos donde vayamos, nos seguirán. Tendremos que enfrentarnos a ellos.

No sabía qué íbamos a encontrarnos ni cómo serían. Podía sentir la tensión del grupo mientras esperábamos a que se acercaran. Llegaron siete y, para mi sorpresa, físicamente eran hombres y mujeres normales y corrientes, lo único que los diferenciaba era que tenían los ojos de un negro profundo antinatural y sin vida. Sin distinción entre iris y pupilas. Como pozo sin fondo que me daba muy mal rollo mirar.

—Recordad que debéis evitar el cuerpo a cuerpo.

Asier sacó sus espadas de la espalda y echó a correr hacia los demonios mientras se me encogía el corazón de preocupación. Me latía tan rápido que pensé que me iba a dar un infarto de un momento a otro. Me obligué a respirar con calma para intentar calmarme.

—Intenta controlar tus miedos. —Mika me tocó el brazo para que le prestase atención—. Si te dejas llevar por el pánico Asier lo sentirá por el vínculo y se descentrará si se tiene que preocupar también por ti.

Asentí con rapidez. Por supuesto que entendía que debía aprender a defenderme sola y no salir corriendo a la espera de que me salvase mi pareja, por muy ángel vengador que fuera.

—Bibian, ponte junto a mí —me dijo Walter, que no parecía excesivamente preocupado.

—Kate conmigo —añadió Miguel.

—Marian, tú conmigo —dijo Anthony preparando sus cuchillos mientras veía a los demonios acercarse.

De esa manera se aseguraban de que las brujas no nos encontráramos luchando solas con los demonios.

Veía cómo Asier iba cortando cabezas de un demonio tras otro según se iban acercando. Algunos demonios lo rodearon y se alejaron de su lado para seguir avanzando hacia nosotros. Tenía la impresión de que me miraban todos a mí, con esos ojos negros tan espeluznantes.

—Recuerda lanzar las dagas cuando los tengas a tiro, no antes, y evita el cuerpo a cuerpo —me recordó Walter sacando su espada y su varita.

Yo también tenía una, de hecho, todas las brujas teníamos una, pero como apenas habíamos entrenado con ellas, era casi mejor que nos olvidáramos de intentar utilizarlas o podíamos herirnos por accidente.

Vi a Walter mover las manos e invocar algo en voz baja. Una tormenta de intensos nubarrones negros se formó con rapidez sobre nosotros. Unos rayos comenzaron a caer sobre nuestras cabezas atravesando a los demonios que comenzaron a explotar en pedazos,

llenando el aire de ozono y de ese olor a huevos podridos haciendo que el aire fuese casi irrespirable.

Los demonios que quedaban no se detuvieron, por el rabillo del ojo vi a Martin formar un vendaval que alejaba a los demonios y los lanzaba con fuerza contra la pared del fondo, donde Mika los esperaba para cortarles la cabeza con su espada de un modo rápido y limpio.

¡Vaya con el duende enano!

—¡Si encuentras tu magia va a ser hora de que la utilices, Bibian!

Oí las palabras de Walter y, aunque sabía que tenía razón, que me metiera prisa no era lo mejor en estos momentos.

Unos cinco demonios se dirigían hacia nosotros con rapidez. Busqué mi magia en mi interior, pero empezaba a estar cada vez más nerviosa.

¡Iban a pillarme y no iba a poder hacer nada, joder!

Lancé una de mis dagas, que se clavó en el cuello de un demonio explotando y convirtiéndose en polvo en un segundo.

Mi segundo puñal no dio a ninguno y tres de los demonios que aún quedaban en pie se acercaron cada vez más.

—Bibian. —Ni supe quién me llamaba.

Había encontrado un hilo de magia en mi interior del que no me había percatado antes y decidí tirar de él y lanzarlo. Para mi sorpresa congelé el agua de los charcos que había en el suelo y eso hizo reír a Martin.

Una risita histérica me invadió a mí también.

¿Había usado magia de agua? ¿La magia de agua que mi hermana me cedió?

—Céntrate, Bibian, el agua no va a detenerlos —gritó Martin, que parecía cansado de usar su magia.

—¡No me pongas más nerviosa, por favor! —grité para que se callase.

No detuve a los demonios con el hielo del suelo. Ya me hubiese gustado.

—Puedo oler la sangre de la bruja de fuego… La quiero para mí —le dijo un demonio a otro.

—Nos vamos a dar un banquete con ella —contestó una de los tres que casi tenía encima.

¡Oh, por favor, quería irme ya!

Miré a mi alrededor y vi que estábamos rodeados de demonios por todas partes. ¿De dónde mierda habían salido tantos? Los ángeles nos habían dejado a solas para poder marcar distancias y mantenerlos alejados de nosotros, pero iba a ser cuestión de tiempo que los superasen a ellos también. No podía permitir que el miedo me gobernase.

Era una bruja poderosa.

Respiré hondo y me centré en encontrar la magia de fuego en mi interior. Esa chispa que estaba siempre encendida a la altura de mi ombligo. La sujeté y la noté temblar en mis manos. Tiré de ella y cuando abrí los ojos vi la llama en mis dos manos. No sabía bien qué hacer con ellas. Había demasiados demonios y no quería hacerle daño a nadie; apenas podía controlar el fuego.

Decidí lanzar las llamas sobre los demonios que tenía justo delante.

El fuego comenzó a apoderarse de mí y aunque intentaba controlarlo, dudaba mucho que pudiera hacerlo.

Hice grandes esfuerzos por sacarlo de dentro de mí de manera controlada, pero ya no podía demorarlo más. Los tenía justo delante.

Dejé salir el fuego hacia ellos. Estaba tan asustada que dejé que las llamas que había en mi interior se desbordaran por completo. No oía nada excepto el sonido del fuego crepitando y dejé que emanase de mí, temiendo que no tuviera la fuerza suficiente como para acabar con los tres demonios que estaban a pocos metros de distancia.

Sentí que alguien me llamaba y me bastó con cerrar las manos para apagar las llamas.

Asier estaba parado a mi lado, mirándome con preocupación. No tenía fuerzas para preguntar cómo había ido, así que solo miré a mi alrededor para comprobar que no quedara nada de los demonios que me atacaban y que el resto de los ángeles habían acabado con los demás. Todos mis amigos estaban a salvo y me sonreían.

¡Gracias a Dios!

—¡Lo has hecho, Bibian!

Oía a mi pareja hablar desde muy lejos, porque lo siguiente que hice fue desmayarme mientras mi nariz comenzaba a sangrar de nuevo.



ASIER

El salón era una marabunta de voces exaltadas y gritos de júbilo por nuestra victoria.

Yo solo estaba pendiente de Bibian, que se había bebido el té revitalizante que le preparó Kate cuando se desmayó al quedarse sin energía como un coche sin gasolina, y se había acurrucado contra mi pecho queriendo evadirse del resto de los integrantes del grupo. Me hubiera gustado echarlos a todos y llevármela a mi habitación para poder mantenerla a salvo, pero sabía que a ella no le gustaba demasiado mi ansia de protegerla.

Así que todos habían decidido respetar su silencio y dejarla tranquila.

Estaba preocupado por ella. Porque en vez de querer estar celebrando nuestro primer triunfo en la lucha contra los demonios, estaba callada y cabizbaja. No conseguía leer con claridad lo que me transmitía desde el vínculo.

Solo se había encogido intentando meterse en mi propia piel, ocultaba su cara en el hueco de mi cuello y sus manos en mis axilas, casi en el nacimiento de mis alas, haciéndome gruñir de la impresión. Aunque debíamos quedarnos, decidí levantarme con ella en brazos y llevármela a nuestra habitación para poder hablar en privado.

—Nosotros nos retiramos ya, ¡buenas noches!

Un sinfín de «buenas noches» nos acompañaron hasta nuestra habitación y Bibian seguía sin despegarse de mi cuerpo.

Ya tendría tiempo de hablar con ella de lo que fuera que le pasara.

Sabía que matar en las batallas, aunque fuese al enemigo, podía suponer un trauma para algunas personas. Estaba dispuesto a llegar al fondo de todo ese asunto en cuanto la viera más recuperada, por si era eso lo que le sucedía.

La senté en la cama. Se había prendido la chimenea dando luz

suficiente para no tener que encender nada y poder verla.

—Voy a por una camiseta, ¿de acuerdo? —Asintió sin decir nada—, vuelvo ahora mismo.

Comencé a desnudarla y se dejó hacer sin que opusiera ninguna resistencia.

Al ver de nuevo su espalda llena de moratones me obligué a no perder el control y salir a partirle la cara a mi hermano, que era lo que de verdad necesitaba para calmarme.

—¿Dónde tienes el ungüento para ponerte en la espalda?

Me lo señaló con la mano sin apenas mirarme.

—Túmbate unos segundos mientras te lo pongo. Estarás más cómoda.

Seguía sin ofrecerme ninguna resistencia mientras le esparcía por la espalda una generosa cantidad de crema con olor a menta y eucalipto. Intenté no pensar en lo mucho que le había tenido que doler todos esos días sin decirle nada a nadie.

«¡Qué olor tan agradable!»

—Listo.

Le puse la camiseta y se tumbó de espaldas a mí esperando que me acostase con ella. Me desnudé en silencio, contemplando sus piernas torneadas y aguantándome las ganas de ponerlas sobre mis hombros que me estaban entrando de repente. Sabía que esa postura sexual le gustaba mucho.

Me sorprendí de lo poco receptiva que estaba esa noche, ya que jamás se había negado a una buena sesión de sexo.

Me tumbé tras ella y la abracé pegándola a mi cuerpo. Suspiró acurrucándose contra mí. Nos tapé a ambos con mis alas, pues sabía que ella se sentía a salvo cuando lo hacía y… por que sí, porque haría lo que fuera por hacerla feliz. Ya no soportaba más su silencio.

—Habla conmigo, Bibian. Por favor.

Me apretó las manos que tenía sobre su abdomen, pero negó con la cabeza. Sabía que las cosas que nos preocupaban solían verse de otra manera una vez que habíamos hablado de ello y estaba seguro de que hablarlo le podía hacer mucho bien.

—Solo estoy muy cansada.

Nuestro vínculo me decía que era cierto…, pero también sabía que me ocultaba algo de lo que no quería hablar conmigo… todavía.

La abracé con fuerza y la besé en el pelo, sintiendo cómo se relajaba en mis brazos.

—Duerme, pequeña brujita. Estoy aquí contigo.

La sentía removerse en sueños mientras gemía y se retorcía como si sufriera.

La agonía que sentía por el vínculo me indicaba que estaba soñando.

Cuando la oí gritar aterrada me incorporé en la cama para despertarla y entonces fue cuando me di cuenta de que sus manos estaban ardiendo. Unas llamas amarillas salían de ellas y me aparté para evitar quemarme. Me apresuré a despertarla antes de que le prendiera fuego a la cama y al cuarto entero.

—Bibian. —La zarandeé con brusquedad, pero gimió más fuerte sin despertarse del todo—. Bibian, cariño, estás soñando. Despiértate y cierra las manos antes de que nos achicharres a los dos.

Esas palabras fueron las que entraron en su cerebro sobreexcitado y la sacaron del sueño que la intentaba arrastrar de nuevo al horror que acababa de vivir.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Tus manos, cariño, ciérralas.

La urgencia de mi voz fue lo que la despertó sobresaltada.

Se miró las manos, desconcertada y confusa por el sueño, y le bastó cerrarlas para que las llamas se apagaran de repente.

—¡Lo siento, lo siento!

—¿Qué estabas soñando?

Que intentara huir de mi mirada me hizo pensar que no debía estar preparada para hablar de lo que parecía que le estaba atormentando desde el día anterior.

—No me acuerdo.

—Bibian…, no sueles tener pesadillas. —Le alcé el mentón para obligarla a mirarme—. Cuéntame qué soñabas para que se activara tu magia de ese modo.

Que comenzara a llorar de manera desesperada me cogió totalmente desprevenido. No me esperaba que estuviese tan afectada por lo que fuera que le estuviese pasando, pero la agonía que sentía por nuestro vínculo me golpeó con fuerza.

—Te atacaban los demonios y cuando intenté ayudarte el fuego te consumió. No pude ayudarte.

Sus lágrimas de purpurina que tanta ternura me producían siempre al verlas iluminaban sus mejillas como dos faros incandescentes.

¡Ay, mierda!

—Bibian, esta noche nos has demostrado a todos el dominio que posees sobre tu magia, deberías estar orgullosa, y no atormentándote como estás haciendo.

—No es cierto, pude haberos achicharrado a todos.

Me quedé estupefacto por sus palabras. No me esperaba esa reacción de ella.

«¡¿Qué?! ¿Cómo puede pensar eso?»

—No es cierto, cariño.

Le sequé las mejillas con los pulgares y besé sus labios suaves y salados por las lágrimas.

—Acabaste con tres o cuatro demonios tú sola, y aunque necesites controlar aún tu magia, lo que hiciste es un gran gesto que indica el gran poder que tienes. Deberías estar muy orgullosa de lo que eres capaz de lograr y dejar de torturarte por lo que puede pasar en esa cabecita tuya.

—No puedo evitarlo.

Se acurrucó en mi hombro y la abracé con fuerza besando su pelo pelirrojo, que se pegaba a su frente por el sudor aun con el frío que hacía a esas horas de la noche. El fuego de la chimenea comenzó a arder con más fuerza para calentar un poco la estancia.

—Lo sé. Trabajaremos sobre tu magia hasta que seas capaz de controlarla por completo. Pero tienes que dejar de atormentarte, ¿de acuerdo?

Volví a besarla con suavidad y sequé sus mejillas de nuevo. Parecía totalmente desconsolada. Sabía que no podía cargarla con la responsabilidad de todo lo que se nos venía encima. No era justo para ella. Ella no quería ser una heroína ni había querido el poder que poseía, pero las cosas estaban así. En sus manos iba a estar el poder de salvar a muchísima gente y solo ella podría controlarlo, tanto si le gustaba como si no. Acababa de estallar una guerra entre ángeles y demonios o entre los poderes del bien y del mal, y en las guerras siempre, siempre moría gente. Iba a ser muy difícil evitar que muriera algunos de nuestros amigos y estaba más que claro que pocos de los que había en el equipo de los buenos estaban preparados para lo que se nos venía encima.

Nos íbamos a enterar más pronto que tarde de la importancia que tenía Bibian en esta guerra y de lo duro que era lo que se nos venía encima sin que ninguno lo quisiera ni lo pudiéramos evitar.

—Lo intentaré —me prometió cuando comenzó a calmarse un poco.

Me bastaba por el momento.



BIBIAN

Miré al grupo que nos rodeaba a Walter y a mí en el campo de entrenamiento. No lo veía desde la noche anterior en la refriega con los demonios y, para mi consternación, él era el único al que mi fuego descontrolado, de última hora, cogió más cerca y sus manos estaban vendadas por quemaduras de distinta consideración para empeorar mi sentimiento de vergüenza.

—Bien, ¿alguien me dice qué hizo mal ayer nuestra bruja con complejo de heroína que estuvo a punto de achicharrarnos a todos?

Sus palabras me provocaron un gran bochorno. Era cierto que mi magia se descontroló un poco, lo que me indicaba que estaba claro que no la dominaba ni por asomo, pero sus palabras me dolieron en una herida donde yo misma ya me dedicaba a echar la sal, no lo necesitaba a él para que me machacara aún más.

—¡Walter!

Estuve a punto de mirar a Asier para darle las gracias por su tono de advertencia hacia el brujo. Ahora entendía por qué había querido quedarse en el entrenamiento esa mañana

¿En serio pensaba eso de mí?

Sus palabras me dolieron como si me hubiesen dado una bofetada. Yo no tenía complejo de heroína ni quería serlo, ni siquiera quería tener ese don que no sabía cómo controlar. Me había dominado el pánico cuando vi la batalla de cerca y entendí que tanto mi pareja como todos mis amigos, ángeles y brujas o hechiceros, estábamos en verdadero peligro, y no se parecía en nada a los entrenamientos. Bajé mi cabeza avergonzada, deseando marcharme a mi habitación y poder encerrarme con mi pareja para que me abrazara por el resto del día.

Él siempre conseguía calmarme y sus brazos eran mi lugar favorito del mundo. O bajo su cuerpo, o sobre él, no me importaba demasiado la postura, la verdad. Pero siempre con él.

Sentí cómo intentaba consolarme para darme a entender que estaba conmigo y que, como siempre, tenía todo su apoyo.

Acaricié nuestro vínculo con la mente y pude sentir su respuesta de inmediato. Era cierto que necesitaba mejorar y dominar mi poder, y era tan sumamente terca cuando me empeñaba en aprender a hacer algo, que no tenía ninguna duda de que lo dominaría más pronto que tarde y luego le patearía el culo a ese hechicero pomposo por no haberme dado un mínimo gesto de confianza.

—Yo la vi utilizar la magia de agua de su poder congelando los pies de varios demonios y eso es algo verdaderamente impresionante hasta para alguien con el poder del agua, mucho más para alguien que no lo tiene innato como ella. —Agradecí las palabras de Kate, que me sonrió con cariño.

¡Chúpate esa, gilipollas!

Ella siempre iba a estar incondicionalmente a mi lado y me sentía muy feliz por ello.

—Estuvo todo el tiempo pendiente de la batalla sin perder los nervios, esperando el momento justo para intervenir —alabó Anthony. Me sorprendió tanto, que me lo quedé mirando sin poder creerme un halago de él. El ángel me guiñó un ojo con una sonrisa y me di cuenta de que era su hermana, incluso con nuestras diferencias en los entrenamientos, y él siempre me apoyaría y me protegería. Y los adoraba a todos por su innata protección hacia los suyos.

Podía ver la sonrisa de suficiencia en la cara de Asier, que ahora nos miraba desde donde estaba para no perder palabra de lo que estaban diciendo sobre mí. Me pregunté si lo habría hablado con ellos para que me levantaran el ánimo entre todos, pero supe que nunca haría algo así por mí. Su confianza era ciega y la de mis amigos estaba visto que también.

—Estuvo controlando su magia de fuego hasta asegurarse de que era el momento adecuado, para no controlar su poder por completo, hacer algo así es realmente difícil.

Estuve a punto de reírme de esas palabras porque más que buscar el momento indicado para usarla, digamos que lo utilicé tras un largo rato buscando cómo poder hacerlo, pero que Marian también me apoyara me llenó el corazón de agradecimiento.

—Fue muy divertido luchar con Bibian —soltó Martin revoloteando hasta posarse en mi hombro y besarme en la mejilla con ternura. Parpadeé para evitar que las lágrimas me resbalasen por las mejillas. ¿Cuándo se había ganado ese pequeño duende mi corazón de esa manera? No podía quererlo más y estaba terriblemente orgullosa de ser su amiga—. Y al final nos salvó a todos, brujo pomposo —le soltó a Walter en la cara sin demasiados problemas. Ver al hechicero ponerse de color rojo por la ira fue lo mejor de la mañana, mientras

mis amigos intentaban no reírse en su cara, algo realmente difícil tras las palabras de Martin—. No querría estar con nadie más cuando haya que volver a luchar con esos demonios pestosos. La próxima vez, intenta quitar tu culo gordo del medio cuando veas que va a usar la magia. Era lo más fácil que hacer anoche y tú lo hiciste mal. ¿De eso no te has dado cuenta y de todo lo que ella hizo bien sí?

Volvió a besarme en la mejilla y se fue volando hacia Asier, al que vi que le chocó la mano con camaradería y los oí reírse a ambos divertidos.

Oír esas risas consiguieron calmar mis nervios por completo. Eran sin duda los hombres de mi vida. No me preguntéis por qué.

Para sorpresa de todos, a Walter no parecían afectarle demasiado las palabras de Martin y seguimos con el entrenamiento.

Me pasé el día haciendo brotar el fuego cuando me lo pedía y controlándolo para soltarlo cuando lo exigía, y así repitiéndolo hasta la extenuación.

—Tú, duende irrespetuoso.

Miré a Walter sin tener claro lo que quería de Martin. Sabía que el duende podía defenderse solo sin necesidad de ayuda, pero no iba a permitir que lo tratase de esa manera, aunque él solito se lo había buscado.

—Se llama Martin.

Que fuese Mika la que se lo recordase me dejó claro que el duende se había ganado a mucha gente en el castillo sin necesidad de que yo saliese a defenderlo.

Vi a Martin alejarse de Asier con quien parecía haber estado hablando y acercarse volando despreocupadamente para volver a posarse en mi hombro. Me di cuenta de que me gustaba que me usase como pista de aterrizaje. Ese día vestía de un rosa chicle que le resaltaba sus enormes ojos azules y su pelo naranja de punta, que seguía pareciendo un nido de ratas. Tenía que hablar con él al respecto. Me sonrió con esa sonrisa pícara suya tan característica que me obligaba a sonreírle casi sin darme cuenta.

—¿Me buscabas? —le soltó todo chulo.

—¿Quieres ayudar a tu amiga? —Su tono de voz no me gustaba un pelo.

No sabía por qué no conseguía fiarme de este hechicero cuando se suponía que estaba ahí para ayudarnos, pero su tono arrogante y su manera despectiva de tratar a todo el mundo no conseguía que me cayera bien.

Martin me miró primero a mí y luego al brujo, y asintió sin tener claro de adónde quería ir a parar, pero sabía que, si estaba involucrada, Martin no se echaría atrás.

—Claro, lo que sea por ella. Tenemos un vínculo de vida —le soltó

como si tal cosa. Walter abrió los ojos por la sorpresa, pero no dijo nada al respecto. Si había creído o no al duende, no dijo nada.

—Bien, colócate en la base de aquel árbol de pie y mantente allí sin moverte.

Martin miró el árbol y se fue volando sin preguntar nada más. Lo miré alejarse y colocarse donde le dijo, hizo una pequeña reverencia al darse cuenta de que era el centro de atención, porque sí, porque él era así de payaso y esas eran las cosas que le gustaban.

—¿Walter? ¿Para qué quieres a Martin? —No me fiaba ni un pelo de él.

—Vamos a poner a prueba tu poder. —Como si eso pudiese tranquilizarme.

Fue lo único que me dijo y se alejó caminando para acercarse a Martin, me quedé pensando lo que se suponía que quería que hiciese, hasta que me di cuenta.

—¡¡¡NO!!!

Todos me miraron sin tener claro lo que se suponía que tenía que hacer. Asier se acercó con rapidez a mí.

—Quiere que marque la silueta de Martin —le aclaré mirando sus ojos azules que intentaban calmar la ansiedad que comenzaba a sentir. Ni muerta iba a ponerlo en peligro.

—Bibian…

—No pienso hacerlo —le grité enfadada porque no me apoyase en eso. No iba a usarlo ni hacerle daño al duende de ninguna manera.

—Tengo plena confianza en ti, ya lo sabes. Respira hondo, Bibian, solo respira, ¿sí?

Me lo dijo con tanta suavidad que me lo quedé mirando mientras pensaba que lo había oído mal. Sus palabras, como siempre, consiguieron calmarme, así que me quedé buscando algo de calma en esos preciosos ojos azules que tanto me gustaban.

—Aunque sea capaz de controlar el fuego, voy a achicharrarle con el calor —reconocí en voz baja, porque no quería que Martin se enterara de las dudas que tenía de usarlo en los entrenamientos.

—Tienes que controlar el fuego frío, Bibian —aclaró Walter, que volvió andando tranquilamente a mi lado sin hacer caso a mi estado de pánico.

—Puedo hacerlo sin poner en riesgo su vida —le reté, deseando arrancarle la cabeza de un mordisco.

¿Cómo podía ser tan desalmado?

—Lo harás bien. —Asier me cogió las manos y me las apretó con fuerza para que me centrara solo en él.

—No dejes que le haga daño —le pedí con los ojos llorosos—. Por favor, a él no.

—No vas a hacerle daño, además, librarnos de ese duende contestón

tampoco es tan mala idea. —Me guiñó el ojo para hacerme reír y no tardamos ni un segundo en oírlo a él gritando desde el otro lado de la pista.

—Os estoy oyendo, ¿sabéis? Y, para vuestra información, no soy contestón, es que soy el único que dice la verdad a la cara. La buena educación está sobrevalorada, os lo he dicho muchas veces.

Por supuesto, todos nos reímos de sus comentarios. Al parecer teníamos claro que iba a hacerlo y yo solo podía mirar donde estaba Martin, que esperaba pacientemente a que me decidiera a achicharrarlo contra el árbol en el que estaba apoyado.

—Martin, no tienes que hacer esto —le grité para que supiese que tenía alternativas y que no nos debía nada a ninguno de nosotros.

Era justo que se lo recordase.

No podía imaginar mi vida sin él y muchísimo menos me podía imaginar hacerle ni el más mínimo rasguño. Ni deuda de vida ni nada, era mi amigo ante todo y me negaba a hacerle el más mínimo daño.

Bufó en respuesta y luego añadió:

—Lo sé, Bibian. Seguro que es divertido.

Solo él podía buscar diversión al estar a punto de vivir una experiencia traumática. Mi corazón se retorció de cariño por él y sentí a Asier por nuestro vínculo acariciándolo con suavidad, dándome ánimos para que hiciese eso porque, por supuesto, él tenía plena confianza en mí.

Si le hacía daño no me lo iba a poder perdonar en la vida.

—¿Estás lista? —Miré a Walter con seriedad.

—Lo estaría si supiera usar el fuego frío que dices que tengo.

—Busca en tu interior el fuego, Bibian —exigió con frialdad.

Su manera de indicarme lo que esperaba de mí sin florituras ni dudas de ningún tipo, como si fuera lo más fácil del mundo, me calmaba lo suficiente como para pensar que quizás no fuese tan difícil.

Estaba dispuesta a aprender todo lo posible sobre mi poder, pero que ese brujo quisiera usar a mi pareja y a mis amigos para obligarme a mejorar, conseguía ponerme muy nerviosa.

—Puedes hacerlo. Céntrate en tu fuego. —Asier estaba justo a mi espalda y parecía realmente calmado.

Me centré en la magia de mi interior. Podía notar diferentes hilos con las diferentes magias que sentía. Uno era verde como la hierba de primavera y era el de mi magia de tierra que siempre había llevado conmigo, desde que nací. Como siempre había sido la única magia que tenía no le había prestado nunca atención hasta que mi hermana me cedió su magia de agua. Ahora podía sentirlas como hilos de colores diferentes para poder diferenciarlas. La del agua era azul y la del fuego de un amarillo anaranjado, como el color del fuego.

Tiré del hilo amarillo y levanté mis manos de donde el fuego brotó

de la punta de mis dedos como cerillas encendidas. Cada vez me resultaba más fácil diferenciarlas e incluso usarlas. El problema lo tenía en sacar solo la cantidad de poder que quería. La de fuego era algo que se me desmadraba con suma facilidad. O ponía mis cinco sentidos en controlarla o se me iba de las manos pudiendo calcinar todo lo que estuviera a mi alcance, y eso era lo que de verdad me aterraba; mi falta de control sobre esa magia en particular.

—Ahora enfríalo —me ordenó Walter con frialdad.

¿Ese hombre no se alteraba nunca?

—¿Cómo puedo hacer eso? —No podía apartar los ojos de mis dedos, concentrándome en mirar las llamas sin parpadear por si así podía transformarlas de caliente a frías.

¡Ni que fuera tan sencillo!

Noté cómo las llamas de mis dedos comenzaban a crepitar con más y menos intensidad según las dudas que comenzaban a llenar mi mente.

—Piensa en que ese fuego en vez de quemar puedes enfriarlo, imagínate usando el hielo para enfriarlo.

Me centré en las palabras de Walter y busqué en mi interior cómo enfriar ese fuego que, aunque lo sentía en mis manos de manera neutra, sabía que si lo lanzaba a alguien se quemaría sin remedio.

—El fuego frio es azul, Bibian —me recordó Asier en mi espalda—, quizás si intentas cambiarle el color te pueda resultar más fácil conseguirlo.

—¿Por qué no me deja hacer mi trabajo, capitán?

Se volvió a fulminarlo con su mirada.

—Porque necesita que deje de atosigarla —le aclaró mi pareja sin alterarse lo más mínimo.

Así de simple.

¿Cómo no iba a quererlo? Jamás nadie se ha preocupado por mí como lo hacía él.

—Pensaba que estaba aquí para enseñarle a manejar su magia.

—Y lo hace, pero es una persona y todo esto es nuevo para ella, voy a estar a su lado, aunque no le guste. —Sabía que nunca me dejaría sola.

Oírlos pelear a mi espalda no era lo que más necesitaba en ese momento, pero no quería perder la concentración.

—No me gusta. No necesita que la sobreproteja como lo hace. Necesita centrarse de una vez y no ir a llorarle cuando las cosas se tuercen. Conseguirá que nos maten a todos.

—Siempre voy a proteger a mi pareja, pensaba que ya lo sabías. Y tú deberías saber defenderte por ti mismo y no esconderte tras el poder de mi mujer.

¡Toma ya!

Estaba visto que aquel era el día de decir la verdad y Walter se estaba llevando una buena dosis de sinceridad. No me apiadé de él en absoluto porque con su actitud se estaba encargando de ponerse en contra a todo el mundo.

Seguramente cuando todo pasase, se vanagloriaría de haber sido el que me enseñó a manejar el poder del fuego si todo salía bien, y si no… pues sería culpa mía por no saber apreciar ni aprender de sus consejos.

Intenté dejar de oírlos de una vez y me centré en mis manos, que el fuego había dejado de ser amarillo y ahora parecía de color azul.

—¿Es esto lo que buscáis?

Los dos hombres dejaron de pelear al instante y se centraron en mí. Asier no podía estar más orgulloso. Se pavonearía, y yo evité sonreír a mi vez porque sabía que Walter no lo iba a entender.

—Ya lo tienes —me alentó Asier y me besó en la mejilla, sorprendiéndonos a todos—. ¿Ves que sí lo podías conseguir?

—Ahora solo tienes que controlarlo y marcar el perfil de tu amigo el irreverente.

Como si fuera tan fácil.



BIBIAN

Me centré en mis manos, en el fuego de color azul que brotaba de mis dedos y miré a mi pareja.

Asier pasaba las manos por el fuego entendiendo lo que le estaba pidiendo sin necesidad de decirle nada.

—Está frío, Bibian. Puedes hacerlo.

—Oye, Bibian —la vocecita chillona de Martin nos llegó con claridad—, ¿te has controlado la vista hace poco? Recuerda que soy pequeñito y que tengo unas alitas muy chulas que no quiero que me chamusques, porfa.

Consiguió que todos rieran por sus palabras, pero a mí se me cayó el alma a los pies. Conseguir el fuego frío no hizo más fácil la tarea de manejarlo con la precisión de un bisturí a una distancia de diez metros sobre una persona de unos veinte centímetros o así.

—No hace falta que te acerques a su silueta. Controla al duende del demonio y solo rodéalo de fuego. No vas a quemarlo, Bibian, relájate un poco.

Estaba claro que podía sentir mi nivel de ansiedad a través de nuestro vínculo.

—Siempre puedes salir corriendo, Martin —le dijo Anthony.

—No soy un cobarde —gritó el duende, ofendido.

—No te ofendas, Bib —añadió Anthony, esta vez mirándome a mí —, poca gente se quedaría ahí parado esperando a que practiques tu puntería con él.

—No me estás ayudando —le solté disgustada, aunque sabía que tenía toda la razón.

—Pero, aun así, ese duende tiene las pelotas muy gordas.

Asier no era de halagar a nadie, así que sus palabras no pudieron sorprenderme más.

—Os lo he dicho muchas veces, no sé por qué no me habéis querido

creer. —Ese comentario de Martin consiguió hacernos reír.

—No literalmente, Martin, que te creces muy rápido —le recordó Asier de nuevo.

—Lo que eres es un fantasma —le soltó Mika divertida—, y un tocapelotas de cuidado.

—Hazlo ya, Bibian —me animó mi pareja.

—Me aburro —gritó el duende. y deseé de corazón que todos callasen de una vez, me estaban poniendo de los nervios.

—Callaos todos de una vez.

Allá iba. No iba a esperar más.

Nunca sabría si sería capaz de hacerlo, para eso tenía que hacer esa estúpida prueba.

Y no iba a demorarlo más.

Miré mis manos y decidí hacerlo con una sola mano. Cerré la izquierda y sentí el fuego crecer en la derecha, y me concentré en mirar a Martin, que esperaba estoicamente frente al árbol.

Dirigí mi mano y oí al duende gimotear cuando vio llegar directo a él la llamarada de fuego azul. Dibuje su silueta en el aire según la veía desde mi situación y se hizo un silencio sepulcral a mi alrededor.

Que no oyera al pequeño duende quejarse debía haber sido buena señal, ¿no? Conociéndolo, si el fuego le hubiese arañado si quiera una uña, se hubiesen oído los gritos a kilómetros de distancia con esa voz aguda que tenía tan característica.

Cuando acabé cerré la mano y el fuego se apagó. Miré a Martin, que se separó del árbol para ver su silueta marcada, justo donde segundos antes se encontraba él.

—Sabía que lo conseguirías sin hacerme daño. Mira qué silueta tan chula tengo.

Sus palabras de júbilo eran un bálsamo para mi alma.

—Lo has conseguido, cariño. Felicidades.

Asier me levantó en peso y me abrazó con fuerza. No pude desaprovechar la oportunidad de abrazarme a su cuello y olerlo. Su olor siempre conseguía calmarme y deseé poder quedarme abrazada a él por el resto del día.

Debió sentir lo mismo, porque me susurró un *luego* en el oído y me bajó con lentitud hasta dejarme en el suelo, donde el resto de mis amigos me acompañaron hasta el árbol para que pudiese ver de cerca la proeza que acababa de hacer.

Allí, la corteza del árbol quemada dibujaba la silueta del duende. Incluso el relieve de sus alas estaba plasmado en el árbol, para el asombro de todos, y no sabía muy bien si la alegría o no de Walter, que se quejaba constantemente de que, si seguían alabando así mis logros, se me subirían a la cabeza.

Por supuesto, nadie le hizo el menor caso.

Las felicitaciones de todos mis hermanos y nuevos amigos me hacían sentir querida y que ya no era ese patito feo patoso que necesitaba que cuidaran de él continuamente

Por supuesto, habría un antes y un después en el control de mi magia. E iba a tener que demostrarlo ese mismo día.

Habían decidido ir al lugar donde se cerró el último portal cientos de años atrás para descartar que el nuevo estuviese allí.

TERCERA PARTE

NATHANIEL: LAGRIMAS POR UN HERMANO.
AZRAEL: EL ANGEL CAÍDO.



BIBIAN

¿Por qué no me extrañaba nada que estuviese en un cementerio? Eso era lo que pasaba en todas las películas que echaban en la tele. Las cosas más terroríficas ocurrían siempre en los cementerios, y encima al anochecer.

Formábamos un equipo bastante variopinto. Cinco ángeles gigantescos vestidos con sus armaduras medievales y con cara de mala leche, armados hasta los dientes, y cuatro brujas, bueno, dos brujas y dos hechiceras, dos armadas con varitas y dos con puñales, porque aún no dominábamos las espadas lo suficiente como para entrar en pelea sin riesgo de cortarnos una mano en el proceso.

Éramos bastante peculiares, había que reconocerlo.

Y también venía con nosotros Martin, que se negaba a quedarse en el Castillo y que, sorprendentemente, a mí me causaba una gran tranquilidad saber que estaba a mi lado en una batalla.

Los ángeles abrían la marcha, ¡cómo no! Y Asier caminaba todavía con mi mano tomada, como solía hacer casi siempre que salíamos del castillo. Supuse que, tanto por costumbre como por su manera de tranquilizar a mi corazón, que iba a mil por hora y que estaba segura de que todos podían oírlo, aunque poco podía hacer al respecto.

Me apretó la mano con fuerza intentando transmitirme confianza, cosa que le agradecí. Su mano estaba bastante más caliente que la mía, gracias, sobre todo, a que ellos tenían varios grados corporales más que el resto de los mortales, pero, sobre todo, a que los nervios siempre me dejaban las manos frías y él lo sabía.

—Bien —Anthony se volvió hacia las brujas que caminábamos tras ellos. Nos paramos todos para mirarlo—, lo más importante y que nunca debéis olvidar, es que las brujas no podéis separaros por ningún motivo, ¿de acuerdo? —Supuse que vio mi cara de duda, porque continuó—: Los demonios se alimentan de brujas, ya lo sabéis. Vuestra

mejor arma y defensa, siempre será permanecer juntas.

—¿Sabemos si se ha abierto el portal de nuevo? —Martin se ató una cinta negra en la frente como si fuera un karateka, lo que me hizo sonreír en mi interior.

¡Qué mono era!

¿Era posible que si cerrásemos el portal todo se pudiera acabar ya?

—En principio no sabemos dónde se ha abierto, Martin. Pero queremos que Bibian lo vea y nos diga lo que le transmite. Lo que es seguro es que debe estar ligado a ella también. Si alguien puede cerrarlo o encontrarlo debería ser ella.

Un búho ululó sobre nuestras cabezas como si se quejara de nuestra visita haciendo aún más tétrico el momento. El cementerio estaba en silencio y cerrado a esas horas. Aunque, para nosotros, saltar por encima de la vaya no había sido complicado. Había una figura enorme de un ángel de piedra blanco en la puerta del panteón donde estuvo abierto el portal. Ver ese guardián de piedra vigilando por toda la eternidad me produjo un extraño desasosiego, porque me recordó a todos los ángeles que estaban en la misma situación. Un extraño escalofrío me recorrió la espina dorsal haciendo que el bello de mis brazos se erizara. Como si algo muy malo nos fuese a pasar esa noche. Las lágrimas de la cara del ángel me encogieron el corazón.

—¿Bibian?

La mano de Asier me instó a continuar, ya que todos los demás habían entrado en el panteón. Me estudió con atención, supe que sentía mi estado de ánimo por nuestro vínculo y supe que su necesidad de protegerme se acrecentaba si sentía el miedo que empezaba a tener.

—Prométeme que vas a tener cuidado.

Un dolor sordo en el pecho me indicaba que no iba a ser tan sencillo como matar a un puñado de demonios como la noche anterior.

—Siempre tengo cuidado, ya lo sabes.

Debió ver mi cara, porque se acercó y me sujetó con sus enormes manos para mirarme con atención. Sus ojos azules como el hielo, sinceros e infinitos, me acariciaron las mejillas con preocupación.

—¿Qué ocurre?

—Va a pasar algo esta noche.

Vi la duda en sus ojos por un segundo, luego un parpadeo y sonrió intentando quitar hierro a mis palabras.

—Vamos a patearle el culo a todos los demonios que veamos y luego tú, mi preciosa brujita, los chamuscarás, eso es lo que va a pasar esta noche. Ya has oído a Anthony, no te separes del idiota de Walter ni de Marion y ten siempre a Kate y a Martin junto a ti, ¿de acuerdo? —Me dio un beso rápido en los labios sin haberme soltado las mejillas todavía, y luego me acarició los labios con el pulgar mientras me

miraba con tanta intensidad que deseé estar en nuestra habitación y poder quitarle esa armadura que le quedaba como una segunda piel, la misma que me hacía tener pensamientos sucios cada vez que lo miraba.

—Luego —gruñó bajito y me besó de nuevo con más intensidad antes de apartarse y empujarme al interior de la cripta con él aún de la mano.

El panteón era un lugar enorme que parecía abandonado desde hacía tiempo.

Había unas escaleras que bajaban desde el interior del panteón hasta lo que debían de ser unas antiguas criptas de la ciudad que se conectaban por unos túneles por debajo del cementerio.

El lugar debía estar oscuro como la boca de un lobo, pero alguien, supuse que Walter, había usado su magia para encender por todo el recinto con una especie de antorchas de luz lila, bastante tétricas, por cierto, pero que nos ofrecían la claridad que necesitábamos en ese momento.

—¿Y ahora qué?

Agradecí, por una parte, que no hubiera riesgo de derrumbe. Lo que menos podía desear en ese momento era quedar atrapada bajo tierra con un montón de muertos sobre nuestras cabezas.

—¿Sabemos qué es esto? —pregunté a nadie en particular.

—El Ayuntamiento iba a crear una cripta, pero al final las obras no se llevaron a cabo —aclaró Asier, adelantándose con sus hermanos y mirándolo todo con atención.

—¿Este túnel abarca todo el cementerio? —No podía evitar el miedo que me hacía estremecer los huesos.

—Sí.

—¿La tumba de Al Capone también?

—Sí, y la de toda la familia Capone. Su padre y su hermano. —Mi pareja era un pozo de sabiduría sobre la historia de la ciudad.

—¿Por qué en este cementerio y no en cualquiera de los otros cuatro que tiene Chicago? —Yo no era católica, pero suponía que algo debía tener ese cementerio en especial para que el portal se hubiese abierto hacía mucho tiempo allí, en vez de en otro sitio. Deseé que hubiese vuelto a abrirse en el mismo lugar para que pudiésemos acabar con eso de una vez, pero algo me decía que no iba a ser tan fácil.

—Bueno… —Walter sacó su varita mientras hablaba—, podemos suponer que el hecho de que este sea un cementerio católico de primeros del siglo pasado, y que ya se hubiese abierto un portal antes, habría sido determinante para que se volviera a abrir aquí, pero creo

que no vamos a tener tanta suerte.

—No os paréis —ordenó Miguel —el portal estaba en el siguiente cruce.

Mi corazón seguía retumbando con fuerza en mi pecho y seguí a mis compañeros en silencio. Miraba a mi alrededor pensando que nos íbamos a encontrar en una emboscada o algo peor en cualquier momento.

Debería haber echado a correr en ese momento, como mi instinto me había estado pidiendo desde que llegamos a ese horroroso lugar.

—¡Madre mía!

Las exclamaciones de sorpresa fueron las que me llevaron hasta colocarme delante de lo que en su momento había sido el portal.

Había extraños círculos dibujados en el suelo que emanaban una luz verdosa y dorada. Supe que era un candado para mantener el portal cerrado. Podía sentir la magia en él y un pequeño zumbido, como de abejas volando, tiraba de mi magia haciendo que la sintiese más poderosa que nunca.

—¿Bibian? ¿Qué sientes?

Miré a Walter, que me observaba con seriedad delante de mí. Había estado murmurando un extraño cántico que había hecho que las guardas del portal se hiciesen visibles. Me di cuenta de que los hechiceros eran los que mantenían el portal cerrado.

—Me está llamando.

Alargué el brazo y Asier me detuvo y me alejó del portal antes siquiera de haber dado un paso hacia él.

—No quiero que te acerques a esa cosa.

—Tiene que ver si…

—¡¡¡NO!!!

El grito que Asier dio a Walter lo frenó en seco.

—Está cerrado —le recordó Walter sin alterarse lo más mínimo ante el grito de mi pareja.

—No sabemos lo que su magia puede provocar, si este portal sigue cerrado significa que hay otro abierto en otro sitio. ¿De verdad queremos arriesgarnos a que se abra este también?

—Posiblemente no le ocurra nada por acercarse —insistió Walter, terco.

—Pues entonces acércate tú.

—¿Quién iba a decirnos que mi malhumorado hermanito iba a enamorarse del ser que más odiaba de todo el universo?

No sé de dónde había salido, pero ante nosotros apareció un ángel de alas negras iguales a las de Anthony. Solo sus ojos lo diferenciaban de nosotros, que eran tan negros como los de los demonios.

—Tú… —murmuró Asier, sacando sus espadas de la espalda y poniéndose en posición de combate.

—¿Y este quién coño es? —soltó Martin con curiosidad, la misma que nos entró a todos.

—¿No le has hablado a tu pareja de mí? Yo soy Azrael, el ángel favorito de Dios.

Y aunque físicamente era igual que el resto de los ángeles, sus ojos y algo en mi instinto me decía que no tenía nada que ver con el resto de los seres celestiales.

—Pero tú no eres un ángel. —Podía sentir la maldad en él y olía a azufre de manera intensa y punzante, y no supe por qué, pero sabía que había sido el responsable de haber abierto el portal.

—Ya no soy un ángel, querrás decir. Ahora soy un Ángel Caído o un Demonio.

Se movió tan rápido que cuando se acercó a Nathaniel y le cortó la cabeza con sus espadas, ninguno de nosotros nos habíamos movido aún de nuestros sitios.

Y entonces se desató el caos.



ASIER

Ver la cabeza de mi hermano caer al suelo me desató un dolor tan intenso en mi pecho que no se parecía a ninguno que hubiera sentido antes, e inmediatamente después me llené de una furia tan ciega que solo sentía mis ansias de vengarme del que en su momento fue uno más de mis hermanos y que hoy no era más que una carcasa vacía llena de odio hacia todo lo que lo rodeaba, sobre todo a las brujas.

Me abalancé a él con las espadas desenvainadas, aunque no esperaba cogerlo por sorpresa como nos había cogido él a nosotros.

Azrael había sido mi segundo en las batallas durante siglos antes de que Dios lo mandara al infierno por sus infinitos pecados mortales.

Todo lo que sabía se lo había enseñado yo, así que no iba a ser un enemigo fácil de vencer, pero no iba a dejar la vida de mi hermano sin vengar, aunque también perdiera mi vida en ello.

Me vinieron a la mente las palabras de Bibian. Había tenido una maldita premonición sobre lo que iba a suceder esa noche. Ninguno podíamos imaginar que iba a ser sobre la muerte de uno de mis hermanos.

Miré de reojo para saber qué hacían las brujas ante el montón de demonios que estaban aparecido tras Azrael. Walter y Marion usaban su magia, como se esperaba de ellos, incluso Kate estaba lanzando cuchillos a diestro y siniestro mientras Bibian lloraba en el suelo, junto al cuerpo sin cabeza de mi hermano.

¿Es que con ella siempre iba a ser así? No se daba cuenta de lo que estaba pasando. Todo esto era por ella. Los demonios la querían a ella, ¡maldita sea! Y Bibian se dedicaba a llorar la muerte de mi hermano. No pude evitar la oleada de angustia que le debió llegar a través del vínculo, porque levantó la cabeza y me miró con el rostro desolado por las lágrimas.

Y tras unos segundos se levantó.

«¡Eso es, Bibian!»

No era hora de llorar, sino de luchar; ya lloraríamos después. No podía preocuparme por ella. Azrael era tan peligroso y escurridizo como una serpiente de cascabel, y no podía permitir que sesgara la vida de nadie más esa noche.

Sentí su transformación desde los metros que nos separaban.

Había dejado de llorar y ahora se dedicaría a luchar. Supe que no iba a necesitar volver a preocuparme por ella.

—Entrégame a la bruja y no le haremos daño a nadie más, hermano. —Azrael la miraba de reojo sin atreverse a quitarme la vista de encima. También sabía que yo no era un enemigo a quien poder dar la espalda. Solo por atreverse a mirarla lo despellejaría vivo.

—Tú no eres mi hermano —le solté asqueado.

Volví a atacarlo con las dos espadas y me esquivó con maestría. Nuestras espadas soltaban chispas al chocar. Nos quedamos mirando cara a cara y le di una fuerte patada en el estómago que lo tiró al suelo.

Me miró sorprendido desde allí.

—Has dejado de pelear de manera honorable, Asier…, me gusta.

Volvió a lanzar su ataque con sus dos espadas que evité.

Nos quedamos dando vueltas en círculos buscando que uno de los dos bajásemos la guardia para acabar con la vida del otro.



BIBIAN

Yo había descubierto que el fuego frío era mucho más efectivo contra los demonios, así que me dediqué a enfriarlo y lanzarlo sobre todos los demonios que se abalanzaban sobre mí.

Como cada uno de mis amigos estaban colocados ante mí formando un cuello de botella, a mí me llegaban los demonios en pareja o en grupos reducidos, cosa que no me producía demasiada ansiedad y podía manejar sin demasiados problemas.

Comprobé que todos los demonios tenían una apariencia normal y corriente y se movían a la misma velocidad que los humanos, solo se diferenciaban por el color de sus ojos, negros como dos pozos sin fondo y por la ola de maldad que emanaba de ellos.

Me provocaban escalofríos.

Y de su olor a azufre mejor no hablar.

—¡Bibian, es Kate!

Miré a Martin, que fue el que me había gritado, y me angustié cuando lo vi rodeado de demonios, pero señaló a nuestra amiga con la cabeza. La encontré con un demonio abrazado a ella como si la estuviese besando. Mantenía su boca pegada a la de ella y entonces lo entendí. Así era como se alimentaban de las brujas hasta matarlas, robándonos nuestra esencia vital.

Mi corazón se encogió de miedo y dudé qué hacer. No tenía ningún ángulo para lanzarle fuego desde donde estaba, pero no pensaba perder a mi amiga ni a nadie más ese día. Corrí hacia ellos sin importarme que los demonios comenzaban a doblarnos en número y a rodearnos, llegué corriendo donde el demonio seguía sujetando a Kate, que había dejado de resistirse, y saqué mi daga clavándosela al demonio en el cuello. Miguel se la quitó de las manos cuando el demonio explotó ante nosotros llenándolo todo de polvo de azufre y de olor a huevos podridos.

—Yo la llevo, Bibian. Creo que es hora de irse. —Miguel miraba a nuestro alrededor mientras retrocedíamos evaluando nuestra situación —. Si puedes usar tu magia, el mejor momento es ahora.

Nuestros compañeros comenzaban a estar cansados de pelear. Los demonios seguían llegando y nos sobrepasaban en número. Habíamos llegado al final del túnel y si no hacíamos algo rápido nos terminarían de acorralar. Miré a Asier, que seguía luchando incansablemente contra Azrael en un lugar algo más apartado del resto. Decidí usar mi magia para acabar con todos de una vez. Quizás Asier quería seguir luchando…, pero los demás no íbamos a aguantar mucho más.

—Asier. —Quería que se quedase donde estaba para que no se pusiese ante las llamas.

—Dame un minuto, Bib, por favor.

—Colocaos detrás de mí —ordené, y busqué el hilo dorado de mi interior sin perder tiempo.

Antes de levantar las manos para dejarla salir, la enfrié para no achicharrarnos a todos por el calor, y la lancé hacia los demonios.

—Esta maldita bruja lo va a estropear todo —maldijo Azrael, viendo cómo las llamas azules quemaban a todos los demonios del túnel.

Asier sintió un inmenso orgullo al ver lo que era capaz de provocar. Lástima que el fuego no llegase hasta ellos también.

—Esta maldita bruja te devolverá al infierno, de donde nunca debiste salir.

—Cuando me vaya al infierno, me la llevaré conmigo. Recuerda mis palabras, hermano.

Echó a volar y se adentró en la ola de fuego frío, desapareciendo de allí.



BIBIAN

Desperté sintiendo mi cabeza dando vueltas y supe que Asier no estaba a mi lado, como hacía siempre cuando me agotaba tras usar mi magia. No recordaba nada de lo que pasó después de lanzar el fuego contra los demonios, esperaba que todos mis amigos estuviesen bien.

—Bibian, no deberías incorporarte todavía.

Miré a Walter, que estaba sentado a mi lado en el sillón del salón. Me di cuenta de que estaba en el castillo. Entonces recordé lo sucedido en las catacumbas y me vino a la mente lo que le pasó a Kate.

—¿Y Kate?

—Se pondrá bien, gracias a ti. El demonio no pudo arrebatarle casi nada de su esencia vital. Estuviste rápida ayudándola. Marian está ahora con ella.

—¿Y los ángeles?

Quería preguntarle por Asier, pero después de lo que había sucedido con Nathaniel, sabía que estarían todos los hermanos juntos velando al ángel, o lo que fuera que hacían los ángeles cuando uno de ellos moría. Quería estar con él. Podía sentir su dolor a través de nuestro vínculo, tan profundo que apenas podía respirar.

—Están en el patio de armas. Pero creo que deberías quedarte descansando. Estás muy débil todavía.

No le hice caso y me levanté. Entonces me di cuenta de que la casa estaba llorando. Un lamento doloroso y profundo que apenas podía oírse, pero para los que ya la conocíamos, era muy fácil de identificar.

—¿Sabes qué es ese ruido?

Estaba claro que Walter también podía oírlo. Me seguía por las escaleras, supuse que para acompañarme al patio.

—La casa llora la muerte de Nathaniel.

Me miró sorprendido y miró a su alrededor, esperando encontrarse

a una persona física que fuera la que emitía esos sollozos desconsolados.

Nos encontramos a Kate y a Marian en la puerta que llevaba al patio. Kate estaba tan pálida que parecía imposible que pudiese mantenerse en pie sin ayuda, pero allí estaba, lista para consolar a los ángeles en el peor momento de sus vidas.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupada.

—Estoy bien, pero tú deberías estar descansando —le solté, pasándole un brazo por los hombros para pegarla más a mi cuerpo en un intento de mantenerla protegida y a salvo.

—Estoy bien gracias a ti, Bibian. Quiero estar con los demás y con Nathaniel para despedirlo como se merece.

Salimos todos fuera. Era noche cerrada y aún hacía mucho frío a esa hora, antes del amanecer. Habían colocado el cuerpo de Nathaniel sobre una enorme pira funeraria en medio del patio. Y los ángeles, vestidos con una túnica blanca, que supuse que era una especie de ropa funeraria, rodeaban la pira en actitud firme. Como pilares de una construcción.

Cada uno en una esquina.

Sin moverse.

Casi sin respirar siquiera.

Podían oírse los sollozos desconsolados de Mika en el silencio de la noche, en uno de los extremos más alejados de donde nos encontrábamos nosotros. El llanto de Martin, que parecía encontrarse llorando con ella, o intentando consolarla, como pasaba siempre que alguien sufría en el castillo, también se podía oír con claridad.

El resto de los ángeles se mantenían en actitud de firmes vigías de un alma al que esperaban poder enviar a un puerto seguro y en calma para mantenerlo feliz por el resto de la eternidad.

El dolor que sentía por el vínculo con Asier era tan intenso que me hizo llorar de inmediato. Saber que él estaba sufriendo así, cuando difícilmente se inmutaba ante nada de lo que pasaba, me hacía darme cuenta de lo mucho que amaba a su hermano caído. Ni siquiera necesité buscarlo entre los centinelas allí apostados. El vínculo me llevó directamente a su lado y aunque no emitía ningún sonido, podía ver sus hombros moverse al compás de sus sollozos silenciosos, y eso me partió el alma aún más que el dolor que sentía por la pérdida de un alma tan pura como la de Nathaniel, siempre dispuesto a ayudar a los demás y a luchar por hacer prevalecer el bien.

No sabía si Asier me quería cerca en un momento así.

Había percibido su furia durante esa noche, pero fui incapaz de dejarlo solo cuando era evidente que estaba sufriendo tanto, así que me acerqué a él y solo le tomé la mano mientras lloraba en silencio a su lado.

El mensaje era muy claro.
«No estás solo».
«Estoy aquí».
«Estoy contigo».
«Eres mi compañero».
«Siempre juntos».
Cada brujo acompañó a uno de los ángeles para que ninguno se sintiera solo. Walter acompañó a Mika. Kate a Miguel y Marian a Anthony, que, con sus alas negras, era el único que ponía una nota de color entre tanta solemnidad.
Jamás había presenciado el entierro de un ángel y esperaba no tener que repetirlo nunca por lo que aquello significaba, así que no tenía ni idea de lo que pasaría. Por eso me sorprendió tanto que, al amanecer, los ángeles comenzaran a cantar.
Una canción de duelo en un idioma tan antiguo que supe que ninguno de nosotros entendería lo que decían. En ese momento comenzó a nevar.
Una nieve blanca y pura que se comenzó a arremolinar sobre la pira y el cuerpo que descansaba en ella. Jamás había oído unas voces que cantaran nada más triste. El contraste entre los diversos tonos de voz solo hacía el sonido mucho más hermoso y la cantidad de nieve se intensificó. Yo no había podido dejar de llorar desde que salí al patio y cuando la nevada aumentó hasta casi no dejar ver nada, me di cuenta de que el dolor de Asier parecía haberse aliviado un poco.
Al parecer, saber que el final de su hermano estaba cerca, alivió su profunda pena por haberlo perdido de manera tan repentina.
El cántico aumentó de intensidad, a la vez que la nieve se arremolinaba más y más, y el alma de Nathaniel se comenzó a elevar en el aire favorecido por la intensidad del viento de la nevada que caía.
Miré maravillada cómo el cuerpo desaparecía a la misma vez que su alma se alejaba y dejó de nevar por completo. El canto de los ángeles, lo más bello que había oído y escucharía nunca, acabó también.
Los ángeles permanecieron en silencio sin moverse del sitito, mientras los minutos seguían pasando.
Nadie parecía querer moverse.
El cuerpo de Nathaniel ya no estaba presente, pero los ángeles lo siguieron velando acompañados de los brujos durante unas horas más.
Cuando comenzó a hacer calor en el patio, fue cuando el agotamiento comenzó a pasarme factura.
Asier debió notarlo también, porque me apretó la mano y sin decir nada a nadie, nos dirigimos a nuestra habitación.



ASIER

Sentía un dolor tan intenso en mi interior que apenas me dejaba respirar.

No dejaba de darle vueltas a qué coño podía haber hecho para que mi hermano hubiera seguido vivo. No me extrañaba nada que Azrael estuviese detrás de la profecía, ya que yo fui el culpable de que descendiera al infierno.

¡Qué puta ironía!

Yo lo mandé allí y él es uno de los integrantes de esta puta profecía que me acababa de arrebatar a uno de los seres de luz más maravillosos que tuve el gusto de conocer, y con el que había compartido casi mil años de mi vida.

Miraba a Bibian, que estaba terminando de bañarse, y me sorprendió la oleada de furia que me sacudió al recordar que por su culpa Azrael se me había escapado. Quizás si hubiese tenido más tiempo…

No era justo con ella, pero estaba tan herido que no era capaz de ver que seguramente mi pareja nos había salvado a todos, pero en ese momento deseaba hacerla sufrir de la misma manera en la que yo estaba sufriendo. Así de egoísta y de hijo de puta era.

Posiblemente me arrepentiría de lo que iba a decirle, pero no podía callarme lo que me estaba envenenando la sangre en ese momento.

—¿Por qué coño no te has estado quietecita y me has dejado luchar con Azrael?

Que me mirara con actitud culpable en sus ojos bicolor me golpeó el corazón con fuerza. Ni siquiera me contestó. Titubeó al hablarme, quizás temiendo el mal humor que sabía que tenía desde la muerte de mi hermano.

—Los demonios nos estaban rodeando y nos doblaban en número. Miguel me pidió que lo hiciera. Pensé que era lo mejor.

Bajó la cabeza avergonzada, pero su explicación seguía sin ser suficiente. Posiblemente me hubiesen bastado unos simples minutos más para haber acabado con su vida. Eso pecando de positivo, porque en ningún momento tuve una opción clara de acabar con él. Yo lo había enseñado a luchar y era un claro ejemplo de un alumno que iguala a su maestro en el arte de la batalla.

—Te dije… No, te pedí que esperaras un minuto, Bibian. —le recordé con dolor. Volvió a bajar la cabeza y pude ver que las lágrimas volvían a caerle por las mejillas. Me sentí el ser más ruin del mundo, pero aun así no pude callarme. Necesitaba soltar todo el dolor que tenía dentro por no haber sido capaz de salvarlo y ni siquiera me importó pagarlo con quien, quizás, menos culpa tenía—, pero tú sigues haciendo las cosas a tu manera.

—Lo siento —murmuró mientras seguía llorando—. Estoy segura de que lo encontraremos otra vez. No tengo duda alguna de que vengarás a Nathaniel.

—¡¿Tú que coño sabes?!

Se encogió ante mi grito y sentí cómo mi rabia y dolor tomaban el control de mi cuerpo, por lo que decidí irme del cuarto antes de decirle algo que luego no pudiera perdonarme. Ya la estaba machacando suficiente esa mañana.

—Lo siento —murmuró, sollozando mientras me vestía para irme del cuarto y buscar un lugar tranquilo donde lamerme las heridas—. ¿Adónde vas?

Podía sentir su angustia y preocupación por mí junto con el dolor que mis palabras le habían provocado, pero aun así no pude callarme.

—Creo que no te debo ninguna explicación, ¿no crees? Ya has hecho suficiente por hoy.

Ahora sí sentí su corazón romperse por completo. Cerré los ojos y me fui cerrando con un fuerte portazo.

No pude trabajar en mi despacho como esperaba poder hacer durante esa mañana, así que cuando la casa abrió la puerta invitándome claramente a que saliera a desayunar, ya que era esa hora, decidí que salir a tomar un poco el aire no era mala idea.

¡Qué equivocado estaba!

Me encontré en el salón con todos los demás, que se estaban sentando a la mesa. Martin empezó con el primer comentario desafortunado de la mañana.

—¡Uy, traes cara de no haber follado esta mañana!

Mi sangre ya caliente por todo lo sucedido en las últimas horas explotó.

—¿Desde cuándo puedes hacer tú comentarios sobre mi vida sexual, gilipollas?

El duende tuvo el buen tino de mirarme unos segundos sorprendido

por mi arrebato de genio y mantenerse en silencio, pero Bibian no fue tan inteligente.

—No te permito que le hables así.

Me quedé tan sorprendido que me giré hacia ella sin querer creer que se había puesto de su parte.

Me miró sin temer ni un segundo mi reacción y reconocí que me gustó eso de ella; que no me bailara el agua y me diera la razón. Me recordó a la Bibian que conocí esos primeros días que me retaba continuamente. Pero en este momento estaba lo suficientemente destrozado como para no importarme nada ni nadie que no fuese mi dolor.

—¿Que tú no me permites qué? ¿A mí?

Cerré las alas con fuerza a mi espalda preparándome para el enfrentamiento que estaba deseando que alguien me ofreciera y poder quemar un poco de mi mal humor.

—Asier, ya basta.

Anthony no se acercó a mí, pero no me gustó su tono de voz. Me giré para decirle lo que pensaba de eso también. ¡Quizás él quisiera enfrentarse a mí después de todo!

—¿Perdona? ¿Estás hablando conmigo?

—Por favor, hermanos. Ya hemos tenido suficiente por hoy —dijo Mika, intentando mediar entre todos—. ¿Podemos desayunar en paz?

Decidí que no quería pelear con todo el mundo y me senté a desayunar. Me quedé de piedra cuando en la mesa de desayuno comenzaron a aparecer solo tartas, donuts y postres dulces. Incluso las tostadas eran francesas, torrijas, y no había nada de huevos, beicon, salchichas, ni siquiera fruta.

Estaba visto que la casa pensaba que necesitábamos desayunar algo dulce y eso me tocó las pelotas mucho más que todo lo demás.

—Estás de coña, ¿no? —pregunté a nadie en particular.

Miré hacia arriba como si pudiese ver la casa de otro modo, como si fuese un ser vivo y me encontrara con su cara sobre la que poder despotricar.

Oí al duende reírse divertido y enarqué una ceja sin poder creer que incluso la puñetera casa se pusiera contra mí.

—Está visto que la casa piensa que necesitamos endulzarnos la vida un poco después de todo lo que ha pasado —reconoció Mika en voz alta.

—No tiene ni puta gracia, ¿sabes?

Que los demás comenzaran a reírse por lo bajo solo conseguía ponerme de peor humor.

—La verdad es que un poco sí —murmuró Kate, y decidí marcharme y rumiar mi mal humor en otro sitio.

Por más que le gritase a la casa estaba claro que iba a hacer lo que

le diese la gana.

—¡Poneos a entrenar de una puta vez! ¡Vamos!

Todos se miraron sin saber bien lo que hacer… Los ángeles, que me conocían mejor, se levantaron murmurando por lo bajo y decidieron salir conmigo para no empeorar las cosas.

—¿Bibian?

Mi pareja se irguió y me miró con seriedad, pero no se levantó de la mesa.

—Voy a desayunar con tranquilidad, Kate y Martin también. Saldremos cuando hayamos acabado. Ya me he cansado de escuchar tantas tonterías.

Estuve a punto de lanzarme a por ella y levantarla de la puñetera silla, pero me obligué a salir del comedor. Ya tendría unas palabras con ella en privado.



BIBIAN

Me sentía tan hecha polvo por todo lo que estaba pasando, que no podía centrarme en el entrenamiento de ese día. Ninguno de nosotros habíamos dormido nada esa noche, y sentir por nuestro vínculo el dolor y la rabia que estaba consumiendo a Asier no ayudaba mucho en mi concentración.

Los hechiceros llegaron algo más tarde y ese día habíamos empezado a entrenar con espadas de madera, para que nos empezáramos a familiarizar con las armas que íbamos a tener que utilizar más tarde.

Podía oír a Miguel y Asier luchando al final del patio y por los gritos ahogados y los gruñidos, estaba claro que se lo tomaban con más seriedad que un simple entrenamiento.

Mika volvió a llamarme la atención.

—Bibian, céntrate, él estará bien. Presta atención.

El golpe que me dio con la espada de madera en el brazo me hizo ver las estrellas.

—Vamos, atácame para golpearme con todas tus fuerzas. Repite los movimientos que hemos estado viendo.

Mika se colocó ante mí en actitud defensiva con su espada en la mano y volvimos a golpear, repeler, fintar y vuelta a empezar.

—Bien, ahora vamos a golpear al muñeco de madera como os he estado indicando antes

Mika demostró tener más paciencia que un santo ese día. Yo no tenía fuerzas ni para mantenerme de pie, mucho menos para estar golpeando con una estúpida espada de madera más grande que mi brazo, a un estúpido monigote que hacía de enemigo.

Mi falta de concentración me pasó factura, como era normal.

Golpeé mal el muñeco y el brazo me dio un fuerte calambrazo que me hizo dar un grito de dolor. La espada se me cayó de las manos y

me puse de rodillas sujetándome el hombro, que me seguía provocando oleadas de dolor tan intensas que me entraron náuseas y me tumbé en el suelo deseando que todo acabara por ese día.

Ya no podía soportarlo más.

Todo lo sucedido comenzó a pasarme factura y en ese momento me sentía tan desbordada que apenas podía concentrarme en algo tan básico como era respirar. Colapsé y me quedé tendida en el suelo intentando respirar y controlar los sentimientos que se arremolinaban en mi interior, junto con la culpa que me carcomía como si fuera un mueble viejo.

Todo era culpa mía.

La profecía.

La apertura del portal.

La llegada de los demonios.

La muerte de brujas inocentes.

El dolor de todos los ángeles era por mi culpa.

La muerte de mi hermana.

Yo era la culpable de todo y no sabía cómo iba a poder solucionar todo lo que estaba pasando.

—¿Bibian? ¿Estás bien?

Me quedé en el suelo mirando a Mika arrodillada a mi lado con cara de preocupación y ni siquiera pude contestarle.

De repente sentía que no podía seguir con eso. Yo no hacía nada bien y llevaba muerte y destrucción a todo el que se acercaba a mí. Era un completo desastre incapaz de aprender nada de lo que todos se empeñaban en enseñarme.

Era una inútil.

Ni siquiera era capaz de respirar.

Mis pulmones se quejaron cuando no pude llevarles oxígeno… y entré en pánico.

Mi cara debió transmitir a Mika el miedo que sentí, porque de repente un montón de gente me pedía un montón de cosas distintas a la vez y yo ni siquiera podía respirar.

Asier se abrió paso entre todos los demás y se arrodilló a mi lado con cara de preocupación.

—¿Bibian? ¿Qué ocurre?

No pude hacer nada más que mirarlo con ojos aterrados al sentir que seguía sin poder respirar.

—Joder, nena, respira, ¿vale?

Me ayudó a incorporarme y sus ojos azules no se apartaban de mi cara, demostrándome la preocupación que había en ellos.

—Bibian, estás teniendo un ataque de pánico, ¿vale? Solo tienes que respirar. Puedes hacerlo.

Y yo lo intentaba, joder si lo intentaba, pero mis pulmones se

negaban a funcionar y me estaba agobiando cada vez más.

—Joder, Bibian, respira conmigo.

Me cogió las manos y se acercó a mi cara para que pudiera centrarme solo en sus palabras.

—Respira, joder.

—¿Bibian? No puedes morirte, ¿me oyes? —gritó Martin con su voz chillona.

—Pensad algo, joder.

No supe quién gritó eso, empezaba a marearme. Empecé a ver puntitos de luz mientras mi mundo se oscurecía. Mis pulmones ardían por la necesidad de llevarles aire y pensé que era mi final. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que el mundo se puso borroso unos segundos. Pero me obligué a mirar a Asier, a sus ojos azules que siempre me transmitían paz ahora me miraban preocupados.

—Bibian, por favor, perdóname por esto, pero creo que funcionará.

Sentí que Asier me cogía en brazos y se elevaba con rapidez sin dejar de pedirme perdón todo el tiempo.

No entendía por qué se disculpaba… hasta que me besó en la frente susurrando «Lo siento. Por favor, perdóname», noté que me soltaba y me dejaba caer desde la altura que fuese que había subido conmigo en brazos.

El mundo se detuvo.

El estómago se me subió a la garganta cuando empecé a caer y a ganar velocidad.

¡Jamás había sentido un miedo parecido! Veía el suelo acercarse y pensé que me iba a estrellar sin remedio. Me pregunté en un segundo por qué Asier me había hecho eso. Sabía que me odiaba desde lo sucedido la noche anterior, pero hacerme algo tan cruel…

Para mi sorpresa, cogí una inmensa bocanada de aire que mis pulmones agradecieron y lo solté dando un grito aterrador sin poder apartar los ojos del puto suelo.

Y mi corazón me recordó que no debía tener sobresaltos de este tipo.

Todo se oscureció a mi alrededor mientras oía a Asier de nuevo y sentí que sus brazos me volvían a sostener.

—¡Ya está! ¡Te tengo, te tengo, ya está! ¡Tranquila!



ASIER

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mika cuando me posé en el suelo despacio con ella en brazos—. ¿Su corazón?

—Voy a por sus pastillas —se ofreció Kate.

Miré a mi pareja con preocupación. Por lo menos respiraba, aunque su cara estaba tremendamente pálida.

—¡Joder! ¿Tenías que darle semejante susto? Eres idiota.

Martin revoloteó nervioso por encima de su cara.

—Ha funcionado, ¿no? No sabía que más hacer. Es lo único que se me ha ocurrido.

Me senté en las colchonetas que había en el patio y la recosté sobre mi cuerpo, deseando que Kate se diese prisa y trajera sus pastillas. Me la quedé mirando, recreándome en sus cejas pelirrojas que contrastaban con su piel pálida. Deseé besar de nuevo sus labios tan sexis y le acaricié la barbilla que demostraba su terquedad antes de sentirla despertar. Mi corazón latió desbocado por el alivio.

Me había llevado un susto de muerte, y ahora no podía evitar sentirme culpable por haberle provocado una nueva crisis cardíaca.

¡Vaya día de mierda que llevábamos desde la muerte de Nathaniel! En vez de consolar a mi pareja o dejar que ella me consolara a mí, me había dedicado a insultarlos a todos y a menospreciarla.

Iba a tener que esmerarme mucho para que me perdonara por ser tan idiota.

—¡Está despertando! —anunció Miguel.

Vi que todos se agachaban para poder verla mejor.

Kate llegó con sus pastillas y una botella de agua en ese momento.

—Bibian. Toma, aquí están tus pastillas.

Ella ni siquiera abrió los ojos. Le entregué las pastillas que se metió en la boca con manos torpes y bebió de la botella con avidez.

—Bebe con cuidado —aconsejé preocupado, deseando poder borrar

mi comportamiento de esta mañana con todos.

No sabía muy bien qué esperar después de lo que le había hecho, pero que apartase sus manos con brusquedad me hizo notar que estaba enfadada conmigo y con razón.

¡No podía quejarme! ¡Se merecía todo lo que quisiera decirme!

—¡Eres un hijo de puta!

Ese comentario hizo que todos los presentes sonrieran abiertamente. Esa era mi brujita. No se achantaba por nada ni nadie. Yo creía que era la única persona capaz de insultarme con esa desfachatez.

—¿Te encuentras mejor? —Era indudable que sí, si me insultaba con esa facilidad. Aunque no lo parecía porque seguía tumbada sobre mis piernas sin abrir los ojos.

—¡Voy a arrancarte las plumas como si fueras un pavo en navidad!

¡Vale! Ese comentario consiguió hacerme reír.

—Lo siento, Bib. No se me ocurrió otra cosa, ni siquiera me acordé de tu dolencia cardíaca. Por favor perdóname.

—Va a arrancarte los huevos y te los va a hacer comer para la cena —soltó Martin divertido, pero suficientemente preocupado por ella para no haberse alejado todavía de su lado. Le cogió la mano y se la acarició con suavidad.

Cuando abrió los ojos me miró con tanto dolor que supe que tenía que mantener una conversación privada con ella.

—Bien, el entrenamiento ha terminado. Nosotros nos vamos a nuestra habitación a descansar y os aconsejo que hagáis lo mismo.

Ninguno lo discutió, supuse que se alegraban de tener el descanso que estaba claro todos merecían, y por mi estado de ánimo no lo había querido ver.

Ella intentó soltarse de mis brazos, pero no se lo iba a permitir. Me sorprendí de lo poco que pesaba y lo pequeña que era. Me levanté con ella en brazos y eché a volar sin hacer caso de sus quejas de no querer hablar con conmigo.



ASIER

Llevar a una enfadada bruja entre mis brazos mientras llegaba a la intimidad de nuestra habitación me recordaba los primeros días que la conocí. Irónica e irreverente como ella sola. Reconocía que tenía una habilidad sorprendente para tocarme las pelotas.

—O me sueltas o te achicharro ahora mismo.

Miré sus manos intentando averiguar si podía ver su fuego por algún lado. Tenía plena confianza en ella en todos los sentidos. Pero podía sentir por nuestro vínculo que estaba enfadada y dolida conmigo y por eso me empeñaba en querer tener esa conversación con ella, en privado, si era posible. Intentaba evitar interrupciones de los metomentodos de mis hermanos y de ese duende cotilla.

—Solo quiero hablar contigo, Bib.

—¿Hablar conmigo? —gritó enfadada. Se retorcía como una serpiente intentando que la soltara. Ya habíamos llegado a la habitación y estábamos en el suelo, pero la seguía abrazando, sin ganas de soltarla—. Te recuerdo que esta misma mañana me has ignorado y te has negado a hablarme.

Me callé porque sabía que tenía razón. La solté con lentitud, intentando mantenerla junto a mí el mayor tiempo posible. Se zafó empujándome con no demasiado cuidado.

—Quiero disculparme contigo, Bibian.

—Pues ahora no quiero hablar contigo. Me has dado un susto de muerte, joder. Jamás pensé que fueras capaz de hacerme algo así. Pero ¿sabes qué es lo que más me ha dolido de todo esto?

La miré en silencio sin querer interrumpirla. Quería saber cómo se sentía después de todo lo que había pasado. Algo me decía que su ataque de pánico, del que pensaba hablar cuando acabara de echarme en cara mi actitud de mierda, tenía que ver justamente con mi actitud con ella y todos los demás.

Siguió al ver que me quedaba callado.

—Siento que no soy suficiente para ti. Me has dejado claro que mi amor por ti no es suficiente para consolarte cuando estás roto de dolor…

—¿Qué? No, eso no es cierto, Bibian —¿Cómo podía pensar que no era suficiente para mí?—. Le cogí las manos para evitar que se alejara y, aunque intentó soltarse, se lo impedí—. Tú eres la única que me mantiene cuerdo en estos momentos, Bibian.

—No te creo. —Empezó a llorar y cuando vi esas lágrimas de purpurina sentí que mi alma se rompía un poco más—. Después de cómo nos has tratado a todos esta mañana, cómo me has tratado a mí… No quiero.

—Lo siento, Bibian. No tengo excusa para haber sido tan ruin contigo y despreciar lo único que necesito en el mundo, que es abrazarme a ti por el resto de nuestra vida. No consigo hacerme a la idea de que te pongas en peligro una y otra vez y no sea capaz de protegerte. No soportaría que te pasara nada.

Se me quedó mirando mientras seguía llorando en silencio.

—Esto es una guerra, Asier, y de guerras sabes mucho más que yo, pero creo que siempre habrá bajas. No podemos evitar que la gente muera.

—Jamás me ha importado tanto perder a alguien en esta guerra. Odio en lo que se está convirtiendo tu vida, Bib. No eres una guerrera y no has nacido para estar matando demonios todos los días. Y todo esto… —Se me quebró la voz y respiré hondo para intentar controlar mi dolor—. Haber perdido a mi hermano y la aparición de Azrael me acojona como no te puedes imaginar. Me aterra pensar que puede pasarte algo, Bibian. Es superior a mí. No he sabido gestionar todo lo que estoy sintiendo. Siento si te he provocado dudas sobre mis sentimientos por ti. Pero ya deberías saber que tú eres lo que más quiero ahora mismo. Daría lo que fuera por mantenerte fuera de todo esto, pero tu nuevo poder te ha puesto una diana en el culo, en ese hermoso culo que tanto me gusta, y todo esto me aterra.

Intenté recomponerme y coger aire. El dolor de mi corazón había vuelto con fuerza, pero por lo menos ella ya no parecía querer saltarme los dientes de un puñetazo.

—Sé que no soy una guerrera y que ni siquiera controlo mi poder, y si me hubiesen dado a elegir no lo hubiese aceptado de mi hermana, pero las cosas están así y todos estamos juntos en esto. Tenemos que pararlo, sea como sea.

Me cogió la cara y me limpió las lágrimas con los pulgares. Jamás me había sentido tan sobrepasado por los acontecimientos. Mi vínculo con Bibian me pedía protegerla ante todo y todos y se me partía el alma al pensar que había sido yo el que la había rechazado una y otra

vez.

—Lo sé. Juntos, siempre juntos.

Que ella se acercara a mí para abrazarme me hizo pensar que me entendía y que me había perdonado el comportamiento de esa mañana.

—Siento mucho cómo te he tratado esta mañana, amor. —Limpié sus lágrimas a la vez que ella lo hacía con las mías—. Jamás dudes de mis sentimientos por ti.

—Tienes que disculparte con todos por lo de esta mañana.

No iba a poder escaparme de eso. Un poco de humildad no me haría daño.

—Lo sé. Empezó Martin, por si se te ha olvidado —repuse al recordar las palabras del irreverente enano tocapelotas.

Ella se rio con la cara escondida en mi hombro y me reí con ella. Era todo tan absurdo. Suspiré mientras olía su pelo; ese olor que siempre conseguía calmarme

—Odiaré la cara de suficiencia con la que me va a mirar Martin a partir de ahora —me quejé.

Porque sí, porque podía hacerlo y porque sabía que ella me entendía mejor que yo mismo.

Se rio y mi sangre se calentó al oírla.

—Lo sé. —Me besó en los labios con suavidad y me negué a soltarla todavía.

La volví a abrazar con suavidad.

—¿Vas a contarme por qué te ha dado un ataque de pánico?

Se tensó entre mis brazos y luego suspiró cansada.

—He estado pensando en lo mismo que me has dicho tú. No quiero perder a nadie más, Asier. No soportaría perder a Kate ni a ninguno más de tus hermanos. Ni siquiera a Walter o Marian, ni que decir tiene que Martin me preocupa especialmente.

—Bueno, ya hemos visto a Azrael, así que ahora solo toca atraparlo y cerrar ese maldito portal de nuevo.

—¿Sabemos dónde puede estar o cómo lo cerraremos?

—No exactamente. He quedado en la Torre Oscura mañana para investigar los antiguos libros a ver si encontramos algo al respecto.

—Seguro que sí. Si alguien puede parar esto, eres tú.

Le besé en el pelo, que tenía bajo mi mejilla, y levanté su cara para ver sus ojos bicolores. Aún tenía restos de lágrimas en las mejillas y le pasé los pulgares para secárselas.

—¿Estamos bien? —le pregunté con suavidad.

Sin duda era lo más importante de todo.

Asintió y me sonrió.

—Estamos bien, pero recuerda que tenemos que hablar y no cerrarnos con el dolor.

Besé sus labios mullidos y suaves con suavidad. Una vez, dos. A la tercera ella entreabrió sus labios para darme acceso a su boca. Nuestro besó cambió en un segundo y el aire de nuestra habitación también cambió de inmediato.

Gruñí cuando le sujeté la cara para tener mejor acceso a su boca mientras ella se apretaba contra mía.

¡Sí, joder, sí!

El sexo entre nosotros era la mejor manera de conseguir que todo volviera a estar bien. Nuestros sentimientos eran tan intensos que a veces no sabíamos explicarlo con palabras, pero nuestros cuerpos conocían bien la mejor manera de expresarse.

Me aparté de su boca para respirar, ya que nuestros duelos de lengua me habían calentado tanto que solo deseaba tumbar a mi pareja y follarla hasta dejarla sin sentido.

—Bibian, estoy demasiado sobrexcitado para tener cuidado.

—No me importa. Quiero que me folles hasta que me hagas olvidar todo lo que nos rodea.

Sus dedos curiosos comenzaron a desabrochar mis pantalones. Mi polla estaba más que lista para salir a jugar y mis pelotas me dolían por la tensión.

—No quiero hacerte daño.

—No vas a hacerme daño. Sabes que me gusta todo lo que quieras hacerme.

Me bastaron sus palabras para perder el control. Le bajé los pantalones con brusquedad y tiré con impaciencia de sus botas para quitarle los pantalones por los tobillos, donde se habían atascado. Mientras tanto, sus manos se habían metido dentro de mis pantalones y me habían cogido la polla para comenzar a moverla de arriba abajo.

Volví a gruñir y la levanté en peso animándola a que enredara sus piernas en mi cintura mientras la apoyaba con fuerza contra la pared. Sin separarme de su boca y sin dejar de besarla, pasé mi polla entre sus piernas con impaciencia para comprobar si estaba lista para mí.

Así era. Más que preparada.

—Me encanta que siempre estés así de mojada.

Me lubriqué con la humedad de entre sus piernas mientras me lanzaba a lamerle el cuello desde la oreja a la clavícula y vuelta a empezar.

Me resultaba difícil aguantar sin enterrarme en ella, que era lo que de verdad deseaba mientras me emborrachaba del olor de su cuerpo y el sabor de su boca, que me besaba con las mismas ganas con las que lo hacía yo.

—Deja de atormentarme —me pidió apartando su boca de la mía para coger aire—, ya estoy suficientemente caliente, Asier.

No necesité que me animara de nuevo. Coloqué mi polla en la

entrada de su vagina y empujé hasta colarme casi entero, provocando en ambos un grito de placer.

—Joder. Bib, eres tan estrecha que podría correrme solo por lo bien que se está aquí dentro.

Me miró con los ojos llenos de deseo.

—Ni se te ocurra correrte todavía. Me debes un montón de orgasmos por ser un idiota.

Tuve que reírme por sus palabras y empujé un poco más solo para atormentarla.

—¿En serio ese va a ser mi castigo?

Ella apretó los dientes al sentirme empujar un poco más y volver a quedarme parado, sin entrar del todo. Necesitaba guardar el control o me volvería loco y me la follaría sin importarme nada más.

—Sí, ¿no te gusta? —Controlé el deseo de enterrarme en ella por completo hasta vaciarme en su interior.

—Creo que no se te está dando demasiado bien este castigo.

—Con que no, ¿eh?...

Volví a empujar. Esta vez me colé hasta la empuñadura y ambos gruñimos a la vez.

—Pues que sepas que el castigo me encanta.

Empecé a moverme y a empujar una vez tras otra, arrancándole gemidos en el proceso. Volví a lamer sus labios con sensualidad y ella volvió a gemir.

—Cuando acabe, vuelves a decirme si te ha gustado o no.

Me miró y pude ver la diversión en sus ojos. Me mordió el hombro que aún llevaba con la ropa puesta para acallar un gemido.

—No quiero que te contengas, Asier. Ya sabes cuánto me gusta que me folles cuando estás completamente desatado.

Esas palabras me bastaron para perder el control por completo. Si tanto le gustaba mi lado más salvaje, ¿por qué iba a negárselo? No podría sentarse en una semana y esa sola idea me hizo gruñir con fuerza.

—Como desees, mi pequeña arpía.

Comencé a moverme con rapidez mientras su piel empezaba a brillar como una bombilla encendida. Podía sentir su poder fluyendo entre nosotros y miré mis manos, que también comenzaban a brillar de manera más tenue. Bibian alcanzó el orgasmo apretándome en su interior mientras se encendía con una luz cegadora.

—Míranos —le dije sorprendido y le enseñé una de mis manos.

Sentir su poder en mi interior me dio una descarga de energía que a punto estuvo de catapultarme al que iba a ser el mejor orgasmo de mi vida. Pero todavía no había saciado a mi pareja, ni mucho menos me había saciado yo.

Me separé de la pared y la tumbé en la cama sin salir aún de ella, y

empecé a moverme con más energía todavía.

—Juntos somos imparables.

Sentí mis pelotas contraerse y supe que el orgasmo se acercaba. Bibian había empezado a gemir de nuevo bajo mis acometidas y supe que iba a provocarle otro orgasmo, así que apreté los dientes y me dejé llevar mientras mi cuerpo brillaba de manera más intensa cuando exploté en un maravilloso orgasmo junto al que volvió a tener mi pareja.

Todos los problemas que me habían estado asfixiando desde la muerte de Nathaniel menguaron un poco para dejarme respirar.

Besé a Bibian en la boca con lentitud, listo para empezar a castigarla de nuevo.



WALTER

Ser uno de los hechiceros más poderosos de La Torre Oscura no había sido cuestión de suerte. Me había pasado toda la vida estudiando magia y perfeccionando mis conocimientos. La magia no se podía aprender; o la tenías en tu interior al nacer o no la tenías. Era así de simple.

Cuando vivía en Londres, de niño, me pasaba las tardes compaginando mis estudios de primaria con los de magia en una escuela especializada.

Pronto descubrieron que era un brujo poderoso y que destacaba por encima del resto de estudiantes de magia, así que me dieron una beca para estudiar artes arcanas en Chicago, donde estaba el centro de Brujería más importante y poderoso del mundo… La Torre Oscura.

Estaba tan centrado en mi magia que todos me miraban como un bicho raro. Para mí, perfeccionar mi magia y aprender hechizos nuevos era lo más importante, por encima de socializar con los demás compañeros o buscarme novia, y por supuesto ni hablar de salir de fiesta todos los fines de semana, como hacían muchos de los que estudiaban magia conmigo.

Era un hombre ambicioso.

Y solitario.

Con el paso de los años me convertí en uno de los hechiceros más poderosos del mundo y quería un puesto importante dentro del Aquelarre. Por supuesto, esos puestos estaban pillados por los brujos de más edad que seguían siendo extremadamente poderosos. Esos puestos se cedían a brujos nuevos solo cuando moría algún miembro del Aquelarre, cosa que pasaba muy de tarde en tarde. La magia, misteriosamente, alargaba la vida de los brujos. Cuanta más magia, más años podías vivir. No éramos inmortales, pero podías vivir cientos de años sin ningún problema. Mientras esperaba que alguno de los

miembros decidiera morirse de una vez y dejar algún puesto libre, que sería mío sin lugar a duda, yo seguía estudiando.

Y entonces nos enteramos de que la profecía se había cumplido.

Me ofrecí voluntario para enterarme de primera mano de cómo era la bruja que había conseguido semejante hazaña que nadie más había sido capaz de lograr.

No había una bruja de fuego desde hacía… un montón de siglos.

¡Una bruja de fuego! Me moría por conocer a la mujer que había conseguido semejante poder, y entonces conocí a Bibian.

No sabía lo que me esperaba, pero lo que sí sabía era que no esperaba lo que me encontré.

Había oído hablar de ella. Era una bruja de tierra muy poderosa y todos pensábamos que centrarse en hacer pócimas y ungüentos curativos era una pérdida de tiempo, pero a eso era lo que ella se había dedicado toda su vida. A eso y a regentar una floristería.

¡Era increíble!

Y entonces la conocí, una mujer pelirroja con ojos de un verde intenso… Mentira, con un ojo verde característico de las brujas de tierra y otro lila debido a la transformación de su cuerpo por acoger una magia que no era suya, sino de su hermana, que había sido una bruja de agua.

¡La bruja más poderosa de la tierra y no tenía ni idea ni de manejar su poder ni del alcance que este tenía!

¿Podía ser la vida más injusta conmigo?

¿Por qué le daba semejante poder a alguien que ni siquiera lo quería ni le sacaría jamás la rentabilidad que podía?

Y lo que menos soportaba de todo era que viviera en el Castillo Blanco de los ángeles.

¿Se podía romper una tradición de cientos de años? Las brujas y los ángeles se odiaban desde tiempos inmemoriales y así se esperaba que fuera hasta el fin de los tiempos, y resultaba que ella no solo vivía con ellos, sino que encima era pareja del ángel más poderoso de la tierra, nada menos que Asier, el capitán de los ángeles y mano derecha de Dios en todas sus batallas celestiales.

¿Qué coño había pasado entre ellos para que se hubiesen emparejado para toda la eternidad?

Ese enlace entre ellos dos había desbaratado todos mis planes, ya que yo pensaba acercarme a la bruja y usar todas mis armas de persuasión para poder acercarme a ella lo suficiente para poder estudiar su poder.

Estaba estudiando si había alguna forma de robarle el poder a una bruja para convertirme en un hechicero de fuego, era justo que semejante poder lo tuviera un hombre poderoso y no una bruja raquítica que no sabía ni por dónde empezar a utilizarlo.

¡Qué injusto era todo!

Ahora, acercarme a Bibian más de lo estrictamente necesario para darle clases prácticas e intentar enseñarle a manejar semejante poder, era casi imposible por el marcaje que su pareja le hacía. Bibian estaba más protegida que las joyas de la corona inglesa.

Tenía que reconocer que ella había conseguido lo que nadie antes, y era que los ángeles y los brujos nos uniéramos en un frente común para luchar contra los demonios que aparecieron cuando el portal que los mantenía alejados de los humanos se rompió; cuando se produjo la profecía.

Como si no tuviéramos ya suficientes problemas, que ahora también teníamos que eliminar a los demonios de la ecuación. Demonios que se alimentaban exclusivamente de brujas, cosa que lo empeoraba todo.

En fin, que ir al Castillo Blanco y enseñar a Bibian a luchar y a manejar su poder me dejaba un mal sabor de boca por lo injusto que me parecía todo.

Encontrarme allí de manera voluntaria a mi compañera Marian me dejaba totalmente descolocado. Si yo era una rata de biblioteca, ella era todo lo contrario, como demostraba todos los días al verla totalmente incluida en la vida cotidiana de los ángeles. A ella la estaban enseñando a luchar, lo mismo que hacían conmigo cuando no encontraba excusas para librarme de hacerlo. Que Mika me machacara sin compasión me ponía de peor humor. No sabía lo que pensar de ella, la única ángel mujer que había en la ciudad. Delgada, hermosa y letal, así la catalogué. Y para mi sorpresa ella no parecía odiar a las brujas como se suponía que tenían que hacer. Siempre había pensado que el odio entre nosotros era recíproco, pero, al parecer, que una bruja se hubiese emparejado con el capitán había creado una sintonía entre ellos que a mí me resultaba muy extraña.

Era raro.

Vivían en una especie de tregua creada para luchar contra los demonios que al parecer eran el enemigo común de todos. Que los ángeles hubiesen perdido a uno de sus miembros era algo bastante inusual, no era fácil matar a un ángel. De hecho, no moría uno desde hacía siglos, y perder a este, tan de repente, había trastocado el humor de todos, tanto de ángeles como de brujas.

Hasta yo reconocía el dolor que sentí al verlo morir a manos del ángel caído Azrael, segundo al mando del capitán Asier y antiguo miembro del equipo.

Sabía que Asier se lo iba a tomar como venganza personal y lo entendía. Posiblemente yo intentaría hacer lo mismo si hubiese muerto alguna de mis personas queridas.

Bueno, para ser sinceros yo no tenía personas queridas, ya que mis padres habían muerto en un accidente de coche hacía ya casi diez

años.

Deseaba acostarme y dormir una semana entera.

La noche anterior habíamos estado velando el cuerpo del ángel muerto y tanto Marian como yo habíamos salido de allí con el día libre para descansar después del amanecer, y yo no podía dejar de buscar algo que me indicara cómo arrebatarle el poder a una bruja por la fuerza, si es que eso era posible.

Estaba claro que yo sería mucho más poderoso de lo que era Bibian, y al estar en guerra contra los demonios, debíamos usar todo el poder que fuéramos capaces de conseguir.

Si para conseguir su poder tenía que matar a Bibian… sería una baja colateral de la guerra en la que estábamos metidos.

Nadie debía enterarse de esto, por supuesto.

Supuse que tendría que enfrentarme a su pareja cuando le arrebatara el poder, pero, para entonces, sería tan jodidamente poderoso que enfrentarme a un ángel muerto de dolor por perder a su pareja no debería ser un problema para mi nuevo yo.

Ya podía sentir todo ese poder de fuego dentro de mi interior.

Lo sentiría por Bibian, pero ella era un desastre, indisciplinada, cabezota, rebelde y siempre le gustaba salirse con la suya, caprichosa e infantil y no merecía una magia que acarreara semejante poder.

No, todos lo entenderían.

Así que seguí buscando en los libros de la biblioteca arcana cómo arrebatarle el poder a una bruja de fuego.

ANTHONY

Jamás me había sentido tan devastado.

Era la primera vez que perdía a uno de mis hermanos. Fue todo tan rápido que ninguno de nosotros reaccionó a tiempo para evitar que Azrael le cortara la cabeza. El dolor que sentí al cortarse nuestro vínculo de hermanos no se parecía a nada de lo que hubiese sentido nunca.

Que una horda de demonios nos atacara en ese momento evitó que me centrase en nada que no fuera luchar y mantener a todos los demás a salvo.

No me gustó nada que esa nueva bruja a la que me veía obligado a ver y tratar todos los días me viese en un momento en el que me sentía vulnerable. Yo era un guerrero acostumbrado a pelear en mil batallas sin nadie que me importara más que mis hermanos o Bibian, la reciente pareja de Asier.

Bibian me gustaba mucho, era la mujer perfecta para mi hermano, rebelde, leal y valiente, y que no se asustaba del humor tan negro que mi hermano solía tener normalmente, casi igual de malo que el mío.

Bueno, nadie tenía peor humor que yo.

Desde que estaba en la tierra y veía, día tras día, cómo los humanos eran capaces de hacer cosas tan atroces al resto de seres vivos, había hecho que mi fe en la humanidad se apagara como una cerilla gastada.

No había nada que me entusiasmara ni nadie que me importara o que me hiciese sentir importante, o simplemente querido.

Esa nueva bruja…

Bueno, no era una bruja propiamente dicha, sino una hechicera. Al parecer pertenecía al selecto grupo poderoso de brujos que habitaban la Torre Oscura. Me gustó que el pequeño Martin la pusiera en su sitio cuando lo acusó de mentir por no haber estado retenido en la torre setecientos años.

La maldita me sorprendió tirándome la nieve encima al comprobar que los ángeles somos inmunes a la magia que quieran usar contra nosotros.

¿Por qué olía tan bien?

A bosque intenso y a ozono después de una tormenta. Cuando la tenía cerca no era capaz de quitarme ese olor de la nariz. Era punzante y me atraía como una polilla a la luz.

¿Era eso lo que Asier sentía por Bibian? Esta atracción que me obligaba a tenerla vigilada y saber siempre dónde estaba para intentar mantenerla protegida. Había intentado que los demás no se diesen cuenta de lo mucho que me atraía. Era una bruja, por Dios bendito. Habían sido nuestras enemigas por los siglos de los siglos. Aunque por más que lo intentaba no conseguía encontrar nada para poder odiarla. Era suave y tímida, y nos miraba a todos con tanto interés en sus ojos oscuros que me hubiera encantado pasar tiempo con ella a solas para contestar todas las preguntas que sabía que tenía. Y para poder olerla mejor. Ya me conocía su olor como si fuese el mío propio.

Ella no podía saber lo mucho que me intrigaba.

Era solo eso, ¿verdad?

Marian era todo un misterio para mí.

Debía mantener las distancias ahora que íbamos a luchar juntos a menudo. Solo de pensar en que iba a tenerla tan cerca, mi polla me palpitaba dolorosamente en los pantalones.

Jamás me había masturbado tanto desde que la conocí.

Cerré los ojos y me centré en su boca sonrosada. Imaginármela con esa boca sobre mi cuerpo me arrancó un gemido y mi polla me palpitó en la mano mientras me masturbaba bajo el agua caliente.

¡Oh, joder!

Ya había dejado de resistirme al poder que ejercía sobre mí sin tan siquiera saberlo. No podía seguir negándolo.

Esa maldita bruja me atraía como ninguna mujer lo había hecho antes.

Sabía que era ridículo y, sobre todo…, muy raro.

Mi hermano Miguel también mantenía una relación con Kate. La dulce y suave Kate. La verdad era que todas las brujas que había conocido hasta ahora eran unas mujeres fantásticas.

Era cierto que apenas conocíamos a Marian. Sabía que me observaba cuando pensaba que no la veía. Eso me encendía aún más. No conseguía entender lo que veía en mí para que me comiera con los ojos cada vez que me veía.

Intentaba evitarla para que no se diese cuenta de que, lo que fuera que sentía por mí, era recíproco, pero yo llevaba siglos sin relacionarme con una mujer. El promiscuo de nosotros había sido Nathaniel, que se acostaba con todas las humanas que podía. Al

parecer el tamaño de nuestras pollas era un reclamo para las mujeres. Y nuestro legendario aguante en la cama, también.

Sentí formarse el orgasmo en la base de mi columna y cerré los ojos para masturbarme más rápido para alcanzarlo y relajarme por fin. Ir todo el día empalmado era agotador.

Volví a imaginarme la boca de Marian lamiendo mis abdominales con lujuria y bajando su boca hasta chuparme el pene…

¡Sí, joder!

Alcancé un orgasmo tan intenso que eyaculé sin parar durante lo que me parecieron siglos, hasta que me quedé desmadejado bajo el agua de la ducha.

Ahora sí iba a dormir relajado.

Cogí una toalla para secarme con rapidez antes de meterme en mi cama a descansar.

Nadie había dormido en esta casa desde hacía más de dos días.

Mi corazón sangraba cada vez que recordaba a mi hermano caído.

Deseé que la bruja de ojos oscuros estuviera ahí para consolarme.

Seguiría soñando despierto, porque en el fondo sabía que nunca podría pasar nada entre nosotros.

Intenté concentrarme en los sonidos de la planta baja por si alguno de mis hermanos estuviese aún levantado, pero no se oía absolutamente nada.

Antes de quedarme dormido, pensé en un pelo oscuro como el ala de un cuervo y en unos ojos misteriosos que me seguían allá donde fuera.

No podía evitarlo, esa mujer me atraía como hacía tiempo no me atraía nadie. Apenas sabía nada de ella, solo cómo olía y lo mucho que me gustaba cuando sonreía.

Con su imagen en la cabeza me quedé dormido al fin.



ASIER

Me levanté de la cama a la mañana siguiente. Me encontraba más descansado y con la cabeza más centrada. Nada mejor que un largo día de sexo con mi pareja para volver a poner mis pies en la tierra y ver las cosas en su justa perspectiva.

Dejé a Bibian durmiendo cuando empezó a amanecer y me levanté con cuidado de no despertarla.

Los habitantes del casillo dormían y la casa se mantenía en silencio respetando el descanso de todo el mundo.

Una bandeja con desayuno americano y una cafetera de café solo y ardiente me esperaba en el comedor. Al parecer, las cosas habían vuelto a una relativa normalidad.

—Creo que a ti también te debo una disculpa.

Hacía tiempo que ya no me resultaba raro hablarle a la casa. Llevaba cuidando de nosotros un montón de siglos. Tiempo suficiente para creer en la magia que había en su interior.

Una agradable brisa me removió el pelo suelto mientras desayunaba.

«¡Está todo bien!» Sentí que me decía.

—Yo también lo echaré mucho de menos.

El dolor de mi corazón se acentuó y en ese momento el castillo no me comunicó nada, pero sabía que ella también lo echaría de menos.

—¡Oh, oh!

La voz de pito de Martin a mi espalda me sorprendió. No esperaba que nadie se levantara tan temprano.

Me volví para mirarlo. Revoloteaba en la puerta del salón y me miraba preocupado. Estaba claro que no parecía sentirse a gusto conmigo, sin nadie que pudiera interceder entre nosotros. Me apené por él y de haberlo tratado tan mal últimamente.

—Entra —lo animé. Pensando que era tan buen momento como

cualquier otro para disculparme—, me gustaría hablar contigo un momento.

—Vale.

Entró volando y me sorprendí de que sus alas apenas hacían ruido alguno. Eran tan pequeñas como las de un colibrí y un leve color azul se veía a través de ellas cuando se movían. Se sentó a mi lado sobre la mesa.

—¿Qué quieres desayunar?

Era tan pequeño que no podía coger nada por sí mismo, así que uno de nosotros siempre se lo servíamos delante para que pudiese acompañarnos.

—¿Puedes servirme lo mismo que tú? Y un poco de café con leche, por favor.

Lo miré extrañado de su formalidad mientras le servía lo que me había pedido y me senté de nuevo para seguir desayunando.

—Asier, siento haber sido un bocazas ayer —soltó con su voz aguda —. Sabes que no tengo filtros y a veces hablo sin pensar. Debí respetar tu dolor, no suelo ser tan desconsiderado, lo siento.

Lo miré sorprendido. No me esperaba una disculpa de él. No sabía en el tiempo que llevaba viviendo con nosotros si lo había oído disculparse alguna vez y mira que era bocazas con todo el mundo.

—Yo soy el que te debe una disculpa —admití—. Solo puedo decir que me sentí superado por el dolor de perder a Nathaniel y por eso fui un idiota con todos.

—Mejor un gilipollas.

Aquí estaba el pequeño duende en todo su esplendor.

—Vale, fui un gilipollas. Te pido honestamente que me perdones.

Que me mirara con la boca abierta no supe si era bueno o no. De él nunca podías saber lo que estaba pensando.

—Qué raro es oír que te disculpas —soltó de repente—. Desde que estás con Bibian parece que te has sacado el palo del culo.

Casi me ahogo con el café.

¿Es que este maldito duende no aprendería nunca a callarse?

—Vale, gracias, ¿eh? Muy amable por tu parte. —Intenté recomponerme y seguir comiendo.

Tenía una reunión en la Torre Oscura con Theodore Grant para revisar los libros de magia que tenían en la inmensa biblioteca.

—De nada. Te perdono por haber sido un gilipollas. Yo también lo quería, ¿sabes? —Se me cortó la respiración tras sus palabras—. Hace poco que os conozco a todos y él es, era… —se corrigió— el que menos trato tenía conmigo porque casi nunca venía por aquí, pero todos me habéis tratado tan bien que ya sois como de mi familia, así que también estoy de luto por su muerte.

Sus ojos azules, tan parecidos a los míos, me miraban con una

expresión compungida. Era un ser tremendamente empático y aunque parecía ligado a Bibian más que al resto de nosotros, lo había visto llorar más de una vez con alguien de la casa. Si alguien estaba triste, allí estaba él llorando para que no lo hiciera solo. Era enternecedor y no se merecía que lo tratase tan mal.

—Intentaré tratarte mejor de ahora en adelante, Martin.

Se rio bajito.

Ya me estaba arrepintiendo de hacer esto.

—Oh, no serías tú si no estuvieses enfadado conmigo por algo, ya estoy acostumbrado. Es nuestra seña de identidad o algo así.

Tuve que reírme. Era cierto. Entre nosotros era normal llevarnos mal. Él hacía todo lo posible por tocarme los huevos y yo no me callaba lo que pensaba de él.

—Tienes razón, es nuestra seña de identidad.

—¿Vas a alguna parte tan temprano? —me preguntó a continuación—. ¿Y Bibian? Supongo que el hecho de que estés más relajado significa que habéis estado toda la noche follando. Parecéis conejos en celo.

Me tensé tras sus palabras y él se rio esta vez más fuerte.

—Siempre caes —me dijo riendo.

—No cambiarás nunca. —Negué con la cabeza sin saber si reírme o retorcerle el cuello.

—Creo que no. —Bostezó con la boca llena de comida y cerré los ojos para no verlo—. Creo que me volveré a la cama ya, que parece que no hay nadie levantado todavía. Vete a molestar a quien sea que piensas molestar hoy. Seguro que se te da bien.

Se fue revoloteando con la misma rapidez con la que había llegado.

Me quedé solo en el comedor tomando mi segunda taza de café antes de irme a la Torre Oscura a molestar a alguien de allí, como bien me había recordado el duende bocazas.

—Bien, capitán este es único libro que tenemos sobre la Bruja de Fuego.

Me quedé mirándolo con curiosidad. Era de piel oscura. No quise saber la procedencia. Estaban los bordes levantados por el paso del tiempo y olía un poco a moho. Abrí las páginas con cuidado para comprobar que el interior estaba escrito sobre hojas de papiro. Repasé con sumo cuidado las páginas del interior comprobando que estaba escrito en lengua antigua. Algo que no se usaba ya desde hacía un montón de siglos.

Algo me dijo que si había algo que nos pudiese aclarar las cosas sobre lo que estaba pasando con Bibian y la abertura del portal, iba a

estar en ese libro.

—¿Solo hay uno?

¿Cómo era posible que algo tan importante para los brujos no estuviera recogido en ningún otro sitio?

—Le recuerdo que la creación de las Bujas de fuego es algo excepcional. No ha existido una en muchísimos siglos. De ahí que no haya casi nada escrito sobre ellas. —Se sentó en la silla que había frente a mí. Estábamos los dos en la biblioteca que tenía La Torre Oscura, que a esas horas de la mañana estaba vacía a excepción de nosotros dos. Me miró con severidad. Esos ojos oscuros y astutos me provocaban escalofríos. No había olvidado que él mantuvo a mi pareja encerrada y que la torturaron hasta casi matarla de miedo y de frío. Apreté los labios para no saltarle a la yugular y reventarle la puta cabeza. ¡Joder, qué ganas le tenía a ese tipo!—. Por eso es primordial que Bibian viniese aquí para que podamos estudiarla a fondo.

—No es una puta planta para que la estéis analizando. —Apreté las manos y las cerré en puños preparado para saltar sobre él y dejarlo sin dientes—. Ya sabe lo que opino al respecto. No vendrá aquí, deje de insistir con el tema.

Por la manera de mirarme supe que no iba a dejarlo estar. Quizás no insistiese a corto plazo. Hombre listo. Estaba tan enfadado desde la muerte de mi hermano que esperaba cualquier oportunidad para soltar mi frustración a golpes.

—Bien, capitán, dejaré que le de otra vuelta y hablaremos más adelante. Estoy seguro de que Bibian no se negará a ayudarnos para…

—¡¡Ya basta!!

Me miró con cautela. Estaba seguro de que nadie se había atrevido nunca a negarle nada. Ya era hora de que se fuera acostumbrando.

—Bien. Lo dejaré revisar el libro mientras voy por unos cafés. ¿O prefiere té?

Me obligué a controlarme.

—Café, por favor. Solo y sin azúcar.

—Bien, ahora vuelvo.

Desde que estaba con Bibian me había convertido en todo un experto en magia y brujas. Había leído infinidad de libros sobre ellas, pero el que acababa de abrir era totalmente diferente. No sabía bien por qué, pero no se parecía a nada que hubiese leído anteriormente. Me puse a revisarlo sin perder más tiempo. Deseando largarme de allí y volver a mi casa con mis hermanos. Estar todos juntos en esos días de luto nos ayudaría un poco a soportar mejor su pérdida.

Empezaba con la profecía que hablaba sobre la creación de la bruja de fuego, así que tenía el presentimiento de que iba a ser en ese libro donde encontraríamos algo sobre el supuesto portal que había traído a los demonios de vuelta.

La puerta que cerramos en la última batalla contra ellos seguía cerrada.

Todos la habíamos visto aquella noche en la que murió mi hermano. Aún me dolía el corazón cuando lo recordaba, así que me obligué a pensar en otra cosa.

Un fragmento escrito en un rincón, igual que la profecía que acababa de leer, me obligó a concentrarme para poder leer ese trozo que estaba casi borrado de lo antiguo que era.

De la bruja de fuego y un ángel de luz,
nacerá el ser más poderoso de todos.
¡Temedle, porque su poder no tendrá igual!
No habrá nada que la detenga.
Su poder será infinito.
Así que evitar su nacimiento será la única manera de parar
el mayor apocalipsis que el mundo jamás conociera.

¿Qué coño?

Lo volví a leer obligándome a recordar bien el idioma para no equivocarme en su traducción.

¡No podía ser lo que estaba pensando!

Se me erizaron las plumas cortas de las alas.

Esta profecía no daba lugar a equivocación.

¿Éramos nosotros el ser de luz y la bruja de fuego?

¿Bibian y yo íbamos a tener un bebé?

Iba a leerlo de nuevo cuando Theodore volvió con los cafés.

Me obligué a pasar la página para que no leyera esa profecía.

Estaba claro que si no la habían mencionado era porque no la conocían. Al parecer, la profecía de la bruja de Fuego era conocida por todo el mundo y nadie más parecía conocer la que yo acababa de descubrir.

La idea era evitar que los demás la leyeran, sobre todo, los brujos.

Sabiendo lo que habían sido capaces de hacerle a Bibian cuando la retuvieron e incluso había mantenido a Martin encerrado setecientos años sin remordimiento alguno, era motivo más que suficiente para mantener eso en el más absoluto secreto. No podía ni imaginar lo que estarían dispuestos a hacer para mantener alejados del mundo al niño del que hablaba la profecía.

Me obligué a tragar saliva y a intentar calmarme.

Tenía que salir de allí lo antes posible y poder estudiar ese maldito libro y todo lo que podía haber escrito en él.

¿Otra profecía sobre la bruja de fuego?

—Su café, capitán.

Me obligué a mantenerme tranquilo para que el hechicero no se percatara de mi descubrimiento. No me gustaba pensar en lo que iba a

hacer con un libro único sobre las brujas, pero en este caso estaba más que justificado.

Cerré el libro y me levanté con él en la mano.

No pensaba soltarlo bajo ningún concepto.

—Tengo que marcharme urgentemente. —Fue lo único que le dije.

Me miró parpadeando, confuso.

—¿No íbamos a revisar ese libro? —Lo miró cuando me lo puse bajo el brazo indicando lo que pensaba hacer con él sin necesidad de decírselo.

—Lo revisaré con atención —le dije encaminándome a la puerta antes de que intentara retenerme—, estoy seguro de que encontraré algo y se lo haré saber cuanto antes.

—Capitán, no puede llevárselo. —Se puso de pie con la clara intención de pedirme que se lo devolviera. No pensaba hacerlo—. Ya conoce las normas de la biblioteca.

—Lo sé, pero este me lo voy a llevar. —Y añadí antes de que se pudiera negar—: Lo cuidaré con mi vida, se lo aseguro, pero quiero estudiarlo con detenimiento. Prometo mantenerlo informado cuanto antes.

Me dirigí a la puerta antes de que saliese del estupor que le había provocado que saliera corriendo de esa manera. Estaba claro que no se lo esperaba.

—Pero…

—Se lo mandaré de vuelta en cuanto lo revise, se lo prometo.

—Pero…

Me fui sin dejarlo acabar.

El tema era cómo coño se lo iba a explicar a Bibian y a todos los demás.

CUARTA PARTE
PROFECÍAS Y PORTALES



MIKA

La muerte de Nathaniel me había dejado completamente fría. Tan conmocionada que me sentía como si mi cuerpo no me perteneciera y pudiese verlo desde fuera, como si fuera una película ajena a mí. Encima ver a Asier perder los estribos como los había perdido el día anterior, me indicó que no era la única que estaba sufriendo.

Mis hermanos tenían parejas que los consolaban o los ayudaban a mantenerse a flote en la adversidad. Jamás, en los años que llevaba viviendo en la tierra, nos habían pasado cosas tan monstruosas.

Portales del infierno abiertos y demonios matando a brujas inocentes.

Bueno, llamar inocentes a las brujas era un eufemismo, pero en este caso, eso es lo que eran por poco que me gustaran.

Nunca había tratado con brujas hasta que conocí a Bibian y a Kate. Ahora tenía que reiniciar la imagen que tenía de ellas porque no eran, ni de lejos, como todos pensábamos. Y si no, que se lo dijeran a mi hermano Asier.

Si algo tenía que agradecerle a Bibian era que se vinculara a él, que era el que más había sufrido de todos nosotros cuando nos desterraron del cielo. Tuvo que dejar allí a su mujer y a su hijo, y eso lo había estado torturando durante siglos agriando su carácter y convirtiéndolo en el hombre frío e implacable que era actualmente. Hasta que apareció ella. Con su sarcasmo y su buen humor. Y con el carácter suficiente como para plantarle cara sin achantarse ante él, algo que poca gente podía presumir de hacer, ni siquiera nosotros.

—¿Estás bien?

Las palabras de Walter me sacaron de la espiral de dolor en la que estaba metida.

Me encontraba en el salón, sentada frente a la chimenea, de espaldas a todo e intentando pasar desapercibida con mi botella de

whisky en la mano. Ni siquiera necesitaba vaso para emborracharme y olvidarme un poco de ese dolor que no me dejaba respirar.

Me había despertado de una noche de pesadillas donde veía la cabeza de mi hermano rodar una vez tras otra. Aburrida de no poder dormir me levanté para intentar ahogar mis penas en alcohol.

No estaba de humor ese día para hacer nada ni hablar con nadie. No íbamos a entrenar. Asier y Anthony nos habían dado el día libre o algo así. Estaba claro que mis hermanos podían sentir mi estado de ánimo por el vínculo, y habían decidido dejarme tranquila, pero ese hechicero no parecía haberse dado por aludido del cartel imaginario que tenía en la espalda en ese momento con un enorme: NO MOLESTAR.

Se inclinó a mi lado y me miró con esos ojos azul oscuro de mirada penetrante e inteligente que tenía.

Su cabello, de un pelirrojo oscuro, estaba despeinado como si se hubiese estado pasando las manos por él.

Era un hombre muy atractivo y él lo sabía. Y yo sabía cómo me miraba. De hecho, nos miraba a todos los ángeles con cautela porque sabía que Asier lo tenía vigilado por su trato directo con Bibian. Mi hermano siempre marcando terreno. Al resto de nosotros nos analizaba cuando pensaba que no lo veíamos. Lo había visto mirarme como si fuese un animal al que estudiar. Normalmente no me molestaba, ni siquiera les hacía caso. Ser la única ángel mujer en el equipo de Asier siempre había despertado una gran curiosidad tanto en humanos como en brujos. Ya estaba acostumbrada.

Volví a mirar al hechicero y me pregunté por qué se preocupaba por mí, cuando antes solo había tenido ojos para Bibian. Desde su posición podía vislumbrar la cicatriz de su garganta y me pregunté cómo se la habría hecho.

—Sobreviviré —contesté con desgana dándole un nuevo sorbo a la botella que ya se me estaba acabando.

El alcohol apenas nos hacía efecto, por lo que, si queríamos emborracharnos, teníamos que beber una ingente cantidad, como una botella entera o algo así.

—No te he dado el pésame por la muerte de tu hermano.

Había verdadero pesar en su rostro y me limité a asentir. No estaba lista para hablar del tema ni con él ni con nadie. Lo único que me apetecía era echar un polvo, o muchos, y volcar en el sexo todo mi dolor. Ni siquiera me había acordado de que el alcohol la mayoría de las veces solo me ponía cachonda y miré al brujo con otros ojos. Debió sentir mi cambio de actitud porque levantó una ceja mientras sus ojos se oscurecían un poco más.

Me lamí los labios y sus ojos bajaron hasta ellos para volver a posarse en mis ojos con una pregunta muda.

—Si quieres echar un polvo, mi habitación es la última de la segunda planta. Te espero allí.

—Sé cuál es —contestó en voz baja— pero quiero que estés segura de lo que va a pasar cuando te siga.

No me lo pensé demasiado. Cogí una de sus manos y me metí el dedo gordo en la boca para lamerlo con lentitud sin apartar mis ojos de los suyos. Sus fosas nasales se abrieron por la excitación y sus ojos se oscurecieron aún más.

No había nadie en el salón, aunque tampoco me hubiese importado. Walter sacó el dedo y acarició mis labios con él.

—Sube —me dijo con la voz ronca— subiré en tres minutos y no permitiré que te arrepientas, así que, si no estás segura, mejor me lo dices ahora.

—No voy a arrepentirme de esto, así que puedes venir conmigo.

Le tomé la mano y me dirigí con él a mi habitación. No sabía dónde se habían metido todos. Si estaban durmiendo todavía o habían salido ya a dónde quiera que hubiesen ido. Ni siquiera me importaba. Mis sentidos estaban centrados en el hombre que me acompañaba adecuando sus largos pasos a los míos para no quedarse detrás.

Solo quería besarlo hasta que me hiciese olvidar mi propio nombre y perderme en todo el placer que fuese capaz de darme.

Nos encontramos a Martin revoloteando al salir de su habitación y se nos quedó mirando con curiosidad cuando pasamos por su lado sin decirle nada.

—Buenos días a vosotros también, ¿eh?

Como no le contestamos añadió:

—Sé lo que pensáis hacer, puedo oleros, lo sabéis, ¿verdad? Pervertidos.

Walter se tropezó con sus propios pies y sonreí pensando en que parecía tener vergüenza de que el duende nos hubiese pillado.

—Ignóralo.

La puerta de mi habitación estaba abierta y la cama impecablemente hecha. Cosa que agradecí a la casa en silencio.

Cerré la puerta con el pie y me abalancé sobre el hechicero estampándolo contra la pared. No se quejó. A su favor diré que me atrajo hacia sus brazos para darme un beso feroz y salvaje.

¡Oh, sí!

La cosa prometía.

Sin apartar mi boca de la suya bajé la mano y la coloqué sobre su paquete, donde su polla me saludó ya firme. Lo acaricié por encima haciéndolo gemir.

¡Bien!

No estaba tan bien dotado como los ángeles, pero no estaba mal para ser un humano.

Se separó de mí tirando de mi labio inferior entre sus dientes antes de bajar y arrodillarse a mis pies.

—Primero voy a probarte y luego te follaré hasta que no recuerdes ni tu propio nombre.

Me desabrochó los pantalones y me los bajó con rapidez junto con mi ropa interior. Lo vi mirar el tatuaje que tenía sobre el pubis, que estaba totalmente depilado. No quería hablar de él. Su brusquedad me había puesto más cachonda todavía y empujé su cabeza a mi cuerpo mientras abría más las piernas en muda invitación.

La primera pasada de su lengua por mi sexo me hizo cerrar los ojos por la impresión. Estaba claro que era un experto en el sexo oral. Me pasaba la lengua desde el tatuaje hasta el perineo, para luego follarme la vagina con ella. Luego se centraba en mi clítoris. Lo mordía, lo besaba y lo lamía en lentos círculos que me hacían jadear. Subió una de mis piernas a su hombro para tenerme en mejor ángulo y poder meterme dos dedos en mi interior y masajear mi punto G sin dejar de lamerme en ningún momento.

—Joder.

Era casi tan bueno como follar con Anthony… Casi. Y recordé que hacía mucho que ya no follábamos. Justo desde que las brujas y los hechiceros llegaron a nuestras vidas para cambiarlas por completo.

Me llevó al primer orgasmo con la boca y los dedos, sin necesitar hacer nada más.

Pero no paró ahí.

Se incorporó y me dio la vuelta para colocarse a mi espalda mientras se bajaba los pantalones. Lo oí rasgar un preservativo antes de inclinarme un poco y sacar mi culo hacia fuera para clavarse en mí de un empellón.

—Dios —murmuré al sentirlo entrar hasta la empuñadura.

¿Quién iba a pensar que ese humano iba a follar así de bien?

—Dios no va a tener nada que ver en esto.

Empezó a entrar y salir mientras se sujetaba a mis caderas para sostenerse mejor.

—Apóyate en la pared y sujétate.

Empujaba tan fuerte que me levantaba los pies del suelo. Eso era lo que necesitaba, sexo salvaje como el que estaba teniendo.

Gruñí en voz alta cuando sentí su polla llegando hasta el fondo de mi vagina, provocándome que cerrara los ojos y apretara los dientes por la impresión.

—Quiero que te corras otra vez. Y luego otra más. Hasta que ya no puedas hacerlo —susurró entre dientes.

Comenzó a gemir en mi oído y sus movimientos se hicieron menos metódicos, así que supe que se estaba preparando para el orgasmo. Me sujetó con más fuerza y empujó más hondo hasta que me volví a

correr en un intenso orgasmo a la vez que él se derramaba en el preservativo mientras gruñía en mi oído.

Para mi sorpresa. Salió de mi interior. Se quitó el preservativo y cogió otro del bolsillo del pantalón que estaba en sus pies.

—¿No nos vamos a la cama?

Mis piernas ya no estaban tan firmes como antes.

—Luego —me prometió antes de volver a colarse en mi interior—, ahora vamos a por el segundo asalto.

Quería recordarle que iba a ser mi tercero…, pero me callé.



ASIER

No tenía claro a quién iba a enseñarle el libro primero.

Me aterraba que Bibian se enterara y decidiera romper nuestro vínculo; no podría culparla.

¿Tener un hijo conmigo con la que estaba cayendo?

No era una idea muy inteligente y de repente quise que me garantizaran que seguía tomando remedios para no quedarse embarazada.

¿Qué pensarían todos los brujos si se enteraban de esta nueva profecía? ¿Y mis hermanos? ¿Qué pensarían ellos? ¿Cómo se podían complicar tanto las cosas en un momento?

Los oí riéndose en el comedor. Ni siquiera me había dado cuenta de la hora que era, así que me dirigí hacia allí con el libro aún en la mano.

No sabía qué cara llevaría, pero todos me miraron en cuanto entré y las risas se pararon de golpe.

—¿Asier? ¿Va todo bien? —Miguel me miró entornando los ojos.

Anthony hizo lo mismo y Kate y Bibian dejaron de contarse lo que fuera de lo que estaban hablando.

Sentí la preocupación de Bibian por nuestro vínculo.

Agradecí que no estuviesen los hechiceros allí todavía.

—¿Y Mika?

Era raro que no estuviese con los demás.

—Está en su habitación con el sir inglés. —Solo Martin lo llamaría de esa manera, porque sí, porque era así de dramático para todo.

Levanté las cejas sorprendido.

¿Mi hermana se había llevado al hechicero a la habitación? Ni siquiera sabía que le gustaba.

—No preguntes —soltó Anthony haciendo un gesto con la mano para que lo dejase estar.

—Asier, ¿qué ocurre? —Bibian se levantó para acercarse a mí—. ¿Va todo bien?

—Tengo algo que enseñaros. Venid a mi despacho cuando acabéis de desayunar.

Por supuesto, ninguno esperó, cogieron sus tazas de café y me siguieron por las escaleras hasta la primera planta donde estaba mi despacho.

—Hoy he encontrado una cosa en este libro. Es de la biblioteca de la Torre. Ya sabéis que estaba estudiando los libros con Theodore.

Dejé que todos se arremolinaran ante la página abierta del libro para que ellos mismos lo leyeran.

Sabía que mis hermanos lo traducirían sin mayores problemas.

—No sé leer el idioma antiguo —se quejó Bibian, mirándome con curiosidad—. ¿Puedes decirnos qué es lo que pone?

—¡Oh, oh! —soltó Martin. Por supuesto él podía leer ese idioma sin problema—. ¿Vais a tener un bebé? —soltó mirando a Bibian con curiosidad.

—¿Un bebé? —Ella me miró a mí—. Asier, ¿qué pone ahí?

—Parece una nueva profecía. —No tenía ni idea de cómo iba a tomárselo así que quise darle la noticia con cuidado.

—¿Sobre la bruja de fuego?

—Dice que tú y un ser de luz vais a tener al hijo que será el ser más poderoso de todos y que si no lo matan creará un nuevo apocalipsis —soltó Martin sin tacto ninguno.

Los ojos de Bibian se abrieron con tanta sorpresa que pensé que se le saldrían de las órbitas. Deseé retorcerle el cuello al maldito duende… otra vez.

—¿Había otra profecía? —preguntó en voz baja mirando las letras como si de repente pudiera leerlas.

—Parece ser que sí —Y añadí para que no tuviese ninguna duda—: yo acabo de enterarme ahora mismo, Bibian. No tenía ni idea. ¿Vosotras habéis oído algo de esta nueva profecía?

Las dos brujas negaron con la cabeza.

—¿Crees que los hechiceros han oído hablar de ella? —Anthony parecía igual de preocupados que todos los demás.

Lo pensé unos segundos.

—No lo creo. —Miré a mi hermano, que nos miraba a Bibian y a mí sin cesar—. Me he traído el libro en cuanto lo he visto. Si Theodore o cualquier otro hechicero lo supiera, estoy seguro de que ya nos lo habrían hecho saber.

—No podemos consentir que se enteren —sentenció Kate, seria.

—Si está en este libro… —Bibian me miró sin ocultar su sorpresa—, es posible que esté en otros más.

Miró el libro con detenimiento.

—Es el único ejemplar que hay en la biblioteca, según me ha informado Theodore. Es tan antiguo que dice que es único y además está escrito en lengua antigua, lo que nos garantiza que no todo el mundo sepa leerlo.

—¿Qué vamos a hacer con él? —me preguntó Miguel sin apartarse del libro—. No podemos permitir que los hechiceros lo sepan. A saber qué se les ocurriría intentar hacer para evitar que nazca ese niño.

—No estoy embarazada —nos informó Bibian poniéndose colorada —, estoy tomando remedios anticonceptivos que hasta ahora han funcionado bien.

No quería hablar de nuestra vida sexual con nadie. La mirada que les lancé a mis hermanos fue suficiente aviso.

—Tú no eres una bruja normal, Bibian —le recordó Anthony—. Quizás tus remedios funcionaran con brujas y humanos o incluso con brujas y ángeles, pero tú eres una bruja de fuego, quizás eso lo cambie todo.

—No tengo un remedio más potente que el que tomo actualmente. —No me pasó desapercibida la preocupación de su voz.

—Pues, colega —Martin me miró divertido—, ponte preservativos y ya está.

Kate hizo algo que ninguno nos esperábamos. Arrancó la hoja del libro con cuidado de que no se notara que faltaba una.

—Si nadie conoce esta profecía, mejor será que desaparezca para siempre.

Me tendió la hoja para que yo hiciera con ella lo que quisiera.

—Esto no puede salir de esta habitación bajo ningún concepto — avisé a todo el mundo para que lo tuvieran claro.

—Como el hechicero jefe se entere de lo que has hecho con su libo te cortará las pelotas.

Nos volvimos todos a la vez hacia la voz de Marian, que estaba mirándonos desde la puerta del despacho que se había quedado abierta.



BIBIAN

Nos volvimos al mismo tiempo hacia la puerta desde donde nos miraba Marian con cara de, al parecer, haberlo oído todo.

Fue Anthony el que se dirigió a ella.

—¿Qué coño haces escuchando a escondidas?

—No estaba escuchando a escondidas. —Se enderezó y lo enfrentó, posiblemente ofendida por sus palabras—. Se os oía desde la escalera, así que no me esperaba que esto fuera una reunión secreta. La puerta está abierta.

—¿Qué es lo que has oído? —Asier no necesitó acercarse a ella para intimidarla desde donde estaba colocado, a mi lado junto a la mesa. Su tono suave me produjo escalofríos.

—Algo sobre una segunda profecía que viene en ese libro.

Lo miró seria, al parecer la hechicera no se asustaba con facilidad. Eso me gustó de ella. Asier todavía me seguía acojonando de vez en cuando.

Todos nos miramos unos segundos pensando en lo que podíamos hacer al respecto.

—Si teméis que vaya a contárselo a Theodore o a cualquier otro, pensaba que ya os había demostrado que soy de confianza.

—Está bien, entra. —La animé con la cabeza.

Confiaba en ella desde ese primer día que había venido a ayudarme. De todas formas, no nos quedaba otra que confiar en su discreción.

—¿Sabes leer el idioma antiguo? —Asier me pidió la hoja del libro que me había dado segundos antes y se la ofreció para que la leyera.

—Sí. Creo que soy la única, junto a Theodore que sabe hacerlo. No es algo que se utilice con asiduidad, pero lo aprendí para poder estudiar los libros de magia más antiguos. —Miró el que estaba abierto sobre la mesa—. Este en particular no lo había visto nunca.

Se centró en leer la hoja mientras todos los demás la mirábamos en

silencio.

No sabía qué pensar de que mi vida comenzara a estar llena de profecías. Aunque casi siempre había estado en boca de todos por muy diversos motivos, estar profetizada no era algo que me hiciera especial ilusión.

Había pensado en lo que sería tener un hijo con Asier algún día. Ser madre era algo que me hacía ilusión, en algún momento de los próximos años. Estaba segura de que Asier querría tener nuevos hijos y no tendría ninguna duda de que sería un padre maravilloso, pero ahora… tantas dudas sobre mi vida me agobiaban.

—Madre mía.

Que me mirara con atención me puso nerviosa. Asier me tomó de la mano para tranquilizarme.

—¿Sabes si alguien más ha leído esto antes?

Marian negó con la cabeza y miró a mi pareja a los ojos.

—Si alguien hubiese leído esto, te garantizo que en la Torre se sabría. —Nos miró a todos con seriedad—. No sé si os dais cuenta de que esta profecía lo cambia todo.

—No me digas, Sherlock. —Casi sonreí por las palabras de Anthony, casi.

No entendía por qué parecía molestarle tanto Marian. Decidí que hablaría con él en cuanto tuviera un momento libre.

—¿Siempre eres así de idiota o entrenas a propósito? —le preguntó ella con dulzura.

—Lo lleva de serie —contestó Martin divertido por el pique de los dos.

—Esto explica por qué los demonios la quieren a ella. —Marian nos volvió a mirar a todos y luego se quedó mirándome a mí—. Si vas a tener a un hijo que será el más poderoso de todos, ellos se ven amenazados. Está claro que todas las profecías sobre ti están relacionadas. Nosotros no conocíamos esta profecía, pero, al parecer, los demonios sí.

—Si te cogen antes de que nazca el bebé, se romperá la profecía —murmuró Martin—, y ellos se quedarán en la tierra comiendo brujas y asesinando ángeles… ¿Qué? —gritó con voz chillona ante la mirada que le echó Miguel—, es la pura verdad.

—No habrá ningún bebé —aclaré a todos, o eso creía, por lo menos. No me di cuenta de que la idea me dolía. ¿A cuántas cosas más iba a tener que renunciar?

—Vale. —Marian asintió con la cabeza, debió sentir mis nervios porque estaba segura de que lo hacía para intentar tranquilizarme—. Tú lo sabes, pero ellos no.

—¿Qué podemos hacer al respecto?

Si algo me gustaba de Asier es que siempre buscaba soluciones a

todos los problemas.

—Encontrar el portal para acabar con ellos o mandarlos de vuelta. —La hechicera volvió a mirarme a mí—. Y, sobre todo, intentar mantenerla a ella con vida. No serán solo los demonios los que querrán matarla si esta profecía se llega a conocer.

Ya me lo había imaginado. Pero que alguien más lo dijera en voz alta no me transmitía precisamente calma. Los mismos hechiceros no tendrían dudas de, si no acabar conmigo, mantenerme encerrada para que la nueva profecía no se cumpliera. Asier no iba a estar muy contento con todo eso, no señor.

—¿Alguien ha leído el resto del libro? —Marian miró a Asier, que era el que había estado en la Torre buscando información sobre la localización del portal.

—No, me lo he traído en cuanto he leído la profecía de la segunda página. No tiene pinta de que se use mucho y quiero pensar que nadie más conoce lo que pone en su interior. Ojalá no ponga nada más que afecte a Bibian.

Yo también lo deseaba con toda mi alma.

—Bien, pues es primordial encontrar algo que nos indique dónde encontrar el maldito portal y cómo se puede cerrar.

—Bueno… —Asier miró a Anthony, que asintió. No conseguía saber cómo entre todos ellos se comunicaban sin necesidad de las palabras —. ¿Os ponéis vosotros a ello? Nadie más sabe leer el idioma antiguo.

—Yo sí. —Martin se acercó caminando sobre la mesa donde había estado sentado, hasta acercarse al libro.

—Pero como me pones nervioso te vas a marchar de aquí y nos vas a dejar trabajar —le soltó Anthony.

El duende lo miró ofendido.

—¿Ves como siempre es igual de idiota? —le dijo a Marian antes de hacerle una peineta al ángel y marcharse volando sin mirar a nadie más.

Marian sonreía mientras lo veía alejarse.

—¿Te hace gracia? —gruñó Anthony.

—La verdad es que sí.

Cada vez me gustaba más Marian. Si era capaz de enfrentarse a Anthony sin inmutarse, se merecía todos mis respetos.

Ese volvía a vestir de negro, como hacía normalmente, y sus alas negras, inmensas y elegantes, las mantenía firmemente cerradas a su espalda. Parecía un ángel de la muerte, poderoso y oscuro. Y terriblemente sexi también. No sabía si Marian se había percatado de ese pequeño detalle.

Todo él emanaba peligro y su rostro moreno con los ojos oscuros como una noche sin luna tenía un claro cartel de NO PASAR que a ella parecía no importarle demasiado.

Nunca había visto a Anthony interactuar con ninguna mujer ni hombre, ya puestos, así que no sabía lo que opinaba de nosotras.

No tenía claro dejarlos solos sin que intentaran matarse el uno al otro.

—Bien —Fue Miguel el que dio el tema por zanjado—, poneos con el libro e intentar no mataros en el proceso.

Su hermano gruñó en respuesta y Marian levantó una ceja, escéptica.

—No te prometo nada.

Todos salimos de la habitación para dejarlos trabajar.

Me daba pánico pensar qué sería lo siguiente que podían encontrar en ese libro.

ANTHONY

No me gustaba la bruja ni lo que me hacía sentir con tan solo saber que estaba cerca y que ella no parecía tenerme ningún miedo, tampoco me hacía especial ilusión trabajar juntos, pero estaba dispuesto a dejarle claro lo que esperaba de ella.

Se había sentado en una silla y cogió el libro para poder estudiarlo a conciencia. Cuando vio que me mantuve de pie sin acercarme a ella, me miró con curiosidad.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día o nos vamos a poner a trabajar? Creo que el libro no se va a traducir solo.

No pude evitarlo.

Dejé salir mi mal humor y me enfrenté a ella.

—Escúchame…, bruja —Me miró sorprendida por mi tono malhumorado—, tú no me gustas. No me fio un pelo de ti y quiero que sepas que, aunque trabajemos juntos, no somos colegas ni amigos ni nada. Voy a mantenerte vigilada y como algo de lo que descubramos aquí salga de esta casa iré a por ti, y cuando acabe contigo no quedará nada de tu cuerpo que puedan reconocer.

¡Ya estaba avisada!

Acallé la vocecita que me decía que estaba mintiendo. De hecho, la bruja me provocaba una curiosidad y una atracción que poca gente me había provocado nunca, pero eso no pensaba decírselo. Y que me masturbaba pensando en ella… tampoco.

Se mantuvo mirándome sin demostrar nada. Oí su corazón latir más deprisa y quise pensar que podía ser por el miedo.

Esa era la idea.

—Gracias por el aviso —Se levantó para encararme—, ahora déjame que te diga algo. No me das miedo. —Se acercó hasta enfrentarse a mí cara a cara, aunque le sacaba unos buenos veinte centímetros, no se achantó—, no hago esto para gustarte, ángel maleducado, creo que

estamos viviendo un acontecimiento importante y quiero pensar que podemos ayudar a Bibian y a todos los demás a descifrarlo e intentar salir ilesos. Siento no gustarte, bueno, para ser sinceros, no lo siento en absoluto.

No pensaba dejar que se lo tomara a broma, así que la cogí por el cuello y la levanté en el aire con facilidad. No me esperaba que pesara tan poco. Ahora sí se abrieron sus ojos con pánico. Quería que no se le olvidara mi mensaje.

Me gustaba que me tomaran en serio cuando hablaba.

—No olvides nunca que te estaré vigilando.

Intentó asentir con la cabeza. Su cara comenzó a ponerse roja y me apiadé de ella pensando que ya la había asustado bastante por un día. Me había asegurado de que no olvidara mi mensaje con facilidad. La solté y cogió una bocanada de aire mientras me miraba con furia.

¿Ahora sí me tenía miedo?

—Eres un maldito matón de tres al cuarto.

Volví a acercarme a ella, que dio un paso atrás sin dejar de mirarme.

—No lo olvides nunca. Y ahora, si quieres, nos ponemos a trabajar.

—No te imaginas cuánto te odio ahora mismo.

No me importaban nada sus sentimientos. No me fiaba de ella y bueno era que lo supiera para que no se le ocurriera hacer nada raro.

—Sobreviviré.

—¿Sabe Asier que te dedicas a atosigar a las brujas a sus espaldas?

—¡Oh! Créeme cuando te digo que tengo todo su apoyo cuando se trata de proteger a mis hermanos. Si le haces daño a Bibian, te garantizo que te arrancará la piel a tiras, así que agradece que solo te haya hecho una pequeña caricia. Eso no es nada para lo que te hará él si amenazas a su pareja de algún modo.

—Por tus amenazas veo que en el fondo estás preocupado por Bibian, y déjame decirte que yo también. Defender a los que te importan es un acto muy loable, aunque te fallen las formas. —Se volvió a sentar sin mirarme—. Por si aún no te has dado cuenta, vosotros sois mis amigos. —Levantó la mano para acallar mis protestas—. He entrenado, sudado y luchado con vosotros. Considero a Bibian y a Kate mis amigas, aunque a ti no te guste. Y tú tampoco me gustas. —La mirada de asco que me echó no dejaba lugar a dudas—. Ahora me gustaría ponerme a traducir este libro si ya has terminado de amenazarme.



ASIER

Seguí a Bibian, que subió los escalones hasta la tercera planta sin hablar con nadie. No tenía buenos recuerdos de la última vez que me la encontré ahí, así que no pensaba separarme de ella hasta que no supiese cómo se encontraba respecto a las últimas noticias. Lo último que necesitaba era otra profecía sobre ella y un supuesto hijo entre nosotros.

Hacía unas semanas que éramos pareja, así que hablar de tener hijos era algo sobre lo que no habíamos hablado todavía.

La cogí de la mano antes de que se acercara más a la barandilla de la terraza superior. Se me helaba la sangre al recordar lo que pasó ahí la última vez.

—Bibian, habla conmigo, por favor.

Se quedó mirando la ciudad a nuestros pies, pero no se volvió a mirarme. La abracé colocándome a su espalda e intentando darle algo de calor. Allí arriba hacía un frío de mil demonios que ella parecía no sentir. No llevaba ropa de abrigo, solo un vestido de lana y unas botas planas, pero el viento del norte que soplaba le removía el pelo y nos golpeaba con fuerza. Era imposible que no tuviese frío.

—No sé cómo me siento. ¿Cómo te sientes tú?

No entendí la pregunta.

—¿Cómo me siento yo? ¿Respecto a tener hijos, te refieres?

Asintió con la cabeza, pero se quedó en la misma postura. Se dejó caer sobre mi pecho y la abracé más fuerte. Nos tapé a los dos con mis alas en un intento de bloquear el viento y el frío que hacía allí arriba.

—Me hubiese gustado tener hijos. Quizás no ahora, pero sí algún día.

—Bibian, aunque me encantaría poder tener más hijos, entre nosotros no es posible.

Giró el cuello para mirarme.

—¿Por qué no? Pensaba que querrías tenerlos.

—Y me encantaría. Pero tener un hijo con un ángel es algo muy peligroso, y mucho más para una bruja… por el tema de las alas —le expliqué. Al parece ella no había caído en eso.

—Bueno, siempre se puede hacer una cesárea, ¿no?

—Jamás arriesgaré tu vida por tener un hijo, Bibian. Siento si tú pensabas otra cosa. Cuando nos emparejamos no se me ocurrió pensar en que quizás tú querrías tenerlos.

—No lo había pensado. Quizás como algo futuro… Ahora ya no es posible.

La abracé más fuerte intentando borrar el tono triste de su voz.

—Bueno, intentaré compensarte. Tengo toda la eternidad para ello. Siento mucho todo esto, amor.

—Tú no lo sabías. Creo que nadie podía saber que al emparejarnos podíamos dar lugar a una profecía de miles de años.

Besé su coronilla y olí su pelo. Su fragancia a flores frescas siempre me recordaba a los bosques en primavera.

—¿Qué crees que pasará si los hechiceros se enteran?

Recé en silencio para que eso no ocurriera nunca. No quería pensar que ella tuviera más enemigos que los demonios, que ahora la querían. Saber que Azrael estaba tras ella ya me preocupaba lo suficiente como para querer que no saliera del castillo el resto de su vida.

—Intentaremos mantenerlo en secreto, pero si se llegaran a enterar… la profecía habla de un niño que nacerá de nosotros, y no tenemos pensado tener ninguno. En principio no debería haber ningún problema.

Pero ya sabíamos, por Martin, lo que los hechiceros eran capaces de hacer cuando querían quitar de en medio a quienes consideraban algún tipo de peligro para el equilibrio del mundo. Estaba claro que, si los hechiceros se enteraban de esta nueva profecía, íbamos a tener un problema aún más grande del que ya teníamos.

No sabía si ella sabía leer mis emociones por nuestro vínculo, pero intenté no preocuparme demasiado por si las moscas.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Ven, sentémonos. —Me senté en el banco que estaba detrás de nosotros y la senté en mis piernas para seguir abrazándola. Tenerla así siempre me calmaba.

—Vamos a descifrar ese libro para ver si encontramos dónde está el portal y luego lo cerraremos para acabar con todo esto.

Hablar de los demonios siempre me hacía recordar a mi hermano. Respiré profundo para intentar sobrellevar el dolor que sentía como una herida abierta.

—Puedo sentir tu dolor cuando recuerdas a Nathaniel.

Estaba claro que no era tan bueno ocultando mis emociones como pensaba.

—Han sido muchos años juntos. Era el más independiente y apenas venía al castillo, ni siquiera sabía dónde dormía, pero era un apoyo muy importante para todos.

—Siento mucho su muerte, Asier.

Se volvió para mirarme. Sus ojos verdes mostraban una preocupación que me gustaría que no estuviese allí. Ya sentía demasiada culpa por la muerte de su hermana. La conocía lo suficiente para saber que también se culpaba por la muerte del ángel.

—Lo sé, amor. Y quiero que recuerdes que nada de esto es culpa tuya. Ni siquiera querías ser la Bruja de Fuego. Creo que tú eres la gran perjudicada de todo lo que está pasando.

—No quiero que muera nadie más.

No podía asegurarle eso, en una guerra siempre había bajas y nuestro enemigo, ahora que sabía que los demonios venían comandados por Azrael, eran mucho más peligrosos de lo que esperaba. Las brujas, Bibian y Kate, por lo menos no estaban entrenadas para luchar. Aunque Bibian era muy poderosa, gracias al fuego, no estaba lista para enfrentarse al mal que nos acechaba.

—Lo sé, amor. Intentaremos no tener más bajas.

No tenía ni idea de cómo iba a lograr eso. Pero le prometería lo que fuera por intentar mantenerla tranquila.



WALTER

Salimos juntos de la habitación.

Acabada la pasión, Mika se volvió a retraer en sí misma y volvió a tratarme de manera fría e impersonal, como había hecho siempre.

No me importó.

De hecho, lo prefería así.

No quería mantener ninguna relación sentimental con ella ni con nadie. Estaba seguro de que ella tampoco lo quería, así que preferí que nuestro trato volviese a ser el de siempre.

No esperaba encontrarme a todo el grupo reunido en el despacho del capitán. Como al parecer no cabían todos dentro, se amontonaban en la puerta y se asomaban desde allí.

Miré a Mika con curiosidad y ella me devolvió la mirada con un leve encogimiento de hombros. Al parecer Mika tampoco sabía de lo que iba el tema.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Miguel, que era el que estaba con medio cuerpo en el pasillo.

—Ya sabemos dónde puede estar el portal. —El ángel la miró a ella y luego a mí sumando dos más dos.

Eso no me lo esperaba.

—¿Dónde hemos encontrado esa información?

Pensaba que ese tema era nuestro principal misterio en este momento ya que nos habíamos encontrado cerrado el último portal conocido. No sabía que habíamos encontrado ninguna información al respecto.

Todos guardaron silencio y de repente me encontré a un montón de ángeles mirándome con seriedad. Se abrió un pasillo y Asier salió del interior del despacho, como Moisés al cruzar las aguas, para enfrentarse a mí. Miró a Mika y estaba claro que supo lo que habíamos estado haciendo las últimas horas. Ella no se inmutó y para

ser sinceros, el capitán tampoco cambió su expresión. Lo que quiera que pensara sobre ello, se lo guardó para él.

—Ya os dije que estaban follando. —Cerré los ojos con pesar al oír la voz aguda del duende que apareció revoloteando hasta posarse en el hombro de Asier—. Nunca me hacéis caso.

—Martin.

Al capitán le bastó nombrarlo para que el duendecillo bocazas se callara de una maldita vez.

—Hemos encontrado información referente a la abertura del portal en un libro que gentilmente me ha cedido Theodore.

«¡Y una mierda te ha cedido un libro de la biblioteca ese hechicero rácano y ruin!» pensé.

Eso, evidentemente, no pude decírselo.

—¿Y bien?

Había algo más que no me estaban contando. Pude ver a Marian sentada a la mesa del despacho junto al ángel oscuro de alas negras que me miraba sin disimular su malestar.

¿Y a ese qué le pasaba?

Sabía que no le gustaba demasiado a ninguno de ellos. Pero cuando me ofrecí voluntario para trabajar mano a mano con la bruja de Fuego, no fue para hacer amigos. Que Marian me mirara con desconfianza me indicó sin equivocarme que algo gordo se estaba cociendo y que parecían no fiarse de mí para decírmelo.

—¿Sabes leer Lengua Antigua? —Negué con la cabeza mientras devolvía la mirada a Asier.

—No, ¿por qué?

—El libro donde hemos encontrado la información está escrito en Lengua Antigua. Marian y Anthony acaban de encontrar esa información.

—¿Y dónde se supone que está el portal?

—En alguna parte de un cementerio —me informó Marian, volviendo la vista al libro donde se suponía que ponía esa información.

Entrecerré los ojos ante esa información.

—¿Otro cementerio? ¿Sabemos en cuál?

—La profecía no dice nada más —informó el ángel negro, como me gustaba llamarle. Había algo oscuro en él. Un aura misteriosa y ponzoñosa que me provocaba escalofríos. Ya no era que casi siempre vistiera de negro a juego con sus alas. Era algo que emanaba de él lo que me provocaba escalofríos la mitad de las veces. No me gustaría tenerlo de enemigo y enfrentarme a él. Pensaba que era tan frío y despiadado que podía matar a alguien y enterrarlo sin inmutarse ni tener ningún tipo de remordimientos—. Sería demasiado fácil. Estas cosas no vienen con coordenadas, como imaginarás.

Dejé pasar su sarcasmo.

La información era tan buena que no me inmuté por su manera de hablarme. Solía ignorar a la gente que buscaba gresca así porque así.

—¿Hemos encontrado algo más en el libro que nos sirva de ayuda?

Me miraron de nuevo sin decirme nada.

—¿Ahora no soy de fiar?

No pude ocultar mi malestar. Llevaba trabajando y luchando con ellos desde la transformación de Bibian y me molestaba que no se fiaran de mí. ¿Qué coño pasaba ahora que de buenas a primeras no parecía que ninguno quería compartir la información conmigo?

—No hemos encontrado nada nuevo, más que la información sobre el portal.

No me lo creí.

—¿Sabemos cómo se cerrará el portal cuando lo encontremos?

«En caso de encontrarlo» pensé.

—No dice nada en claro —confirmó Asier.

Algo en todo eso no me cuadraba. Si todos ocultaban alguna que no querían decirme, y eso lo tenía claro, debía ser de suma importancia.

Miré a Bibian, no supe bien por qué, y ella bajó la mirada. Se sentía culpable. Ahí tuve la información que quería y algo me dijo que tenía que ver con ella. Solo cerraban filas cuando ella era la persona implicada. Todos la defendían a la vez.

Así que, lo que fuera que habían encontrado, tenía que ver con ella.

Les había mentido referente a entender la Lengua Antigua. Sí la podía leer, más o menos. Así que tenía que ver ese libro y enterarme de lo que fuera que estaba sucediendo.



BIBIAN

No soportaba estar más tiempo en el castillo donde todos me miraban de reojo con temor de decir algo que pudiera molestarme.

¿Por qué coño tenía que estar pasándome todo eso?

Maldije de nuevo el tener este maldito poder que lo había complicado todo y que nos había puesto a todos en el ojo del huracán.

Hechiceros malvados.

Demonios

Profecías

¿Es que no podía tener una vida tranquila sin ser el maldito centro de atención?

Agradecí la llamada de mi exmarido, Zac, para poder hablar de algo diferente por un momento.

No me extrañó que volviese a pedirme nuevas drogas. Eso significaba que el fumadero le funcionaba cada vez mejor. No quise pensar que era todo gracias a las drogas que le fabricaba. Me sentía en deuda con él. Gracias a su ayuda habíamos pillado al narcotraficante que me había estado acosando y había secuestrado a mi hermana, así que no iba a dejarlo en la estacada. Al fin y al cabo, ese era mi trabajo. Ese y la floristería que estaba cerrada desde hacía ya unos días y que pensaba solucionar esa misma tarde.

Necesitaba el material que tenía en mi almacén para fabricar las drogas que Zacarías me había pedido, así que hablé con Kate para que me acompañara aprovechando que los ángeles, todos, volvían a estar reunidos tras haber encontrado por fin un indicio de dónde podía estar el maldito portal de los cojones.

—¿Quieres que vayamos a la floristería? —me preguntó extrañada.

Me puse el abrigo que estaba colgado de la percha de la entrada y le ofrecí el suyo a Kate.

Intentaba marcharme antes de que Asier se imaginase que podía

estar en peligro al dispararse su instinto protector si se daba cuenta de que habíamos salido de la casa.

—Necesito trabajar en nuevas drogas y todo el material está en el almacén. Además… —Abrí la puerta de la calle para marcharnos—, tengo un arreglo floral que irán a recogerlo en unas horas y no puedo fallarles. Es para el Ayuntamiento.

De repente, al saberse la noticia de que Asier se había emparejado conmigo, el Ayuntamiento había empezado a pedirme sus arreglos florales y eso era un montón de trabajo que no podía rechazar.

Por más que Asier se empeñara en recordarme que tenía dinero más que suficiente para que no necesitara volver a trabajar, no iba a abandonar mi negocio ni a mis clientes, que tanto esfuerzo me había costado conseguir.

Iba a tener que aguantarse.

—¿A dónde os creéis que vais?

¡Mierda, Martin!

Llegó volando hacia nosotras y se posó en mi hombro mirándome con curiosidad.

—Tengo que ir a la floristería a trabajar —le aclaré—. Baja la voz.

Si Asier o alguno de los ángeles se enteraba, no podríamos salir de allí.

—Vale —dijo decidido—, voy con vosotras.

No me eché a reír porque supuse que se ofendería. Era muy susceptible a casi todo lo que se podía comentar que él considerara ofensivo.

—Te recuerdo que no puedes salir del castillo.

Eso era lo que Asier le había dicho el primer día: que no podía dejarse ver por la ciudad para no llamar la atención y que los hechiceros no supieran que estaba con nosotros. Aunque estaba claro que ya lo suponían, pero mientras no lo viesen no lo podían confirmar.

—O voy con vosotras o llamo a tu marido para que lo sepa. —Se cruzó de brazos para indicarme que lo decía en serio. Maldito duende extorsionador—. No vais a salir sin ninguna protección, Bib.

Me enterneció porque, por supuesto, solo se preocupaba por mí, como hacía siempre.

—Vale —decidí en un segundo. No quería quedarme en el castillo—, pero te mantendrás oculto cuando alguien venga a la floristería.

—Soy demasiado pequeño para que la gente me vea cuando yo no quiero —me recordó metiéndose en el bolsillo de mi abrigo—. No vayas a espachurrarme, que acabo de comer.

El taxi que había pedido llegó a tiempo. El taxista miró el impresionante castillo agachándose en el asiento para poder tener ángulo sin bajarse del coche. Le di la dirección de la floristería y, por

suerte, pudimos marcharnos antes de que ningún otro inquilino de la casa se diera cuenta de que nos íbamos.

Pasamos el resto de la tarde haciendo arreglos florales y trabajando en mi almacén. Me había puesto música y veía a Martin bailar sobre la mesa sin ningún tipo de pudor, algo que, si había sido un baile en algún momento, ya no lo era. Pero verlo dar vueltas y hacer pequeñas reverencias a alguien imaginario frente a él, me sacaba sonrisas y más de una vez me había quedado mirándolo embobada.

—Vas a tener que modernizarte y aprender a bailar *rock* o *break dance* —dije para chincharlo.

No me defraudó. Bufó en respuesta y siguió girando sin hacerme el menor caso.

—Vosotros no tenéis ni idea de lo que es un buen baile.

Le tuve que dar la razón. Por muy variados que fueran los estilos de música actuales, ninguno se podía bailar con la elegancia con la que se bailaban antes. De repente se paró y olfateó el aire como un perro de presa.

El instinto me advirtió de que algo ocurría. Él se puso en tensión.

—¿Qué ocurre?

Tenía plena confianza en él y en su instinto.

—Demonios. Vienen hacia aquí.

¡Oh, mierda!



ASIER

—Haremos fotocopia del libro para poder devolverlo a la Torre mañana, antes de que el puto hechicero nos maldiga a todos por habernos traído el libro. Me gustaría estudiarlo a fondo. —Miré a Anthony, que estaba conmigo en el despacho.

Todos los demás se habían ido ya.

Mika entró y se sentó en una de las sillas libres mientras nosotros seguíamos haciendo las fotocopias.

—¿Y tu hechicero?

Mika no hizo caso al tono de voz de nuestro hermano.

—Se ha marchado ya. —Nos miró a los dos con seriedad—. ¿Vais a contarme qué coño ha pasado hoy para que estéis tan nerviosos? Por cierto, que sepáis que Walter se ha dado cuenta de que estáis ocultando algo. Puede hacerse el tonto, pero no lo es.

—No sabía que fuerais tan cercanos —le dijo Anthony sin dejar de pasar hojas del libro y colocarlas en la fotocopiadora.

—No lo somos.

Sabía que Mika no iba a darnos más información sobre lo que había pasado esa mañana con el hechicero.

—No me fio de él —declaré sin inmutarme. Ella asintió con la cabeza—. Lo que hemos encontrado es lo suficientemente importante como para que lo sepa el menor número de gente posible.

—Lo entiendo. No se enterará por mí si es lo que te preocupa.

—Sé que no la harás —La miré un segundo sin apartarme de la fotocopiadora—. Hemos encontrado otra profecía.

Sus cejas se alzaron por la sorpresa.

—¿Sobre Bibian?

—Sobre los dos. —Decidí que era más sencillo si se la contaba tan cual venía en el libro. Ya me la había aprendido de memoria.

—¿Un bebé? ¿Vais a tener un bebé?

Sus ojos se iluminaron como una caseta de feria.

—No pensamos tener un bebé. Ya sabes lo peligroso que puede ser para Bibian —le recordé con pena.

La verdad es que me encantaría poder tener otro hijo.

—¿Las profecías no se suponen que se cumplen siempre?

Ese era mi temor. Normalmente todas las profecías solían cumplirse, aunque no se supiera la fecha en la que podía suceder.

—Espero que esta no.

—¿Cómo lleváis el tema de los anticonceptivos? —Mika no ocultó la sonrisita que la pregunta le provocaba.

Me envaré y sentí que me sonrojaba. No quería hablar de eso con mis hermanos. No me interesaban sus vidas sexuales y no quería que se inmiscuyeran en la mía.

—Muy graciosa —Ni siquiera la quise mirar—. Ese tema lo lleva Bibian. Ella es la entendida en pócimas o por lo menos eso es lo que me ha dicho.

Esperaba que pudiera evitar un embarazo que lo complicaría todo aún más.

—¿Hay pócimas para la fertilidad de los ángeles con las brujas? —Mika me miró con escepticismo.

Su tono me preocupó. Yo tampoco sabía nada de eso. Siempre había usado condones en mis relaciones anteriores desde que estaba en la tierra. Bibian era una bruja poderosa, quería pensar que de verdad sabía lo que estaba haciendo.

—Tengo entendido que ella vendía pócimas anticonceptivas a humanas que se relacionaban con ángeles. Así que…

—Pero ella es una bruja diferente —me recordó—, es mucho más poderosa que una bruja normal y tú eres… bueno, eso, que tú eres tú. Eres el ángel más poderoso que hay, quizás no sea tan fácil controlar vuestras… *semillitas*.

—¿En serio? —Me crucé de brazos, ofendido por tanto cachondeo.

—Qué uses condón y te ahorres un problema que no quieres tener —sentenció Anthony mirándome unos segundos antes de volver la atención a lo que estaba haciendo.

Algo en mi vínculo me llamó la atención.

—¿Qué ocurre? —Mika me había visto la cara que debí poner.

Negué con la cabeza, confundido.

¿Qué estaba pasando?

—Es Bibian. —No sabía qué pasaba, pero sí que estaba relacionado con ella. ¿Estaba asustada?

—Asier…

Miguel entró apresurado en el despacho con cara de preocupación.

Se despertaron todas mis alarmas.

—¿Qué ocurre?

—¿Sabes dónde está Bibian? ¿Y Kate?

Lo miré confundido. Intenté recordar si sabía dónde estaba mi pareja. Intenté encontrarla en la casa por nuestro vínculo, pero me di cuenta de que no parecía estar aquí.

—¿No están en la casa? No me ha dicho nada de que fuera a salir.

Porque no le hubiese permitido que fuera a ningún sitio, por lo menos sola. Y la iba a matar si se le había ocurrido hacer algo tan ridículo.

—No consigo encontrarlas. Ni a ella ni a Kate y no sé dónde está Martin.

La sensación por el vínculo se intensificó y ahora sí la pude reconocer. Era pánico. Donde quiera que estuviese, estaba asustada, así que algo grave debía pasarles.

—Están en peligro.

Eché a correr con el corazón desbocado hacia la puerta del castillo. Sentí las pisadas de mis hermanos corriendo tras de mí. Solo había un lugar al que esperaba que hubiese ido sola: a su floristería.



Bibian

Los tres nos miramos con preocupación cuando vimos a varios demonios en la puerta de la floristería. Se quedaron allí, observándonos. El terror se apoderó de mí. No sabía cómo, pero podía sentirlos a distancia y reconocerlos sin necesidad de verles los ojos, que era en lo que más se podían diferenciar de personas normales a simple vista. No sabía si era gracias a la profecía que nos habían enlazado a todos o simple premonición. Pero no tuve ninguna duda de que los tres que estaban en la puerta de la floristería eran demonios.

Nos observaban desde allí sin entrar todavía, no entendía bien qué era lo que esperaban. ¿Refuerzos? Esperaba que no viniese ninguno más.

—No os habéis traído vuestras dagas, ¿verdad? —nos preguntó Martin, que parecía bastante tranquilo. Se colocó en el filo de la mesa, adelantándose a nosotras dos. Parecía que tenía la intención de defendernos.

Sabía que era poderoso, pero pequeño, al fin y al cabo. Dudaba mucho que pudiese eliminarlos él solo.

Para mi sorpresa movió sus manos como si empujara algo y las puertas de la floristería, las de cristal, se cerraron de repente en las mismas narices de los demonios que cayeron al suelo cuando la puerta los golpeó en la cara con fuerza.

Lo miré, sorprendida.

—¿Cómo coño has hecho eso?

Siempre conseguía impresionarme.

—Es fácil cerrar puertas —dijo él mirándolos con preocupación—, lo difícil va a ser que esas puertas de cristal los mantengan fuera mucho tiempo. Tenemos que pensar algo para poder salir de aquí. —Me miró con sus ojos azules llenos de preocupación—. ¿Hay una puerta trasera?

—No. La única puerta es en la que están ellos.
—¿Puedes usar tu fuego?
Estaba tan preocupada que ni siquiera me había acordado de él. No quería usar fuego en la floristería; no me fiaba de que pudiese prenderle fuego a todo el local con nosotros dentro.
—Sí, pero temo prender el local.
—Vas a tener que arriesgarte, Bibian. —Me miró un segundo y luego volvió a mirar a los demonios que se levantaron y reventaron las puertas de cristal. Estaba segura de que ahora no se iban a quedar fuera—. Aquí vienen. Intentaré contenerlos, pero no garantizo nada.
No quería que corriera ningún peligro. De hecho, me lamenté de que hubiesen venido conmigo y haberlos puesto en peligro. Pero era tarde para lamentarse.
Kate tiró una de las tijeras de acero con las que estábamos preparando los centros de flores y para mi sorpresa se le clavó al demonio en el centro del pecho, tan hondo que el demonio gritó y posteriormente explotó, llenándolo todo de olor a azufre y a huevos podridos.
—Buen tiro —dije sorprendida.
—¿Tenemos más tijeras? —preguntó Martin esperanzado.
Negué con la cabeza.
—Me temo que no, y los cuchillos que tenemos no tienen punta.
Pensé que debía tener armas en la floristería de ahora en adelante. Sería lo primero que haría en cuanto… saliera con vida de allí.
—Estáis muertas, brujas.
No iba permitir que nadie hiciera daño a mis amigos. Llamé con mi magia a las plantas que había en los tiestos de la entrada y, como siempre, las plantas me respondieron. Un montón de hojas y raíces salieron de sus tiestos formando una impresionante barrera de hojas entre ellos y nosotros. Tan frondosa que iban a necesitar algo de tiempo para poder cruzarlas.
—Eso no los parará para siempre —reconocí. Pensé que debería haber usado las plantas para intentar atenazarlos, pero para hacer eso tenía que poder verlos. No tenía más macetas en la entrada, así que ya no podía usar más a las plantas. De repente, una ola de energía reventó la barrera y nos tiró al suelo a todos. Vi a Martin salir desplazado hasta estamparse en la pared del fondo.
—Se acabaron las tonterías, vendrás con nosotros, bruja.
Su voz me provocaba escalofríos. Sonaba gutural y profunda, como si estuviese en el fondo de un pozo.
Los tres demonios atravesaron lo que quedaba de la pared de plantas que había formado antes y se acercaron a nosotros con rapidez. Me incorporé y me puse de rodillas. Apenas tuve tiempo de buscar el fuego en mi interior y dejarlo salir con todo el cuidado que

pude para que no se desatara por completo y nos achicharrara a nosotros también, dirigido a uno de los demonios que explotó cuando el fuego lo alcanzó justo en la cabeza.

La peste se intensificó.

Mi corazón latía aterrado al ver que el demonio que quedaba se acercaba a nosotros sin amedrentarse.

—¡No vas a tocarla! —gritó Martin con una voz tan poderosa, completamente diferente a la que tenía siempre, que lo miré sobresaltada. Esa no era la voz aguda de mi amigo—. No puedes tocarla —repitió.

No podía creerme lo que estaba viendo.

Martin ya no era el pequeño duende azul que yo conocía.

Arrodillado en el suelo había un hombre pelirrojo al que miré dos veces anonadada. Cuando se puso de pie era un hombre de casi dos metros y cuerpo delgado y fibroso… y completamente desnudo. Me miró un segundo y vi sus ojos de un azul tan vivo que lo reconocería en cualquier sitio. Una onda de energía salió de sus manos y el demonio se derrumbó en el suelo cuando lo alcanzó de lleno. Martin se levantó y juntó sus manos sin perder al demonio de vista, que empezó a plegarse sobre sí mismo mientras gritaba de dolor.

¡¿Qué coño estaba pasando?! ¿Quién era este hombre y dónde estaba mi pequeño duende?

El pelirrojo estrujó sus manos con fuerza y el demonio volvió a gritar mientras oía cómo sus huesos se rompían mientras su cuerpo se seguía plegando como si fuera una prenda de ropa. El *humano* me miró mientras yo seguía mirando lo que le estaba haciendo al demonio sin ni siquiera tocarlo. Utilizaba sus manos para manejar la magia. Volvió a plegar sus manos y las entrelazó con fuerza y gimió en voz alta. Volví a mirarlo sin poderme creer que este humano tuviera algo que ver con mi pequeño Martin.

Estaba sudando por el esfuerzo y sus músculos brillaban mojados. La piel se veía con un tenue reflejo azul, cosa que me indicó que el pequeño duende era esa misma persona. Seguía intentando mantener al demonio doblado sobre sí mismo mientras aullaba de dolor. Jamás había visto nada parecido. Con un último esfuerzo, el demonio explotó con un sonoro «plof» que hizo irrespirable el aire de la floristería. Ya no olía a flores y a tierra, sino a azufre y huevos podridos.

El hombre, que era Martin, se desmayó cuando el demonio se desintegró, quedando tumbado boca arriba en la floristería, con todo el cuerpo mojado, justo en el momento en el que cuatro ángeles enfadados entraron en el local. No se me pasó la mirada que Asier le lanzó al duende desnudo que estaba tirado en el suelo.

Sus ojos rojos por la ira me taladraron al mirarme y yo deseé poder esconderme en algún sitio y luego taladró al hombre inconsciente que

estaba ante nosotros.
¡Mierda!



Asier

Hacía mucho que no me asustaba tanto.

De hecho, no me asustaba así desde que me enteré de que Bibian había salido sola de casa para ir a entregarle las drogas a Zacarías. El mismo día que maté al narcotraficante que le había amargado la vida y que nos había unido de manera indirecta.

Miré a las dos brujas que nos miraban a su vez. Respiré aliviado cuando pude comprobar por mí mismo que parecían estar bien. Podía oír el corazón de Bibian como el de un pajarillo recién nacido, pero parecía ilesa, asustada y nerviosa, pero ilesa. No encontré al duende por ningún sitio. Miré al hombre desnudo que había tirado en el suelo y mis celos porque un macho se encontrara en ese estado y hubiese intentado hacerle no sabía qué a mi mujer, me cegó.

Saqué mis espadas mientras me dirigía al tipo. No me importaba arrancarle su maldita cabeza por atreverse a pasearse desnudo con sus *cosas* colgando.

¡Joder!

—¡No!

El grito de mi mujer me detuvo en seco y la miré incrédulo.

¿Estaba defendiendo a ese tipo? ¿de mí?

Di otro paso adelante y ella se plantó entre nosotros para detenerme.

—Es Martin.

Parpadeé incrédulo por la sorpresa.

¿Que era quién?

—Es Martin —repitió Kate ante mi cara de estupor.

Volví a mirar al hombre desnudo.

¿Este tío era el pequeño duende tocapelotas?

¡Hostia puta!Mika me rodeó para poder mirarlo con curiosidad.

—Había oído que los duendes podían convertirse en humanos, pero

pensaba que era un cuento chino. ¡Vaya tela con el duende, lo que tenía escondido! Ahora ya sabes por qué compraba vaginas portátiles.

El resto de los ángeles se rieron en voz baja y yo me negué a mirarle los huevos y la polla del que había sido nuestra pesadilla las semanas anteriores. No estaba contento con que se hubiese lucido ante mi pareja como Dios lo trajo al mundo.

—Nos ha salvado —añadió Bibian, mirando al duende con cariño.

Yo deseé castrarlo en ese momento y cerré las manos intentando controlar el mal humor que tenía que no hacía más que empeorar cada vez que miraba el cuerpo desnudo e inmenso del que hasta hacía unas horas consideraba un duende inofensivo.

¿Podía sentir algo por mi mujer?

¿Y tener ese cuerpo perfecto?

—Puede alguien taparle la… No quiero seguir viéndolo desnudo, joder.

—Voy por una toalla. —Kate salió corriendo a por ella mientras yo miraba a Bibian, que se empeñaba en no mirar al duende.

¡Chica lista!

—Tú y yo nos vamos ahora —le solté de malos modos—. Tenemos un tema urgente que tratar. Y ni se te ocurra decir nada —ladré para acallar sus protestas.

—¿Qué pasa con él? No va a quedarse aquí tirado. —Ante la cara que puse, añadió—: es Martin.

Como si eso lo explicara todo. Y tuve que reconocer que, aunque no me gustaba en lo que se había convertido, me provocaba arrancarle la polla y hacérsela tragar por pasearse desnudo ante mi mujer, era nuestro amigo y al parecer había ayudado a mi pareja y a Kate. Eso no lo podía pasar por alto.

—Ayudadlo a llegar al Castillo y conseguidle ropa de su talla.

Cogí a mi mujer y sin hacer caso de sus protestas me la llevé volando.

—Sé andar, ¿sabes? —me gritó Bibian cuando llegamos al castillo y me emperré en seguir llevándola en brazos hasta que llegamos a nuestra habitación.

Estaba tan furioso que temía enfrentarme a ella por lo que podía llegar a decirle. Sabía que con mi mal humor ella se enfadaría también, pero en ese momento solo necesitaba gritarle hasta ponerle el pelo de punta a ver si se enteraba de una puta vez que no podía salir a hacer lo que le diera la gana.

—¿En qué coño estabas pensando? —A la mierda la idea de no gritarle. Dejé salir toda mi ira y miedo con ese grito.

Bibian me miró dolida cuando la puse en el suelo, pero no me

contestó y yo bufé.

¡Mala idea!

—¿Bibian?

Ni puto caso. Respiré intentando calmarme. No funcionó. Se cruzó de brazos y me dio la espalda, obstinada.

—¿En serio, Bib? —No me podía creer que encima se negara a hablar conmigo—. ¿Ni siquiera merezco una explicación?

Su cabello pelirrojo brillaba bajo la luz del sol que entraba por la ventana de la habitación. Olí el aroma que desprendía su piel y mis nervios se calmaron un poco al asegurarme de que estaba bien. No quería pelearme con ella después de lo que habíamos pasado las semanas anteriores, pero quería que supiera que no podía largarse sin decirle nada a nadie. No sin darse cuenta del peligro que nos estaba acechando, sobre todo a ella.

—Eres una maldita inconsciente —le solté antes de poder quedarme callado. Se encogió como si mis palabras la hubiesen golpeado—. Cuando te des cuenta de que no puedes hacer lo que te dé la real gana, estaré esperando a que hables conmigo.

No supe por qué se me ocurrió que era una buena idea, pero salí de la habitación y le pedí a la casa que la cerrara con llave. Pensé que no lo haría, al fin y al cabo, sabía que mi mujer le gustaba. Cuando la llave apareció en la puerta y se cerró sola me di cuenta de que la casa, por una vez, parecía estar de acuerdo conmigo. Así me aseguraría de que, por un tiempo, al menos, permanecería a salvo.

—¿Me has encerrado? —Mi mujer se puso a golpear la puerta con los puños—. Asier, abre la maldita puerta. Joder.

—Piensa en lo que te acabo de decir —grité y me marché antes de arrepentirme y abrirle la puerta.

¡Dios! ¡Iba a odiarme por esto! Pero yo estaba demasiado enfadado con ella para atender a razones. Ya me disculparía más tarde.

Me fui a la habitación de Martin, que sabía que estaba en la planta inferior. Él solo se había mudado cuando decía que se sentía incómodo al oírnos follando toda la noche. ¡Maldito bocazas! Me encontré a todos mis hermanos en la habitación. Kate estaba intentando darle agua en un vaso, ante la mirada de enfado de mi hermano Miguel, que no se apartaba de su compañera. El duende ya había despertado.

Estaba tumbado en la cama con el pecho desnudo y tapado hasta la barriga con la ropa de la cama, no quise saber si seguía desnudo por completo.

Todos se volvieron a mirarme. Kate levantó las cejas al verme entrar solo. No iba a decirles lo que había sucedido con mi mujer.

—¿Cómo te encuentras?

No tenía ni idea de qué había pasado para que se acabara transformado en su parte humana, ni siquiera sabía que podían hacer

eso.

—Agotado.

—¿Pensabas decirnos en algún momento que tenías una parte humana? —Ante su mirada interrogativa, añadí—: o lo que coño sea que ha pasado contigo.

—Es la primera vez que me convierto en humano —reconoció en voz baja. Ya no tenía voz aguda, gracias a Dios, pero no tenía claro que quisiera que fuera así y no el inofensivo duende al que nos habíamos acostumbrado todos. Por la mirada que Miguel le lanzaba, estaba seguro de que mi hermano estaba de acuerdo conmigo. Sus ojos de un azul luminoso me estudiaron con atención. Su pelo seguía siendo un nido de pájaros, pero más grande, me entraron ganas de coger un peine y peinarlo. Me metí las manos en los bolsillos y esperé —. ¿Por qué no te gusta verme así?

No sabía que mi desagrado fuera tan evidente.

—Es raro…

—Pero no te gusta porque te sientes amenazado por mi…, sobre Bibian. Estás celoso de mí.

Estaba claro que seguía siendo un maldito metomentodo y un bocazas.

—Sé que soy un humano irresistible —Y muy modesto también era —, pero mi amor por Bibian no es sexual como el tuyo. Es más fraternal. Yo la quiero de corazón.

Tuve que hacer un esfuerzo para no abalanzarme sobre él para que dejara de decir eso. No quería que la quisiera de ninguna de esas maneras. Un sentimiento feroz de posesión se adueñó de mí.

Bibian era mía. No quería que nadie más la quisiera, ni como hermano ni como nada…, pero me obligué a mantenerme en silencio y controlarme. Ellos tenían un extraño lazo sentimental y yo no podía hacer nada si no quería perder a mi mujer por el camino.

—¿No puedes volver a convertirte en duende? —le pregunté.

No me importaba que todos supieran que me sentía amenazado por él. Mis hermanos seguro que sentían mi malestar y mis celos mediante el vínculo. Todo sería más fácil si seguía siendo un duende de veinte centímetros.

—No lo sé. Ni siquiera sé cómo me he convertido en esto. ¿Puede haber algo en ese libro de las profecías? —Me miró esperanzado.

Estaba claro que sentía nuestro rechazo y seguramente para él también era más difícil al haberse convertido en humano. Me obligué a recordar que todo esto también era nuevo para él y que había estado la mayor parte de su vida encerrado en un calabozo por el mero hecho de existir.

—Lo buscaremos, no te preocupes.

—¿Y Bibian? ¿Por qué no ha venido a verme?

Noté el dolor en su voz y me sentí culpable por lo que había hecho. Pero tenía cosas que aclarar con mi mujer y seguía enfadado y preocupado por ella. Y terriblemente celoso. Esos eran unos sentimientos muy malos para un ángel recién vinculado con su pareja como era yo en ese momento.

—No se encontraba demasiado bien. Vendrá en cuanto se despierte.

Todos me miraron con diferentes gestos de curiosidad en la cara, al parecer ninguno me creyó.

Qué bien todo.

—Intenta descansar. Buscaremos una solución entre todos.

Salí de allí sin tener idea de lo que iba a pasar a partir de ahora.



Bibian

Es extraño el montón de cosas que puedes hacer en un día cuando, por un motivo u otro, te das cuenta de que no puedes hacerlo.

Salir a pasear, aunque sea por tu propia casa.

Ir a la cocina a comer algo cuando te entra hambre.

O reunirte con los demás miembros de la casa.

Asesinar a tu pareja por atreverse a encerrarte en la habitación como si fuese un crío pequeño no lo he dicho, ¿verdad? Pues eso también.

Quería ver cómo estaba Martin, así que le pedí a la casa por activa y pasiva que me dejase salir. Que no consiguiera nada me dejó claro que estaba de acuerdo con la decisión de mi marido, y eso que yo creía que la casa estaba de mi parte. Eso me hizo pensar de nuevo en lo que había hecho y en las consecuencias que podía haber tenido para nosotros tres. En las que había tenido para Martin, porque estaba claro que lo que había sucedido era algo nuevo para él. Y de nuevo, todo había vuelto a ser culpa mía.

A mi favor diré que no esperaba que los demonios viniesen a por mí, pero estaba claro que parecía tener un radar que los atraía como una abeja a la miel. No obstante, eso no me quitaba las ganas de arrancarle las pelotas a Asier por atreverse a encerrarme.

—Mataré a Asier cuando vuelva a la habitación —le dije a la casa en voz alta para que lo supiera, a ver si así conseguía salir de allí, pero ni por esas.

—Ni siquiera me ha dejado salir a cenar —objeté de nuevo.

Para mi consternación apareció sobre la mesa del rincón un plato con unos sándwiches variados y un trozo de tarta de queso, mi preferida. Supuse que para intentar ablandarme un poco.

—No es justo. Quiero ver a Martin.

Una brisa suave me revolvió el pelo y entendí que él estaba bien. No

sabía por qué, pero si no fuera así, supuse que ella me dejaría estar con él. Por lo visto a ella también le agradaba el duende.

La llave giró en la puerta. Me quedé mirando cómo se abría y Asier entró con una bandeja en las manos, la cena, supuse, y la cerraba tras él, esta vez sin llave. Me negué a decirle nada. Estaba tan dolida por el trato que me había dado que ni siquiera sabía qué decirle para que entendiera cómo me sentía en esos momentos.

—Al parecer, la casa ha pensado lo mismo que yo.

Decidí no decirle nada. Entré en el baño y cerré la puerta dando un fuerte portazo.

Normalmente nos metíamos los dos juntos en la bañera. De hecho, lo hacíamos casi todo juntos en la casa, pero en ese momento no lo quería cerca de mí.

Aún no sabía interpretar bien lo que sentía por nuestro vínculo de pareja. ¿Arrepentimiento quizás? Es lo mínimo que debería tener. Lo que fuera que sentía no era la ira picante que podía saborear esa mañana cuando decidió encerrarme. Ese sentimiento era el que mejor sabía diferenciar, ese y el dolor, que también entristecía mi corazón como si fuera yo la que lo estaba sintiendo.

Me desnudé y me metí en la ducha cuando comenzó a sonar música de fondo. Un *adagio* de piano que solía oír cuando me ponía a trabajar porque me relajaba. Cerré los ojos y me centré en ducharme y me froté a conciencia como si aún tuviera en mi piel el olor de los huevos podridos de esa mañana. El cuerpo de Martin desnudo y tumbado en el suelo, indefenso, volvió a mi mente y avivó la rabia de mi interior por no haberme permitido estar a su lado cuando era posible que me necesitara.

—Martin está bien.

Su voz me sonó alta y clara, por lo que debía haber entrado en el baño cuando oyó el agua de la ducha caer. No podía evitar escucharlo y posiblemente lo estaba haciendo por eso. Contarme lo que fuera que quisiera contarme y darme la explicación que me hiciera entender por qué había hecho algo tan drástico como encerrarme en el cuarto.

—Esta mañana estaba tan furioso contigo que no era capaz de poner en palabras cómo me sentía. Y porque jamás, escúchame bien, amor, jamás te haré daño de ningún tipo, ni siquiera con palabras. Y he hecho un gran esfuerzo por no decir algo por lo que luego pudieras odiarme. He sentido un terror tan intenso cuando nos dimos cuenta de que os habíais marchado y sentí tu miedo por el vínculo, que hubiese arrasado con el mundo entero si fuera necesario para encontrarte y mantenerte a salvo. Eres mi corazón, Bibian. Mi vida entera, y no sería capaz de seguir viviendo si algo malo te sucediera. Cuando nos acercamos y olí el olor inconfundible de los demonios pensé que me volvería loco si te hubiesen hecho algún daño. Soy así de intenso,

Bibian. Esa es mi manera de sentir y la de quererte, y ese amor desmedido que no sé controlar todavía me hace perder la perspectiva y me vuelve loco cuando pienso que puedes estar en peligro. Estoy intentando controlarlo, Bib…, de verdad que sí. Pero vas a tener que darme más tiempo, ya que con solo mirarte u olerte, se me nubla la razón.

Me quedé sin palabras y toda la rabia que había estado cociendo a fuego lento se evaporó cuando lo oí explicarme cómo se sentía. Él era así y yo lo sabía. Quizás de vez en cuando se le iba de las manos lo que sentía por mí, pero me bastaba con recordar lo que le hice a su ropa por un ataque de celos para entender que no podía controlar lo que sentía por mí y solo se dejaba llevar.

—No tengo perdón por lo que te he hecho esta mañana. Estaba muerto de celos al ver a Martin desnudo en el suelo. Ni te imaginas el control que he debido tener para no abalanzarme sobre él y destrozarlo por atreverse a lucirse desnudo ante ti. —Se rio bajito—. Soy un neandertal y estoy intentando controlarme. Lo único que puedo decirte es que hoy necesitaba saber que estabas a salvo y en mi cuarto, para poder volver a recuperar el control que he perdido sobre mis sentimientos. Siento si te he hecho daño, Bibian, pero necesito que me prometas que jamás volverás a salir sola o no te dejaré salir de aquí hasta que lo hagas. Lo que has hecho esta mañana no puede volver a suceder.

—Lo estabas haciendo muy bien hasta que has dicho la última frase. —Apagué el agua, cogí la toalla y abrí la mampara de la ducha para enfrentarme a él—. Retíralas.

—No hasta que me lo prometas. Bib… —No se movió del marco de la puerta donde estaba apoyado con las manos en los bolsillos de los vaqueros—, debes entender el peligro que corremos. Que corres *tú* específicamente. Pensé que ya te habías dado cuenta.

Miré su cara. Parecía triste y sus ojos no apartaban la mirada de mi cuerpo tapado con la pequeña toalla que apenas me tapaba el pubis.

—No pensé que fuésemos a tener problemas cuando hemos salido esta mañana. Solo iba a ser unos minutos. No pensaba que…

—Tienes que parar —me cortó él con impaciencia—. Sé que no pensabas en que podías tener problemas, pero eso es lo que pasa cuando haces algo sin pensar en las consecuencias.

Lo miré en silencio. Era verdad lo que me estaba diciendo.

—Lo siento. No volverá a pasar. —Lo intentaría, por lo menos.

El suspiro de alivio que soltó no me pasó inadvertido.

—¿Puedo besar a mi pareja? Llevo todo el día echándola de menos.

Me miró con tal cara de esperanza que me quité la toalla y me acerqué a él.

—Vas a tener que besarme mucho para que te perdone.

—Bien —Sus ojos brillaron en rojo por la pasión—, porque eso era justo lo que pensaba hacerte, amor. Besarte hasta que ya no puedas pensar en otra cosa que no sea en nosotros.

QUINTA PARTE

UNA TRANSFORMACIÓN SORPRENDENTE.
DDE VUELTA A LA TORRE OSCURA.



Martin

Mientras me levantaba por la mañana para desayunar, pues ya me encontraba mejor, me di cuenta de que me gustaba ese nuevo cuerpo que ahora tenía. Un cuerpo humano me facilitaba las cosas.

Podía peinarse con un cepillo de verdad y no de juguete. Pero cuando me di el primer tirón de pelo, decidí que prefería seguir teniendo el pelo enredado como ya era normal en mí.

La casa me había facilitado, otra vez, ropa de mi talla. Así que ahora lucía unos vaqueros gastados y una sudadera con capucha. Me miré los pies antes de ponerme las deportivas que llevaba en las manos y me sorprendí de lo grandes que los tenía, y mis manos, que también me las miré, eran enormes.

Me pregunté, no por primera vez, qué me había obligado a cambiar a mi forma humana precisamente ahora y no en el montón de años que había pasado encerrado en la Torre. Quizás si hubiese cambiado de forma podría haber escapado antes. Pero volviendo al tema principal, no tenía ningún lugar a dónde ir.

Eso me trajo de vuelta al ahora. Había cambiado porque Bibian, *mi* Bibian, podía estar en peligro y yo haría todo lo que hiciese falta por mantenerla a salvo. Aunque su pareja me odiara por ello.

Había notado los celos de Asier del día anterior y me extrañaba, con lo posesivo y territorial que era con ella, que no me hubiese dicho nada por aparecer desnudo ante ella. Y lo mismo pasaba con Miguel. También había podido sentir sus celos referentes a Kate.

¡Mierda de ángeles posesivos!

Eran mis amigas y familia, y haría lo que fuera por ellas, aunque a los ángeles no les gustara.

Terminé de vestirme y calzarme y decidí bajar a comer.

Sabía que iban a empezar de nuevo con los entrenamientos, ahora quizás de manera más intensa que antes, ya que el peligro cada vez

parecía ser mayor, sobre todo, si cabía la posibilidad de que se supiera la nueva profecía.

Sería guay estar vinculado a una profecía, ¿verdad? A mí me encantaría saberme importante e imprescindible por una vez en la vida.

Ahora podía entrenarme con mi nuevo cuerpo y podría utilizar todo el poder que tenía. Podía sentirlo en mi interior.

Estaba deseando poder empezar a usarlo.

Los ángeles iban a tener que aprender a guardarse sus celos.

Con una sonrisa divertida, bajé a desayunar con los demás.



Asier

Hoy empezábamos con la rutina de nuevo.

Yo iba a devolver el libro a la biblioteca de los hechiceros antes de volver a la comisaría. En casa, Anthony retomaría los entrenamientos con Mika y nuestras brujas, mientras que Miguel volvería a patrullar las calles para buscar algún indicio de los demonios. No había aparecido ninguna bruja muerta y no sabía bien si preocuparme o no. Esperar a que Azrael diera señales de vida conseguía ponerme nervioso. No tener noticias de él nunca era una buena noticia. Eso solo podía significar que algo estaba tramando.

Mi mujer estaba en el centro de todo y no podía evitar preocuparme cada vez más.

El nuevo duende entró con una sonrisa radiante en el rostro al ver a Bibian sentada a mi lado con una norme taza de café en las manos.

—Hola, Bib.

Me aguanté las ganas de levantarme y borrarle la sonrisa de la cara al ver cómo la miraba y cómo le sonrió mi mujer.

Debió notarlo porque dio un rodeo a la mesa para evitarme, pero se agachó para besarla en la mejilla sin quitarme sus ojos azules de encima. Estudiando mi reacción.

—Vaya, mírate —le dijo ella evaluándolo con una sonrisa.

Dos ángeles gruñimos. Miré a Miguel, que también lo miraba con ganas de asesinarlo cuando el duende se agachó a besar a Kate y le revolvió el pelo a Marco.

—¿Y tú quién eres?

No me extrañaba que el crío no lo conociera.

—Soy yo, Martin.

El niño lo miró sin creérselo.

—¿Cómo has podido crecer tanto de ayer a hoy? Mamá ¿puedo comer lo mismo que él?

—Ay, cariño, no es tan fácil. Ojalá.

Kate le revolvió el pelo mientras el niño no apartaba sus ojos del duende.

Mirándolo con detenimiento no podía negarse que seguía siendo nuestro duende. Su pelo de un increíble color zanahoria completamente enredado y revuelto seguía siendo el mismo. El color de sus ojos, de un azul radiante como una mañana de verano y el tono de piel de un azul muy tenue indicaba a las claras que seguía siendo nuestro duende bocazas. Y ya cuando abría la boca…

—¿Por qué de repente me odiáis todos tanto? —preguntó serio.

Parecía ofendido y eso me hizo sentir culpable.

—¿Dónde están tus alas?

Eso, ¿qué había pasado con sus alas? No sabía que cuando un duende se transformaba en humano las perdía. Lo cierto es que no sabía absolutamente nada de los duendes. No había visto uno desde hacía cientos de años. Se decía que se habían extinguido.

Lo creía hasta que apareció este en nuestra casa.

—Creo que las perdí cuando me transformé —dijo él con pesar.

Yo imaginé cómo me sentiría si tuviese que renunciar a mis alas. Y me estremecí de miedo. No me imaginaba sin ellas. Eran una parte fundamental de todos nosotros. Y además… a mi pareja le encantaba que la acariciara con las plumas en…

¡Céntrate, Asier!

Sacudí la cabeza para sacar de mi mente lo que acababa de recordar y vi que Bibian me miraba con una ceja levantada. Me sonrojé y me centré en mi café negándome a mirar a nadie más.

—¿Sabes si puedes volver a transformarte en duende?

Miguel se levantó a por más café sin apartar la vista de Martin, que se estaba comiendo un desayuno completo con cuchillo y tenedor. Usaba los cubiertos como si fuese la primera vez que lo hacía y me di cuenta de que todo esto, todo lo que le estaba sucediendo, tenía que ser difícil para él. No se merecía que lo tratara mal solo por mis celos. Me obligaría a recordarlo de ahora en adelante.

—¿Ya se te han pasado los celos de mierda que tenías ayer?

Era nuestro duende de siempre, no había ninguna duda.

—Intenta comportarte y no me des motivos para echarte de aquí.

Intentaba ser una broma, o no… Bueno sería que él lo tuviese en cuenta.

—Que seas un celoso de mierda no es culpa mía. Yo no sé cómo pasó… esto —dijo señalando su nuevo cuerpo. Para Miguel también había reproches, cómo no—. Y no entiendo por qué tú también estás celoso de mí.

Miguel se sonrojó y se sentó a la mesa sin mirar a nadie más.

¡Chico listo!

Kate lo miró de manera inquisitiva, pero él se hizo el desentendido.

—Quiero ojear el nuevo libro para ver si encuentro algo sobre… mí.

Anthony me miró pidiendo permiso para dejarle estudiar el libro.

—Vale, luego podréis buscar algo y así adelantamos un poco su lectura. Es posible que ponga de qué manera se puede cerrar el portal.

—¿No lo ponía en la profecía de ayer? —me preguntó Bibian.

—No. En esa profecía solo ponía dónde podíamos encontrar un portal… en tierra sagrada. —Volví a pensar una vez más en lo que decía esa profecía.

En tierra sagrada se abrirá un portal
Donde el mal volverá a la tierra,
Solo se podrá cerrar con un acto de amor
y el sacrificio realizado se compensará.

Ni siquiera me di cuenta de que lo había recitado en voz alta.

—¿Todas las profecías necesitan un acto de amor? Pues qué bien —soltó Martin.

No pude estar más de acuerdo.



Bibian

A veces la vida era tan extraña y daba unos giros tan inesperados, que te obligaban a adaptarte a todo lo que te rodeaba si no querías quedarte fuera de juego.

Y si no, que nos lo dijeran tanto a Kate como a mí o incluso a Martin.

Yo había pasado de tener una floristería y dedicarme a hacer pócimas anticonceptivas y centros de flores, a estar vinculada de por vida al capitán de los ángeles y haberme convertido, sin quererlo, en la única bruja de fuego de la que hablaban varias profecías. Ahora aprendía a luchar con espadas y a lanzar puñales como si fuera una puñetera ninja y Kate estaba igual que yo. Excepto en ser una bruja legendaria. Menuda suerte tenía.

Martin había pasado de ser un pequeño duende olvidado por todos a convertirse en uno de los humanos más impresionantes que había conocido nunca, aunque, por supuesto, nunca lo reconocería delante de Asier, por el bien del duende, principalmente.

—Bibian, si no entiendes el lenguaje antiguo es absurdo que os quedéis todas aquí. —Por *aquí*, Anthony se refería al despacho de Asier, donde se había reunido con Marian para seguir buscando pistas de dónde podía estar el portal.

Solo sabíamos que podía estar en tierra sagrada, pero esa afirmación era tan vaga que podíamos pasarnos meses buscándolo sin encontrarlo.

Tierra sagrada eran también las iglesias, ¿no? ¿Y los cementerios? Solo con cementerios había tres, a cuál más grande, y aunque era cierto que el portal por el que vinieron los demonios la última vez seguía cerrado, eso no significaba que no podría haberse abierto en cualquier otra parte de ese mismo cementerio. Y si hablábamos de iglesias ya… La ciudad de Chicago tenía la friolera de treinta iglesias y

podía estar en cualquiera de ellas.

Asier había ido a devolverle el libro a Theodore antes de que el hechicero se presentara en el castillo a recoger lo que guardaba en su biblioteca de manera tan celosa. Walter no había llegado todavía esa mañana y Miguel y Mika estaban trabajando, buscando algún indicio en la ciudad que nos indicara alguna otra manifestación demoníaca. Y por manifestación demoníaca nos referíamos a brujas muertas, que eran las principales víctimas de los ataques demoníacos.

¡Qué mierda todo!

—¿Por qué no os vais al patio a entrenar con Martin? —insistió Anthony—. Ahora que es humano debemos saber si su magia ha evolucionado o no. Si es más poderoso sería bueno saberlo. —Nos miró a ambos de manera alternativa. Martin estaba apoyado en la pared a mi lado, junto a la puerta. Llevaba vaqueros gastados y sudadera con capucha. Y estaba tan guapo y parecía tan *normal*, que sonreí al ver su pelo naranja tan enredado como siempre.

—Hola, siento el retraso. —Walter entró de manera precipitada y se quedó mirando a Martin parado en el sitio. Me quedé esperando su reacción. Martin intentaba contener la sonrisa, al parecer se estaba divirtiendo con las reacciones de los demás al verlo.

—Soy Walter. —Le tendió la mano mirándolo con suspicacia. Supuse que se preguntaría si era una visita.

Martin se la estrechó con solemnidad.

—Ya nos conocemos. Soy Martin.

—Martin… —Entrecerró los ojos observándolo y frunció el ceño—. ¿Martin? —Abrió los ojos por la sorpresa, tanto, que parecía que se le iban a salir de las cuencas—. ¿*Ese* Martin?

Le recorrió el cuerpo con la mirada intentando reconocerlo en ese montón de carne y músculos definidos, en lo que se había convertido.

—*Ese* Martin —le soltó el duende, sonriéndole divertido.

—Madre mía. ¿Desde cuándo eres humano? Había oído que los duendes tenían una parte humana a la que podían recurrir en caso de extrema necesidad, pero creía que era una fábula o un cuento chino.

—Ya ves.

—¿Puedes volver a convertirte en duende? —No ocultó su curiosidad.

Martin se encogió de hombros.

Entendía su emoción al comprobar algo tan inédito. Para un erudito como él, estudiar a Martin era una necesidad casi física. El tema era que a Martin no le hacía especial ilusión hablar sobre su conversión. Ya lo había dejado más que claro esa mañana. Pero claro, Walter no había estado presente.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Walter cambiando de tema, mirando las páginas en el escritorio y a Anthony y a su colega

estudiándolas con atención.

Si se extrañó de ver que habían fotocopiado el libro de las profecías, no dijo nada al respecto.

—A ver si hay algún tipo de información sobre dónde buscar el portal en concreto —dijo Marian sin mirarlo siquiera—, sabemos que es en tierra sagrada o consagrada, pero eso deja abiertas un montón de alternativas, iglesias y cementerios, principalmente, y hay un montón de iglesias en Chicago.

—¿Nosotros qué vamos a hacer hoy? —preguntó Walter, mirándome a mí—. ¿Vamos a entrenar mientras ellos buscan… *eso*?

—Los demás están patrullando la ciudad —respondí—, y Asier…

—Está en La Torre Oscura —me informó él—. Lo he visto cuando salía de allí. Ha ido a devolver el libro. *Ese libro* que habéis fotocopiado tan alegremente —A ninguno de nosotros nos importó el reproche de su voz.

—Necesitamos estudiarlo con cuidado. —Anthony no dio más importancia a sus palabras.

El libro nos hacía falta, punto. No había que darle más vueltas.

Esperaba de corazón que nos sirviera para algo.

—Nosotros íbamos a comprobar la magia de Martin ahora que es humano. Por si la sigue teniendo… o eso —dije yo sin querer ofenderlo.

Cerró la puerta del despacho con un gesto de su mano. Lo miré sorprendida.

—Ha podido hacerlo la casa, listillo. —No quería parecer impresionada.

De repente me sentí flotar por el aire. Ahora sí estaba sorprendida.

—Bájame —le exigí con un grito. Quedarme flotando era algo muy extraño—. Ya lo has dejado claro, idiota. Bájame.

Bajó la mano con suavidad mientas se reía.

Estaba claro que su magia había evolucionado bastante. Antes sabía que no podía hacer nada de eso.

—Vaya —Walter estaba fascinado—, eso ha sido realmente impresionante.

Sí que lo era.

Y su magia nos podía venir muy bien en la lucha que teníamos entre manos.



Miguel

Nunca me había planteado tener pareja, pero conocer a Kate me había cambiado la vida, como a todos los ángeles. Yo siempre deseé tener mujer e hijos, pero el tipo de vida que llevábamos desde que llegamos a la tierra no era el más adecuado para mantener un vínculo de vida con nadie. Lo que nunca me había imaginado es que esa mujer pudiera ser una bruja.

Kate era especial por muy diversos motivos.

Era divertida, cariñosa, leal y una romántica empedernida. Cualquiera pensaría que la mala experiencia con su anterior marido podía haberle roto ese corazón que seguía latiendo por un hombre que quisiera compartir su vida con ella y con el trasto de su hijo. Seguía siendo soñadora y emotiva y me miraba como nadie me había mirado antes. Y yo estaba loco por ella sin saber cuándo había caído en su embrujo, nunca mejor dicho.

Adoraba cada cosa de ella. Cómo su pelo rubio enmarcaba su cara de niña y cómo se le iluminaban los ojos cuando me veía. Además, su hijo Marco me había robado el corazón por completo. Esa energía incansable y esa mente inquieta que estaba siempre pensando en qué lio meterse a cada minuto, me hacía latir el corazón por el cariño que sentía por él.

—¿Qué te dije de jugar con las armaduras? —Intenté poner mi tono más duro… y fracasé miserablemente cuando sentí que la comisura de mis labios se curvaba en una sonrisa que no podía evitar.

El puñetero la vio y sonrió también, pensando quizás que podía librarse de un castigo por haber vuelto a tirar —y ya era la tercera vez— la armadura que adornaba el descansillo de la escalera que conducía a las habitaciones.

—No tiene ninguna gracia —soltó su madre, que se le daba mejor reñirle por la cantidad de travesuras que hacía cada día.

Me volví a poner serio mientras Marco observaba el amasijo de hierros que hacía poco formaba una armadura, hasta que la tiró al suelo. Empujó algunas piezas con uno de sus pequeños pies y algunas de las que estaban encima de las demás se cayeron de nuevo y comenzaron a rodar escaleras abajo.

—¿Quieres estarte quieto de una vez? —Kate había perdido la paciencia y se le notaba por la manera de apretar la boca en un rictus severo.

Yo entendía al crío.

Se pasaba los días allí metido sin salir a ningún sitio. Hasta el profesor iba al castillo a impartirle las clases para que no perdiera el curso escolar. Debía entender que, para un niño tan inquieto, estar semanas enteras encerrado era muy duro. Y el crío intentaba distraerse como podía porque estar rodeado de adultos no era muy divertido.

—Lo siento.

No parecía sentirlo en absoluto.

Me apiadé de él.

—¿Quieres que demos un paseo por los alrededores?

Ignoré la mirada que me lanzó Kate.

—Mira lo que ha hecho. —Como si pudiera obviarlo.

—Ha sido un accidente —dije, intentando convencerla. Miré a Marco, que no nos quitaba ojo—, ¿verdad?

—Claro. No lo he hecho adrede, mamá. Bajaba corriendo y no he podido frenar.

Supe que era verdad. ¿Qué niño de su edad bajaba las escaleras andando cuando podía hacerlo corriendo? Lo que me extrañaba era que no le hubiese dado por tirarse por el pasamanos de la escalera.

Me estremecí al pensarlo, porque eran cuatro plantas de escalera.

—¿Puedo ir a pasear con él, mama? ¿Puedo?

—Tienes que montar la armadura —ordenó.

Yo sabía el coñazo que era montar esa armadura en particular. Así que me ofrecí a ayudarlo.

—Vale —dije intentando convencer a Kate—, lo haremos cuando volvamos de pasear.

—¿Iremos volando? —Sus ojos brillaban de expectación—. Porfa, porfa…

—Hace demasiado frío. —Su madre no parecía demasiado convencida.

—Ponte el abrigo y los guantes —le dije, empujándolo para que bajara las escaleras. Corrió de nuevo para obedecerme mientras Kate me miraba enarcando las cejas—. Tendré cuidado con él e iremos despacio. Lo prometo.

Ella sabía que el crío hacía conmigo lo que quería, así que estaba

seguro de que no se había creído nada.

Le regalé mi mejor sonrisa, esa que sabía que conseguía ablandarla en algunas ocasiones.

—Eres peor que él. —Sonrió, por fin—. Necesita una mano firme que le enseñe a comportarse, no que le anime a que haga más trastadas.

—Solo es un niño, Kate, y está solo todo el día. Necesita niños de su edad y volver al colegio.

Ella me miró con seriedad.

—Pensé que habíamos decidido que era mejor que acabara este año aquí por su seguridad.

—Y es cierto. Pero entiende que se aburra y que haga trastadas. Yo también las hacía a su edad.

—Y más grande también.

Sabía que estaba recordando el día que nevó y habíamos estado jugando a guerra de bolas de nieve con mis hermanos en el patio. Las brujas y Martin nos dieron una paliza, no entendía por qué. Bueno, el crío era un brujo de agua y podía manejar la nieve a su antojo. Y Bibian también. Fue un día memorable y estaba seguro de que el niño echaba de menos días así.

—Ven aquí.

La acerqué a mi cuerpo y me apoderé de su boca, que se abrió para enlazar su lengua con la mía en un beso suave y tierno que me hizo suspirar.

Me entraron ganas de subir a nuestra habitación y continuar disfrutando de mi pareja, pero las pisadas del crío me hicieron separarme de Kate a desgana.

—Ya estoy.

Apenas se le veían las orejas y los ojos lilas tan maravillosos que tenía. Le sonreí con cariño.

—Nos vamos a dar un paseo. Luego arreglamos esto —aseguré, dándole un empujoncito al montón de piezas de la armadura.

—Abrigaos bien.

Bajé con el niño de la mano hacia la puerta exterior para divertirnos un rato.



Asier

—Bien… —Miré a todos los que esperaban expectantes. Mika, Miguel, Kate, Walter, Marian, Anthony, Bibian y Martin, al que no me acostumbraba a ver en su cuerpo humano. Nunca se lo reconocería en voz alta, pero echaba de menos al duendecillo en su tamaño real—, cómo no tenemos la ubicación exacta del portal, vamos a tener que buscar en todos los lugares sagrados que hay. Si algo está claro es que no estará a simple vista. Así que tiene que estar en catacumbas o túneles. Eso debería acotar mucho nuestra búsqueda ya que muchas de las iglesias no tienen nada debajo, así que esas quedan directamente descartadas.

Vi a Bibian mirando el cementerio al que acabábamos de llegar. Era por la mañana temprano. Ni loco me iba a poner a buscar en túneles oscuros por la noche después de lo sucedido con Nathaniel.

—No quiero que nadie se separe. Sabemos que el portal se cierra con magia, por lo que solo pueden hacerlo los hechiceros, eso está claro. Por eso estáis aquí —les recordé—, por si acaso tenemos un golpe de suerte y os necesitamos para cerrarlo.

Miré a mi alrededor.

La parte del cementerio donde nos encontrábamos era la más antigua, hacía años que no se enterraban a gente allí, por eso estaba vacía de visitantes. Había decidido empezar a buscar por allí porque parecía un lugar ideal para abrir un portal. Los ángeles de mármol eran los únicos habitantes de ese lugar, triste y melancólico. Sus ojos inexpresivos, clavados en nosotros, me erizaban las plumas. Me sentía observado por un sinfín de ojos muertos desde tiempos olvidados y sentí que Bibian se pegaba más a mí, quizás buscando un consuelo que solo los vivos podían darle.

—Este lugar me da escalofríos. —Me miró con sus ojos de dos colores muy abiertos.

—Se supone que tú puedes presentir a los demonios —le recordé—, ¿puedes sentir algo… distinto?

No sabía bien qué era lo que debía sentir, pero cualquier cosa nos serviría como pista.

Después de la muerte de Nathaniel, me daba pavor volver a encontrarme cara a cara con Azrael, sobre todo si mi mujer era el blanco de su ira y el objetivo de su vuelta a la tierra. Aunque enfrentarse a demonios no era moco de pavo, saber que Azrael los lideraba conseguía que todo fuese mucho más peligroso.

Yo conocía a Azrael. Había sido mi segundo al mando y sabía que nunca tendría piedad para acabar con quien hiciese falta para cumplir su misión.

—No estamos solos —la voz aguda de Martin me trajo de vuelta.

Aunque no fuese tan aguda como antes, seguía teniendo ese matiz que lo hacía inconfundible.

Lo miré sorprendido.

—¿Demonios?

No tenía ni idea de a qué otra cosa podía ser sensible de percibir. Seguía siendo toda una caja de sorpresas.

—No exactamente. Pero lo que sea, es maligno.

—Yo también lo percibo —dijo Bibian mirando a su alrededor con precaución—, no son demonios.

—Poneos detrás de nosotros.

Anthony se puso a mi lado y vi a Mika y Miguel colocarse a nuestra espalda, dejando a las brujas y hechiceros en medio del grupo. Martin se colocó a mi lado. Iba a decirle que se pusiese detrás con los demás, cuando entonces lo oí. Un gruñido bajo que reconocí de inmediato y me puso la piel de gallina.

¡Oh, mierda!

—¿Qué ha sido eso?

Estaba claro que Kate también lo había oído.

—¿Hay perros aquí? ¿O son lobos? —La voz de Marian comenzaba a sonar histérica—. Por favor dime que no son lobos.

—No son lobos —aclaró Anthony con frialdad—. Es mucho peor que eso. Son Cancerberos.

—¿Qué son…?

—Perros del infierno —cortó Miguel a Walter—. Será mejor que saquéis vuestras armas y estéis preparados para luchar. Recordad, se matan como a los demonios, con acero en la cabeza o en el corazón, la magia no funciona con ellos.

Oí cómo mis hermanos sacaban todas sus espadas de batalla. Yo saqué las mías y miré a Bibian, que oteaba a nuestro alrededor intentando mantener la calma.

—Siento decirte esto, amor, pero el fuego no va a acabar con ellos,

así que vamos a tener que luchar.

—¿Qué hacen aquí?

Buena pregunta. Miré a Martin, que tenía la vista al frente esperando ver al perro del infierno. Podía oír sus pisadas, lo que me decía que era grande. Mi corazón se aceleró por la adrenalina de los nervios.

—Deben de estar protegiendo el portal —dije sin mirarlo— con él o ellos aquí, va a ser muy difícil acercarse por sorpresa. No han podido encontrar a mejores guardianes.

—Dime que no son carnívoros —rogó Martin en voz alta— e inofensivos.

—Siento tener que decírtelo, pero te aconsejo que no dejes que sus dientes se acerquen a ninguna parte de tu nuevo cuerpo o te devorarán por completo. Creo que tienen debilidad por los duendes de pelo pelirrojo. —No pude evitarlo.

—Muy gracioso —se quejó—. Gracias por la información... Ya vienen —soltó, y entonces los vi.

Eran tres.

Dos venían hacia nosotros desde el frente y vi otro que se desviaba para atacar por detrás. Directos a Miguel y Mika, que estaban a nuestra espalda.

Hacía mucho que no veía a un Cancerbero o perro del infierno y ya no recordaba lo grandes que eran.

Estos eran negros como el ala de un cuervo y tenían dos cabezas. O sea, el doble de dientes de lo que debería tener un perro normal. Sus ojos eran rojos, como si estuviesen ardiendo y olían tan mal, que su hedor me llegaba desde esa distancia.

—¿Por qué tienen dos cabezas y tantos dientes? —preguntó Martin con la voz más aguda todavía.

—Porque vienen del infierno —le recordé, cogiendo mis espadas con fuerza y corriendo para enfrentarme a ellos antes de que se acercasen más. Uno saltó y se alejó de mí lanzándose hacia donde estaba Anthony y Martin, y el otro se agachó preparándose para saltar sobre mí.

Dejé de mirar cómo se encontraba el resto del grupo y me centré en el perro que tenía delante. Tenía el tamaño de un poni, pero yo sabía que eran muchísimo más ágiles y que sus dientes eran mucho más mortíferos. Ya había luchado con Cancerberos antes y había sangrado bajo sus dientes, pero también los había matado, así que lancé una estocada con mi espada que el animal rehuyó con un salto. Antes de recuperar el equilibrio se lanzó sobre mí y su peso me hizo caer al suelo con el perro encima. Perdí una de mis espadas con la caída y vi dos cabezas de perro justo delante de la mía; el cuerpo aprisionado bajo su peso.

¡Mierda!

Lo tenía tan cerca que no podía usar la otra espada, así que la solté y le di un puñetazo en una de sus cabezas. El animal gritó de dolor y me atacó con la otra cabeza en una dentellada que me hubiese arrancado la cara de un mordisco si no le hubiese sujetado la mandíbula con las manos. Sus dientes, afilados como navajas, me cortaron los dedos mientras intentaba quitarme al animal de encima.

Martin usó una de mis espadas para cortarle la cabeza, una de ellas. Pero para mi consternación, eso no lo mató.

—¿Por qué coño no se muere? —gritó el duende al ver que yo me lo quitaba de encima usando mis piernas como palanca y el animal se revolvía de nuevo ahora contra Martin, que lo miraba aterrado al ver al gigantesco perro mirarlo con fiereza.

—Tiene dos cabezas, ¿recuerdas?

Me levanté lo más rápido que pude y vi cómo Bibian le lanzaba una de sus dagas que rebotó sobre su piel en vez de quedarse clavada.

—Vamos, no me jodas —murmuró sorprendida al ver caer su daga a unos metros.

El perro la miró unos segundos, analizando su próximo ataque.

—Se me olvidó deciros que su piel es extremadamente dura. No va a ser tan fácil matarlo. —Por si aún no lo tenían claro.

Volví a coger mi espada y reprimí un gesto de dolor ante la herida de mis manos por sus dientes. El animal, al que solo le quedaba una cabeza, no le quitaba los ojos de encima a Bibian.

—Ni lo sueñes —le solté al perro.

Me puse delante de Bibian para evitar que la atacara a ella.

Vi a Anthony luchar con otro de los perros y a Mika y Miguel con el que estaba en la retaguardia. Ya sabía que no iba a ser fácil acabar con ellos, pero teníamos que buscar la manera.

El perro saltó sobre mí y yo me desplacé arrastrándome por el suelo levantando la espada para abrir su vientre en canal desde el cuello hasta la mitad de su barriga. Una ola de sangre putrefacta de su estómago abierto cayó sobre mí cuerpo cuando el perro se desplomó sobre mí, ya muerto.

Uno menos.

—Puag —murmuró Martin al verme cubierto de la sangre del animal.

Me limpié la cara y me levanté, dispuesto a ayudar a mis hermanos, que no parecían llevarlo demasiado bien.

—¡Eh, tú! —llamé al perro contra el que luchaba Anthony para llamar su atención. El animal me miró unos segundos y aulló con fuerza al ver al otro perro muerto.

—Creo que lo acabas de cabrear —me dijo Martin preocupado.

—Eso parece.

El perro se lanzó contra mí y usé una de las espadas para intentar dejarlo clavado en ella. Para mi consternación, el arma se partió por la mitad, sin hacerle ni un rasguño.

—¡Puta mierda! Adoraba esa espada.

El perro cayó contra mí y su peso me tiró al suelo… otra vez.

Anthony corrió y golpeó una de las cabezas del perro una y otra vez como si fuese un machete, justo como Martin había hecho minutos antes para cortarle la cabeza al otro perro, mientras yo intentaba no dejar que la otra cabeza me arrancara alguna parte de mi cuerpo.

El puto perro olía a rayos y su boca, abierta delante de mi cara, olía a muerte y putrefacción.

Este perro parecía tener la piel más dura todavía que el otro. Ya que el arma apenas podía cortar su piel. Martin cogió mi espada, la que me quedaba sin romper, y se la clavó al perro por uno de sus ojos atravesándole la cabeza de parte a parte. Esa cabeza cayó inerte sobre mi llenándome de un líquido negro que no quise saber lo que era.

¡Joder, que puto asco!

—¿Vas a matarlo o qué? —le pregunté a Anthony mientras seguía golpeando su otra cabeza con la espada sin parar. El perro me mordió el brazo que le había estado sujetando la boca y me clavó los dientes hasta el hueso haciéndome gritar de dolor.

No podía moverme del suelo. Tenía todo el peso del animal sobre mi cuerpo y sus uñas me arañaban el pecho mientras luchaba por quitármelo de encima y para que soltara mi brazo antes de que me lo arrancara de cuajo. Quería tenerlo entretenido hasta que mis hermanos pudiesen matarlo de una vez. Mientras estuviese entretenido conmigo no atacaría a los demás.

Martin apareció con una daga. Se subió encima del perro y se la clavó con fuerza en la nuca, en la unión de la cabeza con el cuello. Se necesitaba mucha fuerza para atravesar la piel de un cancerbero, pero la daga se clavó en su cabeza como si fuese de mantequilla y el perro se desplomó sobre mí mientras sus dientes, por fin, se aflojaban de mi brazo.

Entre los dos me quitaron el perro muerto de encima y me ayudaron a levantarme.

—¿Estás bien?

Cogí la mano de Anthony, que tiró de mi cuerpo para ponerme de pie.

—He estado mejor. —Me sujeté el brazo herido con la otra mano mientras miraba a mi alrededor.

—Miguel y Mika han matado al otro perro con la ayuda de lo hechiceros —me informó Anthony mientras miraba la herida de mi brazo, que me dolía como si me lo estuviesen arrancando—, están todos bien. Algunos rasguños y golpes. Tú has sido el peor parado.

—Asier —Bibian llegó corriendo y se paró en seco al verme manchado de sabía Dios qué—, ¿estás bien?

—Vienen los demonios —anunció Martin.

Hasta yo pude sentirlos esta vez y no estábamos en condiciones de seguir luchando de nuevo.

—Estoy bien. —Miré a Bibian y a los demás—. Es hora de irnos. Ya lucharemos otro día. El portal debe estar por aquí y no se irá a ninguna parte.

—¿Podemos irnos volando? —preguntó Miguel mirando al grupo—. Necesitamos un puto coche para situaciones así —me recordó una vez más.

No era la primera vez que lo hacía desde que las brujas llegaron a nuestras vidas. Iba a tener que proponérmelo.

Todos podíamos llevar a un único pasajero, pero Martin, ahora que era humano, quedaba suelto.

—Marchaos, no os preocupéis por mí —dijo resuelto—, tengo mis propias maneras de desplazarme.

Y echó a correr.



Bibian

No era una persona valiente y no me importaba que la gente que me conocía lo supiera. Pensaba que era más importante sobrevivir que hacerse el héroe en un gesto de valentía que te podía costar la vida.

Mi misión, hasta ahora, había sido siempre la de proteger a mi hermana y luego a Kate y a Marco. A los que siempre había considerado mi familia. Así que cuando esa mañana había visto a Asier enfrentarse a los perros y salir herido, mi corazón se había vuelto frenético pensando en que podía perderlo en las garras de esas bestias.

Y frenética seguía.

—Bibian, amor, estoy bien.

No hice caso a Asier cuando llegamos al castillo y me dispuse a curarle las heridas y verlas de una vez. Que se negara no sabía si era buena señal o mala.

—Deja que te cure el brazo, Asier. De todos modos, alguien tiene que hacerlo si no queremos que esas heridas se infecten. A saber cuántas bacterias asquerosas tienen esos perros en la boca.

El gemido de preocupación que se me escapó sonó como si me estuviesen estrangulando.

—No nos ayudas, ¿eh? —le dijo a su hermano Miguel.

Kate nos siguió en silencio hasta la habitación. Había ido a por las medicinas que utilizaba para las heridas.

—Voy a curarte ese brazo y vas a tomarte todo lo que considere necesario sin decir ni una palabra, ¿vale?

Asier se me quedó mirando con el ceño fruncido. Supuse que estaba intentado entender lo que estaba sintiendo a través del vínculo.

—Ven aquí.

Me atrajo a su cuerpo y me abrazó. Fue uno de esos abrazos que te daban ganas de que te abrazaran de nuevo. Suspiré cuando todo

volvió a encajar en su sitio.

Estaba bien.

Ni siquiera me había dado cuenta de lo muy preocupada que estaba por él.

Haberlo visto luchar de esa manera me había encogido el corazón.

—Todo está bien, Bibian. Martin ha estado impresionante luchando esta mañana. Va a ser positivo tenerlo en esta forma, después de todo.

—Luego comprobaré que todos estéis bien.

Respiré su olor y automáticamente mi cerebro se relajó. Podía oler algo asqueroso en su cuerpo, supuse que la sangre del perro, *de los perros*. Él había ayudado a acabar con dos de ellos. Ni siquiera me importó mancharme de la asquerosidad de la que él estaba impregnado.

—Quizás deberías ducharte primero. —Arrugué la nariz por el olor que ahora me llegaba con nitidez.

—¿Te duchas conmigo? —Me miró con su boca curvada en esa media sonrisa que ya conocía muy bien.

Kate se rio bajito y me obligué a soltarlo y no meter mi mano en sus pantalones, que era lo que de verdad me apetecía en ese momento. La voz erótica de mi pareja y su cuerpo de músculos duros apretados contra mí conseguía excitarme con una facilidad pasmosa.

—Te dejo las medicinas aquí y os dejo intimidad —dijo Kate, soltándolas en la cama para marcharse en silencio—. Llámame si me necesitas.

—Mira lo que has hecho —me dijo Asier al oído—, has escandalizado a la buena de Kate.

Me reí, algo avergonzada. No mucho. Ya que acerqué mi boca a la suya y lo besé con ferocidad. Asier jamás hacía nada a medias. Y besar era de las cosas que siempre hacía a lo grande. Gimió en mi boca y me apretó más contra su cuerpo mientras nuestras lenguas luchaban y se acariciaban sin descanso. Me obligué a separarme de él cuando el olor que desprendía volvió a llegarme con claridad.

—Vete a la ducha, anda. Ese olor no hay quién lo soporte.

Me separé de él e intenté empujarlo hacia el baño, pero fue en vano. Tenía claro que no iba a dejarme marchar ahora que podía ver y sentir lo excitado que estaba. Me tomó la mano y tiró de mi para arrastrarme al baño con él.

—Ahorraremos agua —susurró en mi oreja mientras cerraba la puerta del baño detrás de nosotros—, y comprobaré que no estás herida.

Volvió a besarme y comencé a quitarle la ropa en tiempo récord. En pocos minutos estábamos desnudos y metidos bajo el chorro del agua caliente de la ducha. No quería mirarle el bíceps que el perro le había mordido. Tenía la piel abierta con las señales de los incisivos y aunque

ya no sangraba —menos mal— la herida tenía muy mal aspecto. El brazo se estaba poniendo de color morado y debía sentir un dolor intenso. Pero eso no lo iba a reconocer ante mí.

Volvió a besarme y me alzó en el aire para que enlazara mis piernas en su cintura. Me apoyó en la pared de la ducha y se coló en mi interior con suavidad.

—Joder… —Volvió a besarme mientras comenzaba a moverse.

Cerré los ojos para disfrutar del placer y comencé a limpiar su pecho con mis manos para recrearme en la suavidad de su piel y en la dureza de sus músculos. Su piel estaba morena, acorde al color negro de su pelo, como si estuviese siempre tomando el sol. Acaricié sus alas para ayudarlo a limpiarlas y sentí su polla engrosarse en mi interior, lista para el primer orgasmo.

—Bibian —gruñó en mi oído, mordisqueándome el cuello en el proceso—, si me acaricias las alas… joder.

Tuvo el primer orgasmo provocado por mis caricas y siguió empujando y empujando sin salirse de mí hasta provocarme un intenso orgasmo y siguió. Embestidas largas y profundas que arrancaban gemidos de mi garganta, acordes al placer que me provocaba.

—Has despertado a la bestia —Bendita bestia—, ahora no puedo parar.

Comenzó a lamer uno de mis pezones mientras seguía meciéndose en mi interior, el segundo orgasmo me dejó temblando y ni así paró.

No lo hizo hasta que él eyaculó por segunda vez y yo estaba ya saciada de tanto placer. Tanto, que casi se me había borrado ya el motivo por el que nos estábamos duchando.

Casi.

—¿Vas a curarme el brazo? —me preguntó cuando me dejó sobre la cama, enrollada en una toalla de baño. Él salió gloriosamente desnudo y yo me recreé en todos esos músculos cincelados y en esa piel morena que me animaba a seguir acariciando sin descanso—, ¿o quieres seguir con lo que estábamos haciendo en la ducha?

—Siéntate aquí y tápate con una toalla, por favor.

El muy sinvergüenza se echó a reír.



Walter

No podía quitarme a Mika de la cabeza. Se había convertido en una obsesión que se colaba en mi mente en el momento más inoportuno.

La había visto luchar contra los putos perros del averno y por primera vez en mi vida sentí miedo por alguien que no era yo mismo, aunque, por supuesto, ella era muy capaz de cuidarse sola, posiblemente mucho mejor que yo sin tener ni un ápice de magia. Verla luchar de manera fría y eficaz me había dejado casi babeando y con un intenso dolor de huevos por lo cachondo que me había puesto. Pero si algo sabía de ese ángel, era que después de lo que había pasado entre nosotros un par de días antes, no estaba impaciente porque nuestra relación cambiase de ninguna manera. No sabía si quería o no mantener *algo* conmigo o lo que pasó entre nosotros fue solo a causa de un momento de debilidad por la muerte de uno de sus hermanos. Yo no pensaba quejarme. Nunca me había planteado tener ningún tipo de relación con nadie, y menos con un ángel. Pero pensaba que quizás, solo quizás, deseara que nuestra inexistente relación hasta la fecha pudiese ir un paso más allá.

Yo estaba acostumbrado a que las mujeres me fuesen detrás, por lo menos las brujas y algunas de las hechiceras de la torre. Sabía lo que decían de mí. Que era frío e inalcanzable, pero lo cierto es que nunca me había interesado relacionarme de manera íntima con mujer alguna… Mika había sido algo completamente inesperado. Intenso y maravilloso, pero inesperado. Quizás por eso me había dejado huella, porque en ningún momento esa mujer dio señal alguna de tener algún tipo de interés en mí. Cuando la había mirado de vez en cuando, era cierto que lo hacía, solo había recibido por su parte una fría indiferencia. Ni siquiera curiosidad, así que por eso me había gustado tanto el sexo compartido con ella.

—¿Va todo bien?

La voz de Theodore a mi espalda me sorprendió.

Había pedido permiso para estudiar el libro de la biblioteca, explicándole a Theodore que habían encontrado algo en él que no nos habían contado, y por supuesto me lo había concedido con la condición de que lo mantuviese informado de lo que fuera que encontrara.

Yo tenía clara cuál era mi prioridad y a quién le debía lealtad. Poder estudiar a Bibian de cerca e intentar ganarme la confianza de los ángeles había sido idea del hombre que estaba ahora a mi lado, con cara seria y con la preocupación pintada en el rostro.

—Estaba estudiando la profecía que aparece aquí —Y que ya me habían contado en el castillo, así que lo que fuera que ocultaran no tenía nada que ver con esta—, por si podía sacar en claro algo de estas páginas. Pero no indica el lugar ni siquiera el modo de cerrarla.

—Solo un acto desinteresado de amor…—leyó él— ¿Qué se supone que significa? ¿De quién tiene que ser el acto de amor? ¿De la bruja? ¿De los ángeles?

Eso era lo que estaba intentando descifrar sin éxito. Al parecer, ellos tampoco sabían nada con seguridad.

—¿Por qué tienes la sensación de que hay algo que nos ocultan? —El hechicero jefe no apartó los ojos del libro—. Al fin y al cabo, nos han devuelto el libro.

Al volver a pasar la página lo vi. Un pedazo minúsculo de papel sobresalía de la unión de dos páginas. Habría pasado desapercibido si no estuviese buscando un indicio con tanto cuidado.

—Aquí había una página que han arrancado para que no supiésemos lo que ponía.

Theodore cogió el libro y lo estudió con más cuidado, como un halcón acechando una presa.

—¡Hijos de puta! —Me miró sin disimular su mal humor—. ¿Dices que Marian estaba allí con ellos esa mañana?

Su tono de voz no me gustó nada.

Supuse a dónde quería llegar y por un segundo me dio pena mi compañera.

—Estaba estudiando el libro con ellos, sí.

—Mándala llamar de inmediato.



Anthony

—¿Alguien sabe algo de Marian?

La pregunta que nos hizo Bibian a todos esa mañana, días después de nuestro encuentro con los perros, me sacó de mi ensimismamiento.

No habíamos estado entrenando durante esos días. Las heridas de Asier, el mordisco del brazo y los arañazos en el pecho que le provocó el Cancerbero, no estaban curando bien. Cosa extraña ya que a los ángeles se nos curaban las heridas antes que al resto de humanos. Pero, mientras él se restablecía, seguíamos estudiando el libro. Bueno, yo lo estaba haciendo solo, porque la hechicera había dejado de venir de buenas a primeras.

Ni siquiera cogía el móvil.

Y todo comenzaba a ser muy extraño, porque nuestro sir inglés, es decir, Walter, tampoco había venido en los dos últimos días, así que no sabíamos qué se suponía que estaba sucediendo. Si estaban en algún trabajo que tuviera que ser exclusivo de la torre o algo malo estaba sucediendo de lo que no teníamos conocimiento.

Yo llevaba días con una extraña premonición.

No me importaba la maldita hechicera y me negaba a estar preocupado por ella. Por mi podía irse al infierno, pero algo dentro de mí me decía que no podía concentrarme en lo que estaba haciendo sin saber qué estaba pasando. Seguía estudiando el libro, buscando alguna pista más que nos indicara cómo podíamos cerrar el portal. Ni siquiera tenía demasiado sentido ir a buscarlo, aunque ya sabíamos dónde podía estar, si no sabíamos qué hacer para cerrarlo.

La profecía mencionaba «un acto desconsiderado de amor verdadero» pero eso podían ser un sinfín de posibilidades de un número incierto de personas, así que…

—No había dicho fuese a faltar por un tiempo, ¿no? —Me di cuenta de que había sido yo el que lo había preguntado cuando todos se me

quedaron mirando.
Me removí incómodo.
No quería que pensaran que me importaba una mierda.
—No es que me importe especialmente —aclaré porque sí, porque no quería que pensaran que me importaba nada de lo que pasara con ella.
—Nada —Bibian abrazó por la espalda a Asier, que estaba sentado junto a mí estudiando las hojas del libro. Mi hermano se estiró y dejó caer su peso sobre el pecho de Bibian para que lo pudiese abrazar mejor. Ella lo besó en la sien y yo sentí un pinchazo en mi pecho de pura envidia por no tener a nadie que se preocupara por mí como tenía Asier—, se suponía que íbamos a seguir estudiando el libro.
—¿Y nuestro Sir inglés no sabe nada de ella? Qué raro todo.
—Aquí llega nuestro caballero inglés —informó Martin mirando hacia la puerta por donde llegó Walter, que nos miró sorprendido cuando todos nos volvimos hacia él.
—Hola —Nos miró confundido—, ¿sucede algo?
—¿Sabes algo de Marian? —preguntó Bibian.
Él entró en el despacho caminando mucho más lento, como si no estuviese seguro de querer entrar allí.
—No, hace días que no la veo.
Algo en sus ojos y en su manera de apartar la mirada me indicó que sabía mucho más de lo que nos estaba contando.
Me levanté de la silla y lo cogí por el cuello levantándolo en el aire antes de que los demás lo pudieran evitar.
—¿Qué coño ha pasado con ella?
El hechicero me miró con los ojos aterrados por la impresión y se sujetó a mi brazo pataleando, intentando encontrar un punto de apoyo para apoyar los pies.
—¡Anthony! ¿Qué coño estás haciendo? —Fue Mika la que se acercó a mí con la intención de ayudar al hechicero.
Si no hubiese sabido que se había acostado con él, en ese momento lo hubiese adivinado.
—Está mintiendo, joder. Sabe perfectamente lo que le ha pasado a Marian —Miré al tío a los ojos para que se diera cuenta de que no lo iba a soltar hasta que me contestara—, ¿verdad?
Asier nos observó a los dos y estaba claro que me creyó, porque se acercó a él y supe que me ayudaría a torturarlo si hacía fala para conseguir nuestras respuestas.
—¿Es cierto? —le preguntó con frialdad.
—No podrá contestarte si no lo sueltas —dijo Martin, acercándose también de manera amenazante—. Y cuando te suelte nos dirás lo que sabes, ¿verdad?
El hechicero asintió o por lo menos lo intentó así que lo solté y dejé

que pusiera los pies en el suelo, pero lo cogí por el cuello de su camisa para que supiera que no había acabado con él todavía.

—Habla. —Esta vez fue Mika la que se plantó ante él.

—Theodore la mandó llamar.

Por la manera de mirar a Bibian supuse que no quería contarnos todo.

—¿Para qué? —Asier se colocó ante él y cuando sus ojos comenzaron a brillar de color rojo, el hechicero fue lo suficientemente listo como para revelarle lo que sabía. Mi hermano podía dar mucho miedo cuando se dejaba llevar por la ira.

—Vimos la página que faltaba del libro. —Tragó saliva y sus ojos nos miraron a todos, buscando piedad—. Quería interrogarla sobre ello.

Bibian gimió en voz baja, supuse que estaba recordando lo mal que lo había pasado ella.

—¿La están interrogando en la Torre Oscura? —le pregunté alarmado.

Ya había visto lo que le hicieron a Bibian. No quería pensar en lo que le estarían haciendo a ella.

—Hijos de puta.

Lo empujé y chocó con la librería del fondo.

—No he tenido nada que ver —nos dijo lo suficientemente nervioso como para saber que no nos estaba mintiendo—, lo juro.

—Asier…

Sabía lo que Bibian le estaba pidiendo. Era el único que tenía potestad suficiente como para intentar sacarla de allí.

—No puedo ir a por una hechicera que nada tiene que ver conmigo, Bibian. Tú trabajabas para nosotros por aquel entonces, pero Marian es uno de ellos, es una hechicera no una bruja cualquiera. —Asier nos miró, intentando tranquilizarnos—. Pensaré en algo para ver qué podemos hacer.

—Pero, Asier…

—Bibian, soy el capitán de los ángeles —le recordó—, no puedo ir a rescatar a una de los suyos por muy poco que me guste la idea. No puedo provocar una guerra con los hechiceros.

—Tú quizás no puedas ir a por ella —solté sin poderme quedar callado—, pero yo no tengo por qué esperar.

—Pero ¿qué vas a decirles? —me preguntó Asier preocupado.

—Ya se me ocurrirá algo.

—El despacho del hechicero jefe es el último del pasillo y las celdas están en la tercera planta del sótano, necesitan una llave especial para abrirla, así que asegúrate de que la lleves contigo cuando bajes a por ella —dijo mi hermano, que ya sabía lo que pensaba hacer.

—Gracias.



MIGUEL

Me gustaba patrullar por la ciudad, sobre todo en invierno.

Si alguien me preguntara por qué, tendría la respuesta: sentir el aire frío en la cara me recordaba que estaba vivo, que hacía un trabajo que me gustaba y que me sentía inmensamente feliz. Aunque no en ese orden.

Mi vida había adquirido, desde que conocí a Kate, una finalidad distinta a la que había llevado en la tierra desde que llegué con Asier y los demás, hacía ya tanto tiempo.

Era un guerrero.

Siempre había sido uno de los guerreros de Asier y mi finalidad era mantener el orden y aplacar al enemigo, fuera cuales fueran. No me había importado nada más. Cuando tenía un calentón me buscaba una humana, que estaban encantadas de follar con nosotros, y santas pascuas; si te he visto no me acuerdo. Pero con Kate había sido diferente y no porque tenía un niño que me había robado el corazón. No solo por eso.

Kate había llenado mi vida de luz y de felicidad, ella había conseguido despertar un corazón que hacía mucho que había perdido la ilusión por vivir y experimentar cosas nuevas. Con ella despertarse por la mañana tenía un nuevo significado y yo estaba encantado de disfrutar de la experiencia tanto como durara.

Desde que habían aparecido los demonios, los días se estaban llenando de preocupaciones y había un ambiente muy raro en la ciudad. Pero eso servía para poder salir del ambiente caldeado de la comisaría y pasarme volando el día entero buscando indicios de que los demonios hacían de las suyas.

Aún me dolía el corazón cuando recordaba lo sucedido con mi hermano Nathaniel y me aterraba pensar que Kate, mi dulce Kate, se ponía en peligro cada vez que salíamos del castillo por el mero hecho

de ser una bruja y estar en compañía de Bibian, la pareja de mi hermano.

Pero esa era nuestra vida ahora y nos teníamos que adaptar.

Desde el cielo me llegó el olor a huevos podridos y eso significaba que había demonios cerca. Sabía que mi misión era solo la de buscar indicios y comprobar si estaban atacando o no a las brujas, pero si tenía la suerte de encontrármelos cara a cara, no iba a marcharme sin luchar o intentar ayudar a quien lo necesitara.

Aún era de día, aunque el sol se estaba poniendo con lentitud, de manera casi perezosa, llenando el cielo de tonos naranjas y rosas como un cuadro abstracto. Los demonios atacaban de noche.

Bajé y empecé a volar más cerca del suelo intentando averiguar dónde estaban los demonios en ese momento. Los encontré en un callejón sin salida, lleno de basura y cajas vacías.

Eran tres y estaban atacando a dos brujas que habían tenido la mala suerte de encontrarse con ellos. No me lo pensé. Aterricé junto a ellos y di una patada en los lumbares al demonio que sujetaba a una de las brujas mientras uno de ellos bebía de su esencia vital, manteniéndola en un apretado abrazo.

El demonio la soltó y el que se alimentaba de ella se encontró con todo su peso de repente escurriéndosele de las manos, teniendo que soltarla. Posiblemente fue lo que la salvó, ya que aún estaba viva.

—¡Lárgate! —le grité a la bruja que estaba de rodillas en el suelo intentando recuperarse.

Su amiga estaba a su lado, encogida sobre sí misma con el cuerpo encogido y seco, como un capullo marchito.

—Pero Lili…

—Tu amiga está muerta. —Ni siquiera me hizo falta mirarla dos veces para saber que ya no se podía hacer nada por ella—. Si puedes levantarte te aconsejo que te vayas de aquí y no mires atrás.

No se lo pensó demasiado. Se levantó con esfuerzo y se alejó tambaleándose.

«Demonios», dije por mi enlace mental con mis hermanos.

«¿Cuántos son?» preguntó Asier.

«Tres».

«No te enfrentes a ellos tú solo», dijo Mika.

«Vamos para allá», la voz de Asier sonaba preocupada.

Supuse que no quería perder a más hermanos. Saber que se preocupaban por mí me hizo sentirme afortunado por tenerlos a todos en mi vida.

—No debiste meterte en lo que no te importa —me soltó uno de los demonios.

Estaba delgado como una vara de sauce. Sabía que los demonios no tenían grasa en sus cuerpos, porque los levantaban de sus tumbas

después de muertos, por lo que eran rápidos y ágiles, pero yo lo era más. Aunque estuviese en clara desventaja porque ellos eran tres y yo solo uno. Nunca me había preocupado luchar en desventaja y no era la primera vez que lo hacía con demonios.

Además, mis hermanos venían a ayudarme, así que solo tenía que mantenerlos entretenidos.

—Resulta que proteger a la ciudad de escoria como vosotros sí que me importa.

Saqué mi espada y lancé mi daga contra uno de los demonios que estaba frente a mí. Se la clavé justo en la frente y explotó con un ruidoso *plof* llenando todo el callejón de esa peste a huevos podridos tan característica.

«Kate debería haber visto ese lanzamiento» pensé.

—Tampoco deberías haber hecho eso.

El demonio miró donde se había desintegrado su amigo y se lanzó hacia mí tan rápido que cuando quise reaccionar ya lo tenía encima. Me golpeó con la cabeza en el pecho y me lanzó con fuerza contra la pared del callejón, sacándome el aire de los pulmones con el golpe.

¡Mierda! ¡Joder!

Blandí la espada formando un arco frente a mí, lo que hizo que los dos demonios se alejaran dándome un respiro mientras me recuperaba.

—Reconoce, *angelito*, que venir aquí no ha sido buena idea.

Me separé un poco de la pared para ganar movimiento y aferré la espada con las dos manos dispuesto a destrozar a los demonios de una vez.

—Siempre es buena idea acabar con vosotros.

Me lancé contra ellos, que no podían acercarse a mí mientras empuñara la espada.

Uno de ellos dio un salto sobre mí cayendo justo a mi espalda. Volvió a darme una patada en la espalda haciéndome perder el equilibrio hacia delante en el momento en el que el otro demonio se abalanzaba sobre mí, con tan mala suerte que él solo se ensartó en mi espada. Ambos nos miramos sorprendidos.

«Mira tú que suerte».

El demonio se desintegró mientras el otro que tenía a mi espalda aprovechaba la ocasión, se lanzó sobre mí haciéndome caer al suelo con él encima y perdí la espada en el proceso.

—Ahora sí eres mío —susurró en mi oreja antes de morderme el hombro hasta el hueso.

Grité de dolor antes de girarme para quedar sobre él mientras aún seguía mordiéndome el hombro. Con ese movimiento me soltó.

El dolor era tan intenso que sentí náuseas y no quise pensar en que Kate se iba a quedar triste si al final me mataba un demonio.

Vi su cabeza rodar sobre el asfalto mientras intentaba no ceder a la oscuridad que amenazaba con engullirme. Los demonios tenían una saliva muy venenosa y podía ser mortal para los ángeles.

—Mira que te dije que no te enfrentaras a ellos tú solo.

Asier me dio la mano para ayudarme a levantarme mientras el cuerpo del demonio se desintegraba.

Nunca me había alegrado tanto de verlos.

Asier y Mika habían venido a ayudarme.

Benditos fueran.

ANTHONY

Ir a rescatar a una mujer era algo tan nuevo para mí que no sabía bien cómo me sentía al respecto. ¿Furioso? Sin duda alguna. Tenía una deuda pendiente con los hechiceros desde que se llevaron y torturaron a Bibian. ¿Asombrado? Más que asombrado, incrédulo por haber encontrado una mujer que despertara mis instintos más básicos.

Todavía no quería analizar qué sentía hacia esa mujer.

Llegué a la Torre Oscura sin tener todavía un plan claro de cómo iba a proceder. Lo único que sabía era que no iba a marcharse sin ella.

El guardia de la puerta, un brujo sin dudas porque podía oler la magia en él, me miró sorprendido. Estaba claro que no me esperaban allí.

Mis alas negras no pasaban desapercibidas y seguramente la cara de mala leche tampoco, ni que fuera completamente vestido de negro ni con dagas y estrellas ninjas a la vista conseguía mejorar la imagen de peligro que daba siempre allá por donde iba.

Mejor así.

—He venido a ver a Theodore Grant.

El guardia me miró, y aunque podía sentir su miedo, lo disimuló bien cuando apenas se inmutó al hablarme:

—Si no tiene cita, el hechicero jefe no recibe a nadie.

«Mala idea» pensé antes de plantarme ante él.

—Ya te digo que a mí si va a querer recibirme.

—¿Y eso por qué?

—Porque voy a entrar para hablar con él, quiera recibirme o no. ¿Le avisas?

—Ya le he dicho que…

No me quedé a oír sus excusas. Pasé junto a él y justo cuando iba abrir la puerta, esta se abrió y el hechicero jefe salió mirándome con verdadera sorpresa.

—A ti venía buscándote —le solté, cogiéndole las manos y colocándome a su espalda para que me ofreciera su cuerpo como escudo.

Tenía la piel fría como si fuese un reptil y no quise soltarle las manos porque no sabía bien lo que podía intentar con ellas.

—¿Oiga? ¿Qué se cree que está haciendo? —El guardia sacó su varita y me apuntó con ella.

¡Mala idea!

Saqué mi daga con rapidez y se la puse al hechicero en el cuello. El guardia se quedó pasmado y el hechicero dejó de intentar soltarse de mi agarre.

—¿Cree que puede venir aquí y amenazarme? —dijo con voz aguda por el miedo.

¡Que me temieran era perfecto!

No podía hacerle daño a este vejestorio si no quería desatar una guerra con los hechiceros; mi hermano Asier se iba a enfadar mucho. Pero no pensaba irme sin Marian.

Ya que estaba allí…

—Vas a venir conmigo a la celda de Marian y vas a dejar que me la lleve.

—Marian es una hechicera y está bajo nuestra custodia. —El hechicero ni se molestó en negarlo.

—Marian es una colaboradora de la policía y está bajo nuestro cuidado.

No era estrictamente verdad. Pero ellos no tenían por qué saberlo.

—Dígale a su capitán que utilice los mecanismos oficiales, no puede venir aquí…

—Sí que puedo —lo interrumpí y me encaminé hacia el interior sin soltarlo—, ya lo estoy haciendo. Andando.

—Oiga…

El guardia hizo el amago de abalanzarse sobre mí. Apreté la daga en su cuello para pincharlo y que saliera sangre. El hechicero gritó, menudo cobarde estaba hecho.

Eso detuvo el ataque del brujo en el acto.

—¿No lo habéis entendido? Me la voy a llevar ahora —Era hora de terminar eso antes de atraer a más brujos inconscientes—, así que vamos. Espero que tengas las llaves del calabozo encima.

Eché a andar hacia el interior. La gente que pululaba por allí se quedó parada mirándonos sin saber bien qué hacer.

—No tengo la llave aquí —me confesó cuando nos dirigimos a la escalera que conducía a la planta baja. Los brujos se iban quitando de mi camino como Moisés abriendo las aguas del Nilo.

—Que alguien traiga las llaves de los calabozos —dije en voz alta para que pudieran oírme.

—Tráelas —le dijo Theodore a uno de los brujos, que se alejó corriendo a una habitación para volver momentos después con una llave grande y antigua en la mano.

Los tres nos encaminamos hacia a las escaleras.

El túnel era angosto y olía a humedad y cerrado. Unas exiguas luces se iban encendiendo según íbamos bajando, pero, incluso así, la oscuridad era casi absoluta. Recordé el miedo que desprendía Bibian cuando mi hermano la rescató de la torre.

—¿De verdad piensa que esto va a quedar así? —me soltó el brujo que nos iba abriendo camino.

No lo quería detrás de mí porque no tenía claro lo que podía intentar.

—Escuche, Theodore, no puede encerrar a todas las brujas que colaboren con nosotros. ¿No lo ha pensado? Estamos luchando juntos para intentar detener a los demonios que están atacando a *sus* brujas —terminé casi gritando eso último.

No entendía por qué trataban así a las de su misma clase. Era algo inhumano.

—Vosotros estáis ocultando información vital sobre las profecías. Por eso hemos tenido que tomar decisiones drásticas. Si se hubiesen dignado a compartirla con nosotros nada de esto habría sido necesario.

Estaba claro que ya sabían lo de la profecía de mi hermano. No tenía ningún sentido negarlo.

—Esa profecía solo afecta a mi hermano y a Bibian —dije intentando aclararlo.

—¿Eso cree? Esa profecía afectará a todos los seres vivos de este mundo —dijo con la misma voz con los que se decían los sermones en las iglesias.

¡Qué mal rollo!

—No sea exagerado.

Pero sabía que en el fondo tenía razón. Y porque sabíamos que los hechiceros no iban a querer quedarse al margen era el motivo por el que lo habíamos intentado ocultar.

—No podemos hacer nada al respecto —les aclaré de todas maneras —, son ellos los que tienen que tomar la decisión de si quieren tener hijos o no.

Al fin y tal cabo, todo se reducía a eso.

—Por supuesto que tenemos que tomar partido. Esa criatura no puede nacer.

¡Uy! Algo me decía que a Asier no le iba a gustar nada que los hechiceros opinaran sobre su vida. La guerra con los demonios iba a quedare pequeña con la que mi hermano era capaz de montar para proteger a Bibian.

—¿No ha oído hablar del libre albedrío y esas cosas? —pregunté de mal humor—. Si quiere se lo explico en un momento.

Llegamos al final de las escaleras, donde una habitación con celdas a ambos lados y con un escueto pasillo en medio apareció ante mí. Todas las puertas de las celdas estaban abiertas, menos la última.

—¿Dónde está? ¿Marian?

No quería soltar al vejestorio, pero me moría de ganas de arrancarle las llaves de la mano y sacarla de ahí para llevármela al Castillo.

—En la última celda —dijo el de la llave.

—Camina. —Empujé al hechicero para poder acercarnos a la celda. No se oía nada y apenas podía sentirla—. ¿Qué coño le habéis hecho?

—Le hemos pedido amablemente que comparta la información que tenía con nosotros —me informó el anciano sin inmutarse.

—O sea, que la habéis torturado para sacarle la información. —Me dieron ganas de apretar la daga y sacarle la punta por el cogote.

—Es una de las nuestras —dijo el brujo enojado—, debería haber venido a contarlo en cuanto se enteró de la noticia. La traición se castiga con la pena de muerte —me informó mientras abría la celda—. Debe dar gracias de que no la hayamos ejecutado por esto.

Sentí una aversión tan profunda por todos ellos que tuve que controlarme para no ejecutarlo de manera tan alegremente como parecía que habían hecho ellos al ejercer su tortura.

Me acerqué más a la celda y la vi tendida en el frío suelo en posición fetal.

—¿Marian?

No me contestó, así que obligué al hechicero a entrar en la celda para poder comprobar por mí mismo que se encontraba bien.

Ella gimió y se movió un poco. Solté al hechicero para agacharme junto a ella y ayudarla a incorporarse. Tardé solo un segundo. Cuando oí la puerta cerrarse me di cuenta demasiado tarde de que había sido un estúpido. No necesité mirar para saber que me habían encerrado con ella.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —Intenté mantener el control porque sabía que no podría hacer nada desde dentro de la celda—. Cuando Asier se entere será la guerra.

El hechicero jefe sonrió mientras se tocaba la herida pequeña del cuello.

—Tú has declarado la guerra presentándote aquí y amenazándome. Ahora, en esta guerra que tú has provocado, yo tengo un poderoso rehén para negociar.



MIGUEL

Apenas tuve consciencia de cuándo me llevaron al Castillo Blanco. El dolor de mi hombro era tan atroz que no podía concentrarme en nada más. Sentía el veneno de su saliva corriendo por mis venas y eso hacía que apenas pudiese mantenerme consciente.

¡Joder, que dolor!

Supe que estaba en mi habitación porque pude distinguir mi olor en ella. Cuando olí a flores y a tierra mojada, supe que Bibian estaba conmigo.

¡Ella sabría qué hacer!

Tenía plena confianza en ella y si alguien podía sacar de mi cuerpo el veneno que lo recorría, esa era Bibian.

—¿Puedes oírme?

Abrí los ojos para centrarlos en Kate, que me acercaba a los labios algo que olía aún peor que el aliento del demonio que me había mordido.

—¿No esperarás que me beba eso? —Miré a Kate con pesar. Bibian molía algo en un mortero en la mesita de noche y apenas me miró unos segundos—. Pensaba que te caía bien.

Intenté hacer una broma, pero acabé gimiendo de dolor.

—Eso te aliviará el dolor —me dijo sin inmutarse—. Necesito que duermas para poder limpiarte esa herida de todo el veneno que pueda tener.

—¿Vas a desangrarme?

No entendí por qué las dos brujas me miraron con esa cara de horror. Siempre habían hecho eso para curar el cuerpo y drenar los efluvios internos.

—¿Por qué clase de bruja me has tomado? —Bibian me sonrío y me puso la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre o no. La tenía. Y cada minuto que pasaba me empezaba a sentir peor—. Hace

siglos que mejoramos esa forma de practicar la medicina.

—Menos mal.

—Venga, bebe y duerme un rato, angelito. —Kate me acercó el vaso y me sonrío antes de besarme en la frente.

Bebí sin rechistar.

—Vamos a desvestirte para poder ver esa herida, ¿vale? ¿Me ayudas?

Supe que mi hermano me levantó el torso de la cama para poder quitarme el jersey que llevaba puesto.

—Si me dices qué puedo hacer, te ayudaré.

Walter me miraba con atención colocado tras Bibian. Parecía nervioso y algo me decía que esa mañana había pasado algo que yo me había perdido.

—Si no sabes usar hierbas prefiero que te mantengas al margen —le dijo Bibian.

Y ya no oí nada más.

Me sorprendí de lo rápido que hacía efecto las medicinas de Bibian.

Volví a despertar horas después sintiendo que alguien me acariciaba el pelo.

Estaba confuso, sin saber bien lo que había pasado. Al abrir los ojos me encontré con los de Marco, esos preciosos ojos lilas que tenía y que me estudiaba la cara con atención. Al verme despierto sonrió feliz.

—¡Mamá, ha despertado! —Brincó de la cama y salió corriendo de la habitación, para llamar a su madre—. Mamáááá…

¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo?

Me incorporé con un gesto de dolor. El brazo me palpitaba con fuerza y recordé lo sucedido con los demonios esa mañana. ¿Aún era el mismo día?

Miré a la puerta del balcón y comprobé que el sol seguía brillando fuera.

Todos mis hermanos, con Kate y Bibian a la cabeza, volvieron a entrar en la habitación.

Me alegré de tener los pantalones puestos, aunque el pecho lo tuviera desnudo. Llevaba el hombro cubierto con un vendaje que desprendía un olor acre a hierbas, cosa de Bibian, seguramente.

—¿Estás mejor? —Bibian se me acercó y me puso la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre.

Asier me miraba con seriedad, así que me sonrojé un poco por despertar tantas atenciones.

—Sí. ¿Qué hora es? —Miré a Kate mientras Bibian me destapaba la herida del hombro y la observaba con atención.

—Has dormido una hora o así. —Me sonrió aliviada—. ¿Tienes

hambre?

Mis tripas rugieron en ese momento, provocando las risas de todos.

—¿Cuándo no tiene hambre Miguel? —preguntó Mika divertida.

Marco volvió a entrar en la habitación y se subió a la cama a mi lado.

—¿Estás bueno ya? —Me sonrió enseñando la mella de su incisivo central superior, que se le había caído hacía unos días—. Estaba *peocupado* por ti.

—Se dice *preocupado* —lo corrigió su madre intentando atusarle el pelo, que lo llevaba de punta.

—Déjalo —la voz de Martin se oyó desde la puerta—, llevo un rato peinándolo y ahora tú lo despeinas.

La voz aguda de Martin nos hizo volvernos a mirarlo. Seguía en su forma humana e iba completamente vestido de verde. Estaba visto que su gusto por la ropa no había cambiado al convertirse en humano. Su intenso pelo naranja lo llevaba de punta, como había hecho siempre. No me extrañaba que esa fuera su idea de estar peinado.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que no eres un modelo que seguir respecto a moda?

A mi hermano Asier le encantaba burlarse de él y el duende nunca se quedaba callado. No sería Martin si lo hiciera.

El teléfono de Bibian sonó en ese momento.

—Es Walter.

Vi la boca de Asier apretarse con disgusto mientras Bibian descolgaba.

—Ha pasado algo con Anthony —susurró Martin con seriedad.

Todos nos mantuvimos en silencio. Considerando que nuestro hermano había ido a La Torre Oscura a liberar a Marian, que tuviera problemas allí era algo muy, pero que muy malo.

—Dime. —Se quedó callada oyendo a Walter al otro lado. Sus ojos se abrieron por la sorpresa— ¡Oh, Dios! No puede hacer eso. —Miró a Asier unos segundos—. Espera, te paso con Asier —Le tendió el teléfono sin decir nada. Por la expresión de su cara, lo que fuera que pasara era muy malo—. Han apresado a Anthony en la Torre Oscura —nos dijo preocupada.

—Dile a Theodore que si no lo suelta de inmediato esto significa la guerra. Mejor no —rectificó—, lo llamaré ahora mismo para decírselo yo mismo.

SEXTA PARTE

GUERRA A LA VISTA.
¿QUÉ ES UNA FIESTA SIN DEMONIOS?



Anthony

No quise pensar en lo que sucedería ahora que estaba allí atrapado.

Estaba claro que sabían lo de la nueva profecía y que solo Marian podía habérselo rebelado.

—Lo siento —la oí decir desde el rincón donde seguía acostada en el suelo. Su voz baja, casi en susurros, me preocupó. Me acerqué hasta ella y me senté en el suelo a su lado. Levanté las alas para no pillármelas debajo y volví a recolocarlas cuando apoyé la espalda en la pared. Le toqué la espalda intentando… no sabía lo que intentaba, pero quería que supiera que estaba allí con ella. Que había ido hasta allí a por ella, significara eso lo que significara.

—Siento habérselo contado a Theodore.

—Si hubieses podido evitarlo no estarías aquí metida —reconocí, intentando no sonar duro con ella.

No podía imaginarme lo que le habían estado haciendo para sacarle la información.

—No debiste venir a por mí.

La miré un segundo, sorprendido.

—De nada, ¿eh?

Se arrastró por el suelo con un gemido, como si el movimiento fuese tan doloroso que no pudiera moverse con soltura. Se sentó y se apoyó en la pared a mi lado. Tan juntos que podía sentir su muslo apretado con el mío.

—No quiero pensar lo que ocurrirá con Asier y los demás cuando se enteren. No quiero ser el motivo de una disputa entre vosotros y los hechiceros.

—Demasiado tarde para eso, ¿no crees?

Sentí que me miraba a pesar de la oscuridad. Susurró algo en voz baja y una luz del pasillo, azul y fantasmal, se encendió y pude verla en la penumbra.

—Pensé que las luces mágicas esas solo las encendían los hechiceros.

—Pues eso —murmuró ella cerrando los ojos con cansancio.

—¿Si podías encenderla por qué estabas a oscuras aquí abajo?

No lo entendía. El lugar daba escalofríos. Era tétrico incluso con la luz y rezumaba humedad. No podía imaginarme cómo alguien podía estar ahí abajo completamente a oscuras.

—Mantenerla encendida me roba toda la energía —susurró cansada.

Volví a mirarla. Tenía el pelo enmarañado y muchos mechones se le salían de la cola que llevaba hecha, más o menos. Su cara tenía un tinte enfermizo que no supe si era por la luz de la lámpara mágica, pero parecía estar sufriendo y algo en mi pecho se encogió al verla tan vulnerable.

—¿Estás bien?

Le acaricié la mejilla con un dedo, sorprendiéndome de su suavidad. Ni siquiera abrió los ojos por la caricia, así que me di el capricho de seguir haciéndolo con cuidado.

—He estado mejor.

«Seguro que sí» pensé.

Me maldije por haber sido tan tonto de caer en una trampa tan de principiantes, pero desde que me enteré de que esa bruja en particular estaba retenida, un extraño impulso me obligó a ir por ella y en mi defensa diré que nunca me había sentido tan vulnerable. Esa mujer despertaba algo en mí que me hacía bajar la guardia y no ser yo mismo.

—¿Crees que tus hermanos se habrán enterado ya de que estás aquí dentro?

Sí, el lazo que me unía a ellos me decía que Asier no estaba precisamente contento con la noticia.

—Sí, ya te digo yo que saberlo lo saben.

—¿Tienes idea de lo que van a hacer?

Volvió la cara para mirarme y yo extendí una de mis piernas para buscar una postura más cómoda, dejando la otra flexionada.

—No lo sé. No tiene sentido que ni tú ni yo estemos aquí encerrados. Nosotros ni siquiera somos importantes —reconocí a mi pesar. No quería pensar en la opción que quedaba. Si nosotros no éramos piezas claves, estaba claro que los hechiceros buscaban poder retener a los verdaderos protagonistas de esta historia.

—Sé que Theodore quiere a Bibian. Ella es la clave de todas las profecías.

—Ya lo supongo. Pero te digo que Asier destrozará esta torre piedra a piedra antes de dejar que vuelvan a ponerle las manos encima a su pareja.

—Creo que somos los peones que espera intercambiar en esta guerra

que se nos viene encima.

—No conoce a Asier todavía si piensa que se va a quedar de brazos cruzados.

—Siento todo esto.

La luz del pasillo titiló unos segundos y su luz se hizo más tenue. La miré sorprendido. Su respiración se había vuelto superficial y mantenía los ojos cerrados con fuerza. Un rictus de dolor se dibujaba en su rostro, que parecía enfermizo bajo esa luz tan tenue.

—¿Marian?

No me contestó.

—¿Marian? Por favor —Comencé a preocuparme de verdad por ella—, deja que se apague la puñetera luz y descansa un poco. No tienes que hacer esto, ¿vale?

—No quiero quedarme a oscuras —susurró con la voz rota.

Supe que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no romper a llorar.

—No pasa nada. Estoy aquí contigo. Nadie te va a hacer daño.

—Me aterra la oscuridad —reconoció con un quejido cuando la luz se apagó de pronto y gimió.

La acerqué a mí y la abracé mientras la oía sollozar en la oscuridad. La alcé y la subí a mi regazo para poder acercarla más a mi pecho.

—No pasa nada, Marian. —Le acaricié el pelo con suavidad mientras ella se aferraba a mi camiseta y escondía su cara en mi cuello—. Estoy aquí contigo, ¿vale? Todo está bien. No pasa nada por estar a oscuras.

Pero no dejaba de sollozar y temblar por el miedo.

Deseé que mis hermanos nos sacaran pronto de ese lugar.



Asier

Estaba tan enfadado con la noticia de que hubiesen tenido los santos cojones de retener a mi hermano, que estaba dispuesto a irme a la puta Torre Oscura y destruirla hasta los cimientos si no lo soltaban de inmediato.

—Asier…

Volví a mirar a mi pareja, que estaba conmigo en la habitación mientras me cambiaba de ropa y me ponía la armadura ligera. Nos íbamos a rescatar a Anthony en cuanto todos estuviésemos listos. Por supuesto, me negaba a que viniese Bibian y de eso justamente estábamos discutiendo en mi dormitorio.

—No.

¿Acaso pensaba que iba a cambiar de opinión por más veces que insistiera?

Ella bufó en respuesta y se removió en la cama donde estaba sentada.

—No puedes mantenerme al margen —insistió.

—¿No? —Ahora fui yo el que bufó—. Mira cómo lo hago.

—Puedo ser de ayuda.

Me volví hacia ella intentando controlar mi enfado. No era culpa suya y sabía que se sentía culpable por todo lo que estaba pasando. Pero al parecer no entendía lo más importante.

—Por si no te has dado cuenta, él ha tomado rehenes con la ridícula idea de intercambiarlos por ti. —Abrió los ojos por la sorpresa—. ¿De verdad no habías caído en eso? No vas a acercarte a esa torre mientras yo pueda evitarlo. Ese hechicero traicionero nos acaba de declarar la guerra, ¿y tú piensas que puedes ir allí e intentar negociar con ellos?

—No es justo.

Su tono triste consiguió que me calmase un poco. Nada de eso era culpa suya, aunque todos se empeñasen en hacerla culpable de las

puñeteras profecías que le habían colgado una diana en la espalda.

Me acerqué a ella y me senté a su lado en la cama mientras me ponía las botas de piel.

—Amor —Le levanté la cara para que me mirara—, nada es culpa tuya y sé que puedes defenderte sola, pero después de lo que pasó allí la última vez, no te quiero cerca de esos hechiceros. Por favor. —La besé con suavidad en los labios intentando borrar la tristeza de sus ojos de dos colores—. Estarán bien. Anthony es inmune a la magia, ya lo sabes. No pueden tenerlos retenidos si no quieren provocar una guerra. Y menos ahora con los demonios en la tierra. Nos necesitamos mutuamente.

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron. Habíamos quedado en la puerta cuando todos estuviésemos listos. ¿Quién coño era ahora?

—Pasa.

No sabía por qué me extrañaba que fuera Martin el que entró en la habitación vestido con una armadura como la nuestra.

¿La casa se la había proporcionado?

—Estoy listo.

Me lo quedé mirando, maravillado del hombre en el que se había convertido. No parecía ser del tipo de persona a la que poder decir qué hacer.

—Te agradezco el gesto, Martin, pero creo que tú tampoco debes venir a la Torre.

Se irguió y sus ojos azules, tan parecidos a los míos, me echaron una mirada fulminante.

—¿Y eso quién lo dice?

Ahí estaba lo que yo decía. Ya no era el pequeño duende al que proteger de los demás.

—Debería ser de sentido común —prorrumpí—. Ellos te estaban buscando después de estar setecientos años retenido. ¿De verdad crees que no te van a reconocer con ese pelo chillón y tu piel de tintes azules?

—Ya no les tengo miedo y te recuerdo que tanto Marian como Anthony son mis amigos. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras los demás dais la vida por ellos.

Bibian gimió de preocupación y lo miré recriminándole sus palabras. No necesitaba meterle más presión a mi mujer.

—Te agradecemos el gesto, de verdad, pero no es necesario que les demos más motivos a Theodore para que nos odien más de lo que ya hace. Además, alguien tiene que quedarse protegiéndole la espalda a Bibian, ¿no crees?

—¿Tú tampoco vas?

Mi mujer me miró de malos modos entendiendo perfectamente lo que estaba haciendo. No tenía ningún remordimiento de usar a cada

uno para convencer al otro de que debían cuidarse mutuamente. No los quería en la Torre por diferentes motivos. Entre ellos, estaba el de que eran las dos personas a las que los hechiceros querían poner las manos encima.

—Por lo visto no.

El tono de Martin cambió de inmediato y se sentó junto a ella en la cama.

—Eso lo cambia todo. Podemos hacer algo divertido mientras esperamos.

No me gustó eso de *divertido*. Viniendo de Martin podía significar cualquier cosa.

«Podrían quemar el castillo en mi ausencia» pensé con temor.

Bibian le sonrió. Se levantó de la cama y tiró de él para que se levantara. Ya me estaba arrepintiendo de dejarlos a los dos allí juntos.

—Define divertido —le dije a Martin, mirándolo con desconfianza mientras los dos salían de la habitación sin decirme nada más—. Bibian… —Ni caso...

No quería saberlo, de verdad que no. Terminé de ponerme las botas mientras los oía reírse al bajar por las escleras.

Me encontré a Mika en la planta de abajo, esperándonos a Miguel y a mí. Kate bajaba las escaleras de la mano de mi hermano. La besó en los labios y le dio un empujoncito para que se marchara por donde se oían las risas de Martin y mi pareja. Ninguna bruja iba a venir a la Torre.

—Pórtate bien y vete con ellos, anda.

—Kate —¿Qué podía decirle?—, por favor, vigílalos, no me fio un pelo de ellos.

Sonrió y se fue al salón con los demás.

—¿Estáis listos? —les pregunté.

—Sí —contestó Mika, sonriendo con frialdad—. Vamos a patearles el culo a ese montón de hechiceros pomposos.

—Uy, no creo que a Walter le guste tu manera de llamarlos —la chinchó Miguel, divertido.

—Él es seguramente el peor de todos —soltó mi hermana.



Theodore Grant

Sabía que mi idea de haber retenido al ángel iba a traerme consecuencias con el capitán. Pero si él esperaba que yo no hiciera nada ante la profecía que nos ponía en peligro a todos, es que no me conocía en absoluto. No había llegado a ser el hechicero jefe de la Torre por mantenerme al margen de los problemas.

Avisé a los guardianes de la puerta de que dejaran pasar solo al capitán de los Ángeles cuando llegara.

Teníamos un gran problema entre manos y de nuevo, era su pareja la causante de todos los males que nos acosaban.

Debería haberla quemado en la hoguera cuando la tuve retenida. Ay, si hubiese sabido el montón de dolores de cabeza que nos iba a causar, no hubiese permitido de ninguna de las maneras que hubiese salido del calabozo donde la habíamos tenido recluida y quizás, solo quizás, no estaríamos metidos de lleno ahora en el montón de mierda con el que teníamos que lidiar.

Demonios.

Brujas de Fuego.

Profecías apocalípticas.

Joder, esa era la peor de todas. ¿Cómo no iba a estar en medio la bruja del año, Bibian Shade?

Cada vez que recordaba su nombre me encendía de rabia.

¿Cómo coño no lo habíamos visto venir? Había tenido las señales en mi propia nariz y ninguno la habíamos visto. El castigo por su incompetencia hacia una de los míos, Marian, había sido más que necesario.

Y ese ángel oscuro había tenido los santos cojones de ir a amenazarme. A mí. ¿Con quién se creían que estaba lidiando? ¿Con un hechicero de tres al cuarto? No esperaba nunca que uno de los ángeles fuera allí a reclamar a una de los suyos. Desde que se cumplió

la primera profecía todo escapaba a mi control y no podía permitirlo.

Respiré hondo intentando calmarme. El capitán tenía aún peor humor que yo, y si ambos estábamos furiosos poco íbamos a poder negociar. Tenía que reconocer que sabía hacer su trabajo, al parecer ya habían encontrado el portal, ahora era primordial saber cómo podíamos cerrarlo.

—Señor, el capitán acaba de llegar.

Timothy, el hechicero de guardia, dejó la puerta abierta para dejar pasar a Asier, que entró en mi despacho como si le perteneciera. Podía sentir el mal humor corriendo con sus venas como si de una droga se tratara. Sí, estaba claro que no iba a ser una reunión pacífica.

—Le exijo de inmediato que lo suelte.

Fueron las palabras del capitán inclinándose sobre mi escritorio para amenazarme.

—¿Quiere un café? ¿Un té?

No iba a permitir dejarme intimidar por ningún ángel indómito en mi propio despacho.

—No quiero tomar su estúpido té. ¡Suéltelo! ¡Ahora!

No esperaba que los ojos azules del capitán se encendieran de un rojo brillante. Supuse que era por su humor. ¡Interesante! No conocía a ningún otro ser que pudiera hacer algo parecido.

—Siéntese, capitán… y hablemos.

La tetera comenzó a silbar cuando el agua se calentó con mi magia y desde mi asiento me serví una humeante taza de té. El capitán no pareció impresionado por mi magia. Una lástima, porque era algo digno de ver. La magia elemental que había aprendido en mis primeros años allí en la Torre.

Asier gruñó, literalmente, y ese gesto me indicó que debía tener cuidado con él. Parecía un animal rabioso a punto de perder el control. Necesitaba mantener una conversación civilizada con él, no que me arrancara la cabeza en un ataque de ira.

—Le aseguro que su hombre no ha sufrido daño alguno. Pero se presentó aquí amenazándome ante mis hombres. —Negué con la cabeza con pesar—. No podía permitir que hiciese eso y se fuera de rositas. ¿En qué lugar me dejaría ante mi gente? No puedo ofrecerles a mis hombres una imagen débil con lo que nos espera ahí afuera.

El capitán pareció aplacarse un poco e insistí.

—Hablemos, capitán, y luego dejaré que se lo lleve como acto de buena voluntad.

—¿Y Marian?

Que supiera que teníamos retenida a la hechicera me gustaba aún menos. Eso significaba que Walter también se había ido de la lengua. ¡Mal asunto! Comenzaba a quedarme sin gente de confianza.

—Ella trabaja para mí —le recordé con frialdad—, así que si me

traiciona ya sabe lo que le espera.

El capitán tomó una brusca bocanada de aire, supuse que para intentar mantener el control y para mi sorpresa se sentó ante mí con gesto menos agresivo.

—¿Qué cojones ha pasado?

—Pensaba que trabajábamos juntos, capitán.

—Y así es.

—¿Café? —insistí de nuevo.

—Solo y sin azúcar, por favor.

—Pues si estamos juntos en esto esperaba que se me hubiese informado sobre la última profecía, esa que tiene relación directa con usted y su ... mujer.

Le serví el café y se lo acerqué.

Se lo llevó a los labios mientras me lanzaba una mirada intensa.

—Como comprenderá, es algo que nos compite directamente a nosotros dos.

—Discrepo, capitán. Es lo suficientemente importante como para que se me informe de ello. ¿Sabe lo que significará el nacimiento de ese niño?

Creo que él no era plenamente consciente de ello.

Asier respiró hondo antes de hablar.

—Escuche, aunque no pensaba hablar de mi vida privada… mi mujer y yo no vamos a tener ningún hijo. Ya lo hemos hablado.

—No lo entiende, capitán —le interrumpí impaciente—, las profecías de ese tipo siempre se cumplen. Ni siquiera ustedes pueden evitarlo. La única forma de hacerlo sería que nosotros nos encargáramos de la bruja. Mantenerla separada de usted.

—Si hace el mínimo intento de acercarse a ella… lo mataré. ¿Me ha oído? Que pase lo que tenga que pasar, pero bajo ningún concepto voy a separarme de mi pareja.

Ya tenía claro qué al respecto, de hecho, cualquier otra cosa que me hubiese dicho me hubiera extrañado.



Anthony

Hacía tanto frío en la celda que notaba mis plumas moverse para combatirlo, así que abracé a Marian, que la seguía teniendo en mis brazos desde que se había quedado dormida, agotada por mantener las luces mágicas encendidas.

Ahora entendía bien el estado en el que estaba Bibian cuando mi hermano la rescató tras pasar cuatro días allí encerrada, sin luces y sin ropa de abrigo. Ni una miserable manta roñosa.

Mi mal humor empeoró y deseé poder reunirme a solas con el buitre de Theodore. ¡Oh, sí! Me iban a bastar unos minutos para soltar toda la frustración que arrastraba desde que me enteré de que la tenían presa en el calabozo.

Sabía que mi hermano no nos iba a dejar allí durante mucho tiempo. Estaba seguro de que nos rescataría en cuanto pudiera.

—Aguanta un poco más.

Agaché la cabeza y le besé el pelo mientras inhalaba hondo para llenarme de su aroma a flores.

No iba a poder seguir disimulando mi interés por ella. Después de esto ya no podía negarlo más. Me había intentado convencer a mí mismo de que la hechicera no me gustaba por un sinfín de razones, pero después de estar semanas entrenando todos los días con ella, estudiando los libros e incluso luchando juntos, no podía negar por más tiempo lo que me hacía sentir.

—¿Me estás olisqueando el pelo?

¡Mierda!

Menuda pillada.

¿Qué podía decirle?

—Me gusta cómo huele tu pelo —reconocí sin alterarme lo más mínimo—, toda tú, en realidad.

La sentí removerse sobre mi regazo y supuse que intentaba mirarme

en esa oscuridad impenetrable. No llegaba ni una rendija de luz por ningún sitio. ¿Quién coño había construido esta mierda de sitio frío e inhóspito? Sin duda el tío se merecía el premio a la construcción más lúgubre del mundo.

—¿Y ya está? ¿Me dices que te gusta cómo huelo y te quedas tan ancho?

—También he venido a por ti —reconocí tranquilo.

Ya no tenía ningún sentido ocultárselo por más tiempo. Me había pajeado con su recuerdo las suficientes veces como para haberle sacado punta a mi polla, así que ahora era hora de que ella supiera cómo estaban las cosas.

—¿Y eso significa…?

No era capaz de reconocer su tono de voz.

¿Tenía curiosidad? ¿Estaba enfadada?

—Que me gustas mucho, mujer. Y que no voy a permitir que nadie te haga daño.

—Soy muy capaz de defenderme sola, ¿sabes?

—Sí, ya lo veo.

Intenté evitar la burla de mi voz…, pero de poco me sirvió.

—No te ha ido mucho mejor que a mí, ¿no crees?

Me reí por su comentario. Era verdad. De hecho, el verme allí encerrado solo había precipitado mi decisión de enseñar mis cartas y reconocer en voz alta lo mucho que me importaba.

—Juntos seremos más fuertes —le dije, intentando evitar que mi polla despertara por el roce de su culo en mi entrepierna—. Deja de hacer eso, ¿quieres?

—¿Hacer el qué?

Volvió a removerse, supuse que buscando una postura más cómoda. Pero se sentó justo encima de mi polla, que se acomodó bajo su trasero. Seguro que ahora sí la había notado.

—Justo eso.

Se quedó quieta de repente.

—¡Oh, vaya!

Me reí bajito deseando poder verle la cara, que seguramente estaría sonrosada de ese color encendido que se le ponía cuando algo la avergonzaba.

—¿Qué se supone que significa esto?

¿En serio me estaba preguntando eso?

No me lo pensé demasiado. Estaba sufriendo con la sequía sexual que me autoimponía desde hacía tiempo. Pero eso iba a cambiar en cuanto saliera de allí.

Me impulsé sobre el suelo para empujar contra su sexo y la oí gemir cuando mi polla se le clavó un poco más en el trasero.

—Esto significa que a partir de ahora serás mi compañera.

Era así de fácil.

—¿Y yo no tengo nada que opinar? —parecía más divertida que enfadada.

—No, algo me dice que no te vas a negar demasiado.

—Depende —susurró contra mis labios.

Podía sentir su aliento sobre mi cara, por lo que supe que me estaba mirando. Le sujeté la mejilla con la mano y me apoderé de su boca para poder hacer lo que llevaba semanas deseando. Probar sus labios, que se abrieron bajo los míos para darme cobijo en su boca. Gemí y la abracé más fuerte saboreando esa boca tibia que sabía a miel.

Era aún mejor que lo que me había imaginado siempre. Se dio la vuelta y se sentó a horcajadas sobre mi regazo para tener una postura más cómoda para seguir besándonos.

No nos dimos cuenta de que la luz del pasillo se encendió hasta que oí a Asier murmurar divertido:

—Si os interrumpo siempre puedo volver luego.

Me separé de su boca y miré a mi hermano con una sonrisa.

—Seguiré por donde iba cuando lleguemos a casa.



Bibian

Hacía mucho que no me divertía tanto.

Los ángeles no nos habían dejado ir con ellos a rescatar a Anthony y a Marian y, aunque sabía que no nos necesitaban y que no era buena idea volver a aparecer por la Torre oscura, ese rechazo a acompañarlos me había dolido especialmente ya que me seguía sintiendo responsable del tremendo lío en el que estábamos metidos.

Pero Martin siempre era sinónimo de diversión. Y eso era lo que estábamos haciendo en esos momentos.

Divertirnos.

Y para ello habíamos ido al salón, buscando el calor de la enorme chimenea que calentaba la estancia y habíamos empezado a beber mientras Martin nos enseñaba algunos de los bailes antiguos.

Él ni siquiera sabía la edad exacta que tenía. ¿Ochocientos años? ¿Se podían tener todos esos años y un cuerpo que aparentaba tener veintipocos?

Habíamos empezado a beber y a bailar.

La propia casa nos ponía la música y él se había convertido en un improvisado y guapo profesor de baile con una paciencia infinita, todo había que decirlo.

Yo había perdido la cuenta de los chupitos que nos habíamos bebido ya.

En ese momento estábamos aprendiendo a bailar un vals.

—¿Todavía se baila esto en las fiestas? —pregunté mareada de haber estado dando vueltas sin parar.

Martin no parecía afectado por el alcohol ni por las vueltas.

Yo estaba en ese estado de embriaguez en el que mis amigos eran los más importantes del mundo y los quería a todos más que a mí misma.

—Bibian, ¿no hemos bebido ya suficiente?

Miré a Kate, que se acababa de sentar junto a mí en una silla. Tenía las mejillas encendidas del ejercicio de estar bailando sin parar y del alcohol ingerido. Empezamos bebiendo un champán francés que estaba buenísimo y acabamos bebiendo Jägermeister. Por lo menos yo. Ella había seguido con el champán junto con Martin, que no lo había probado nunca y decía que le gustaban las burbujas en la boca.

—Me lo estoy pasando bien —reconocí, riéndome sin venir a cuento.

—No seas aguafiestas, Kate, baila conmigo.

Martin la sacó a bailar de nuevo mientras otro vals comenzaba a sonar en nuestra improvisada sala de baile.

Me sentía feliz y en paz. Hacía mucho que ni siquiera podía dormir sin que las pesadillas por la muerte de mi hermana y todo lo que nos estaba pasando no me atormentaran por la noche, así que si el alcohol conseguía adormecer mis sentidos no iba a quejarme por ello.

Un día era un día.

—Baila conmigo.

Martin me ofreció la mano para animarme a bailar con él otra vez. Kate se abanicaba con la mano, risueña, mientras seguía bebiendo champán.

—Toma —le dije a Martin— deja de beber champán y sé un hombre.

El duende cogió mi vaso y se lo bebió de un trago. Luego hizo una mueca de asco y su cara se encendió como si fuese a entrar en combustión espontánea y se puso a toser de manera desesperada.

—¿Cómo puedes beberte ese matarratas?

Le echó una mirada de asco a mi vaso, ya vacío, pero siguió ofreciéndome su mano para que me animara a bailar con él.

—Es una costumbre adquirida de cuando estaba casada y me pasaba las noches trabajando con Zacarías en el fumadero.

Recordé la última vez que lo había visto, cuando le tendió la trampa a Simón el Negro para que Asier pudiera echarle el guante de una vez por todas.

—Deja de pensar y vamos a divertirnos. —Tiró de mí para que me levantara—. ¡Música, por favor! —La casa obedeció con una melodía distinta, alegre y divertida con la que daban ganas de ponerte a saltar y a dar vueltas con la única finalidad de divertirte y ser feliz.

Martin se puso a darme vueltas y yo me reía divertida.

¡Estaba feliz y completamente borracha!

Dejé que Martin me diera tantas vueltas que acabé agarrada a él por el mareo que me entró al quedarme parada. Sus brazos me apretaban contra su cuerpo, que emanaba un suave olor al perfume que usaba.

Echaba de menos al pequeño duende bocazas al que todos nos habíamos acostumbrado, pero este hombre maravilloso que me

abrazaba con cariño y que me miraba como si fuera todo su mundo, hacía que mi corazón latiese rebosante de amor fraternal. Me recordaba mucho a lo que sentía por mi hermana Mónica. Me acerqué y lo besé en la mejilla con ganas.

—¡Suéltala!

Sentí la ira de Asier como un golpe físico, antes incluso de haber llegado a verlo. Me quedé congelada en los brazos de Martin, que tampoco se movió.

—¡Oh, oh! —murmuró Kate, echándose a reír, divertida.

—Creo que tu pareja acaba de llegar y no parece muy contenta —susurró Martin en mi oído.

No parecía preocupado en lo más mínimo. Ya conocía a Asier lo suficiente como para no tomarme en serio sus ataques de cuernos.

—Te he dicho que la sueltes… Ahora.

—Se acabó la fiesta —soltó Martin separándose de mi cuerpo muy despacio—. Ya está, toda tuya.



Anthony

Me alegré de que mi hermano hubiese ido a rescatarnos, aunque no pudo ser más inoportuno. Al parecer habían llegado a una espacie de acuerdo con los hechiceros sobre los demonios que nos acechaban. No más secretos desde ninguno de los dos bandos y se mantendrían informados al día de lo que fuera que descubrieran en sus investigaciones sobre el famoso portal.

Necesitábamos información urgente sobre la manera de cerrarlo. No tenía ningún sentido presentarnos allí con el peligro que conllevaba si ninguno tenía idea de cómo podíamos cerrarlo.

Cogí a Marian en brazos ante sus protestas de que podía caminar, y la saqué de la Torre. Así, de ese modo, me aseguraba de que nadie intentaba llegar a ella ni hacerle ningún daño.

Aún temblaba cuando llegamos al Castillo.

Teníamos una conversación pendiente que no iba a demorar. Se había despertado mi lado dominante y celoso con ella, así que pensaba aclarar lo que íbamos a ser el uno para el otro a partir de ese momento. No tenía claro lo que ella pensaba al respecto, aunque por su manera de besarme estaba más que claro que no le resultaba indiferente.

Me aferraría a eso en el caso de que se negase a ser mi pareja. Yo hacía mucho tiempo que no buscaba mujer alguna para follar, pero tenía que reconocer que ella, desde el primer momento en que la vi, siempre fue algo más que la hechicera que había venido a ayudar a Bibian para controlar su poder. No me había pasado inadvertida en ningún momento. Había algo en ella que me atraía de una manera poderosa. Ya me había cansado de intentar darle espacio y fingir indiferencia. Pero primero iba a proporcionarle un baño caliente, comida y descanso, por ese orden. Hablaríamos cuando hubiese descansado y estuviese lista para oírme.

La solté en mi habitación. Junto a la cama.

—Voy a prepararte un baño.

Estudié su cara intentando ver alguna herida. Sus ojos negros, misteriosos y profundos como una noche sin luna, me observaron a su vez con curiosidad. Tenía la cola mal hecha y los mechones negros se escapaban de ella acariciando su mejilla, que llevaba manchada de haber estado tirada en esa celda inmunda.

—¿Por qué me has traído aquí?

Era hora de ser sincero con ella. Yo era parco en palabras. Solo hablaba cuando era estrictamente necesario y no me importaba ser políticamente incorrecto. Era mucho mejor se claro con los demás. Mis hermanos ya me conocían lo suficiente como para no preocuparme de herir sus sentimientos.

—Me gustas y me he cansado de disimular mis sentimientos. —No hice caso del asombro de mis palabras—. Quiero que seas mi compañera, pero hablaremos de eso cuando hayas comido y descansado. Estás exhausta.

Entré en el cuarto de baño adjunto dejando la puerta de la habitación abierta para poder verla y oírla por si se encontrase mal o pudiese necesitarme.

—Pensaba que yo no te importaba —dijo en voz baja. Se sentó en la cama como si no tuviese fuerzas para mantenerse de pie más tiempo.

—No hubiese ido a por ti si no me importaras, ¿no crees? —Pensé que eso debía tenerlo claro.

Dejé la bañera llenándose y volví a su lado. Me observaba como un animal acorralado. Con los ojos muy abiertos y en silencio.

—No sé qué pensar. —Cerró los ojos y se apretó las sienes como si le dolieran.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

—No son muy delicados cuando te interrogan. Aunque sea uno de ellos, y sepa lo que hacen, eso no quita que sea horriblemente desagradable. Siento haberles contado lo de la Profecía.

Me miró con cautela, temiendo mi reacción.

—No te preocupes por eso. —La ayudé a levantarse y la dirigí hacia la bañera, que ya tenía agua suficiente para que se bañase tranquila—. Date un baño. Te traeré algo de cenar para cuando hayas terminado.

—No puedo quedarme aquí. —No puso demasiado empeño en su negativa, de todas maneras, no iba a darle ninguna opción.

—Escucha, no te preocupes de eso ahora. Solo tienes que bañarte y descansar cuando comas un poco. Solucionaremos todas tus dudas cuando te encuentres mejor. Apenas te mantienes en pie —le hice ver, por si pensaba que no me había dado cuenta—, así que dejaremos todas las decisiones importantes para otro momento, ¿vale? —Le acaricié la mejilla con suavidad y la empujé sutilmente hacia el baño

—. Báñate tranquila. Voy por algo de comer.

—No tengo nada para ponerme —farfulló, sus mejillas se sonrojaron con suavidad.

—No necesitas ropa cuando estés aquí conmigo —le informé. Cuando volvió a sonrojarse me apiadé de ella—. Le pediré a Bibian que te deje algo. Báñate y procura no quedarte dormida en la bañera, por favor. Apiádate de mí, ¿vale?

—Vale.

Se acercó a besarme con cuidado en los labios mientras me acariciaba la mejilla. Le apreté la mano en mi cara para no romper la caricia. Sí, estaba claro que no le era indiferente a esta bruja. Tendríamos que aclarar muchas cosas cuando descansara. Pero no sería ahora. Cuando la metiera en mi cama no saldríamos en un par de días y para eso tenía que recuperarse primero. La había esperado mucho tiempo como para no poder esperar un par de días más.

Salí del cuarto para ir a por algo de comer a la cocina.

Ya hablaría con mis hermanos al día siguiente. En aquel momento solo necesitaba cuidar de la que iba a ser mi pareja a partir de esta noche.



ASIER

Intenté controlar el intenso ataque de celos que me dio cuando entré en el salón y me encontré a mi pareja abrazada al duende mientras sus cuerpos se movían al compás.

¿Yo estaba preocupado por cómo ella se había tomado mi rechazo a que nos acompañara y la encontré bailando con Martin? ¿En serio?

No conseguía entender lo que me llegaba por nuestro vínculo. Pero cuando se separaron y ambos se tambalearon descubrí que estaban borrachos. Y por la manera en la que se reía Kate, supuse que ella también. Había dos botellas vacías de champán sobre el aparador y una de Jägermeister. Esperaba que la de ese licor del demonio no se la hubiese bebido ella entera o podía coger un coma etílico, ya que la puñetera botella tenía un nivel de alcohol preocupante. No me extrañaba que estuviese borracha, lo que me extrañaba es que se pudiese mantener de pie todavía.

—¿Estás bien? —le preguntó el duende cuando por fin la soltó.

Ambos se tambalearon de manera alarmante. Me precipité para sostener a Bibian antes de que se cayese al suelo.

—¿Estáis borrachos? —Miguel entró detrás de mí y se quedó mirando a Kate, que no había parado de reírse desde que llegamos.

—¿Quién? ¿Nosotros? *Nop* —le soltó ella sin dejar de reír.

—Y encima lo niega —se rio Miguel sujetándola para evitar que se desplomara cuando perdió el equilibrio peligrosamente.

—Eres un corta rollos —me soltó el duende, que siguió dando vueltas, bailando solo.

—¿Habéis rescatado a Marian?

Bibian se acercó más a mí con paso inestable. La sujeté y le miré la cara arrebolada por el alcohol. Tenía la mirada turbia y una sonrisa idiota que me hizo sonreír a mí también. Los celos de mi interior se apaciguaron un poco.

No conseguía acostumbrarme a no ver al duende como un rival, sino como el amigo que demostraba ser una y otra vez.

—Sí y a Anthony también. ¿A este qué le pasa? —Miré al duende cómo si se hubiese vuelto loco dando vueltas él solo por el salón con los ojos cerrados.

—Estoy feliz —dijo, y siguió a lo suyo.

Miguel me miró sonriendo mientras sujetaba a Kate, que no podía parar de reír.

—¿Te has bebido tú solita las dos botellas de champán?

—Noooo… —Lo miró dubitativa y se encogió de hombros—. No sé. Bib, tú también has bebido champán, ¿verdad?

—Una copa. Yo me he bebido la botella de Jägermeister —soltó orgullosa. Gemí en mi interior pensando en cómo se sentiría más tarde cuando todo ese alcohol le hiciese efecto—. Tienes que probarlo, se te olvidan todos los males.

—¿Se ha bebido una botella de *eso* ella sola? —Miguel me miró con cara de preocupación. Me encogí de hombros. Poco podía hacer ya. Me preocupaba más el motivo por el que habían decidido coger la cogorza que llevaban los tres.

—A mí no me quiere nadie —gimoteó el duende mirando a Bibian con pena, haciendo pucheros. ¿No estaba feliz hacía solo unos segundos?

¡Oh, mierda! Eso consiguió que me sintiera como un energúmeno. Ese puñetero duende era como un grano en el culo, pero había demostrado más de una vez que era incondicional con el cariño que sabía que nos profesaba a todos por igual. Bueno, a mí quizás menos, pero me lo tenía más que merecido.

—Yo sí que te quiero —le soltó Bibian, intentando soltarse para ir a abrazarlo. La sujeté mejor porque no estaba seguro de que no se cayese de culo si la soltaba.

—Pero tú no cuentas. —Fue a darle un beso en la mejilla y tuve que obligarme a mantenerme impasible y no apartarla de ella—. Nosotros estamos unidos por una deuda de vida.

¿Por qué no me extrañaba que volviese de nuevo a recordarle esa maldita deuda que decía que tenían juntos?

—Cuando todos durmáis la mona ya veréis como os sentís mejor. —Miguel se dispuso a llevarse a Kate a su dormitorio—. ¿Dónde está Marco? ¿Está acostado ya?

—Sí, hace rato.

—Bien, buenas noches —se despidió y se llevó a Kate por las escaleras que daban a las habitaciones.

—Tengo que buscarme a alguien. —El duende se acercó a Bibian de nuevo—. Mañana vamos a buscarme una pareja para mí ¿vale?

Ella asintió. Como si buscarse pareja fuese como el que va a la

tienda a comprarse ropa.

—Vamos a meterte en la cama, Bibian. Y tú —le dije al duende que nos miraba mientras la llevaba a nuestra habitación—, a dormir, que mañana tenemos un día duro.

—¿Vas a acostarme a mí también?

La esperanza de su tono no me pasó desapercibida, así que asentí. Se lanzó a mis brazos y tuve que sujetarlo por los hombros para que no nos tirase al suelo a todos.

—Bien, vamos a acostarnos, que ya habéis bebido suficiente por esta noche.

Si subir las escaleras con un borracho ya era complicado, hacerlo con dos era casi imposible. Tumbé a Martin en su cama, donde se quedó sin moverse. Empezó a roncar casi de inmediato. Bibian se acomodó mejor bajo mi hombro.

—Vamos a acostarte a ti también. Tienes que dejar de beber ese matarratas, Bib, o acabará contigo cualquier día.

Tuvo una arcada y me di prisa en llegar a la habitación, donde corrió hacia el baño. La oí vomitar segundos después. Entré en el baño tras ella y la ayudé sujetándole el cabello.

Cuando acabó se dejó caer en el suelo y se quedó abrazando la taza del váter.

—Bibian, vamos a la cama. No te quedes ahí en el suelo.

Volvió a incorporarse para vomitar y supe que iba a ser una noche muy larga.

Decidí ir a por la ropa de la cama y las almohadas e hice una especie de nido en el suelo, junto al inodoro, para que estuviese lo más cerca posible durante la noche. Estaba claro que iba a necesitar permanecer cerca.

Así, entre vómito y vómito, dormimos unas pocas horas en el suelo, abrazados para que supiera que estaba allí con ella. Siempre juntos.



Marian

Desperté cuando aún era de noche, ya que podía ver la oscuridad a través de la ventana. La casa estaba en absoluto silencio, cosa extraña dado el montón de gente que vivía aquí y que la mantenía llena de risas y charlas. Era una casa que irradiaba vida por todas partes.

Apenas tenía recuerdos de lo que había pasado en los últimos días.

Sabía que Theodore se había enterado de la nueva profecía sobre el hijo de Bibian y Asier, supuse que Walter se lo había contado. ¡Esa rata traidora! Sabía que era su mano derecha, pero creí que no le iría con el cuento en cuanto se enterase de lo que sucedía con el libro robado de la biblioteca. Al fin y al cabo, era una profecía que ni siquiera se sabía si se cumpliría o no, ya que las personas involucradas no habían hablado de tener hijos todavía.

Aún sentía la cabeza pesada y mis pensamientos estaban espesos y enmarañados, como si nadaran en una pesada bruma de la que no podía deshacerme.

Recordé que Anthony había ido a rescatarme a la Torre y entonces sentí el calor de un pecho desnudo a mi espalda y una mano apretada sobre mi abdomen me indicó que el dueño parecía temer que huyera durante la noche.

Mi instinto fue intentar soltarme y huir de la cama ahora que todavía dormía. Recordé sus palabras cuando vino a rescatarme.

¿Dijo que estaba interesado en mí y que a partir de ahora seríamos pareja?

Sorprendentemente, no me sentí amedrentada con esa noticia. Seguramente cualquier otra persona lo estaría al enterarse que el ángel de la muerte, como sabía que lo llamaban, declaraba abiertamente estar interesada en mí. Pero yo lo conocía o por lo menos quería pensar eso. Llevaba meses tratándolo casi a diario y aunque era callado y discreto, o así lo catalogaba por la interacción

que había tenido con él, bajo ningún concepto estaba de acuerdo con catalogarlo con ese nombre macabro.

Era rudo y maleducado, pero estaba claro que adoraba a sus hermanos y a las brujas que vivían con ellos allí, y todos se trataban con respeto y cariño como una gran familia.

Pensé en lo que podía significar convertirme en la pareja de un hombre como él. Yo siempre había sido un ratón de biblioteca, callada y solitaria. Apenas me relacionaba con gente y ya no me quedaban amigos, ya que nunca salía a divertirme ni me había preocupado por mantener a los pocos amigos que había hecho con el paso de los años.

Vivía casi exclusivamente para trabajar y cuando me detuvieron en la Torre supe que nadie me echaría de menos y que nadie se preocuparía por mí…, hasta que llegó Anthony y declaró sin ningún tipo de dudas sus sentimientos y tuve que reconocer lo mucho que me agradaba. No tenía ningún sentido negar lo que él me hacía sentir desde el primer momento en que lo vi. Con ese carácter hosco y esas inmensas alas negras que me llenaban la mente de ángeles caídos y fieros guerreros.

Lo había visto sufrir y llorar por la muerte de uno de sus hermanos y se me rompió el corazón al verlo tan destrozado.

Por eso sabía de primera mano que no era, ni mucho menos, como la gente se empeñaba en verlo. Y que me dijera que estaba interesado en mí… conseguía encenderme como si me prendiesen fuego desde dentro y estuviese a punto de explotar.

—¿Sabes que puedo oír cómo piensa tu cabecita?

Su voz ronca por el sueño hizo que se me encogieran los dedos de los pies.

¿Cómo podía sonar de una manera tan erótica?

Su mano se movió un poco sobre mi abdomen y me tensé por la impresión. No tenía ni idea de lo que esperar de él, ni de lo que se suponía que iba a haber entre nosotros ni nada. Solo estaba centrada en el calor que esa mano, llena de durezas por sujetar espadas, me hacía sentir en ese momento. Mi sangre se calentó y me esforcé en no darme la vuelta y lanzarme sobre ese cuerpo tibio que me sujetaba con brazos de acero. Recordé su cuerpo fornido cuando entrenábamos y sentí un intenso calor recorrerme por completo.

¿Cómo sería ese cuerpo cincelado y esos músculos inmensos sin ropa?

—Eso es completamente imposible —le dije, avergonzada por lo que estaba pensando.

Se rio bajito y eso me tranquilizó un poco.

—¿Vas a darte la vuelta y mirarme en algún momento? ¿O sigo hablándole a tu pelo?

¿Podía hacer eso? Estaba lo suficientemente oscuro como para que

no pudiese ver mi cara sonrojada por despertar con él en su cama.

No era virgen ni nada por el estilo, pero no estaba acostumbrada a despertar con especímenes como él. Cuando se movió un poco a mi espalda para darme espacio para moverme es cuando sentí algo suave y duro rozarse por mis piernas. Abrí los ojos por la impresión.

—¿Estás desnudo? ¿Te has metido en mi cama desnudo?

Que tuviera la poca vergüenza de reírse a mi costa consiguió enfadarme.

—Baja la voz o despertarás a todos. —Me obligó a darme la vuelta para mirarme cara a cara. Podía intuir la sonrisa en la suya—. Siempre duermo desnudo y te recuerdo que esta es *mi* cama. ¿Tienes algo que objetar, brujita?

No podía más que agradecer la ropa de la cama que tapaba su cuerpo hasta la cintura. Su pecho musculoso y sus brazos fuertes era lo único que podía vislumbrar ante la escasa luz del amanecer que podía verse a través de la ventana. Miré su cara morena, tan atractivo incluso recién despertado que consiguió secarme la boca. Él cogió un mechón de mi pelo y me lo alejó del rostro.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

Sus ojos oscuros me estudiaban con atención. Asentí sin haber encontrado mi voz todavía.

¿De verdad podía ser así de atento?

Estaba tan acostumbrada a oírle gruñir las respuestas que me sorprendía que hubiese un hombre tan atento tras esa fachada sin sentimientos que solía mostrar a los demás. Cada vez me sorprendía más y me gustaba su nueva faceta.

—¿Estás bien? —Me sonrió canalla y me entraron ganas de romperle la nariz de un puñetazo por divertirse a mi costa.

—Sí, solo que no acostumbro a despertarme con un tío desnudo en mi cama.

¿Y por qué coño había tenido que reconocer eso?

—Me alegra saberlo —se puso serio de repente— y también es bueno que sepas que así despertaremos todos los días a partir de hoy. Los dos desnudos. Esta noche te he dejado vestida porque aún tenemos cosas que discutir y supuse que preferirías llevar la ropa puesta. Mañana las cosas cambiarán.

—Vaya, gracias por la consideración. —¿Se podía ser más arrogante?

—De nada. —Ignoró mi sarcasmo—. Ahora, si ya estás despierta, creo que debemos tener una conversación sobre nosotros.

—¿Nosotros? —Odié la voz de pito que me salió de repente.

No estaba preparada para mantener este tipo de conversación a esas horas de la mañana, pero parecía que a él no le importaba demasiado.

—Sí, sobre nuestra relación y cómo serán las cosas a partir de

ahora.

Eso llamó poderosamente mi atención.

—¿Cómo van a ser las cosas a partir de ahora? —Me sentía idiota repitiendo sus palabras, pero a él no pareció importarle mi aturdimiento.

—Si vamos a ser pareja tendremos que vivir juntos, y aunque no he visto tu casa, la cual estoy seguro de que será maravillosa, me gustaría que te mudaras aquí con nosotros para que entre todos podamos cuidar de ti, lo mismo que hacemos con Kate y Bibian. Yo estaré más tranquilo sabiendo que no estás desprotegida.

Me lo quedé mirando porque por muy arrogante que sonara su petición, tenía una lógica aplastante, pero, de todas formas, no pensaba ponérselo tan fácil.

¿Es que yo no tenía nada que decir al respecto?

—¿Y si no quiero mantener ningún tipo de relación contigo?

Esa era la pregunta del millón después de todo.

La luz de sus ojos se apagó de repente y consiguió que me sintiera culpable, como si le hubiese quitado un caramelo a un niño.

—Ah, bueno… —Se sintió inseguro de repente y bajó la vista, avergonzado—, si es así, supongo que podremos seguir como hemos estado, trabajando juntos como hasta ahora… Pero deseé…

Me miró con sus ojos negros como una noche sin luna y me retorcí en el sitio, nerviosa. No quería verlo triste, me hacía feliz lo que me intentaba proponer. Por supuesto que me gustaba y me encantaría vivir allí con las otras brujas. Me encantaba el compañerismo que había entre todos los integrantes de la casa y ya estaba cansada de sentirme sola, sin nadie a quién querer y a quién poder entregarle todo mi amor. Este hombre podía ser rudo, arisco y arrogante, pero estaba claro que era un hombre de honor que respetaría escrupulosamente mi decisión y no podía negar la intensa atracción que sentía por él desde el primer momento en que lo vi.

—¿Qué deseaste, Anthony?

Se lo pregunté porque deseé que un hombre me dijera que le importaba. Deseé poder oírlo de ese ángel en concreto. El único hombre que había conseguido, sin proponérselo siquiera, hacer aletear mi corazón solo con verlo.

—Que estuvieses interesada en mí y que te gustase lo mismo que tú me gustas a mí. Hace mucho que espero que me mires de la misma manera en la que yo te miro. Eres la única mujer para mí, Marian, nunca ha habido nadie más desde el primer día en que te vi.

No lo dejé continuar.

Me lancé a sus brazos y sujeté sus mejillas para poder besarlo con fuerza. Él gimió en mi boca y se abalanzó sobre mí para asolarme en un beso furioso que declaraba sin palabras lo que lo dos queríamos

decirnos en ese momento.

Sí a todo lo que me quisiese proponer.

Se separó unos minutos después respirando aceleradamente.

—Espera, tenemos que levantarnos ya. Tenemos una reunión en el salón que no podemos saltarnos. Esta noche te prometo que nada podrá evitar que te folle hasta que pierdas el conocimiento.

Sonreí de felicidad.

—Te tomaré la palabra.

—Bien.

Me dio un dulce beso para cerrar una promesa.



Asier

Al día siguiente volvimos a la rutina. Para mi sorpresa, todo había salido según lo planeado y me alegré de que, por una vez, la suerte parecía estar de nuestro lado. Habíamos rescatado a los presos sin derramamiento de sangre y con un trato de mantenernos informados de todo lo que averiguáramos de ahora en adelante.

Nos reunimos todos en el salón para desayunar.

Decidimos volver a los entrenamientos con unos resacosos Kate, Martin y, por supuesto, Bibian, que era la que más había bebido la noche anterior y se encargó de preparar unos apestosos brebajes que al parecer los dejaría a todos como nuevos.

Ya recordaba el brebaje que me preparó a mí meses atrás y lo bien que había funcionado. Bueno, sin contar con el rato que pasé en el retrete como consecuencia de su venganza por traerme a la humana con la que pasé la noche en el piso franco.

—¿Tenemos que bebernos esto? —La voz chillona de Martin me hizo sonreír con un perverso placer.

—No le des más vueltas, cuanto antes te lo tomes, antes mejoraran los síntomas. —Kate me fulminó con la mirada—. Solo a ti se te ocurre ponernos a entrenar al día siguiente de irnos de juerga.

Todos los ángeles sonreímos sin decir nada.

Marian apareció con Anthony para desayunar con nosotros, ella iba con ropa de Bibian que supuse que le había prestado la noche anterior cuando llegaron de la torre, y aunque supe lo que había pasado entre ellos, decidí esperar a que él mismo lo contara cuando estuviese preparado. Ya sabíamos que a él le gustaba contar las cosas a su ritmo. Por supuesto, Martin no lo pudo dejar pasar.

—¿Has pasado la noche con este? —Arrugó la nariz como gesto de rechazo. Marian se sonrojó hasta la punta de las orejas—. Qué raros sois todos.

—Yo de ti me mantendría callado —le advirtió Mika, divertida por la mirada asesina que le lanzó Anthony—. Sobre todo, cuando él va a encargarse de tu entrenamiento de esta mañana.

—¡Oh, oh! —murmuró el duende bebiéndose el menjunje de un trago.

—Sí, ¡oh, oh! —repitió Anthony mientras miraba al duende con la diversión bailando en sus ojos.

—Tengo algo que anunciaros ahora que estamos todos reunidos. —Cuando conseguí la atención de los presentes, continué—: Este sábado se celebrará el baile que organiza el consejo de brujas y hechiceros de Chicago todos los años. En gesto de buena voluntad, estamos incluidos en las invitaciones junto con la flor y nata de la ciudad. —Todos empezaron a rechistar—. Dejad de quejaros —les avisé. No tenía paciencia para eso de buena mañana—. Theodore quiere afianzar la imagen de que estamos trabajando juntos para solucionar el tema de los demonios. El alcalde está muy pesado con eso y hemos decidido dar una imagen de unión para que todo el mundo se quede tranquilo.

—¿Me secuestra y luego tengo que ir a un baile? —bufó Anthony, sin disimular lo que pensaba sobre eso.

—Solo a ti se te ocurre cogerlo de rehén —le solté divertido.

Me hubiese encantado ver la cara del hechicero en ese momento.

—¿Cómo hay que asistir al baile? ¿Con traje de noche? —oí que le preguntaba Bibian a Marian.

—Sí, nuestros bailes suelen ser legendarios.

—Ni se te ocurra decir que yo no puedo asistir —me soltó Martin, mirándome con seriedad.

Estaba cansado de mantener las cosas en secreto. Nuestra última conversación con el hechicero había dejado claro que no pensaba ocultar nada más y que no le quedaba más remedio que aceptar cómo estaban las cosas.

—Haz lo que quieras. Pero no pienso salvarte el culo más veces. ¿Está claro?

—No necesito que me salves el culo —dijo muy digno—, soy muy capaz de salvármelo yo solo.

La puerta principal al abrirse nos indicó que alguien acababa de entrar. Se hizo el silencio en el comedor mientras todas las miradas se dirigían hacia la puerta.

Walter entró con paso inseguro y se nos quedó mirando hasta que sus ojos se clavaron en Marian. El suspiro que dio se oyó con claridad. Al parecer se alegraba de que pareciera estar ilesa.

Miré a Anthony, que no le quitaba sus ojos negros de encima. No tenía claro que no se lanzara a rebanarle el cuello de un momento a otro.

—¿Puedo hablar contigo? —le pidió en voz baja—. He intentado

llamarte, pero tu teléfono me sale apagado.

—Eres un puto traidor —le soltó Martin sin pelos en la lengua.

—Al igual que tú, yo tampoco puedo mentirle ni ocultarle nada a Theodore —susurró—. Ya sabías que tarde o temprano se enteraría de la Profecía. Algo así no se le puede ocultar. —Miraba a Marian sin apartar los ojos de ella. La hechicera asintió, supuse que perdonándolo. Anthony no parecía que fuera a hacerlo con tanta facilidad—. Siento si te ha hecho daño. Yo no podía hacer nada por evitarlo.

—No me gustas —le soltó Anthony sin moverse del sitio—. Eres una serpiente rastrera que intenta sacar provecho de las penurias de los demás. Sé que nos has ayudado en otras ocasiones y si mi hermano te acepta y ella te perdona… —dijo, señalando a Marian con la cabeza—, no me queda más que soportarte, pero te tendré vigilado de ahora en adelante. ¿Está claro?

—Lo sé y lo entiendo. —No apartó sus ojos de los del ángel—. Mi posición tanto aquí como en La Torre no es fácil de llevar. Pero intentaré compensarlo a partir de ahora. Creo que hay un nuevo trato entre nosotros, ¿no? ¿Nada de secretos? —añadió para dejar claro que estaba al tanto de todo lo sucedido en la Torre el día anterior.

—Nada de secretos —corroboré—. Si me entero de que nos vendes, te arrancaré la lengua y los ojos y se los echaré a los cancerberos, ahora siéntate a desayunar, que empezaremos a entrenar en cuanto acabemos.

Miró a Mika y se sentó a su lado sin decir nada más.

Entendía la posición tan difícil que tenía en la Torre, pero no iba a permitir que hiciera daño a ninguno de los míos.



Bibian

Nunca hagáis deporte cuando tengáis resaca, de verdad, es lo peor del mundo.

Aunque me bebí para desayunar una pócima para aliviar mi malestar, Anthony nos hizo dar a todos cinco vueltas al patio corriendo y yo, que nunca había sido amante de hacer deporte ni de sudar, me quería morir cuando solo llevaba una vuelta.

—No entiendo esta necesidad de hacer sangre —le solté cuando pasé por su lado. El tío me sonrió de manera perversa, pero no me hizo ni puto caso.

—¿Mantienes una relación con este capullo? —Marian corría a mi lado y no pude evitar el cotilleo.

Me resultaba muy curioso que dos personas tan diferentes pudieran llevarse bien, o que esta bruja en particular quisiera mantener una relación con el ángel de la muerte, como sabía que lo llamaban.

Lo conocía lo suficiente como para saber que el nombre no le hacía justicia. Había podido comprobar en una de nuestras escaramuzas con los demonios que podía ser aún más cruel que lo que ese nombre decía…, pero también sabía que nos defendía a todos de una manera feroz y que nos quería con todo su corazón.

Si no la mataba de un susto cuando se dejaba llevar por su mal genio, se molestaría en hacerla inmensamente feliz y eso me enternecía el corazón.

Aún estaba sensible y mi ánimo oscilaba mucho desde la borrachera del día anterior. Nadie sabía el motivo real por el que yo me había emborrachado de manera tan… ¿escandalosa? Hacía tres meses de la muerte de mi hermana justamente hoy, y por la manera que tenía Asier de mirarme de vez en cuando, desde donde entrenaba con Miguel en el otro extremo del patio, no tenía claro que él no sintiera las emociones por nuestro vínculo.

Pero no podía evitarlo.

—Deja de quejarte, Bibian —me soltó divertido.

¿Encima tenía los santos cojones de reírse? El fuego de mi interior se calentó y estaba tan frustrada que no intenté controlarlo.

—Bib, empiezas a brillar —me dijo Mika, que se había apuntado a entrenar con nosotros. Acompañaba a Walter, que no parecía contento de estar en la misma situación que los demás.

Era la primera vez que lo veía sudar y eso me provocaba un extraño placer.

Me miré las manos, que comenzaban a soltar humo, y me pregunté si podía encenderse la ropa si dejaba al fuego propagarse por mi cuerpo.

No sabía por qué el poder de mi interior amenazaba con desbocarse de buenas a primeras. Vi a Asier que dejaba de pelear y me observaba con atención al oír a Mika.

Aflojé el paso e intenté controlar un poco el fuego. Nunca había estado tan desbordado. De hecho, aunque era consciente de sentirlo siempre en mi interior, normalmente tenía que hacer un esfuerzo para encontrarlo y poder usarlo.

—Bibian —me llamó cuando pasé por su lado—, ¿va todo bien?

Me encogí de hombros porque no sabía bien qué decirle. Me sentía… extraña. Tan llena de energía que sentía la necesidad de dejarla ir para gastar un poco y no sentirme tan sobrepasada.

—Bib —Kate, que corría por delante de mí, aflojó el paso para ponerse a mi altura—, ¿qué te ocurre?

No tenía ni idea.

De repente era como si el fuego de mi interior tuviera vida propia y quisiera ir por libre.

Pensé de verdad que no podía controlarlo. Sentía mi piel encenderse y comprobé que mis manos comenzaban a brillar.

—¿Qué coño…?

Me paré en seco e intenté controlarme. No entendía qué me estaba sucediendo, solo que mi magia me pedía salir totalmente descontrolada.

—Apartaos.

—Bibian… —Martin intentó acercarse a mí y lo frené con la mano.

—No te acerques. No puedo controlarlo y no quiero que te quemes.

Asier ni siquiera se había molestado en correr. Levantó el vuelo y se colocó a mi lado con la preocupación dibujada en su rostro.

—Bibian, amor, ¿qué ocurre?

Lo miré asustada. Algo no iba bien. Empezaba a sentir tanto calor que me estaba quemando por dentro y no sabía cómo controlarlo. ¿Qué me estaba pasando?

—Bib, déjalo salir. —Walter se colocó a mi lado, pero no se atrevió

a tocarme. El fuego de mi interior había comenzado a salir por la punta de mis dedos. Lo miré comenzando a agobiarme. Al fin y al cabo, él era el que me había estado enseñando a controlar mi nuevo poder.

—No puedo controlarlo —reconocí aterrada.

—Déjalo salir —repitió él mirándome con seriedad—, la piedra de la pared no arde —me recordó, señalando la piedra del fondo del patio que ya había utilizado de vez en cuando en mis entrenamientos —. Deja salir el fuego, Bibian, no pasa nada.

Miré a Asier, que estaba a mi lado mirándonos a los dos con preocupación.

—Hazlo —dijo muy serio—. Si lo necesitas, suelta el fuego, Bib, no pasa nada.

Y eso hice.

Cerré los ojos y apunté a la pared encauzando el fuego para que brotara de mis dedos como hacía siempre. No esperaba que saliera totalmente descontrolado con una gran llamarada que me hizo gritar de alivio.

No supe cuánto tiempo estuve dejando el fuego brotar. Cuando ya no pude más, me debilité lo suficiente como para caer rendida. Igual que había brotado de manera descontrolada, se había apagado cuando agotó toda mi energía.

Asier me atrapó antes de caer el suelo, desmayada.



Asier

—Por favor, amor…, despierta.

Nunca había estado tan aterrado.

Bibian llevaba dos días sin recuperar el conocimiento. A simple vista parecía dormida. Le había vuelto a sangrar la nariz, como solía pasarle cada vez que agotaba sus energías, y esta vez nos había sorprendido por el montón de fuego que había salido de ella.

El fuego de su interior vibraba cada vez que respiraba, como un pulso interior que se encendía y se apagaba con el latido de su corazón. Ninguno de nosotros sabía lo que le estaba pasando, pero lo que estaba claro es que algo le ocurría. En ningún momento su poder se había apoderado de ella como le había pasado esta última vez.

Tenía a Marian, a Walter y a Anthony buscando en el famoso libro que tantos problemas no había causado, pero que parecía ser el único que podía darnos las respuestas que necesitábamos.

Volví a besarle la mano a Bibian, la cual tenía aferrada y que me daba miedo soltar. Estaba acostada en nuestra cama, como una de esas princesas que permanecían hechizadas hasta que un beso de amor verdadero las sacaba de su hechizo.

¡Ojalá fuera tan fácil como despertarla con un beso!

El lazo de nuestro vínculo seguía sintiéndolo en mi interior, fuerte y vibrante, lo que me indicaba que se suponía que mi pareja estaba bien.

Solo que dormida.

Unos toques en la puerta me sacaron de mi ensimismamiento.

—¿Asier? —Miré a Mika, que estaba en la puerta—. Ha llegado Theodore. —Asentí para que supiera que la había oído—. ¿Bajas o le digo que pase?

Marian había tenido la idea de avisarlo por si él podía ayudarnos con esto. No teníamos nada que perder. Todo lo que se podía saber

sobre nuestro futuro se sabía por las Profecías que las vaticinaban. Así que hice de tripas corazón y le indiqué que lo dejara entrar en mi habitación.

Controlé las intensas ganas que me dieron de cerrar la puerta y negarme a que nadie viniera a estudiarla como si fuese un objeto que escudriñar.

Unos nuevos toques en la puerta me indicaron que el *buitre rey* acababa de llegar.

—¿Puedo pasar?

Lo acompañaban Miguel y Mika, como guardaespaldas que cuidarían, en este caso, de que no hiciera daño a nadie en nuestra casa.

La energía de la casa había cambiado. Ahora se notaba un ambiente gélido, como si se quejara de la presencia del hechicero. No era normal que ella se quejara de alguien y eso me puso sobre aviso. Estaba claro que ese hombre creaba malas vibraciones a todo el mundo, no solo en mí, pero haría lo que hiciese falta por recuperar a mi mujer.

—Pasa.

Sus pasos silenciosos como un depredador nocturno lo trajeron hasta el lado de la cama.

Esas intensas ganas de proteger a mi mujer me asaltaron de nuevo. Me obligué a ignorarlas.

—¿Ha habido algún cambio en ella? —Negué con la cabeza mientras el hechicero se acercaba más a ella—. ¿Puedo?

Asentí bruscamente y vi que le cogía una de sus pequeñas manos entre las de él, mucho más grandes y de un color más pálido, como si llevase días muerto. Un escalofrío puso mis plumas pequeñas erizadas.

—¿Es normal que brille el fuego de su interior?

Lo pensé unos segundos y asentí. A simple vista no se veía nada diferente en ella. Parecía relajada y tranquila. Disfrutando de una apacible siesta.

—Sí. No se nota nada diferente en ella a simple vista. Lo extraño es que no pudo controlar el fuego dentro de su cuerpo y ni siquiera ella sabía por qué. Ni siquiera los primeros días, cuando recibió el poder, le había pasado algo así. Siempre le costaba trabajo encontrar y utilizar el fuego.

—¿Ha ocurrido algo que la haya podido excitar o provocar algún tipo de consternación?

—Hace dos días hizo tres meses que murió su hermana. La notaba triste y decaída y lo achaqué a eso. Era algo normal. —Me levanté y me coloqué junto a él en la cama, mirando a mi mujer para intentar ver lo que el hechicero podía estar viendo en ese momento—. La noche anterior habían estado tomando unas copas y se acostó algo

mareada. —Me negué a contarle nada más.

No había nada fuera de lo normal.

Martin entró en el cuarto con el pelo mojado y con unos vaqueros que parecían caerse a pedazos. No miró al hechicero ni le hizo el menor caso.

—¿Algún cambio?

El hechicero se volvió a mirarlo con curiosidad. Me temí lo peor cuando abrió los ojos por la sorpresa.

—¿Tú eres…?

Martin se tensó cuando se volvió a mirar a Theodore, que se había puesto aún más pálido de lo que normalmente era.

Martin pareció reconocerlo también.

—Tú… maldito hijo de…

No se movió del sitio. Solo movió las manos en el aire y el hechicero salió volando y se estrelló con fuerza contra la pared del fondo con un quejido.

—¡Basta! —No pensaba soportar una pelea.

—No puede ser…

—Si tenéis algo que discutir os animo a que lo hagáis en el patio del castillo. No quiero peleas aquí dentro, ¿me oís?

Los dos hombres me miraron con frialdad y volvieron a retarse con la mirada.

—Me dijo que no había tenido nada que ver con su liberación —me soltó el hechicero, furioso, mientras se levantaba del suelo.

—Y no lo tuve. Se escapó y se ocultó con la ropa de mi mujer. Pero lo necesitamos en esta guerra, así que va a tener que aguantarse. Si no quiere verlo ya sabe lo que tiene que hacer, pero no soportaré gritos ni disputas en mi casa.

—Estaré encantado de discutir las cosas contigo cuando todo esto acabe —le dijo Martin, acercándose al hechicero con soberbia.

Theodore solo asintió con la cabeza.

La verdad es que me encantaría presenciar ese ajuste de cuentas.

Más golpes en la puerta.

¿Quién coño era ahora? ¿es que todo el mundo se iba a reunir en esta habitación? ¿En qué coño se había convertido la estancia? ¿En una puta estación de metro en hora punta?

Mika y Miguel seguían junto a la puerta sin inmutarse por lo que había pasado con Martin y el hechicero. Podía ver una leve sonrisa en la cara de Mika, divertida, al parecer, por lo que había presenciado.

—Creo que hemos averiguado algo. —Anthony y Marian entraron en la habitación que de repente estaba llena de gente.

Marian saludó a Theodore con la cabeza. El hechicero la imitó. Ambos se cuidaron de permanecer impasibles ante el otro.

Supuse que cuando el hechicero se enterara de que Marian y mi

hermano también eran pareja, o lo que fuera que iba a haber entre ellos, le daría el patatús definitivo.

—¿Es posible que esté embarazada? —me preguntó mi hermano entregándome una hoja del libro para que la leyera yo mismo.

Según la iba leyendo, el mundo se me cayó a los pies.

¡Ay, Dios! ¡No!



Kate

Si el cuarto de Bibian parecía el metro en hora punta, tras la noticia de Anthony parecía la bolsa de Nueva York antes del cierre.

Todos nos pusimos a hablar a la vez.

Yo solo pensaba que no podía ser posible. Que ella tomaba diariamente su pócima anticonceptiva y las dos sabíamos que funcionaba a la perfección sin margen de error.

Sentí la mirada de Miguel sobre mí y supe lo que estaba pensando.

Si a Asier le había fallado… ¿íbamos a ser los siguientes?

¡Oh, joder, qué desastre!

—Es imposible —volvió a decir Asier, al que hablar de su vida íntima parecía gustarle tanto como pillarse el ala con una puerta.

—Ya le dije que las Profecías se acaban cumpliendo siempre.

Al buitre de la torre, como lo llamábamos todos a sus espaldas, parecía que estaba a punto de darle una apoplejía. Su cara se había sonrojado de un rojo oscuro, casi morado, y sus ojos oscuros destacaban todavía más de lo que lo hacían con normalidad en su rostro pálido.

—Vais a tener que calmaros.

Marian era la única que quería poner paz en ese batiburrillo de voces alteradas.

—¿Voy a ser tío? ¡Qué superguay! —gritó Martin embelesado.

—No estás ayudando —le soltó Anthony, mirándolo con reproche.

—¿Por qué no nos esperamos a que despierte Bibian antes de dar nada por sentado? —Las palabras de Mika fueron las que consiguieron aplacar un poco los ánimos.

—Tonterías. Voy a ser un tío genial. —Esas palabras hicieron que Theodore lo fulminara con la mirada, cosa que el duende vio y se le acercó de manera amenazante—. ¿Tienes algún problema con eso?

Las pocas veces que había visto al duende en acción había sido

sencillamente impresionante. La magia fluía de él con una facilidad asombrosa. De hecho, que se hubiese transformado en humano había sido lo más grandioso que el pequeño Martin había podido conseguir con su magia. Lástima que no pudiese ser invertida.

Por algún motivo extraño, todos preferíamos al pequeño duende revoloteando por el castillo en vez de ver a ese hombre de cerca de dos metros que parecía haber salido de una revista de modelos masculinos.

¡Qué raro todo!

—Que esté embarazada sería un desastre a nivel mundial —soltó el hechicero.

No me extrañó nada que Asier se le enfrentara de inmediato.

—Cuidado, Theodore.

Su tono frío nos calló a todos de inmediato, quizás barruntando lo que podía pasar entre ellos de un momento a otro. Estaba claro que no iba a permitirle que menospreciara a su pareja ni a su hijo, si fuese verdad que estaba embarazada.

¡Oh, joder, Bibian embarazada!

Esa simple idea me daba vértigo y me causaba una gran alegría a la vez. ¿No son extrañas las emociones que puedes sentir en un momento por una simple noticia? Y mucho más extraño todavía lo que esa misma noticia podía provocar en los demás. Sobre todo, si había que fijarse en la expresión del hechicero jefe, que parecía estar ante un regimiento de fusilamiento o el propio fin del mundo.

Asier, por su parte, parecía estar en *shock*, aunque en el fondo de sus ojos podía atisbarse una pizca de ilusión por esa noticia. Estaba claro que él si se alegraría de que esa noticia fuese cierta.

Pero íbamos a tener que esperarnos a que Bibian despertara.

—Bien, creo que en esta habitación ya no pintáis nada. Todos fuera.

Que fuese Martin el que nos hiciese salir sí que era un acto sorprendente, ya que no era conocido por ser discreto precisamente, ni contenido ni cuidadoso ni delicado. Pero estaba visto que Bibian era capaz de hacerle reencontrarse con su mejor parte, cosa que ninguno de los demás habíamos podido conseguir en todo este tiempo.

—Sí… —Anthony también se encaminó hacia la puerta, haciendo caso al duende—, creo que no hacemos ningún bien a Bibian al estar todos aquí discutiendo sobre ella. Será mejor que nos marchemos.

Y como todos estuvimos de acuerdo, nos dirigimos hacia el pasillo no sin antes echarle una leve mirada por si por casualidad hubiese despertado en ese momento.

La casa no era la misma sin ella.

Pero no nos quedaba otra que esperar a que estuviese lista para despertar por más interés que teníamos todos en que lo hiciera cuanto antes.



Bibian

Abrí los ojos desconcertada.

Me sentía cómo si llevase años durmiendo, descansada, relajada y extrañamente feliz.

Sentí los brazos fuertes de Asier que me abrazaban por detrás y suspiré. Ya sabía por qué me encontraba tan feliz. ¿Quién no se sentiría así si despertase entre los brazos de un hombre como él?

Respiraba profundamente en mi oreja, completamente dormido. No había ninguna duda. Así que aproveché y me dejé caer un poco más sobre su cuerpo desnudo que instintivamente me acercó más a él y el brazo que tenía en mi cintura me apretó un poco más.

Lo sentí despertarse de inmediato.

—¿Bibian? —murmuró en mi oreja.

Su voz ronca por el sueño hizo que me sexo palpitara de placer.

¡Oh, joder!

Era increíble el poder que tenía sobre mi cuerpo desde el primer momento en que lo vi.

—Amor, ¿estás despierta?

Su tono esperanzado me hizo recordar lo que había sucedido en el entrenamiento.

—Sí, estoy despierta.

Me volví hacia él, que me miró sin disimular la alegría que ese hecho podía provocarle. ¿Cuánto había dormido?

—Gracias a Dios. —Se abalanzó sobre mí y me llenó la cara de besos, desde la barbilla, los ojos la frente hasta besarme dulcemente en los labios dejándome con ganas de más.

Sus besos tenían ese efecto en mí, siempre me dejaban con ganas de que volviera a besarme.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —Debía haber sido más de lo que pensaba o no estaría tan contento. Como si hiciese una eternidad que

no hablaba conmigo.

—Llevas durmiendo casi tres días.

Abrí los ojos por la sorpresa. ¿Tres días?

Intenté recordar lo que había pasado y mi mente se llenó de la imagen del fuego latiendo en mi interior.

—¿Tres días?

¡Joder, joder!

—¿Cómo te sientes?

Asier no apartaba sus ojos de mí y me estaba poniendo muy nerviosa. ¿Qué coño estaba pasando?

—Estoy bien —balbuceé, sobrepasada por su reacción—, no sabía que había dormido tanto.

—¿Tienes hambre? ¿Sed? ¿Necesitas algo?

¿Lo necesitaba?

Me sentía un poco desorientada porque no entendía qué había pasado para haber estado durmiendo tres días seguidos. Y su actitud era muy extraña.

—Asier… —Lo miré con seriedad y tragó saliva, incómodo—, ¿qué ha pasado?

—¿No lo recuerdas? —preguntó con cautela.

—Solo recuerdo el fuego que no podía controlar. —Sentí miedo de repente—. ¿Qué está pasando? ¿Sabes por qué no pude controlar el fuego?

Intenté pensar en cómo había sentido el poder desde que lo tenía y no pude ver nada que se pareciera a cómo lo había sentido dentro de mí esa última vez. Empecé a agobiarme. Algo estaba pasando, algo malo. Me sentía mucho más poderosa ahora que cuando mi hermana me lo cedió y aunque era normal porque sabía manejarlo mejor, no tenía por qué sentirme más poderosa. No era normal tener de repente mucho más poder de un día para otro, ¿verdad?

Me miró sin querer decirme lo que fuera que estaba pasando y sentí algo amargo en mi interior… ¿Miedo? ¿Asier tenía miedo de mí? El mundo se me cayó a los pies.

—¿Tienes miedo de mí? —No intenté ocultar la pena de mi voz.

No podía hacerme a la idea de que mi pareja me tuviera miedo.

—¿Qué? No, claro que no, no es eso, Bib. —Me cogió la cara para que lo mirara. Cuando el mundo se desdibujó a mi alrededor me di cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Según todos los indicios… —Enmudeció de nuevo y se pasó las manos por el pelo, despeinándoselo aún más—, todo indica que puedes estar embarazada, de ahí que tu poder se… desmadrara un poco.

Me lo quedé mirando en silencio mientras me hacía a la idea de sus palabras. ¿Embarazada? ¿Yo? ¿Y mis remedios anticonceptivos? No era extraño que me diese vergüenza pensar que mis famosos remedios

anticonceptivos que le vendía a casi la mitad de la ciudad, pudiesen ser un fraude.

—¿Embarazada? —susurré. Temía que si lo dijera en voz alta pudiese convertirse en verdad. Entonces recordé la Profecía, y la detención de Marian y la de Anthony y el peligro que correría mi hijo si alguien fuera de nuestra habitación se enterase de esta noticia—. No es posible —sentencié intentando convencerme a mí misma—, me tomo la pócima diariamente y nunca… nunca ha fallado. No es posible.

¿Se convertiría en realidad si lo negaba con más vehemencia?

—Bibian —Asier debió sentir mi creciente angustia porque me cogió las manos, las dos, para que lo mirara de nuevo—, sea lo que sea lo superaremos juntos, ¿recuerdas?

Y sus palabras, como siempre, consiguieron calmarme.

—No puede enterarse nadie.

Se sonrojó bajo la luz del amanecer que entraba por la ventana. Su pelo negro le caía sobre la frente dándole un aire juvenil que me fascinaba todavía más. Sus ojos azules brillaban ilusionados, al parecer, que estuviese embarazada era un gran problema para la humanidad, pero no parecía importarle lo más mínimo.

—Respecto a eso… estábamos todos aquí cuando encontraron el pasaje del libro donde ponía que el poder de la bruja de fuego aumentaría cuando se quedara embarazada.

Abrí los ojos espantada por la noticia.

—Define todos… —murmuré con pánico.

—Incluso Theodore Grant, que vino intentando ayudar a encontrar una forma de despertarte del extraño sueño en el que estabas inmersa.

¡Oh, mierda, qué desastre!

—¿Y ahora qué? —planteé en voz alta. No tenía ni idea de qué podíamos hacer ahora.

—Iremos a hacerte una ecografía en cuanto la clínica abra las puertas. Es mejor tener toda la información antes de tomar ninguna decisión.

Me acerqué a él y me abrazó con fuerza. Su corazón, latiendo de manera poderosa en su pecho, fue el que calmó mis nervios y me hizo pensar que nada tenía por qué cambiar si estuviese embarazada. ¿Verdad?



Anthony

A veces me preguntaba cómo se podían haber torcido tanto las cosas en tan poco tiempo. Esa ley de Murphy que decía que, si algo podía salir mal, saldría mal, nos venía como anillo al dedo desde que conocimos a Bibian, básicamente.

La muerte de su hermana y la de nuestro hermano había sido lo peor de todo. Seguido de la apertura del portal, la llegada de los demonios, las Profecías cumplidas, todas hasta ahora, y el embarazo de Bibian, que llevaba al hijo de Asier y que tenía que habernos llenado de gozo, solo nos había traído más problemas de los que preocuparnos.

Nacían muy pocos ángeles y no solo por los pocos que éramos, que también, sino por la dificultad de que un embarazo llegara a término. Teníamos alas y estas venían de serie en los fetos, por lo que llevar a un bebé dentro con unas alas… No quería ponerme a pensarlo y preocuparme aún más. Podía sentir la preocupación de Asier cuando encontramos la noticia y lo entendía perfectamente.

No importaba que estuviésemos en el siglo XXI ni que la medicina estuviese muy avanzada. Incluso así, tener un bebé entre ángeles era un riesgo que ni siquiera nosotros queríamos correr.

Por otra parte, Bibian era una bruja muy poderosa, por lo que tampoco podíamos saber cómo podía eso afectar al bebé o incluso a la madre.

Y después de lo sucedido con su magia hacía unos días…

—¿Estás preocupado por Bibian?

Mi hermana Mika entró en el salón donde me encontraba sentado frente a la enorme chimenea encendida. Me resguardé ahí después de cenar y llevar a Marian a casa. Había quedado con ella en que volvería al día siguiente cuando recogiera sus cosas para mudarse conmigo.

No había querido quedarme allí con ella. Para lo que quería hacerle

necesitaba que tuviese concienciada del paso que íbamos a dar y quería que fuera en la que consideraba mi casa desde que llegamos a la tierra.

No me había podido ir a dormir, así que me había resguardado mientras me tomaba una copa y oía a los demás dormir.

Al parecer mi hermana tampoco podía dormir.

—Sírvete una copa y siéntate conmigo, ven.

La vi servirse un *whisky* y se sentó a mi lado en el sillón.

—¿Y Marian?

No necesitó nada más. Conocíamos los sentimientos de los demás sin casi la necesidad de hablar de ellos.

—Volverá mañana. La he dejado preparando la ropa y sus cosas.

—¿Tienes claro el paso que vas a dar?

Estiró los pies en el aire para ponerlos delante de las llamas de la chimenea y calentárselos. Hacía un frío de mil demonios.

Nunca entendí esa expresión ya que lo correcto era un calor de mil demonios, pero bueno…

—Ella es la única mujer a la que veo realmente y por la que tengo ganas de formar una pareja y un hogar. Ya había perdido la ilusión de encontrar a nadie aquí en la tierra, Mika. Estoy más que dispuesto a intentarlo y ver qué pasa.

—¿Quién nos iba a decir que todos os ibais a emparejar con brujas?

—¡Eh! Cambia el ibais por el íbamos que tú estás igual que nosotros —le recordé mientras me apuraba la copa de un trago.

Me levanté a servirme otra.

—Lo mío con el hechicero es solo sexo.

Ya lo sabía, pero quería que ella me lo contara. Últimamente apenas habíamos tenido tiempo de hablar y la echaba de menos.

—Debes tener cuidado, creo que el sir inglés no tiene demasiado claras sus lealtades.

Sabía que mi hermana no se ofendería por decirle eso de su *follamigo*, o lo que fuera que tenía con él, al fin y al cabo, era verdad. Asier se lo había dejado muy claro y esperaba que no volviese a pasar nada parecido al chivarse a Theodore sobre nuestro descubrimiento de la Profecía. Era cierto que ese hombre estaba en una posición muy delicada, pero como volviera a poner en peligro a Marian el que le arrancaría la piel a tiras iba a ser yo.

—Lo sé. Me explicó lo sucedido y aunque lo entiendo no voy a disculparlo. ¡Brujo! —dijo exasperada y decidí cambiar de tema.

—¿Crees que Bibian estará bien si es cierto que está embarazada? —Eso era lo que de verdad me preocupaba de todo lo que nos estaba pasando. Perderla a ella también sería un golpe para Asier que no sabía si podría soportar.

—No lo sé. Me gustaría pensar que sí. Que si está embarazada todo

saldrá bien.

La casa emitió una especie de gorjeo que nos indicó que ella también quería que todo saliera bien. Nos había dejado claro desde el primer día que la bruja que entró en el Castillo le gustaba. Y no dudaba en indicárnoslo cada vez que podía.

—¿De verdad tenemos que ir mañana a la puñetera fiesta?

Mi hermana odiaba vestirse de gala tanto o más que yo.

—Me temo que sí. No puede pasar nada porque disfrutemos una noche, ¿verdad?



ASIER

Al parecer, Bibian no se había percatado todavía del riesgo que corría al quedarse embarazada de un ángel y sabía que estaba emocionada con la idea, aunque estaba claro que percibía mi preocupación porque me miraba de vez en cuando intentando averiguar mis emociones, que debían llegarle a través de nuestro vínculo.

No habíamos querido que nadie nos acompañara, y había tenido que amenazar a Martin con dejarlo de patitas en la calle si no la dejaba en paz, ya que se había pasado la mañana revoloteando a su alrededor, emocionado con la idea de que iba a ser *tío,* y eso que ya no tenía las alas… pues ni así.

Estábamos esperando en la puerta de la consulta del ginecólogo de Bibian cuando al parecer cogió las fuerzas para preguntarme lo que al parecer llevaba dándole vueltas por la cabeza desde que despertó.

—¿No te hace ilusión la idea de volver a ser padre?

La desilusión de su voz me hizo sentir miserable. No merecía el no poder disfrutar de algo que al parecer siempre le había hecho ilusión. Sentí la necesidad de ser honesto con ella y saber cuál podía ser el verdadero problema de su embarazo.

Le tomé las manos sin hacer caso a las mujeres que me miraban sorprendidas de encontrarme en la consulta de un ginecólogo. Supuse que la noticia volaría como un pájaro por la ciudad.

Ya me había percatado de las miradas que le echaban a Bibian. Pensé que sus ojos de dos colores tampoco pasaban desapercibidos.

—Yo estoy encantado con la noticia, amor. Me hace muy feliz volver a ser padre, el problema es lo grave que puede llegar a ser para ti un embarazo con un ángel.

No parecía entenderlo por su ceño fruncido, así que seguí con mi explicación.

—Los bebés ángeles nacen con las alas. No podrá ser un parto

natural, pero incluso así, son muy pocos los ángeles que llegan a nacer por el riesgo que corren las madres. —Miré sus ojos bicolores y le acaricié la mejilla suave como la seda—. Te quiero demasiado para ponerte en peligro, Bib. Es solo eso.

—Todo saldrá bien —aseguró ella.

¡Ojalá!

El ginecólogo nos dejó claro lo que ya imaginábamos.

Estaba embarazada.

Le mandó una analítica para comprobar que todos los niveles estuviesen bien y era demasiado pronto para saber nada del bebé. Estaba embarazada de cinco semanas y no había tenido ni un solo malestar ni síntoma. Excepto su magia desbordada del otro día.

Solo le recomendó que intentara tomarse la vida con calma y que evitara sobreesfuerzos y cosas así. Los dos nos abstuvimos de decirle el problema que teníamos con los demonios en ese momento y la importancia que tenía mi mujer en un montón de causas abiertas que iban a evitar que permaneciera tranquila y en casa durante un tiempo.

Sobre el tema de las alas del feto… no se podía saber nada todavía, ya que era demasiado pequeño y ni siquiera estaba formado. Por supuesto, el ginecólogo no había tenido nunca un paciente ángel ni tenía conocimiento alguno de embarazos anteriores entre ángeles, ni siquiera entre brujas.

¿Cómo iba a poder ser de otra manera?

La incertidumbre me mataba… Iba a ser una espera mortal, sobre todo, para mí.

Evité decirle nada durante el trayecto en el taxi que nos llevó al castillo.

Había decidido ceder y no darle el disgusto de ir volando.

—Creo que sería ideal comprar un coche —dijo cuando nos bajamos en la puerta de casa—. Ya va siendo hora de hacer uso de esa ingente cantidad de dinero que tienes cogiendo polvo en el banco.

Sabía que lo estaba diciendo de broma y decidí darle una sorpresa.

—¿Qué coche quieres?

Su cara de sorpresa me hizo reír.

Se paró en la puerta del castillo sin creerse mis palabras.

—¿Lo dices en serio?

—Claro, como me acabas de hacer ver, no tiene sentido desplazarnos en taxi cada vez que tengamos que ir y sé lo poco que te gusta volar. Pero que sea un coche en el que quepan mis alas, por favor.

—Siento que el mío se rompiera definitivamente.

Así había sido varias semanas atrás. Su coche tenía más años que ella y, de todas formas, si no se hubiese roto, se lo hubiese quitado yo por las pocas medidas de seguridad pasivas que tenía ese modelo tan

viejo.

—Yo agradecí que tu coche se rompiera, Bibian —le dije divertido, empujándola para que entrara en el casillo. No quería estar en la calle más tiempo del necesario—. Por cierto, tu vestido para esta noche debería haber llegado ya.

—¿Me has comprado un vestido? —No ocultó la diversión de su voz.

—Te he comprado varios para que puedas elegir. Como la pareja del capitán de los ángeles debes vestir de acuerdo con tu posición.

Era broma y ella se rio divertida. Me gustaba oírla reír de aquella manera. Desde la muerte de su hermana y con el montón de cosas que nos pasaba últimamente, apenas lo hacía.

—Bueno, seguramente pueda hacer algo esta noche para que te avergüences.

Era especialista en hacer eso, en tocarle las pelotas tanto a mí como a todos los que la rodeaban, así que lo tenía claro.

—Estoy seguro de que algo se te ocurrirá. No serías tú si no lo hicieras.

En respuesta, Bibian me sujetó de la chaqueta del traje que me había puesto para ir a trabajar un rato en cuanto la dejara en el castillo, riéndose bajito, y me acercó a ella para darme un largo beso en la boca que consiguió hacerme gruñir en voz baja.

Esta era mi pareja en todo su esplendor. Bendita fuera.

—Entra y pasa el día probándote vestidos o lo que sea que hagáis las mujeres antes de una fiesta, yo estaré en la comisaría todo el día. —La empujé dentro del castillo con suavidad—. Intenta no ponerte en peligro hasta que vuelva.

—No te prometo nada.

Me marché volando en cuanto entró al castillo y la puerta se cerró tras ella.

Todos íbamos a la fiesta que ofrecía el ayuntamiento esa noche.

Todos los años era lo mismo: un intento de acercamiento que ofrecía el alcalde a todos los seres mágicos encargados de mantener la seguridad en la ciudad.

Así que íbamos los ángeles, los hechiceros y algunos de los brujos con más renombre de la ciudad y algunos, o muchos, cargos políticos que siempre aparecían para llevarse los honores y salir en las fotos de los medios, que también iban a estar presentes.

Todos los ángeles íbamos a estar ahí, así que la ciudad esa noche se quedaba sin nuestras guardias y eran los humanos de las otras comisarías los encargados de mantener el orden tanto en la ciudad

como en la propia fiesta.

—¿Quieres, por favor, dejarla en paz para que se prepare tranquila?

Martin me miró arrugando los morros, como solía hacer cuando se molestaba por algo. Me estaba poniendo de los nervios ya que no hacía más que pulular alrededor de Bibian, pidiéndole opinión sobre cualquier cosa, desde los zapatos de piel que llevaba de un imposible color verdoso a su esmoquin rojo que hacía juego con su pelo de zanahoria que extrañamente llevaba bien peinado.

Solo le faltaban las alas para molestarme aún más.

—Me caes muy mal, que lo sepas. —Y se quedó tan fresco, haciéndose el ofendido.

—Vale, tú me caes aún peor. —Le señalé la puerta con el dedo para que se marchara y la dejara en paz.

Se fue con la espalda recta y mirada de odio.

Bibian reía bajito mientras se giraba para que le abrochara el vestido de pedrería plateado que llevaba, el cual la hacía resplandecer como si fuera una reina. Su pelo pelirrojo lo llevaba semirrecogido a un lado de la cabeza, dejando su cuello delgado y elegante a la vista.

Mi polla saltó nerviosa en cuanto me acerqué a ella para ayudarla con cuidado de no pellizcarle la espalda. Enterré la nariz en su cuello para llenarme de su olor.

—Deja de olerme —dijo, colocándose ante mí y poniéndome derecha la maldita pajarita que me estaba ahogando—. Y deja de meterte con Martin, está nervioso —me recordó, como si no fuese más que evidente—. Hace setecientos años que no sale a la calle. Ten un poco de paciencia con él.

—Me gusta cómo hueles.

Me encantaba, de hecho. Ese vestido la hacía brillar y me quedé mirándola con el corazón latiendo con fuerza por el sentimiento de amor que me asaltó en ese momento.

¡Embarazada! ¡Oh, joder!

¿Cómo había sido posible?

Tenía sentimientos tan encontrados que no sabía bien cómo me sentía. Pletórico era quedarse corto. Me aterraba y encantaba por igual saber que dentro de unos meses iba a poder coger a mi hijo en brazos.

Era como si la vida me diese, por fin, una segunda oportunidad de ser feliz y tener una nueva familia. Y estaba aterrado por el mismo motivo, por lo mucho que podía perder si a Bibian y al bebé les pasaba algo cuando llegara el momento.

—¿Estás… preocupado? ¿Es eso?

Se estaba volviendo muy buena en interpretar las emociones que le llegaban a través de nuestro vínculo, así que me dije que debía tener cuidado cuando estaba con ella.

—No me gusta ir a una ratonera llena de gente cuando no puedo estar pendiente de la seguridad con la que tenemos encima. Pero el alcalde ha insistido y no puedo negarme. Solo espero que no tengamos sorpresas con los demonios esta noche.

—No creo que sean tan tontos de aparecer en un lugar lleno de ángeles y de hechiceros que saben perfectamente cómo combatirlos.

No parecía demasiado conforme con sus palabras.

—De hecho, es el momento perfecto para tendernos una emboscada.

—No seas agorero. ¿Vamos?

Esperaba de corazón que la sensación que tenía en las tripas no se hiciese realidad o asistiríamos a una carnicería.



BIBIAN

—Madre mía, cuánta gente.

Tuve que sujetar a Martin, que estaba eufórico intentando pasar primero. No parecía importarle nada empujar a los que estaban delante de nosotros para entrar en el hotel donde se celebraba la fiesta.

—Compórtate —le gruñó Asier.

Lo ignoró y yo disimulé una sonrisa demasiado tarde. Asier frunció el ceño al verme. Más de lo que ya lo tenía fruncido.

—Si no nos pones en ridículo tú, lo hará él.

Pero también se le escapó una sonrisa, así que supe que no lo decía en serio.

Entendíamos a Martin. Había estado aislado y solo casi toda su vida, así que con ese despliegue de gente, música, flores y… de todo, era normal que estuviese totalmente obnubilado.

Nunca había hablado personalmente con el alcalde, así que puse mi mejor sonrisa cuando llegamos ante el hombre de pelo canoso y ojos grises que mandaba en la ciudad y, nos gustara o no, el jefe directo de Asier, aunque él me había aclarado que su cargo no dependía de cambios políticos ni nada por el estilo.

—¡Asier! Me alegro de verte. Eres Bibian, ¿verdad?

—¡Roger! Igualmente, sí ella es Bibian, mi mujer.

Mi pecho se encogió de placer ante sus palabras y apreté la mano que el alcalde me tendió con una enorme sonrisa.

—He oído hablar mucho de ti estos meses.

¡Seguro que sí!

—No haga caso a todo lo que le cuenten —¿Qué podía decirle? Seguro que quien hubiese hablado de mí al alcalde no había sido para contarle mis virtudes.

Asier me apretó la mano con más fuerza de la necesaria.

Intenté darle un pisotón con mis tacones como venganza y con el vestido ajustado que llevaba no pude más que darle una patada a Martin, que se quejó en voz alta.

—¡Ay!

¡Madre mía!

Y todavía no habíamos entrado.

—Me han hablado maravillas de ti, tranquila. ¿Y tú eres?

—Te presento a Martin, es… un amigo de la familia.

Por decirlo de alguna manera. Porque a ver cómo le explicaba al alcalde que era un duende extraviado hacía setecientos años.

Me di la vuelta para mirar a la gente que nos rodeaba para entrar al salón mientras oía la voz chillona de Martin hablar con el alcalde. Miedo me daba lo que podía soltarle en un momento.

—Encantado de saludaros, Asier, y felicidades por vuestro enlace. Luego te veo, que me gustaría discutir un tema.

—Claro.

¡Trabajo, trabajo y más trabajo!

Seguimos caminando y dejamos al alcalde hablando con los hermanos de Asier, que venían justo detrás nuestro.

Marian y Walter habían quedado en encontrarse aquí con nosotros. Llamaría menos la atención que si entraban como acompañantes de los ángeles. A Anthony no le hacía mucha gracia la idea, pero conociéndolo, a él no le hacía gracia casi nada, así que su opinión no contaba.

—Busquemos nuestra mesa y los esperaremos allí sentados —indicó Asier.

El salón donde se servía la comida era gigantesco y estaba adornado con flores aéreas y centros espectaculares que daban un toque de fantasía al salón. El techo estaba lleno de infinitas lucecitas de led simulando constelaciones lejanas y el efecto era una pasada.

Vi a Walter sentado unas mesas más al fondo, siguiéndome con sus ojos de buitre. ¡No, mentira! No me seguía a mí, sino a Martin.

Era fácil detectarlo porque su ropa destacaba entre la de todos los hombres allí reunidos. También había que decir que estaba tan atractivo que llamaba la atención de muchas de las brujas que había en la sala. Un fiero instinto protector se avivó dentro de mí y reprimí las ganas que me entraron de ponerlo tras de mí para que dejara de mirarlo de esa manera.

—¿Bibian?

Me tomó la mano y pude sentirlo temblar.

—Dime. —Acerqué mi cabeza a la suya para poder oírlo entre el barullo de la gente de fondo y la música ambiente que había.

—¿Por qué me mira la gente?

—¿Por lo guapo que eres?

—¿Por tu ropa?

Miré a Asier recriminándole su respuesta. Ambos habíamos contestado a la vez. Supuse que las mujeres podían mirarlo por su cuerpo alto y atlético. Su tono de piel de un leve azul por su sangre de duende no se podía notar en la distancia. Walter ya lo conocía y pensé que por eso lo estaba mirando.

—No veo mucha protección en esta sala, Asier —dijo Miguel mientras se sentaba a la mesa junto a Mika y Anthony, que llegaron con él.

—¿Tú también temes un ataque de demonios? —le solté incrédula.

¿Es que estos hombres no se relajaban nunca?

—Bib, esta sala, ahora mismo, sin protección, es un bufé libre para los demonios. Está llena de brujas y de hechiceros, si yo fuera *ellos* también nos atacaría esta noche —Anthony repasó con rapidez el comedor donde no se veía a nadie de seguridad por ningún sitio.

—Quizás no se hayan enterado de que hay una fiesta aquí esta noche. —Martin era tan optimista como yo.

—Esta fiesta lleva anunciándose en la ciudad casi un mes. Ha salido en prensa, radio y vallas publicitarias —señaló Asier, sirviendo agua en una copa y dándomela a mí para que me la bebiera. Yo no quería agua. ¿Por qué me la estaba dando?—. Es imposible que Azrael no se haya enterado de esto. Y se los hemos servido en bandeja. Bebe —me dijo, sin mirarme siquiera.

Solté la copa en la mesa sin molestarme en mirarlo. No me importó lo que sentí por nuestro vínculo.

Ya bebería cuando tuviese sed.

Su tono pesaroso no pasó desapercibido para los que estábamos en la mesa. Marian y Walter llegaron minutos antes de empezar a servirse la cena.

—Después de demostrar en público vuestras afinidades para con los ángeles —dije a los recién llegados al comprobar que muchas cabezas se volvían a mirarnos con curiosidad—, seréis unos parias como nosotros.

—Bueno, teniendo en cuenta cómo la han tratado sus supuestos *amigos*, con nosotros por lo menos estará protegida.

—¡Anda, mira, es un duende! —soltó Martin emocionado cuando vio en la mesa de Walter al duende miembro del consejo de seres mágicos de la ciudad—. ¿Tú sabías que había otro duende en la ciudad? —Miró a Asier con rencor—. ¿Y no me lo habías dicho?

Yo también sabía que había un duende en el consejo. Uno que decían que tenía muchos años y que casi nadie había visto en persona.

—Claro que lo sabía, Martin —le aclaró con suavidad— y baja la voz. Casi nadie lo ha visto en persona. Me olvidé de decírtelo. Lo siento, pero he estado algo liado últimamente.

Si se creyó o no las palabras de Asier, no dijo nada, pero podía verse la ilusión con la que lo miraba.

—¿Podré ir a saludarlo luego? —preguntó esperanzado.

—No sé si es buena idea ya que tendrás que explicarle dónde has estado todos estos años y nuestra relación con la Torre Oscura ya es bastante precaria.

Martin pareció entenderlo. Y su rostro emocionado se apagó como una bombilla. Asier pareció apiadarse de él.

—Ya pensaremos algo, a ver lo que se nos ocurrirá para que puedas ir a hablar con él si te hace ilusión.

—Eres el mejor —celebró Martin.

—Sí, ya.

Me encantó que quisiera contentarlo en algo tan simple.



Asier

No podía estar tranquilo pensando en el montón de gente desprotegida que había en ese salón. Y cuanto más lo pensaba más preocupado me sentía.

Abrazar a mi pareja era lo único que me tranquilizaba, aunque esa noche no estaba especialmente contenta conmigo y con mi manía de acercarle copas de agua para que bebiera, ya que no podía beber vino ni champán, para su fastidio. Cosa que, por supuesto, me hizo ver más de una vez.

—Como vuelvas a cercarme otra copa de agua te la tiraré por encima, avisado estás.

Por supuesto, todos mis hermanos se rieron del comentario, aunque a mí no me hizo ninguna gracia, pero decidí no provocarla porque sabía que era muy capaz de hacerlo, así que bufé frustrado.

—Sabes que es muy capaz de beber agua cuando tenga sed, ¿no? —Martin no podía quedarse callado.

—No puede beber alcohol —dije a nadie en particular— y el otro día se cogió un pedo monumental con Jägermeister.

Cada vez que lo recordaba me llevaban los demonios.

—No lo sabía —se defendió Bibian de nuevo—, si lo hubiera sabido no habría bebido nada y lo sabes.

Y como lo sabía, decidí sacarla a bailar y relajar un poco el ambiente.

—¿Te lo estás pasando bien?

La sentí relajarse entre mis brazos y le besé la coronilla que quedaba bajo mi mentón. Me olió con intensidad, al parecer eso la relajaba y tuve que sonreír, encantado con saber que a mi pareja le gustaba mi olor corporal. Era justo. Ella me gustaba a mí por completo.

Su olor.

Su sabor.

La suavidad de su piel.

—¿Asier?

Me seguí meciendo con ella en mis brazos mientras intentaba olvidarme de todos los que nos observaban a nuestro alrededor. Sabía que por ser quien era siempre había llamado la atención, pero no tenía dudas de que a quien querían observar era a ella. Su piel resplandecía desde el interior, provocando una especie de halo dorado a nuestro alrededor muy difícil de obviar.

—¿Ummm?

—¿Te alegras de verme?

No entendí su pregunta.

Siempre me alegraba de verla. Cuando se pegó más a mi cuerpo sentí a lo que ella se estaba refiriendo. Se estaba clavando mi soldadito en su estómago. Ni siquiera me había dado cuenta de lo excitado que estaba. Pero me pasaba siempre que la tenía cerca.

—Siempre, amor, ya lo sabes.

Tuve un extraño presentimiento y entonces lo supe. No estábamos solos en el salón. Me separé de ella y la enfrenté con seriedad.

—Quiero que te vayas a casa. Los demonios están aquí.

Abrió los ojos por la sorpresa y negó con la cabeza.

—No voy a marcharme.

Para mi sorpresa se levantó el vestido y se sacó la daga que siempre llevaba consigo de la liga que tenía en la pierna. No supe si zarandearla o besarla.

—Bibian…

—Mira toda esta gente —dijo, recorriéndolos con la mirada— vas a necesitar toda la ayuda que puedas conseguir.

Mis hermanos se estaban reuniendo conmigo en la pista mientras sus espadas se comenzaban a materializar como cada vez que se las necesitaba. La gente debió presentir que algo pasaba porque los hechiceros comenzaron a sacar sus varitas y el murmullo de las voces se intensificó.

Martin llegó corriendo a nuestro lado.

—¿Dónde están? No puedo verlos todavía.

Miraba a todas partes esperando encontrárselos.

Un ruido de platos rotos y gritos nos llegó de la cocina.

—Ahí vienen —murmuró Asier.

Un montón de demonios comenzaron a salir de la cocina y se abalanzaban sobre las brujas que estaban sentadas en las primeras mesas y que parecían no haberse dado cuenta de lo que pasaba.

Yo estudié el salón sabiendo que iba a tener muy difícil usar mi magia de fuego con tanta gente por medio.

—Asier, no puedo usar el fuego aquí.

Miré las paredes y los techos ornamentados y llenos de luces y de

plantas.

—No, Bibian, no puedes usar el fuego aquí. No te separes de mi lado

Maldije al alcalde en voz baja por habernos metido en esa ratonera.

—Desplegaos —grité a mis hermanos, que cada uno se marchó a un rincón y se pusieron a matar a los demonios que iban encontrando por el camino.

—Me quedo con vosotros —dijo Martin, colocándose junto a Bibian para cubrir uno de sus flancos.

Otro montón de demonios comenzaron a entrar por la puerta principal.

Ahora estábamos completamente rodeados.



Bibian

No quise oír los gritos de pánico y los alaridos de dolor de todos los que nos rodeaban porque no podía perder el control y que mi fuego se descontrolara o achicharraría a toda esta gente inocente. Así que me obligué a respirar hondo y a centrarme, pensando que todos los hechiceros y brujas que había aquí sabrían defenderse en un cuerpo a cuerpo, o eso esperaba.

Además, sabía que los ángeles ayudarían a todos los que lo necesitaran.

Miré a Martin, que observaba concentrado todo lo que nos rodeaba, pero me miró, notando quizá mis ojos en él, me lanzó esa sonrisa suya pícara y con sus ojos azules brillando, y en ese momento agradecí tenerlo conmigo.

Era mucho más poderoso de lo que parecía. Ya nos había salvado a Kate y a mí una vez, por lo que sabía de lo que era capaz.

—¿Mi sobrinito está bien?

Mi hizo reír por la pregunta y eso alivió un poco los nervios de mi estómago.

—Tu sobrinito es aún del tamaño de un garbanzo, más o menos, así que sí. Debe estar de maravilla.

—Bien —Me sonrió mostrando sus dientes blancos y un hoyuelo que le salía en la mejilla derecha que me provocaba una intensa ternura—, será un niño —aseguró. Y me guiñó el ojo, el muy canalla.

Asier lo miró un segundo, antes de correr hacia dos demonios que se acercaban a nosotros. Les cortó la cabeza con las dos espadas antes de que se dieran cuenta.

—Dejaros de charla y estad atentos, Martin, joder.

—Que sí, que sí —se defendió el duende sin perder la sonrisa.

Juntó sus manos formando una corriente de aire y empujó a otros dos demonios que se acercaban a nosotros, rodeando a Asier que nos

cubría nuestra espalda.

Los demonios se vieron arrastrados hacia atrás y se empotraron con Anthony, que los esperaba y les cortó las cabezas con un solo movimiento de las espadas.

Yo observaba a Theodore, que luchaba solo con su varita, pero mantenía a los demonios a raya sin, al parecer, realizar demasiado esfuerzo.

Me di cuenta de que muchos de los demonios que entraban venían directamente adonde estábamos nosotros sin hacer caso a muchas de las brujas que se habían amontonado en un rincón esperando a que alguien las salvara.

—Me lo parece a mí ¿o los demonios vienen buscándonos a nosotros? —soltó Martin.

—A nosotros no —soltó Asier partiendo a otro de los demonios por la cintura. El olor a huevos podridos empezaba a ser mareante—. Vienen buscándola a ella.

Se puso justo a mi espalda y en esta posición yo apenas podía ver casi nada. Tenía a Martin justo a mi lado y a Asier pegado a mi espalda formando un triángulo, esperando que los demonios nos atacaran.

—No he visto a Azrael —dije de repente.

Si estuviese aquí, hubiese sido imposible no verlo.

Los demonios no dejaban de entrar por las puertas y comenzaban a doblarnos en número.

—Asier, la gente necesita tu ayuda —le informé cuando vi que muchos demonios comenzaban a alimentarse de las brujas indefensas.

—No voy a alejarme de ti, Bibian —bufó, luchando con más demonios que intentaban acercarse a nosotros.

—Pero la gente…

—No. —Más cabezas cortadas y más olor a huevos podridos.

—Te quieren a ti, Bib —me recordó Martin.

Al mirarme se distrajo y un demonio se acercó a él lo suficiente para desgarrarlo con las uñas. Di un saltó y le clavé mi daga en el corazón. Desapareció con un apestoso *plof* y mi daga cayó al suelo, manchada de una especie de aceite negro que era la sangre de los demonios.

—Vaya, gracias —dijo Martin.

—De nada.

Entonces entró Azrael con sus espadas desenvainadas, rodeado por un sin fin de demonios que se desplegaron y comenzaron a matar a brujas a su paso.

—Asier… —murmuré asustada.

Ese ángel me provocaba escalofríos.

—Lo he visto —dijo mi pareja.

—¿Alguien sabe dónde está el alcalde? —preguntó Martin,

buscándolo entre la gente.

—Lo protegía Anthony —respondió Asier.

Estaba claro que lo tenía todo controlado.

Azrael nos buscó por la sala y sonrió al vernos separado de los demás.

Todos los demonios que venían con él se lanzaron a por nosotros.

—Ay, mierda —murmuré aterrada.

Asier no iba a poder defenderse de tantos demonios a la vez.

—¡Martin! —grité intentando llamar su atención para que viniera a ayudarlo.

—¡No! —gritó Asier, preparándose para defenderse—. Quédate ahí y cubre la retaguarda, es lo que Azrael quiere, que la dejemos desprotegida.

De repente todo se torció.

Eran demasiados para poder ganarles.

Asier blandió su espada como si fuera una hoz para intentar mantenerlos a raya y cuando segó las cabezas de todos los que venían primero, otro montón de demonios se abalanzaron sobre él y lograron tirarlo al suelo.

Lancé una llamarada contra ellos intentando que no se descontrolara y achicharrara a mi pareja, y los demonios comenzaron a explotar como palomitas en un microondas.

Un sinfín de *plof*, *plof*, *plof*… comenzó a sonar, pero seguían siendo demasiados. Ya no sabía a quién defender. Martin estaba rodeado por más de diez demonios y comprobé que el resto de los ángeles también estaban rodeados.

Mi corazón comenzó a latir desbocado.

Sorprendentemente, no los estaban atacando, los estaban marcando, esperando quizás la orden de Azrael, que se acercaba a nosotros.

—Ríndete, Asier, o eres hombre muerto.

No iba a permitir que le hicieran daño a ninguno de ellos. Sabía que todo esto era por mí y no iba a permitir que nadie más muriera por mi culpa.

—¡Déjalos en paz!

—¿O qué?

Tuvo la poca vergüenza de reírse.

Asier se quedó esperando que los demonios se volvieran a lanzar sobre él.

Sangraba por diferentes sitios y podía sentir su dolor por nuestro vínculo.

—Acabaré contigo —le prometí. No sabía cómo lo haría, pero tenía claro que nuestra guerra acabaría cuando lo matáramos a él.

—Lo tendré en cuenta, bruja.

Mientras se acercaba a mí, observé que la lucha se había detenido.

Todos los demonios estaban esperando una orden suya para destrozar a mis amigos y a todos los que estaban allí dentro.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Asier.

—¿Todavía no lo sabes? —Negó con la cabeza con pesar—. No creo que aún no lo hayas descubierto. La quiero a ella, por supuesto.

—Vas a tener que matarme antes de ponerle tus sucias manos encima. —Los ojos de Asier comenzaron a brillar de un rojo intenso.

—Bueno, estoy seguro de que tu mujercita no piensa como tú, ¿verdad, Bruja? —Sus ojos negros como el carbón me miraron cuando se acercó a nosotros—. ¿Vas a dejar que tu pareja muera por ti? ¿Vas a dejar que *todos ellos* mueran por ti?

No me había dado cuenta de que estaba llorando.

No iba a permitir que nadie más muriera por mí, por lo menos, no hoy.

—Déjalos en paz e iré contigo.

—¡Bibian, no!

Ignoré la voz de Asier y di un paso adelante. Haría lo que fuera para mantenerlos a salvo. Pero no iba a ser la causante de semejante masacre.

—Trato hecho. —Sonrió de tal manera que me puso los pelos de punta.

—Prométeme que los dejarás a todos en paz y que os marcharéis sin dañar a nadie más.

Oí a Martin sollozar detrás de mí e ignoré la mano tendida de mi pareja para evitar que me acercara a él.

—¿No te fías de mi palabra?

—No. —No iba a mentirle.

No podía fiarme de la palabra de nadie, sobre todo, con lo mucho que había en juego.

—Chica lista. —Se rio bajito—. Tienes mi palabra de que ninguno más recibirá un ataque. ¿Me crees ahora?

No tenía más remedio que creerle. Asentí con la cabeza y miré su mano tendida. No quise mirar a Asier, que intentaba llamar mi atención para que no me marchara con él. Pero estaba rodeado de demonios que le impedían acercarse a mí.

Cuando tomé su mano una extraña energía brotó entre nosotros y me estudió con curiosidad.

—¿Estás embarazada? —preguntó sorprendido. Luego se rio—. Esto lo cambia todo, brujita. Tienes algo muy poderoso dentro de ti.

Como si no lo supiera ya.

Entendí que no iba a hacerme daño y me quedé más tranquila. Le daría tiempo a Asier para que se preparase y viniera a buscarme, y cerrar el maldito portal de una vez por todas.

—Bibian, por favor.

No miré ni a Asier ni a Martin o perdería la valentía que había tenido para cambiar mi vida por las suyas.

—Bib, no lo hagas. Por favor.

Martin sollozaba y oírlo llorar me rompió el corazón.

Intenté algo que jamás se me habría ocurrido hacer en cualquier otra situación, pero estaba tan desesperada que no perdía nada por intentarlo.

Busqué el fuego en mi interior y cuando me respondió furioso y vibrante lo desplacé hasta la mano que Azrael me tenía tomada y para que funcionara lo que tenía pensado, sujeté su mano con fuerza y esperé.

Recé para que surtiera efecto porque era lo único que podía conseguir que no me llevara con él hasta vete tú a saber dónde y lo que pensaba hacer conmigo.

Al principio no pasó nada. Asier entrecerró sus ojos al mirarme, quizás presintiendo algo.

Luego sentí que el demonio dio un respingo e intentó soltarme la mano. Sentí el calor fluyendo de mi mano a la suya y entonces oí a Azrael gritar cuando intentó soltarse y comprobó que yo sujetaba su mano con fuerza.

El olor que comenzó a salir de nuestras manos unidas era aún peor que los huevos podridos que desprendían los demonios al destruirlos.

—¿Qué coño estás haciendo, Bruja?

Intentó soltarse de mí dando tirones, pero no pensaba soltarlo de ninguna de las maneras. No tenía claro que mi plan fuese a funcionar, pero ahora que veía que sí, presioné mi mano con la otra, haciendo un sándwich con la suya en medio para poder hacer más presión y no pudiese soltarse con facilidad.

El olor era nauseabundo y comenzó a aullar con fuerza. Podía ver el humo salir de nuestras manos, que debían estar asándose como pollos puestos en las brasas.

—Jódete. —Su cara de dolor me transmitió una inmensa felicidad.

Iba a vengarme de todo el dolor que nos había provocado por matar a Nathaniel y a todas las brujas inocentes.

Un resplandor rojizo, como ascuas encendidas comenzó a subirle por el brazo hasta llegarle al codo. Sus alaridos de dolor no consiguieron que me apiadara de él. Estaba dispuesta a achicharrarme entera si hacía falta, pero no iba a dejar que se marchara de rositas. Ante sus gritos, los demonios comenzaron a huir en desbandada y Azrael decidió echar a volar ante la imposibilidad de soltarse de mi mano. Cuando empecé a elevarme con él la fuerza de la gravedad hizo lo que tenía que hacer y mis manos resbalaron y yo caí al suelo desde una altura de una primera planta.

No me dio tiempo a gritar cuando unos brazos fuertes me

sostuvieron antes de tocar el suelo.

—Te tengo, te tengo. ¡Joder, Bib!

Mi pareja me apretó contra su cuerpo y yo… Mi corazón ya había tenido suficientes emociones por un día y me desmayé entre sus brazos.

SEPTIMA PARTE

DUENDES…



ASIER

Se formó un tremendo lio de gente gritando y de demonios huyendo cuando Azrael se marchó volando por la misma puerta por la que había llegado momentos antes.

Tumbé a Bibian, aún sin despertar, en un sillón que había junto a la pared, agradeciendo mil veces haberla podido coger antes de haberse estampado contra el suelo. Mis hermanos, seguidos por Kate y Martin corrieron para ver cómo se encontraba.

—Tiene sus pastillas en el bolso —informé a Kate, que corrió a nuestra mesa a por ellas. Sabía que estaban ahí porque yo mismo la obligué a meterlas antes de salir de casa por si pasaba… algo parecido a esto, para qué me iba a engañar.

—Asier, ¡sus manos!

Cogí la mano que había sujetado la del demonio y la levanté con cuidado. Después de haber presenciado y olido lo que había pasado, suponía que no le quedaría nada más que el hueso y que habría perdido toda la piel y los músculos en esa llama improvisada que había achicharrado la mano de Azrael hasta el mismo codo. Porque me había fijado cuando Bibian se soltó por fin de lo que quedaba de su mano, y no tenía nada más que un trozo deforme de lo que supuse era su hueso. Pero las manos de Bibian, las dos, no tenían más que el color encendido como cuando te quemabas en la playa.

Todos nos quedamos contemplando la pequeña mano en silencio. Martin, cómo no iba a ser él, la tocó para comprobar si estaba caliente. Le gruñí en respuesta, pero me ignoró, como hacía siempre.

—Ni siquiera está caliente —informó el duende con su voz chillona.

—¿Cómo es posible? —Anthony tomó una de sus manos, con la que había comenzado el fuego, y la observó dándole la vuelta para mirarla por los dos lados. Ya comenzaba a coger su tono normal. No le quedaba rastro alguno de lo que había provocado hacía solo unos

minutos.

—¿Se encuentra bien? ¿Capitán?

Todos nos volvimos hacia el alcalde, que parecía no haber sufrido ningún daño gracias a que Anthony se encargó de protegerlo.

—Sí. Tiene un problema cardíaco y han sido demasiadas emociones fuertes —«Como la que acaba de vivir» pensé.

—Quería daros las gracias a todos. Y disculparme por no hacerle caso cuando me informó de que podía pasar justo esto.

El alcalde miró la sala donde había un montón de gente herida que sollozaba o gritaba de dolor, mientras esperaban a que llegaran las ambulancias para llevarlos al hospital.

Tuve que apretar los dientes y no decirle lo que pensaba. Al fin y al cabo, ya no tenía solución y él parecía suficientemente arrepentido después de todo.

Me mantuve en silencio.

—Y gracias a ti también, Anthony, por defenderme como lo has hecho.

Mi hermano agradeció las palabras con un gesto de cabeza, pero parecía más interesado en lo que Marian estaba haciendo que en sus palabras. Su pareja estaba ayudando a los heridos. Supuse que conocería algunos de los que habían sido heridos en la refriega ya que casi todos los invitados eran brujos o hechiceros.

—Bien, voy a ver si llegan ya las ambulancias. Transmítele mi agradecimiento cuando despierte. Nos ha salvado a todos.

La miró unos segundos antes de marcharse.

—Está despertando —Martin se arrodilló a su lado sin quitarle el ojo de encima.

Kate llegó con sus pastillas. Se había agenciado también una botella pequeña de agua que blandía como si fuese una bandera de paz.

—Toma, traigo agua también. Ay, está despertando.

Me entregó lo que llevaba y me arrodillé junto a Martin para estar a su altura.

—¿Bib, cariño?

Esperé a que abriera los ojos para saber cómo se encontraba. La purpurina de su piel apenas brillaba y el resplandor del fuego que latía a la vez que su corazón se veía apagada, señal inequívoca de cómo se encontraba cada vez que su corazón se exaltaba de esa manera. No quise preocuparme por cómo podía sentirse el bebé en ese momento. Intenté relajarme y no estresar más a mi pareja.

Abrió los ojos y los centró en mí y luego en Martin… y nos sonrió. El nudo de preocupación de mis tripas se destensó un poco más.

Parecía estar bien.

—Toma. —Le entregué la pastilla y la botella de agua—. Mantente tumbada un poco más hasta que te encuentres mejor.

Bebió y me entregó la botella. Apenas se había mojado los labios y se la devolví.

—Bebe un poco más, Bib. Por favor.

Después de lo que había pasado con el fuego y el desgaste de magia que había tenido, supuse que debería beberse tres botellas o más para reponerse por completo, ¿no?

No me preguntéis de dónde sacaba yo esa hipótesis sin sentido. No sabía por qué estaba tan obsesionado con que ella bebiese agua continuamente como si fuese a solucionar todos los problemas.

No me extrañó que me mirara entrecerrando los ojos.

Recordé su amenaza de hacía un rato de tirarme el agua a la cara. Me removí inquieto, pero, para mi tranquilidad, bebió un trago más largo.

—¿Cómo te encuentras? —Martin le tomó la mano para comprobar que no había ni un solo daño en ella—. ¡Qué pasada, Bib! ¡Lo que has hecho con ese demonio ha sido lo más!

¿Lo más? ¿En serio? ¿Eso era lo que se le ocurría decir al duende?

—¿Dónde está? —Me miró—. ¿Lo habéis podido coger?

Se incorporó en el sillón y se quedó sentada, mirando el jaleo que había en el salón ahora que por fin habían llegado las ambulancias.

—No, Bib, Azrael ha escapado.

—Mierda. Pensé que había funcionado. —Se miró la mano para comprobar si se la había quemado—. ¡¿Qué raro, ¿no?!

—¿Habías hecho alguna vez algo así?

Kate se sentó junto a ella en el sillón. El moño que llevaba se le había deshecho y los mechones rubios caían a ambos lados de su cara. Tenía un arañazo en el bíceps derecho y el vestido azul noche que llevaba se había rasgado en algunos sitios, por lo demás, parecía indemne.

—No, se me ocurrió en el último momento. No sabía que podía funcionar.

—Ya hablaremos tú y yo sobre lo de ofrecerte como rehén.

Todo el miedo que había tenido por ella se convirtió en rabia al recordar cómo se había ofreció para intercambiarse por todos nosotros.

Algo llegó revoloteando y se posó junto a ella en el sillón. Era el duende que pertenecía al consejo de seres mágicos. Ni siquiera recordé su nombre.

—Hola, Sebastian.

Martin lo saludó agachando la cabeza, como si le hiciese una reverencia. Los demás lo observamos en silencio. El duende tenía el pelo blanco como la nieva y le llegaba por los hombros. Lo tenía suelto y en su diminuta cara solo destacaban sus ojos de un azul desvaído como una tela despintada. Vestía de regio negro y nos

observó a todos con seriedad antes de fijarse en Bibian.
—Buenas noches, caballeros y señoritas.
—Buenas noches —contestamos todos a la vez.
—Quería daros las gracias por defendernos. Ha sido algo magnífico poder ver a tantos caballeros y damas luchando por el bien común.
Mika fue la única que contestó con un escueto «gracias». Los demás nos quedamos en silencio sin saber bien qué decir.
—Quería conocer a la bruja de Fuego que tan heroicamente nos ha salvado.
—No ha sido nada. No podía permitir que muriera más gente.
¿Cómo no iba a quererla? Mi pecho se llenó de orgullo ante sus palabras. Solo ella antepondría el bienestar de los demás al suyo propio.
—Quería conocer a la mujer de la que hablan las profecías. Y debo reconocer que apenas te hacen justicia.
—Espere, ¿conoce las profecías que hablan sobre ella?
Sabía que no era el lugar apropiado para hablar de ellas, pero no podía quedarme callado. Si él conocía las profecías…
—Claro —Sonrió divertido—, soy lo suficientemente mayor como para conocer todas esas historias, ¿no cree?
—Tenemos una gran duda sobre una de ellas —No quería hablar de ello aquí—, ¿podríamos reunirnos otro día y hablar en un lugar más… privado?
Sebastián nos observó a todos los que estábamos allí y luego miró a Martin, que lo observaba a su vez con ojos de adoración. Conocer por primera vez a uno de tu misma especie debía ser emocionante. Él, por lo menos, se mostraba tan impactado como si estuviese ante un dios.
—Claro, estaré encantado de hablar con vosotros en cuanto mi agenda me lo permita.
«¡Mierda!» pensé con pesar. ¿Cuándo podía ser eso?
Lo oí reírse segundos después.
—Siempre he querido decir eso —aclaró divertido—. Nadie quiere hablar ya con un viejo chocho como yo. ¿Os viene bien mañana a las cinco? Siempre he querido visitar ese Castillo embrujado del que todo el mundo habla.
«¡Espera, espera! ¿Ha dicho de reunirnos mañana en mi casa?»
Tuve que sonreír encantado con la noticia. Tenerlo en casa y poder hablar con él sin prisas ni interrupciones podía darnos todas las respuestas que buscábamos.
—Será un placer recibirlo mañana en el castillo. Estamos a su servicio.
—Bien. Hasta mañana, entonces.
Se alejó volando con la misma tranquilidad con la que había llegado.

No me extrañaba nada la personalidad de Martin viendo que, al parecer, todos los duendes eran iguales.

—Bueno, pues mañana tenemos una cita a las cinco de la tarde.

Martin no podía disimular lo encantado que estaba con la idea.

Parecía que se había encontrado a un familiar al que no ha visto en mucho tiempo, pero tampoco me podía extrañar tanto.



Bibian

Sabía que Asier estaría enfadado después de intercambiarme para intentar salvar la vida de todos y, aunque lo entendía perfectamente, volvería a hacerlo de nuevo si así evitaba que muriera nadie más.

Estaba claro que él no pensaba lo mismo.

Cuando el duende se fue después de quedar con nosotros, decidió que por esa noche ya no era necesaria nuestra presencia en el lugar.

—Nos vamos.

No le importó nada que no me gustase ir volando, porque esta vez me cogió en brazos sin preguntarme siquiera y echó a volar rumbo a casa.

—Bájame, Asier.

Intenté no mirar abajo y mantenerme tranquila. Mi corazón ya no aguantaría más sobresaltos esa noche. Y el mal humor que percibía en mi pareja posiblemente tampoco.

—No.

—Mi corazón.

No me apetecía volar, y que estuviese tan enfadado conmigo solo conseguía preocuparme todavía más. Era temible cuando se enfadaba y aunque sabía que no me haría daño… no quería tener que enfrentarlo cuando se enfadaba así, punto.

—No mires abajo e intenta tranquilizarte. No voy a soltarte, ¿recuerdas? Aunque ganas no me faltan.

Lo dicho, no me apetecía enfrentarme a su mal humor, pero estaba visto que él tenía una idea distinta.

Llegamos al castillo sin decirnos nada más. Podía saborear el mal humor de Asier en la boca y me estuve preparando para enfrentarme a él, porque sabía que no iba a ser fácil, sobre todo, porque volvería a hacerlo las veces que fueran necesarias para mantenerlos a salvo y, por supuesto, él no lo había entendido. Pero me conocía lo suficiente

como para saber que lo repetiría las veces que hiciese falta si así acababa de una vez con todo lo que estaba ocurriendo.

—¿En qué coño estabas pensando? —ladró en cuanto llegamos a nuestra habitación, que fue donde me soltó al fin.

Estaba claro que no quería tener testigos de la bronca que se avecinaba.

—Ya lo sabes.

Iba a ser difícil apaciguarlo. Pero en el fondo no quería que estuviese enfadado conmigo.

—¿Ya sé por qué? ¿De verdad me estás diciendo que debo entender que entregues tu vida para salvarnos? —Como sabía que eso era justo lo que haría más veces, decidió atacarme por otro lado—. ¿Y el bebé? ¿De verdad te preocupa tan poco su vida?

—Eso no es cierto y lo sabes. —Mis tripas se encogieron de preocupación al pensar en el bebé.

—Sabes el daño que me haría que él te pusiera sus manos encima —dijo con la voz rota—, e incluso así…

¡Oh, joder!

¿Por qué tenía que ser todo tan difícil?

—Asier, no podía permitir que nos mataran a todos.

—¿Por qué tu vida tiene que valer menos que la nuestra?

La tristeza de su voz me indicó que ya tenía la respuesta a esa pregunta.

—No podría seguir viviendo, sabiendo que podía hacer algo por salvarlos y me quedé sin hacer nada.

—Jamás he conocido a nadie a quien le importe menos su vida que a ti. ¿Qué voy a hacer contigo?

Me acerqué a él y lo abracé con fuerza respirando el olor de su piel. Mis sentidos se abrieron a su cercanía, como me ocurría siempre que estaba junto a él. Sentía su erección presionando en mi vientre y mi sexo se humedeció en respuesta. Inspiró hondo, como si pudiese oler mi excitación, y entonces… se apartó.

—No, Bibian, por favor. Estoy demasiado enfadado para follar ahora.

De hecho, aún brillaban sus ojos de color rojo cuando parpadeaba. Rojo, azul, azul, rojo… podía sentir el esfuerzo que estaba haciendo para calmarse.

—Me gusta que me folles cuando estás enfadado.

Volví a acercarme a él y esta vez busqué su boca para besarlo con ganas. No iba a permitir que lo sucedido esa noche nos separara. Nuestra vida estaba en tal estado de indecisión, que quería pasar con mi pareja todo el tiempo que pudiera. No tenía claro que no nos separaran de un momento a otro. Lo sucedido aquella noche era un ejemplo de lo poco seguro que era nuestro futuro.

Me devolvió el beso con ferocidad, adueñándose de mi boca para asolarla y dejarme temblorosa.

—No quiero hacerle daño al bebé.

Intentó apartarse de nuevo, pero bajé la mano hasta su sexo y se lo acaricié por encima de la ropa. Gruñó en voz alta.

—No le harás daño al bebé.

Busqué su boca de nuevo y ya no me rechazó más. De repente me encontré con la espalda pegada a la pared, y mis piernas enroscadas en sus caderas. Solo se había desabotonado los pantalones para liberar su erección y clavarla en lo más hondo de mi vagina, después de haberme roto las bragas, otra vez, mientras me besaba como si fuese la última vez que lo podía hacer.

Gemí sorprendida por su tamaño y por lo que me hacía sentir mientras empujaba dentro de mí una y otra y otra vez, sin cuidado.

Me gustaba el sexo cuando perdía los papeles como en esa ocasión. Dejaba salir al depredador que había dentro de él y me proporcionaba el mejor sexo que una mujer podía tener en la vida.

—Asier, joder…

—Vas a tener que aguantarte. —No dejó de empotrarme contra la pared y mi cuerpo se preparaba para tener el primer orgasmo, sobrepasado por ese ataque tan inesperado—. Tú solita te lo has buscado. —Volvió a devorarme la boca con ansias y mordisqueó mis labios para lamerlos después, mientras seguía empujando en mi interior.

—Asier, voy a correrme…

Sentí la sonrisa de suficiencia en su cara y comenzó a besarme el cuello y lamerme el lóbulo de la oreja.

—Bien, vas a hacerlo a menudo esta noche, bruja. Creo que he encontrado el castigo perfecto para ti, después de todo.

Grité cuando el primer orgasmo me asoló.

—Vete preparando porque esto no ha hecho más que empezar. —Acercó sus labios a mi oreja y susurró—: Vas a gritar mucho esta noche, amor. Ya te puedes imaginar lo poco que me va a importar que todos en la casa te oigan.

Siguió empujando y gruñó por el placer que sentía cuando mi vagina lo exprimió con las contracciones del primer orgasmo… y luego siguió empujando.

Yo me dejé hacer… y luego volví a gritar.



Asier

Tener a mi pareja dormida sobre mi pecho hacía que el nudo de preocupación con el que vivía últimamente se me aflojara un poco. Incluso después de estar satisfecho sexualmente, ya que había perdido las veces que me había corrido esa noche, el sueño me evadía.

No podía olvidar la oscura nube de problemas que nos rodeaban desde que mi mujer había dado vida a la Profecía de la Bruja de Fuego. Tenía un mal presentimiento y sentía que algo oscuro y terrible nos acechaba y que caería sobre nosotros en el momento más inoportuno.

Bibian se removió en sueños y sollozó en voz baja. La intenté consolar apretándola un poco más entre mis brazos para evitar despertarla y que cayera en un sueño plácido y sin pesadillas.

No podía sentirme más orgulloso de ella. Era con diferencia la mujer más fuerte que conocía. Jamás se rendía. Por muy fuerte que la vida la golpeara, siempre se levantaba, juntaba los pedazos de lo que quedaba de ella y seguía adelante, intentando que todos los que estábamos a su alrededor estuviésemos a salvo y fuésemos mínimamente felices.

Cuando le dije que no conocía a nadie que valorara menos su vida, lo dije en serio. Quizás yo era la otra persona que nunca valoraba su seguridad, quizás porque hacía mucho que no me daba miedo morir porque no tenía nada que perder. La vida hacía mucho que había perdido para mí todo aliciente, hasta que esa bruja bocazas y cabezota llegó a mi vida para ponérmela completamente patas arriba y no podía quererla más. Ella se había convertido en mi vida entera. Y mantenerla a salvo y que fuera feliz eran mis objetivos diarios desde que la conocía. Que encima fuera a ser padre solo añadía un elemento más para ser completamente feliz.

Deseaba por encima de todas las cosas poder cerrar el portal y

disfrutar de mi mujer y mi hijo sin temor a que en cualquier momento algo se alzara contra ella y me la arrebatara. Cosa que por supuesto no estaba dispuesto a permitir. Si alguien intentara separarme de mi pareja tendría que vérselas conmigo y no pensaba ponérselo fácil a ninguno de mis enemigos.

Bibian volvió a moverse en sueños y mi polla quedó justo entre sus piernas. Al parecer nuestra maratoniana sesión de sexo no había sido suficiente ya que me empalmé por completo y ahogué un gemido por la sensación de estar colocado entre sus piernas desnudas.

—¿Asier?

¡Mierda!

Me removí incómodo, intentando ocultar mi erección. Bibian necesitaba descanso después del desgaste de poder que había tenido la noche anterior, y no que yo la agotara también sexualmente, pero al parecer ella no pensaba como yo.

—Vuelve a dormirte, amor.

Besé su pelo enmarañado que tenía justo bajo mi mentón.

—¿Quieres más?

Mi polla saltó encantada de pensar que iba a volver a jugar enterrándose en su cálida vagina… de nuevo.

—Ya sabes que yo siempre quiero más —reconocí en voz baja. No tenía sentido negarlo. Ya me conocía lo suficiente como para saber que no me cansaría nunca de follar con ella.

—Bien, porque yo también.

Apenas tuvo que moverse, solo abrió un poco las piernas y me cogió la polla para dirigirla a su abertura, cálida y suave. Con un movimiento lento se encajó de nuevo en mis caderas y gimió cuando la sintió enterrada en ella hasta el fondo.

—Por Dios, Bib. Esto es el puto paraíso.

Nos movimos en el silencio de la noche con suavidad. Entrando y saliendo de su interior con un baile erótico que nos fue arrancando gemido haciendo coro a una canción que solo oíamos nosotros.

Volví a eyacular en su interior un rato después mientras ella se corría entre suspiros y me exprimía de nuevo hasta volver a dejarme seco. No había salido de su interior cuando volvió a quedarse dormida en la misma postura en la que estaba.

Esta vez me dormí con ella.



Anthony

No esperé a que Marian acabara de ayudar a todos los heridos de la fiesta. Mi necesidad de comprobar que no estaba herida, aunque había permanecido a mi lado y del alcalde durante toda la pelea, era lo suficientemente urgente como para saltarme las normas del decoro, cogerla en brazos y llevármela volando con el resto de mis hermanos. Mika se encargó de llevarse a Martin, que no dejó de reírse encantado durante todo el trayecto.

Ni idea de dónde estaba Walter ni de lo que pasaba entre él y mi hermana.

A escandaloso no le ganaba nadie.

—¿Ni siquiera merezco despedirme de mis amigos? —refunfuñó Marian, acomodándose mejor en mis brazos.

No me quedaba paciencia para seguir guardando la compostura.

—No.

Bufó en mi oído y se puso aún más tiesa que antes. No me importaba nada. Teníamos un asunto pendiente desde hacía unos días y habíamos quedado en que esa noche nos sentaríamos a hablarlo. Aunque, por cómo llevaba la polla a punto de explotar, pensaba que íbamos a hablar muy poco. Si me ponía a pensar lo que deseaba que ella hiciera con esa boquita… ¡Oh, joder!

El olor que emanaba de su cuello, ahora que la tenía pegada a mi cuerpo, no me ayudó en absoluto.

—Eres un grosero.

—Lo cual ya sabías desde el primer día.

Volvió a bufar y yo sonreí divertido.

—Lo que estaba haciendo era importante —recalcó, por si no me había dado cuenta por mí mismo.

—Lo que haremos en la habitación esta noche también.

Tras unos segundos de silencio, volvió a la carga.

—¿De verdad tienes ganas de follar con todo lo que ha pasado?

—Siempre tengo ganas de follarte, Marian. Creo que ya hemos esperado lo suficiente, ¿no crees? La guerra con los demonios está tan complicada que a veces temo no poder hacerte mía nunca si seguimos esperando el momento oportuno. No me pidas que me pase otra noche en vela con las pelotas azules de lo mucho que te deseo. Hostias.

Que se quedara sin palabras no sabía si era algo bueno o no. Normalmente siempre tenía un comentario sarcástico en la boca para mí. Quizás por eso me gustaba tanto, porque no parecía impresionada por mi mal humor y mira que se lo había mostrado en todas mis facetas y ahí estaba, sin amedrentarse.

—Vale, si me lo planteas así, quizás tengas razón.

—Vaya, gracias por la confianza.

—Yo también te deseo —confesó, y mi polla saltó dentro de los pantalones—, y te recuerdo que eras tú el que quería esperar a que estuviese completamente restablecida.

Su recriminación me hizo reír.

—De nada, ¿eh?

Se rio conmigo y me di más prisa en llegar a mi habitación.

No me paré en el salón común cuando oí a Miguel y Mika llegar detrás de mí. Me encaminé a mi habitación a paso rápido, casi arrastrando a Marian conmigo.

Me extrañó que no se quejara.

—Dime que no estás herida, por favor.

Me volví a mirarla cuando llegamos a mi habitación. Agradecí que la casa encendiera una tenue luz que me bastaba para poder verla. Recorrí su rostro y su cuerpo con detenimiento, buscando alguna herida sangrante.

—Estoy bien. —Dio un paso adelante y me cogió la cara con las manos. Hasta la punta de mis alas negras se estremecieron con su contacto.

—No sé qué haría si te sucediera algo —susurré, poniendo mis manos sobre las suyas para aprovechar más el contacto en la cara.

—Estoy bien —volvió a decir, y dio un paso adelante—. Ahora solo deseo que me beses y me hagas el amor durante toda la noche.

Un gruñido se me escapó antes de acercarla más a mi cuerpo y besarla de manera feroz, usando la lengua, los labios y mis dientes. La acerqué a mi cuerpo sujetándola por la cintura y la pegué a mi cuerpo para que sintiera lo que provocaba en mi cuerpo.

—¡Joder, Anthony! ¿Ya estás así?

Separó su boca de la mía para coger aire.

—Llevo así desde el día que te conocí. —Volví a besarla y me dediqué a quitarle el traje de noche con rapidez.

La quería desnuda y lista para mí. Me pensaba dar un festín con

todas esas curvas voluptuosas que solía tapar con la ropa que le gustaba llevar, pero que a mí nunca me había engañado. Bajo todas esas capas de ropa, había un cuerpo esbelto y perfecto.

Volví a besarla. Cuando ya estaba desnuda la empujé hacia la cama para tumbarme con ella.

—Espera —Alargó el brazo y me intentó quitar la chaqueta del esmoquin—, quiero tenerte desnudo.

Mala idea.

—Luego —le prometí, evitando que me quitara la ropa—, necesito estar vestido para no acabar antes de empezar. Primero quiero probarte.

No le di opciones. Abrí sus piernas y me arrodillé entre ellas mientras las colocaba sobre mis hombros y le alzaba las caderas para poder lanzarme a lamerla entera.

Gritó por la impresión, pero no me paré. Sabía a miel y a fruta madura y gruñí cuando mi polla comenzó a latirme por la necesidad de eyacular que tenía. Le sujeté la cadera para que no se moviera y seguí lamiendo, besando y mordisqueando para volver a lamerla de nuevo desde el perineo hasta la vulva, que estaba hinchada por mis atenciones.

—Anthony, por favor… No quiero…

Levanté la cabeza para mirarla. Sabía que estaba a punto de tener un orgasmo, pero solo acabábamos de empezar.

—Quiero que te corras en mi boca.

—Quiero que me folles, por favor.

—Hostias, escúchame —Que me hubiese interrumpido cuando estaba a punto de saborear su orgasmo acabó con la paciencia que intentaba mantener—, vas a correrte ahora y luego vamos a follar por el resto de la noche —gruñí, intentando controlarme—. Me voy a correr en cuanto te penetre así que quiero que estés algo más relajada para todo lo que voy a hacerte.

Volví a lamerla entera y metí uno de mis dedos en su vagina, que estaba suave y húmeda. Seguí lamiéndola sin darle un respiro hasta que sentí cómo se tensaba en mis brazos y gritaba cuando tuvo su primer orgasmo, del que bebí hasta que se quedó desmadejada en la cama.

Me desnudé mientras ella recuperaba el aliento. Me puse un condón y me coloqué sobre ella para besarla en la boca con suavidad.

—¿Estás lista para el segundo asalto?

Asintió mientras le besaba el cuello y lamía el lóbulo de su oreja. Se estremeció y me incliné para lamer uno de sus pezones mientras comenzaba a hundirme en su interior.

—¡Oh, joder! —murmuró sorprendida.

—Sé que soy grande —dije mientras me iba introduciendo en su

interior poco a poco—. Solo necesitas unos segundos para adaptarte a mi tamaño.

—No pares ahora —me susurró elevando las caderas para ayudarme a colarme por entero en su interior.

Tuve que centrarme en pensar operaciones aritméticas por el placer que sentí cuando entré en ella hasta la empuñadura.

—¡Oh, joder, Marian! —susurré sufriendo porque de verdad que no iba a aguantar ni un segundo más— voy a correrme ya. Llevo mucho sin follar y tú estás tan estrecha que no puedo contenerme. Te compenso en el siguiente.

Gruñí y eyaculé entre disparos de semen que pensé que no acabarían nunca.

¡Qué puta locura!

Cuando me calmé un poco saqué mi polla aún erecta para quitarme el condón que había rebosado de semen. Lo até y lo tiré al suelo ya que no iba a molestarme en ir al baño y perder ni un segundo para volver a follar. Me puse un nuevo condón y volví a entrar en ella, que gimió en mi oído.

—Ahora prepárate, porque vamos a follar hasta que amanezca. ¿Estás lista?

Volví a besarla y esta vez comencé a mecerme con ella un baile tan antiguo que nos duró hasta que el sol salió por el horizonte.



Asier

Dejé a Bibian durmiendo y me di una larga ducha antes de salir a desayunar.

Quería volver a centrarme en estudiar la maldita Profecía antes de que viniese Sebastián, el abuelo duende, como lo llamaba en secreto, y nos contara todo lo que sabía sobre ella.

Mientras me vestía con vaqueros y sudadera, observé cómo el fuego de mi pareja palpitaba en su interior al rimo de su respiración. Brillaba de manera tenue y eso me arrancó una sonrisa. Con lo poco que le gustaba ser el centro de atención, no llevaba demasiado bien el brillar como un puñetero faro por donde quiera que fuera.

Me encontré en el comedor a todos mis hermanos menos a Anthony. Incluso Martin estaba allí con un enorme plato de churros ante él. Tenía los bigotes manchados de chocolate y mojaba los churros en la taza antes de llevárselos a la boca. No parecía tener más de dos o tres años. Lo observé divertido. Al parecer los demás habían evitado decirle que se había manchado la cara. Miguel y Mika negaron con la cabeza, supuse que para que no lo avisara. Kate sonrió ante su taza de café y Marco se reía en voz baja.

—¿Qué? —me preguntó el duende ante mi escrutinio.

No parecía estar de buen humor.

Levanté las manos en gesto de paz.

—Nada. Es solo que nunca te había visto comiendo churros —improvisé sobre la marcha.

—Están buenos, me gustan, por eso me los como —Miró tras de mí—. ¿Y Bibian?

—Durmiendo.

—Si no te pasaras las noches follando no estaría cansada por las mañanas.

Levanté una ceja entre sorprendido e irritado por ese ataque

gratuito.

—Anoche os oí. Creo que todo el mundo os oyó. Eres un bruto.

En el fondo me avergoncé por eso. Bueno, no, sentí un inmenso orgullo por poder satisfacer a mi mujer a la que le gustaba el sexo tanto como a mí.

—¿Estás celoso? —No pude ni quise evitar chincharlo un poco.

—Por supuesto que sí —reconoció sin dejar de comer churros y mancharse más la boca.

Iba a decirle que se buscase una mujer, pero recordé que era uno de los últimos de su especie, que se supiera, por lo menos, así que no quise ser cruel con él, aunque no se merecía mi consideración por ser tan bocazas.

—¿Por qué no te buscas una novia humana, por ejemplo? —le dijo Kate, que parecía llevarse mejor con el duende que los demás.

—No salgo de estas cuatro paredes —lloriqueó—. ¿Cómo voy a ligar con nadie si no puedo salir de aquí?

—Ahora puedes salir —le informé, porque tal y como estaban las cosas, que se dejara ver por la ciudad iba a ser el menor de nuestros problemas—. Apenas se darán cuenta de que brillas un poco… azul.

Aunque bufó por mi comentario, era verdad que su piel tenía un toque azulado que no iba a pasar inadvertido. Creo que iba a tener difícil explicarle eso a ninguna mujer cuando quisiera ligar.

—Eres un hombre tremendamente sexi —le dijo Bibian, que entró en el comedor en ese momento—. No tendrás problema en ligarte a quien quieras.

¿Sexi? ¡Mis cojones!

—¡Bibian! —El duende saltó de la silla para ir a saludarla.

Ella le puso las manos en el pecho para evitar que se le acercara.

—Límpiate la boca antes, que estás todo lleno de chocolate.

El duende tardó un segundo en darse cuenta de lo que había pasado antes. Cogió una servilleta de papel y se limpió la boca, asombrado del montón de chocolate que tenía en la cara. Nos lanzó una mirada fulminante a todos, que reíamos a carcajadas.

—Os odio —bufó—. Bueno, a ti no —le dijo a Bibian, a la que abrazó con fuerza. Miró a Kate—. A ti menos que a ellos, pero me vengaré de vosotros.

Bibian me besó en los labios antes de ver el bufé y cogerse donuts rellenos de chocolate blanco, cómo no, y sentarse a la mesa donde le apareció un capuchino con mucho cacao, como le gustaba tomárselo.

—¿Cómo está mi sobrinito? —El duende le puso la mano en la tripa y algo se me removió por dentro por ese gesto tan íntimo que me molestó. Gruñí en voz alta.

Todos me ignoraron.

—Con hambre —contestó ella, comiéndose su dónut con

tranquilidad.

—Si no follaras tanto por la noche… —soltó el duende con malicia.

Ella se atragantó por la sorpresa y le di golpecitos en la espalda esperando a que se le pasara.

—Martin…, cuidado —avisé.

No iba a permitir que la avergonzara ante los demás.

—Bueno —intervino Miguel—, ¿a qué hora viene el abuelo pitufo?

Martin se lanzó a Miguel para golpearlo y tuvimos que separarlos mientras el ángel se reía divertido.

De verdad que su visita podía sacarnos del atasco en el que estábamos metidos.

—¿Y Anthony?

No veía a mi hermano desde la noche anterior y era algo muy raro que no estuviese con nosotros desde primera hora de la mañana.

El trabajo de la comisaría lo tenía organizado con los humanos durante esos días mientras nosotros buscábamos la manera de cerrar el portal.

—Emparejándose con Marian —informó Mika con una sonrisa de felicidad.

—¿Por fin?

Deseaba que fueran inmensamente felices. Se lo merecía. Era el más reservado de nosotros, pero nos amaba con fiereza y nos defendería siempre por encima de todas las cosas.

—Eso parece.

—Anoche también los oí follando como conejos.

—¿Te pasas la noche oyendo lo que hacemos los demás? —preguntó Miguel, acabándose el café que tenía en las manos—. Acábate el desayuno —le dijo a Marco, que jugueteaba con los cereales.

—Sois todos unos escandalosos y no es mi culpa tener oídos sensibles.

—Dejadlo en paz.

¿Cómo no iba a salir Bibian a defenderlo?

Miré el donut que se comía lamentándome en silencio que no comiera algo más sano por las mañanas, pero no quise discutir tan temprano.

Acerqué mi mano para ponerla en su tripa, todavía inexistente y plana y una ola de amor me inundó como un tsunami a una playa.

—¡Le gustas! —soltó Martin con una sonrisa.

Él tenía una extraña conexión con el feto y parecía poder leer sus emociones, algo muy extraño porque ni siquiera estaba formado todavía.

Se me quitaron las ganas de meterme con él y acaricié la tripa con suavidad mientras veía cómo mi pareja se acercaba más a mí y me besaba con suavidad en los labios.

—Serás un padre maravilloso —susurró.

Asentí porque me había quedado sin palabras. Embriagado por la maravillosa emoción de volver a ser padre.

Volví a rezar en voz baja para que todo saliera bien.



Bibian

La llegada de Sebastián, el duende que pertenecía al consejo de seres mágicos, nos mantuvo todo el día bajo una extraña emoción. Sabía que todos esperábamos que nos resolviera las dudas, porque, para ser sinceros, ya habíamos perdido las esperanzas de enterarnos de cómo cerrar ese portal. En ningún sitio habíamos encontrado ni una palabra más que explicara nada sobre qué podíamos necesitar para cerrarlo ni nada que tuviera que ver con las malditas Profecías.

Y nuestra sorpresa fue aún mayor cuando, a las cinco de la tarde, Sebastián llegó acompañado con un duende *hembra*. A nuestro Martin casi le dio un ataque.

Por lo visto era su nieta.

—¿Es de verdad? —¿Qué tipo de pregunta era esa?

La duende, que se llamaba Nahala, lo miró claramente ofendida y la entendí perfectamente, pero Martin era así.

—Por supuesto que soy de verdad. ¿Acaso no me ves? —La pequeña duende revoloteó hasta posarse sobre su hombro para que la viera mejor.

Martin se sonrojó hasta la punta de sus orejas de un escandaloso rojo encendido.

—Lo siento, pero pensaba que ya no quedaban mujeres duende. —Miró a Asier como si la noticia se la hubiese dado mi pareja. Supuse que había sido así.

Estaba claro que por la forma que tenían todos de mirarla, ninguno esperaba encontrarse con una mujer duende.

Su abuelo parecía genuinamente divertido.

Nahala golpeó la mano de Martin cuando él hizo amago de tocar su pelo rubio.

—Las manos quietas.

Tuve que guardarme una sonrisa al ver la cara de Martin.

—¿Podemos empezar? Por favor. —Estaba claro que Asier no tenía paciencia para aguantar los torpes intentos de galanteo de nuestro amigo.

Nos fuimos directamente a su despacho, donde apareció el té con pastas que habíamos pedido para agasajar a nuestros invitados.

Todos los ángeles nos siguieron con sus respectivas parejas, donde terminamos hacinados como pollos en una granja, pero estaba visto que todos querían estar presentes ante lo que el duende mayor tuviera que decir.

El abuelo nos observaba a todos con una sonrisa.

—Veo que lo que dicen sobre ustedes es verdad, sois una gran familia.

Asier los fulminó a todos con la mirada, pero lo ignoraron. Yo me guardé una sonrisa.

¡Sí que éramos una gran familia! Y me di cuenta de que los adoraba a todos y cada uno de ellos. Walter era del que menos se fiaban, pero, incluso así, estaba con nosotros en el despacho, de pie junto a Mika, que estaba sentada tomando té junto a Miguel y Kate. Solo faltaba el niño, que seguía con sus clases en la biblioteca de la planta baja.

—Así es. —Asier le entregó una diminuta taza de té que habíamos conseguido de cuando Martin tenía ese tamaño. Parecía que esos días pertenecían a otra etapa pasada de nuestras vidas, en vez de hacer solo unas semanas escasas—. Ellos son mi familia.

—Siento lo que pasó siglos atrás. —Asier solo asintió aceptando su disculpa sin querer hablar de la familia que dejó en el cielo—. Y espero que ahora todo salga bien. Reciba mis felicitaciones por su futura paternidad.

—Es lo queremos nosotros también, por eso necesitamos toda la información que posea sobre cómo cerrar el portal —dijo Anthony, que acababa de llegar y no estaba tomando té.

Sostenía una taza de café de la que aún no había tomado nada.

Martin se había sentado junto al anciano y su nieta seguía sentada sobre su hombro, donde al parecer muy cómoda y no parecía tener interés alguno en bajarse. Martin la miraba continuamente y parpadeaba sin parar por tenerla tan cerca de su cara. Que sus ojos se pusieran bizcos me hacía sonreír, aunque evité que se diera cuenta para no ofenderlo ya que era sumamente sensible a todo.

—Se sabe muy poco sobre la profecía —murmuró Asier, intentando hacer hablar al anciano—, de hecho, no tenemos ni idea de cómo se puede cerrar el portal.

—Solo una persona puede cerrar el portal —nos aclaró el duende.

—¿Una persona? —murmuré—. ¿Quién? —Mi corazón comenzó a latir con fuerza imaginándome lo peor.

—Solo quién sea puro de corazón cerrará el portal —dijo Sebastián,

mirando a Asier con seriedad.

—¿Quién es el puro de corazón? —preguntó él. Al parecer la respuesta lo había puesto tan nervioso como a mí—. ¿Cómo podemos saber quién es puro de corazón?

—En su momento lo sabréis —respondió el anciano—. Esa persona lo sabrá cuando llegue el momento, porque el portal solo reaccionará ante su cercanía.

—¿Qué pasa si no podemos cerrarlo? —preguntó Mika.

—Ese portal no puede permanecer abierto. Los demonios que nos han invadido solo serán los primeros seres infernales de los que vendrán después. El portal debe cerrarse cuanto antes. Además, habéis formado un grupo muy poderoso y cada uno de vosotros tenéis una función específica en esta batalla. No podéis dejar a nadie atrás. —El duende me miró como si pudiese leer mi miedo—. Todos sois igual de importantes.

—¿Y cómo se cierra? —volvió a preguntar Asier. Yo no quería saberlo. Algo me decía que perderíamos a alguien querido con el maldito portal.

—La persona destinada a hacerlo solo tiene que cerrar la puerta.

Me quedé unos segundos imaginando la escena.

—¿Solo tiene que cerrarlo? ¿Y ya está? ¿Dónde está el problema, entonces?

—El problema radica en que la persona que lo cierre tiene que quedarse en el otro lado. Solo se puede cerrar desde dentro.

El silencio que se hizo en la sala me indicó que todos estábamos pensando en lo mismo.

Alguien se iba a tener que quedar en el infierno para salvar a todos los demás.



Asier

Aunque a veces tengas la impresión de que algo muy malo va a suceder, cuando Sebastian se marchó, a todos nos quedó claro que cuando terminara esa batalla uno de nosotros no estaríamos para contarlo. Todo el grupo se quedó taciturno y pensativo.

Y para mi consternación, parecía que los síntomas del embarazo de Bibian habían aparecido de repente, ya que llevaba vomitando toda la tarde.

Era lo único que le faltaba.

—¿No se te pasa?

Me asomé al baño donde estaba sentada junto al inodoro mientras vomitaba una y otra vez casi sin tregua.

Martin y la empatía que tenía con Bibian se encontraba sentado en mi cama esperando que se le pasaran los vómitos. Cada vez que la oía tener una arcada, cerraba los ojos y se encogía como si estuviese sufriendo.

—¿Va a ponerse bien? —Su preocupación me enterneció.

Se negaba a salir del cuarto sin estar seguro de que se encontraba mejor y ya lo había dejado por imposible.

—Claro, son los males típicos de las embarazadas —intenté tranquilizarlo.

—También está muy afectada por las noticias de Sebastián. —Su rostro se iluminó de repente—. Nahala es guapa, ¿verdad?

Lo miré sorprendido por su cambio de tema. Algo me decía que ese era el verdadero motivo por el que estaba esperando a que Bibian se sintiera mejor; para hablar con mi pareja de la pequeña duende. Supuse que haberse enterado de que seguían existiendo algunos más de su especie mágica, cuando pensaba que era el único, había sido un *shock*.

Seguí oyendo a Bibian vomitar y mi corazón se encogió de pena.

—Busca a Kate y pídele que prepare una pócima para las náuseas de Bibian, por favor.

—Está embarazada —¡Como si no lo supiera!—, no puede tomar nada para no dañar al bebé.

Arrugó la nariz al mirarme con severidad. No podía negar que me gustaba que se preocupara tanto por ella.

—Seguro que puede tomar algo para que se sienta mejor. ¡Ve! Yo me quedaré con ella.

No pensaba dejarla sola. Sabía que Theodore me estaba esperando para terminar de decidir nuestro plan de acción para cerrar el portal, pero no pensaba dejar sola a Bibian ni un segundo hasta saber que se encontraba mejor.

Volví a entrar en el baño cuando Martin salió de la habitación.

Había dejado de vomitar, pero seguía sentada en el suelo y su cara pálida y sin su brillo característico me preocupó.

—He mandado a que Kate te haga una pócima.

La ayudé a levantarse del suelo y estudié sus ojos bicolor llenos de sufrimiento con atención. Su barbilla comenzó a temblar ligeramente y vi cómo sus ojos se comenzaban a llenar de lágrimas.

¡Ay, Dios!

¡Por favor, no!

Nada me destrozaba más que verla llorar.

Ya me imaginaba que parte de su malestar era debido a las palabras de Sebastián.

—Ven aquí. —La atraje a mis brazos y la abracé con fuerza intentando consolarla.

—No puedo perder a nadie más —confesó entre sollozos apretándose a mi pecho—. No puedo…

Por más que quisiera animarla y prometerle que todo saldría bien, era inútil. Ahora sabíamos que alguno de nosotros no volvería cuando fuéramos a cerrar el portal.

—Todo saldrá bien, amor.

¡Ojalá!

Pero no tenía corazón de decirle otra cosa que no fuera lo que sabía que necesitaba oír.

—Ya has oído al duende. —Más llanto.

—Algo se nos ocurrirá. No te aflijas por eso, Bib. Aún nos queda tiempo para buscar una solución, por favor, no llores.

Me senté en el borde de la bañera, con cuidando de no pellizcarme las alas y la senté sobre mis rodillas para poder abrazarla hasta que se tranquilizó un poco.

La dejé llorar porque sabía que con el embarazo sus emociones estaban muy desbordadas. Podía sentirlas como un batiburrillo de alas de mariposas nerviosas en su interior.

Cuando se tranquilizó, se separó de mí y se enjuagó la boca, bebiendo luego con sus propias manos con ansiedad.

Nada de lo que nos estaba pasando era justo.

—¿Estás mejor?

La separé un poco de mí para poder mirarla a su cara. Sus ojos estaban tan tristes que la besé en los labios con suavidad, como si así pudiese llevarme su sufrimiento.

Asintió con la cabeza.

—Es la hora de cenar. —El sol se había despedido hacía rato y se había ido a dormir. La luna nos acompañaba en el cielo alumbrándonos con su luz plateada—. Tienes que comer algo. Reunirnos todos en el comedor nos hará bien.

Podía sentir la preocupación de todos mis hermanos y me sentía algo abrumado. El dolor de mi pareja era el que me estrujaba el corazón hasta dejarlo sangrando. Sabía que todos ellos estaban intentando consolar a sus parejas. Hasta podía sentir la magia de Walter en el castillo.

—Vamos, tienes que comer algo. —Le di la mano y la obligué a acompañarme.



Anthony

—Joder…, por favor.

Podía sentir cómo su cuerpo se iba preparando para otro orgasmo, así que metí otro dedo en esa maravillosa vagina caliente y mojada y me concentré en atormentar su clítoris sin hacer caso al dolor de mi polla, que me pedía tomar partido, otra vez, en esa sesión de sexo infinita que pensaba tener con Marian hasta que bajáramos a cenar con los demás. Porque tal y como pintaba la guerra que manteníamos con los demonios no sabíamos cuántos ni quienes terminaríamos vivos cuando acabara, y deseaba pasar con mis hermanos todo el tiempo que pudiera.

Cuando sentí su orgasmo me aparté de ella, me puse un condón y volví a penetrarla mientras aún tenía los últimos coletazos de placer.

Su vagina exprimió mi polla rítmicamente y gruñí mientras cerraba los ojos para concentrarme y no eyacular ya, que era lo que de verdad deseaba.

—¡Qué puta gloria, joder!

Decidí subir sus piernas a mis hombros para tener mejor acceso a su interior mientras ella se retorcía de placer cuando empecé a moverme. Largas estocadas lentas que me hacían apretar los dientes mientras Marian gemía en mi oído.

¡Oh, sí!

¡El puto paraíso! No tenía la menor duda.

Sacudí la cabeza cuando me vinieron de repente las palabras de Sebastián sobre la maldita profecía.

Que uno de nosotros nos tuviéramos que sacrificar de esa manera para cerrar el portal…

—¡Joder!

Al perder la concentración el orgasmo que intentaba controlar me asoló por completo y eyaculé entre duras embestidas que hicieron que

Marian volviese a alcanzar otro orgasmo. Esta vez gritó con fuerza. La besé intentando acallarla porque no tenía dudas de que nos habían oído hasta fuera de la casa.

No me importó, pero a ella posiblemente sí.

Me vacié en un largo orgasmo que me dejó completamente desmadejado y relajado sobre mi pareja, que se limitó a soportar mi peso sobre ella abrazándome y besando mi mentón, que era lo único que tenía a su alcance.

—¿Estás bien?

Sus palabras me trajeron de vuelta.

¿Lo estaba?

No podía negar que estaba sumamente preocupado con el tema.

No tenía ninguna duda de que el alma pura que se quedaría cerrando el portal iba a ser mi hermano Asier. Aunque era un hombre con mucho temperamento, no podía negarse que era el más noble de todos nosotros y de toda la gente que conocía.

Y Bibian no se merecía volver a quedarse sola. Si la muerte de su hermana estuvo a punto de acabar con ella, perder a mi hermano sin duda sería el golpe de gracia.

Por más vueltas que le daba al tema no encontraba una solución y por lo visto, dejar el portal abierto no era factible.

Nosotros, los ángeles, sabíamos de primera mano lo que podía llegar a salir de un portal del infierno. Sebastián lo tenía muy claro. El portal había que cerrarlo.

Me aparté de Marian y me tumbé a su lado. Quitándome el condón y atándolo para tirarlo en el suelo donde estaban aún los anteriores. Estaba visto que no me cansaba de follar con Marian y eso es lo que hacía cada vez que entrábamos en nuestra habitación.

Se movió en la cama y se tumbó de lado para poder mirarme. Me giré y me coloqué en su misma postura.

—¿Estás pensando en las palabras del duende? —Cerró los ojos y negó con tristeza—. Yo no consigo quitármelas de la cabeza.

—Yo tampoco.

—¿Quién crees que será el alma pura? ¿Kate, quizás? ¿Alguno de vosotros? ¿Tú?

Me alegraba que pensara que podía ser un alma pura, pero tenía demasiada oscuridad en mi interior para eso.

—Pienso que puede ser mi hermano Asier. Es el que más perdió al mandarlo a la tierra y jamás se ha rendido ni ha dejado de hacer la misión para la que se nos mandó aquí. Además, todas las profecías tienen que ver con él o con Bibian, así que no me quito de la cabeza que puede ser él o incluso Bibian —Me reí al hablar de ella—, pero es demasiado tocapelotas y rebelde para ser el alma que necesitan.

Y lo peor de todo es que si ella era la persona que cerrara el portal,

mi hermano arrasaría con el mundo entero por mantenerla a su lado si fuera necesario. No quería pensar en lo que sufrirían ambos si tuviesen que prescindir de una de sus parejas.

—¿Y Kate?

—Si no son ni Bibian ni Asier, entonces Kate es, sin duda, el alma más pura que habita esta casa, los demás somos un atajo de pecadores.

Pero todos estaríamos deshechos si teníamos que perder a uno de nosotros para cerrar el portal.

—Vamos a la ducha. —Le tendí la mano para ayudarla a levantarse. Sus pezones, grandes y sonrosados me llamaron para que los lamiera y me obligué a mirar para otro lado o no saldríamos nunca de esa habitación—. Tenemos que bajar a cenar. Quiero pasar con mis hermanos el poco tiempo que nos quede juntos.



Walter

Sabía que Mika pasaba tiempo conmigo porque no quería estar sola sabiendo lo que se esperaba que pasara, pero no iba a quejarme. Después de lo que había pasado con Marian y Theodore, entendía que ninguno se fiara demasiado de mí, pero me bastaba con que me permitieran seguir viniendo a esta casa donde estaban los únicos que podía considerar mis amigos y sobre todo estaba *ella*.

Mika se había ganado un lugar en mi corazón y ni siquiera sabía por qué. Porque estaba visto que no me necesitaba para nada. Era lista, valiente, fiel y guapísima, y podía tener a sus pies al hombre que quisiera, pero algo me decía que no era de las mujeres que salían a buscarse un hombre cada vez que le apeteciera.

Y ahora estaba preocupada por todo lo que estaba pasando y me gustaba saber que confiaba en mi lo suficiente como para dejarme consolarla.

Habíamos estado follando, cosa que hacíamos cada vez que pisábamos su habitación. Era la mujer más apasionada que conocía y aunque ella no lo supiera, me tenía cogido por las pelotas.

—¿Va todo bien?

Estaba apoyada sobre mi hombro, desnuda sobre mí, y me dedicaba a acariciarle el pelo moreno y largo que llevaba suelto sobre sus hombros, algo que solo hacía en la intimidad de su habitación. No le gustaba que le tocara las alas y aunque me moría por hacerlo lo respetaba.

—¿Quién crees que es nuestra alma pura? —Levantó la cabeza para mirarme—. Ya sabes, para lo del portal.

Lo pensé unos segundos antes de contestarle, porque yo llevaba tiempo pensando en esa misma cuestión y no había sacado nada en claro.

—No lo sé. ¿Quizás Kate? —Decidí explicarme mejor—: Como no

tenemos constancia de que sea una de las personas implicadas en la Profecía, puede ser cualquiera. Si no son ni Asier ni Bibian, entonces tiene que ser Kate. No te ofendas, pero no veo que ni tu alma ni la de Anthony encajen en esa descripción.

—No me ofendo. Yo también he llegado a esa misma conclusión. Lo último que pensaría en mí es en que sea un alma pura, ni siquiera Miguel que es el mejor de todos entraría en esa categoría.

—¿Y cómo te sientes?

Pensaba que ese era el verdadero quid de la cuestión. Tras las palabras del duende de esa tarde, todos habían caído en un extraño mutismo y no hacía falta ser Einstein para saber que estaban pensando en quién era la persona a la que iban a perder en un par de días.

—No quiero perder a nadie más —reconoció con tristeza—. Me gusta mi familia como es. Ninguno soportará perder a una de sus parejas ahora mismo. No quiero pensar en lo que Asier es capaz de hacer si fuera Bibian la persona que cierra el portal.

—Lo cierto que todo esto es una gran putada, lo mires por donde lo mires.

Besé su hombro desnudo y su coronilla y le aparté el pelo negro de la cara porque me hacía cosquillas en la nariz.

—Tenemos que levantarnos y bajar a cenar. Es casi la hora y quiero pasar más tiempo con todos mis hermanos.

—Claro.

Me levanté con ella y juntos nos metimos en la ducha.



Miguel

Estaba claro que Marco presentía que algo pasaba porque siempre se iba a la cama a las nueve y media, cuando acababa de cenar, y hoy me tenía entretenido leyendo cuentos sin quererse dormir. Como si supiera que alguno de nosotros, posiblemente su madre, no iba a estar a su lado mucho más tiempo.

No hacía más que darle vueltas a las palabras de Sebastián intentando averiguar quién podía ser esa persona de «alma pura» que cerraría el portal para siempre.

La primera persona que me venía a la cabeza era Asier, que en el fondo era el que más había sacrificado cuando lo mandaron a la tierra y nunca, jamás, había dejado de cumplir con su deber de proteger a los humanos. En el fondo todas las Profecías hablaban de Bibian y de él, así que creía que era el que tenía más posibilidades de ser el elegido… porque me aterraba pensar en quien podía ser otra opción.

Vi a Kate, *mi Kate*, indicarme con la cabeza al niño que se había quedado dormido mientras yo me perdía en mis pensamientos y me sonrió, aliviada de que por fin se hubiese quedado dormido.

Su sonrisa me hizo aletear el corazón.

No sabía lo que esa bruja tenía, pero me había robado el corazón sin proponérselo siquiera. Quizás fuese su dulzura para con todo el mundo o su sonrisa, que parecía saber algo que los demás ignorábamos, o su manera de besarme, como si fuese a acabarse el mundo y ya no pudiera hacerlo más.

El caso es que ella tenía muchas papeletas para ser *esa alma pura* que nos ayudaría a cerrar el portal.

Me negaba a pensar que pudiese ser Bibian, que también había sacrificado todo lo que era y a su propia hermana desde que empezó todo esto. Pero si era Bibian no quería pensar lo que podía significar para mi hermano perder a su pareja por segunda vez y, sobre todo, a

su futuro bebé.

Me levanté y besé al niño en la frente. Sabía que una vez dormido era misión imposible que se despertara de nuevo, así que le acaricié el pelo y apagué la luz de su habitación, que estaba dentro de la nuestra. Esa a la que yo me había mudado desde la primera noche que pude, por fin, tenerla entre mis brazos para ya no querer volver a soltarla nunca.

—Tenemos que bajar a cenar con los demás.

—Le llevo a Bibian una pócima para las náuseas que me ha pedido Asier. Al parecer los síntomas del embarazo le han llegado por fin y lleva toda la tarde sintiéndose mal.

No quise decirle a Kate que posiblemente sus males se debieran a la ansiedad de pensar en lo que podía pasarnos a cualquiera de nosotros en los próximos días. Cuando Asier decidiera que era el momento de ir a cerrar el portal. No podíamos retrasarlo mucho tras. El ataque que sufrimos en la gala nos indicó que no podíamos posponerlo mucho más tiempo. Pero ninguno de nosotros estaba preparado para perder a un miembro de nuestra familia, así que supuse que tendríamos aún algunos días de margen.

Por mi parte, estaba dispuesto a aprovechar cada segundo para pasarlo con Kate y con mis hermanos.

Todo el tiempo que tuviera. Cada segundo del día.

—¿Vamos?

Le tendí la mano a Kate y cuando me la dio aproveché para acercarla a mí y besarla con dulzura. Un largo y lento beso que aproveché para recrearme en esa boca dulce como la miel. Me separé cuando el beso comenzó a ser doloroso.

No tenía tiempo de irme a la cama con ella, pero cuando volviéramos de la cena…

—¿Y esto?

Me miró con sus ojos verdes velados por el deseo.

—Porque sí.

—Me gusta este *porque sí*.

Salimos de la habitación cogidos de la mano.

OCTAVA PARTE

UN ALMA PURA.



Bibian

—¿Me estás escuchando?

Miré a Martin, que estaba sentado a mi lado en la cena, pero tenía que reconocer que no le estaba prestando demasiada atención.

No me encontraba bien. Mi estómago se encogía de manera dolorosa haciendo que mi apetito desapareciera por completo. La cháchara del duende, hablando de Nahala, hacía que me olvidara de la angustia que me tenía atenazado el corazón como si un puño me lo apretara con fuerza.

—Martin… —Intenté no sonar demasiado brusca y mostrar algo de tacto. Miré sus ojos anhelantes de ese azul intenso y su boca tan dada a sonreír, y me sorprendí de lo guapísimo que era. Me alegré de que fuera mi amigo de manera incondicional. Aunque también podía ser intenso y desquiciante, como en ese momento que esperaba mi opinión sobre su nueva obsesión de nombre Nahalla y de si podía estar, o no, interesada en él—, solo la has visto una vez —le recordé con paciencia—, supongo que si estuvieses en tu forma de duende sería mejor, menos raro, ¿no crees?

—Pero no puedo volver a mi forma real a mi antojo —dijo compungido, y lo entendía, de verdad que sí. Ahora que era casi humano y podía ir a donde quisiera sin llamar demasiado la atención, conocía a una chica de su misma especie y resultaba que no podía aspirar a nada mientras no volviese a su estado original.

¡Qué puta ironía!

—Lo sé. Ojalá pudiera decirte que todo se arreglará, pero todos sabemos que ni siquiera sabemos que pasará en unos días.

Ni siquiera me apetecía volver a nombrar el acontecimiento que podía cambiarlo todo.

Me había tomado un tónico para las náuseas antes de comer, pero, incluso así, mi estómago estaba revuelto.

—Amor, déjate de cháchara y come un poco.

Me di cuenta de que apenas había probado la ensalada de mi plato mientras los demás ya habían empezado con los suyos. Negué con la cabeza y aparté el plato, desganada.

—Te recuerdo que apenas has comido hoy.

Su tono de voz se endureció, señal de que empezaba a perder la paciencia.

Un plato de patatas fritas, de esas que tanto me gustaban, aparecieron ante mis ojos. Me emocionó que la casa intentara contentarme.

—Come, aunque sean patatas fritas, Bib, por favor. ¿Quieres un trozo de mi pizza?

De inmediato un montón de ofrecimiento con comida llenó el comedor cuando todos comenzaron a ofrecerme de lo que estaban comiendo. Eso hizo recordarme que parecían haber estado pendientes de mí y de mi poco apetito.

Acepté el trozo de pizza de Asier, más por contentarlo que por hambre.

—Entonces, ¿sabemos ya cuándo iremos a cerrar el portal? —preguntó Mika, poniendo voz a lo que todos estábamos pensando y ninguno se atrevía a decir en voz alta.

Ella ignoró las molestas miradas que algunos de los integrantes de la mesa le dirigieron.

Yo empecé a pinchar las patatas de mi plato a desgana mientras Asier le contestaba.

—He quedado con Theodore mañana a primera hora y decidiremos cuándo hacerlo. Después de lo sucedido en la fiesta, no podemos demorar el cierre del portal mucho tiempo. Lo sabéis, ¿verdad?

Todos murmuraron su asentimiento y aunque ninguno quería hacerlo, había que aceptar que no podíamos esperar ahora que por fin se suponía que sabíamos cómo cerrarlo.

—Lo peor de todo —continuó Asier—, es que ninguno de nosotros puede evadirse de participar, porque, por más que nos gustaría, no sabemos quién es el alma pura que puede cerrarlo, así que tenemos que ir todos.

—No estoy preparado para despedirme de ninguno de vosotros. —Martin se cruzó de brazos para poner énfasis en su malestar.

Asier lo observó unos segundos con cara seria. Luego me miró a mí. Sus ojos azules como una tarde de verano me observaron en silencio, como queriendo saber qué pensaba. Él sabía lo que me hacía sufrir la idea de perder a alguno de mis amigos de nuevo. Tras la muerte de mi hermana y de Nathaniel, no soportaría otra muerte de uno de nosotros.

—Nadie está preparado para eso, Martin, pero esto es la guerra —

nos recordó—, y en las guerras siempre muere gente. Nadie puede evitar eso.

—Debe haber otra manera —insistió Martin, terco.

—Créeme que me encantaría encontrarla. Mañana volveremos a estudiar el libro por si encontráramos algo.

Miró a Anthony, que asintió con la cabeza. Estaba segura de que buscarían la forma de cerrar el puto portal sin perder a nadie más.



Asier

Llegó el día… Estuve reunido con Theodore organizando el plan para ir a cerrar el puto portal. Había dejado a Anthony y Marian buscando información en el libro antiguo sobre todo lo que relacionado con esa profecía y, aunque ya me lo imaginaba, no era menos frustrante saber que no había nada más de lo que ya habíamos encontrado. Eso solo nos dejaba un camino y era el de enfrentarnos al portal y cerrarlo lo antes posible, sobre todo, porque habían aparecido brujas muertas en distintos sitios de la ciudad. Muertes horrorosas que nos obligaban a tomar partido y no alargar más lo que todos sabíamos que había que hacer.

Así que nos reunimos en el castillo, cogimos nuestras armas y nos pusimos nuestra ropa de batalla para ir a por ellos. Me había obligado a recordar que teníamos que ir todos y cuando digo todos, también se incluían Theodore y Martin, aunque yo me moría por poder dejar a Bibian en casa, alejada de los demonios todo lo posible, pero, al parecer, habíamos forjado un equipo en el que cada miembro era necesario, así que eso nos obligaba a todos a tomar partido.

—Te quiero a mi lado en todo momento —le susurré a mi pareja cuando llegamos, algunos volando y otros en coche, a la puerta del cementerio al amanecer.

El cielo se estaba pintando de tonos rosas y naranjas, mientras el sol se desperezaba lánguidamente dando paso a un frío día de invierno. Había retazos de niebla que se enroscaban entre las lápidas, convirtiendo el cementerio en un lugar aún más lúgubre.

El silencio del amanecer hacía ensordecedor el ruido del viento que soplaba entre los árboles que había en la entrada del campo santo.

Miré a Bibian, que llevaba unas mallas negras y un jersey con correas que le cruzaban el pecho para sujetar las armas que portaba. Esperaba que no tuviera que luchar cuerpo a cuerpo, e intenté

consolarme diciéndome que, si teníamos suerte, sería el último día que teníamos que luchar contra los demonios. Y le rezaba a ese Dios que nos abandonó hacía ya tantos siglos para no perder a ninguno de mis hermanos ni amigos.

Ella solo asintió mostrando su conformidad, supuse que tampoco quería perderme de vista.

—Hay un montón de demonios en los túneles y en los alrededores —murmuró Martin, estudiando el cementerio con atención.

Agradecí su instinto una vez más.

Theodore lo miraba como si fuese un fenómeno que estudiar y en cierta forma así era. Íbamos a necesitar a los hechiceros para sellar el portal con su magia una vez que lo cerráramos por fin.

Esperaba que el hechicero jefe supiese defenderse solo, porque no pensaba apartarme de mi mujer ni un solo momento. Tenía plena confianza en mis hermanos y en que ellos mantendrían a sus parejas a salvo y en cuanto a Martin… ya me había demostrado más de una vez de lo que era capaz en una pelea, así que solo quedaba Theodore. Supuse que no ocuparía el lugar que ocupaba si no fuera capaz de usar la magia.

O eso esperaba.

—Hay algo más que demonios por los alrededores —dijo Anthony, escudriñando el cementerio.

Sí, había algo más. Hasta yo lo había sentido.

—Escuchadme un segundo —dije de nuevo, resistiéndome a entrar allí—, recordad que no debéis tener ni un ápice de piedad. No dudéis nunca, porque ellos no lo harán, sea lo que sea lo que se nos venga encima.

Martin seguía estudiando las tumbas en el suelo, esperando ver lo que nos estaba aguardando, como si fuésemos a ser su desayuno. Se me erizaron las plumas de las alas y saqué mis espadas. De repente tuve malas vibraciones.

—Empecemos cuanto antes —murmuró Mika, y empujó la puerta del cementerio para entrar.



Bibian

Me obligué a quitarme de encima la extraña sensación que me había dado segundos antes de traspasar la puerta del cementerio.

Había «algo más que demonios» esperándonos allí dentro.

Deseaba darme media vuelta y echar a correr sin querer ver a qué horribles criaturas nos íbamos a tener que enfrentar.

Saqué mis dagas para no perder tiempo. Sentir el acero en mis manos me reconfortaba. Me reiría si un mes antes alguien me dijera que yo iba a pensar eso. Que las armas podían darme seguridad antes de entrar en la batalla.

Nos abrimos en abanico, formando un semicírculo entre todos para intentar cubrir la mayor distancia posible y estar relativamente cerca de los demás por si necesitáramos refuerzos.

—Ya vienen —murmuró Martin—. Ay, joder, ¿qué es eso?

En los meses que lo conocía me había dado cuenta de que nunca parecía asustado ante el enemigo, fuera cual fuera. Sorprenderse sí, hasta por el vuelo de una mosca, pero tenía que reconocerle que era un hombre valiente. Así que cuando ahora parecía tan… asqueado, era la palabra, hizo que mi estómago se encogiera por el miedo.

¿Qué coño era lo que había visto?

Maldito duende que siempre veía y presentía las cosas más que los demás.

—Arañas —anunció Mika—. Ay, mierda. Odio las arañas.

—¿Cómo coño habéis podido ver unas pequeñas…? —Entonces las vi— ¡Ay, no, joder, joder! ¡Decidme que eso no son arañas!

Asier sabía lo poco que me gustaban, así que me tocó el brazo para que supiera que estaba conmigo y que no me entrara el pánico.

—Lo siento —contestó Miguel sacando sus espadas también—, por lo menos son lo suficientemente grandes para que las veamos venir.

—¿Grandes, dices? —murmuró Martin—. Si pesan por lo menos

diez kilos, ¿qué coño comen esas arañas?

—No os dejéis llevar por el pánico —murmuró Theodore, que movió las manos en el aire con su varita y apuntó a una araña que salió volando con una ráfaga de aire, se estrelló contra la lanza de la estatua de un ángel de piedra y se quedó atravesada allí, con un grito espeluznante, derramando una sustancia negra y pestilente que parecía ser su sangre. Tras unos minutos se quedó inerte y por fin se cayó.

—Menuda puntería —alabó el duende asombrado—, ¿puedes hacer lo mismo con las demás?

—Su sangre es corrosiva —indicó Walter, que había permanecido en silencio y que también había sacado su varita—. Mirad en el suelo bajo su cuerpo.

La sangre que iba cayendo de la araña quemaba la hierba que había en el suelo, levantando un humo azulado con un siseo.

—No luchéis con los puñales —nos dijo Asier, que se lanzó a por una araña que había saltado desde un árbol cercano. La cortó por la mitad con sus espadas y se retiró de ella con rapidez para que no lo salpicara la sangre.

Miré mis armas con pena. A mí solo me quedaba el fuego, que esperaba que fuese suficiente para acabar con ellas.

Vi que comenzaban a salir de todas partes. Tan grandes como un Bulldog francés y con el cuerpo negro y gordo cubierto de pelos tiesos y largos… No les conté las patas ni supe cuántas tenían las arañas, si seis u ocho, pero eran asquerosas y terroríficas por igual.

Todos nos desplegamos a la vez, intentando atacar a una araña cada uno. Los ángeles lo tenían más fácil con las espadas largas, así que las iban partiendo por la mitad según se acercaban.

Vi a Walter usar el viento lanzando una araña con fuerza contra un árbol, consiguiendo que las ramas se clavaran en su regordete cuerpo, mientras Mika la remataba con sus espadas.

Kate, que era una bruja de tierra como yo, usaba las plantas y los árboles para atascar a una de las arañas en una especie de enredadera y Miguel la remató tras ella.

Martin por su parte, hacía con las manos lo mismo que hizo en mi floristería. Levantó una araña del suelo con su magia y cuando apretó las manos entre sí, el cuerpo de la araña explotó de la manera más asquerosa que había visto nunca.

—Eso es asqueroso —le dije a su lado.

Lancé una bola de fuego a una araña que corría hacia nosotros. La alcanzó en la barriga y comenzó a arder entre chillidos que me ponían los pelos de punta. La araña echó a correr y chocó con otras tres que venían tras ella, consiguiendo que todas comenzaran a arder y a chillar desesperadas.

¡Cuatro menos!

Pero empezaron a llegar más… de todas partes.

—¿De dónde salen tantas arañas?

Marian levantaba remolinos de agua, cogiéndola de los charcos del suelo. Al parecer esa noche pasada había estado lloviendo y la lanzó a dos arañas más pequeñas que venían juntas.

—Vienen un montón —le dije a Asier, que estaba machacando a otra araña con su espada.

Se giró para mirar donde le estaba indicando. Había un lateral del cementerio por donde se veía un montón de arañas negras acercándose.

—¿Puedes encargarte de ellas? Pero solo lanzas el fuego, Bibian. No te desgastes demasiado, por favor.

—Vale. ¿Y si prendo fuego a los árboles?

Miré que por esa zona había más tumbas y menos árboles, pero aun así, había los suficientes como para provocar un incendio.

—Con suerte las quemaremos antes de que se pueda propagar el fuego.

—¡Nosotros nos encargamos de apagarlo si es necesario! —gritó Theodore un segundo antes de volver a lanzar a otra araña con una ráfaga de viendo contra otra estatua. Con la fuerza que la lanzó, la araña se reventó sobre la tumba.

Cerré los ojos asqueada y aparté la mirada.

—Vale.

Miré el lugar por donde se acercaban las arañas y busqué el fuego en mi interior. Sentía los diferentes poderes que manejaba por separado, como hilos de diferentes colores. Amarillo para el fuego, azul para el agua y verde para las plantas.

Una araña más pequeña que las demás se acercaba con rapidez y me sorprendió, porque no la había visto acercarse. Lancé mi magia sobre ella y abrí los ojos por la sorpresa cuando un montón de pequeñas dagas de agua, como estalactitas, se clavaron en el cuerpo de la araña que reventó de inmediato.

Me la quedé mirando perpleja porque no era eso lo que quería hacer.

—Mira que eres fantasma —murmuró Martin sonriendo junto a mí, mirando a la araña atravesada por el hielo—. Buen tiro, por cierto.

—Bibian… —Asier no parecía contento por mi pequeña hazaña.

—Lo siento, lo siento.

Busqué de nuevo el hilo amarillo y esta vez lo dejé salir con una inmensa bola de fuego que alcanzó el lugar por donde venían la mayoría de las arañas, que comenzaron a chillar e intentar escapar del calor del fuego. Así que las que no habían sido alcanzadas por las llamas directamente, lo hicieron por el resto de las arañas que

intentaban huir en estampida, chocando con ellas y prendiéndoles fuego también.

Los ángeles se dedicaron a masacrar a las pocas que conseguían salir ilesas.

Nos quedamos viendo cómo el fuego se extinguía solo ya que los árboles estaban mojados por la lluvia del día anterior y no se incendiaron.

De repente todo volvió a quedarse tranquilo en el cementerio.

—Deberíamos entrar en el túnel antes de que aparezcan más monstruos. —Asier guardó las espadas a su espalda y me cogió la mano—. ¿Estás bien?

—Demasiado tarde.

Ni siquiera me dio tiempo a contestarle a mi pareja cuando los vimos llegar.

Demonios.

Muchos más de los que habíamos visto nunca.

Estaba claro que nos esperaban.



Asier

Había luchado con muchos enemigos a lo largo de los siglos, pero nunca había visto a tantos demonios juntos. En el fondo tuve que agradecer que no nos hubiesen atacado a la misma vez que las arañas porque hubiese sido un completo caos.

Theodore, Walter y Marian levantaron con su magia a los demonios del suelo y los dejaron congelados en el aire. Vi a la primera tanda que empezaba a flotar, así que agradecí que los dejaran fuera de combate durante los pocos minutos que Bibian aprovechó para mandarles bolas de fuego.

Martin los lanzaba hacia atrás con el aire y Mika se dedicaba a esperarlos y cortarlos por la mitad antes de que se recuperaran del golpe.

Me gustaba que todos los del grupo luchábamos en equipo. Cada uno con su magia y a su manera, pero, poco a poco, el montón de demonios que corrían hacia nosotros comenzaba a disminuir.

Vi que Theodore y Walter empezaban a cansarse y supuse que usar la magia de manera ininterrumpida agotaba a cualquiera.

Kate lanzaba sus cuchillos con gran puntería y luego, cuando se evaporaban en el aire, los recogía para volver a lanzarlos.

Y entonces lo vi.

Azrael salió de la puerta del túnel con una espada en la mano y cara de muy malas pulgas. Miré su otra mano o lo que le quedaba de ella. Ya que tras su encuentro con Bibian solo le quedaba un muñón ennegrecido hasta el codo. Así que solo podría luchar con una mano, pero no era un enemigo al que se pudiese infravalorar por eso. Sentí que mi pareja no lo hubiese calcinado entero.

—¡Esta vez acabaré contigo, maldita bruja! —le gritó a Bibian mientras echaba a volar. Me coloqué frente a ella para frenar su ataque y nuestras espadas chocaron, soltando chispas en el proceso.

Me dio una patada y perdí el equilibrio cuando di un paso atrás, choqué con un demonio que se abalanzó sobre mi espalda y grité cuando me mordió el hombro por encima de la ropa y sus dientes se clavaron en mi piel como si fuese un puto vampiro.

¡Joder, qué dolor!

Me agaché y tiré del demonio que cayó de espaldas en el suelo con un gran golpe. Le corté la cabeza sin perder tiempo y me giré para volver a enfrentarme con Azrael, que intentaba soltarse del tipo de magia que Martin estuviese usando contra él y que le impedía moverse con soltura, aunque ya estuviese recuperando la movilidad.

Bibian estaba luchando con un demonio que le había cogido una mano y tiraba de ella. La mordió en el otro brazo cuando ella intentó sujetarlo para quemarlo y su grito de dolor me hizo apretar los dientes, pero seguía teniendo cada vez más demonios entre ella y yo y no había manera de acercarme mientras evitaba que acabaran conmigo.

Moví las espadas a mi alrededor consiguiendo mantenerlos a raya para poder lanzarme primero a por uno, al que le corté la cabeza de un solo tajo mientras pateaba a otro que se había acercado de nuevo a mí y estuvo a punto de sujetarme.

Vi que Bibian clavaba su daga en el pecho del demonio para librarse de él y en ese momento Azrael se libró de la magia de Martin y lo golpeó con el puño en la cara, lanzándolo a un par de metros de distancia.

Otros dos demonios se tiraron sobre mí espalda, lo que me dificultaba la movilidad. Sentía cómo sus uñas se me clavaban en el pecho y me rasgaban las alas, cosa que producía un intenso dolor.

¡Putos demonios de mierda!

Miguel se colocó ante Bibian para protegerla mientras hacía chocar sus espadas con la de azrael para desviar su ataque.

—¡Hay que entrar en el túnel e intentar cerrarlo o no dejarán de llegar demonios! —gritó Theodor—. Nosotros intentaremos mantenerlos entretenidos.

Era una buena idea, pero no sabíamos quién lo cerraría.

—¡Se supone que teníamos que ir todos! —gritó Bibian mientras clavaba un puñal en el pecho de otro demonio que se le había acercado lo suficiente.

—¡Seamos sinceros! —gritó el hechicero de nuevo sin dejar de congelar demonios en el aire o lanzarlos contra las lápidas—. ¡Somos pocos los que tenemos opciones de ser un alma pura, así que creo que el tema estará entre vosotros los ángeles! —dijo señalándonos—. Los demás nos quedaremos aquí acabando con esta basura, pero hay que cerrar ese portal si queremos tener una mínima opción de acabar con ellos.

—Id —dijo Miguel, que seguía luchando con Azrael sin desfallecer —, nosotros nos quedaremos aquí para mantenerlos a raya.

Miré a Bibian, que nos miraba a todos con lágrimas en los ojos. Supuse que ella esperaba poder despedirse del que fuera que cerrar el portal, pero debió darse cuenta de que ahora iba a ser imposible.

—Vamos —Le tendí la mano—, ¡Kate! —grité para que nos acompañara. Volví la mirada hacia Miguel—. Si ninguno de nosotros es la persona adecuada para cerrarlo, os avisaré a los demás.

—¡Ha sido un placer luchar a tus órdenes! —grito Anthony.

¡Oh, joder!

Esto no podía ser tan duro.

—¡Voy con vosotros! —anunció Martin.

Sabía que él no iba a querer despegarse de Bibian, así que no tuve corazón de decirle que no.

—Asier —Esa vez fue Mika—, te he seguido como a mi capitán y te he querido como a un hermano. —Asentí sin decirle nada—. No olvides nunca que te quiero y que siempre estarás con nosotros.

No pude evitar emocionarme porque todos mis hermanos pensasen que yo podía ser ese *ser puro* del que hablaba la Profecía.

—Sabéis que os quiero a todos. Un placer haber pasado con vosotros este tiempo aquí en la tierra.

—¡Iros ya! —gritó Walter, al que le sangraba la nariz—. Habéis tenido tiempo de despediros antes, no perdáis un tiempo precioso. No podremos aguantar mucho más, necesitamos que se cierre ese puto portal ya.

—Vamos. —Le tomé la mano a Bibian y Kate corrió a nuestro lado mientras matábamos demonios que se cruzaban en nuestro camino.

—No podrás librarte de esta tan fácilmente —gritó Azrael.

Vi cómo golpeaba a Miguel en el pecho y mientras este caía al suelo se volvió hacia nosotros de nuevo para evitar que pudiésemos entrar a las catacumbas.

—¡Bibian! —le grité, porque sabía que iba a por ella.

Mi pareja no se lo pensó demasiado. Le lanzó una bola de fuego frío que lo alcanzó justo en el pecho. No sabíamos si ese tipo de fuego le haría algún daño, así que esperé con el corazón encogido para ver qué sucedía.

Azrael ni siquiera gritó; se quedó congelado en el aire unos segundos y luego, sin más, explotó y desapareció.

—¡Muérete de una vez! —gritó Martin.

No podía estar más de acuerdo.



Bibian

Esquivar, golpear, esperar que explotaran, recuperar los puñales y vuelta a empezar. Había perdido la cuenta de los minutos u horas que llevábamos peleando con los demonios, pero parecían salir de todas partes. Cuanto más nos acercábamos a la entrada de las catacumbas, que era un simple panteón gigantesco con dos ángeles de piedra blanca franqueándolos a cada lado, más demonios aparecían.

Me habían mordido un brazo, que me dolía a rabiar, me golpearon en la espalda y me torcí un tobillo en un giro, aparte de que tenía las manos y los brazos tan cansados que apenas los sentía. Pero sabía que no podía flaquear ahora.

Asier no parecía estar mejor que yo.

Él tenía el cuello con la ropa destrozado y manchado de sangre. Llevaba un par de golpes en la frente que le sangraban y un tajo, supuse que de espada, en su muslo izquierdo que no paraba de sangrar. Pero parecía que nada de eso lo distraía de seguir matando a cuantos demonios se nos presentara ante nosotros.

Kate tenía varias heridas, una en la barbilla que se le estaba poniendo morada, un golpe en una muñeca y un corte en la pierna, justo encima de la rodilla, pero incluso así, allí seguía clavando puñales sin flaquear.

Martin parecía agotado directamente.

Pensé que haber estado usando su magia sin parar había debido llevarlo a la extenuación. Apenas brillaba el azul de su piel.

La entrada olía a huevos podridos y tuve que taparme la nariz por la peste que echaba. Estaba claro que los demonios salían de allí. Sorprendentemente, una vez que entramos en el panteón ya no nos encontramos con ninguno más, algo que agradecí porque estaba tan cansada que no me veía con fuerzas de seguir luchando.

—¿Y ahora?

Aunque el panteón era bastante grande, no veía dónde se suponía que estaba la entrada de las catacumbas.

—Detrás de las tumbas —indicó Asier.

Al fondo del panteón había dos ataúdes de piedra colocados sobre el suelo, como si sus ocupantes fuesen tan importantes como reyes. Las tumbas estaban bellamente talladas con escudos de armas y antiguos jeroglíficos difíciles de traducir. Ni el paso del tiempo los había desgastado. Aun estando llenos de polvo y flores secas de años atrás y casi desintegradas, los dibujos del exterior se mantenían intactos al paso del tiempo.

—¿Sabéis quién está enterrado aquí?— preguntó Martin con curiosidad al pasar por su lado.

—Te sorprenderías —dijo Asier, que al parecer sí lo sabía, pero no creía oportuno comunicárnoslo—. Daos prisa. Terminemos con esto de una vez ahora que nos han dado un respiro.

Me giré para mirar lo que podía ser a nuestros amigos por última vez y el dolor de mi corazón se intensificó al pensarlo.

¡Oh, joder!

—Bibian, por favor.

Asier se colocó a mi lado y me dio unos segundos de tiempo para despedirme de ellos.

—No puedo hacerlo —le dije mientras la voz se me rompía y mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Ya lo hemos hablado —Hasta la extenuación, pero no por eso era más fácil—, no podemos permitir que más gente inocente siga muriendo, Bib.

No, no podíamos permitirlo, porque cualquier día, en cualquier momento, podía ser uno de nuestros amigos y eso sí que iba a destrozarnos por completo.

Estaba claro que sí podíamos poner fin a esta guerra, no tenía sentido alargarla de manera indefinida.

Teníamos que acabarla ya.

Me dejé guiar y apreté su mano para bajar por las escaleras sucias y polvorientas que había tras las tumbas de piedra. Pensaba que no íbamos a ver nada allí dentro, pero me equivoqué. Una luz amarillenta le daba a la entrada a las catacumbas un reflejo fantasmagórico.

—¿Qué es esa luz? —preguntó Kate, que nos esperaba al pie de las escaleras mirando hacia el túnel que se abría más adelante.

—Supongo que el portal. Vamos.

Martin me cogió una mano y me la apretó como gesto de apoyo, estaba visto que él sentía la pena que me destrozaba por dentro.

—No os paréis —dijo Asier, y se adentró en el túnel. Los demás lo seguimos en silencio, temiendo lo que nos íbamos a encontrar allí dentro.

Nunca había visto un portal entre dos dimensiones.

El que estaba en la otra parte del cementerio y que encontramos cerrado no era más que unos signos pintados en el suelo, aunque se sentía la energía residual que quedaba en él. Este era todo lo contrario.

Una gigantesca esfera redonda se abría como una boca desdentada ante nosotros. Estaba rodeada de una extraña luz naranja, como si estuviese ardiendo.

Era… extraordinario.

Podía sentir la energía que manaba de allí que llamaba a mi magia de una manera sutil.

Nos detuvimos ante esa boca amarillenta y nos miramos los unos a otros.

—¿Sentís algo especial? —nos preguntó Asier—. ¿Bibian?

Me encogí de hombros indecisa. No sabía bien qué debía sentir.

—Siento la magia de una manera tenue…, pero nada más.

—¿Kate?

Ella simplemente negó con la cabeza.

No quería preguntarle a Asier porque no soportaría que fuera él el destinado a cerrarlo.

—¿Y tú?

—Yo soy inmune a la magia —nos recordó—, no siento nada especial, quizás un leve cosquilleo en la piel, pero nada más.

—¿Qué se supone que tenemos que sentir? —preguntó Martin.

—No lo sé —lo miré con curiosidad—, ¿qué sientes tú?

—Creo que soy yo el destinado a cerrarlo.

Me miró con los ojos abiertos por la sorpresa.

¡No!

¡Por favor, él no!



Martin

Yo que había querido ser importante y conocido en esta guerra… ahora me aterraba la verdad que tenía ante mí. No había asimilado que pudiera ser esa «alma pura» de la que hablaba la Profecía y eso me importaba una mierda, lo único que me importaba era que iba a tener que separarme de Bibian. *Mi Bibian*.

—No —dijo ella sollozando—, no puedes ser tú.

Se abrazó a mí con tanta fuerza que ahogué un quejido. No había una parte de mi cuerpo que no me doliese en ese momento, pero no me importaría pasarme el resto de mi vida abrazado a ella.

Era…

¿Qué era Bibian para mí?

Había pasado tanto tiempo encerrado, la mayor parte de mi vida, que apenas había conocido a nadie antes de que ella me salvara, o yo me salvara escapándome con ella, daba igual. Lo único que sabía era que la quería con todo mi corazón y que por nada del mundo me quería separar de ella.

—¡Bibian, cariño!

—No —le ladró a Asier y me abrazó con más fuerza.

Y ahí estábamos.

¿Qué íbamos a hacer ahora?

Yo no quería separarme de ella, de ninguno de ellos. Ahora tenía una familia, había conocido a una mujer de mi misma raza a la que estaba dispuesto a enamorar como fuera, porque a pesado no me ganaba nadie y, sobre todo, por encima de todas las cosas, quería conocer al niño que Bibian iba a tener con el palo metido por el culo de Asier.

No le digáis que lo llamo así. O sí, ya da todo igual.

—Tengo que hacerlo, Bib, lo sabes.

Me separé de ella y le limpié las lágrimas que le caían por las

mejillas. Asier, por una vez, se mantuvo callado a nuestro lado, imaginé que esperaba a que nos despidiéramos.

—No tienes que hacer una mierda —escupió ella limpiando mis lágrimas, ni siquiera me había percatado de eso—. ¿Tus lágrimas son azules?

Asentí, ni siquiera recordaba eso de mí, estaba visto que hacía mucho que no lloraba.

—Supongo. No lo recordaba.

—¿Por qué no hacemos una prueba para asegurarnos de que eres la persona que lo cierra? —Asier no parecía feliz con la pregunta, y supe que haría lo que fuera por no hacer sufrir a su pareja. Estaba claro que era la persona ideal para ella, aunque fuera un estirado y un gruñón —. Solo para asegurarnos.

Asentí y cuando quise acercarme ella no me soltó la mano.

—Bibian, suéltalo un segundo por favor.

Me volví a mirarla y aunque negaba con la cabeza me deshice de su mano con lentitud.

—Tengo que hacerlo.

Me soltó la mano y se quedó mirando.

Aproveché para dar un par de pasos hacia el portal y entonces lo sentí, con fuerza, como un gigantesco enjambre de abejas zumbando a mi alrededor. Vi cómo las luces del portal se encendían aún más y supe lo que tenía que hacer.

El portal se cerraba desde dentro, para eso la persona se tenía que quedar al otro lado.

Miré a Asier, que para mi sorpresa asintió sabiendo lo que iba a hacer.

—Gracias —susurró.

Y entonces volvió a sujetar a Bibian para que no viniese tras de mí.

—¡Ahora, Martin! —gritó.

No lo pensé más. Eché a correr hacia el portal y salté dentro. Me volví a mirarlos una vez más.

Kate lloraba en silencio.

Bibian luchaba con Asier, que no la soltaba para que no se viniese conmigo, porque estaba seguro de que ella entraría conmigo sin pensárselo dos veces.

—¡Os quiero! —les grité.

Y empujé lo que supe que era la puerta que cerraría el portal para siempre.



Asier

No sabía cómo gestionar el dolor que sentía Bibian cuando el portal se cerró con un fuerte golpe que retumbó con fuerza.

Estaba seguro de que lo habían sentido en toda la ciudad.

Unos gritos desgarradores se oían fuera y supuse que lo daban los demonios al notar que el portal se había cerrado.

Me arrodillé con Bibian y la abracé con fuerza mientras lloraba de manera desgarradora.

No me preguntéis por qué no caí antes en que, si alguien podía ser ese «alma pura», era Martin. ¿Acaso no nos lo había demostrado en todo ese tiempo? Era un tocapelotas de cuidado, eso también, pero tuve que reconocer que no había conocido a una persona cómo él en mi larga existencia.

Oí al resto de mis compañeros cuando bajaron a las catacumbas y oí lo que creí que era un hechizo para que el portal no volviera a abrirse.

Ahora entendía por qué todos los seres mágicos teníamos que participar en este acto.

Porque cada uno teníamos una función concreta.

—Uy, por qué poco, ¿no?

Me quedé congelado en el sitio y supe que estaba tan afectado que me imaginaba la voz del duende.

Entonces vi algo revolotear sobre nuestras cabezas y se posó sobre el hombro de Bibian, que parecía no haberlo oído todavía.

—¿Bibian?

Esta vez sí lo oyó porque su espalda se tensó.

—¿Bibian? No llores, estoy aquí.

Ella levantó la cabeza y miró sobre su hombro a Martin, que increíblemente había vuelto a su tamaño original y ahí estaba de nuevo, con su cabello naranja y sus pequeñas alas translúcidas, su piel azul… y desnudo como Dios lo trajo al mundo.

¡Oh, mierda!
¿Y yo lo había echado de menos?
—¿Martin? ¿Eres tú?
Esta vez su grito fue de alegría y sentí que todos nos rodeaban para reír y llorar, contentos de tenerlo con nosotros.
—¿Cómo coño has salido de ahí? —le preguntó Anthony.
—No lo sé —contestó orgulloso, mirándonos a todos—, solo sé que cuando sentí que volvía a mi estado original supe que tenía que salir antes de que se cerrara la puerta. —Me miró con chulería—. ¿Qué iba a hacer yo solo ahí dentro por toda la eternidad? Es más divertido quedarme aquí con vosotros.
—¿Quieres ponerte algo de ropa? —le pregunté entre exasperado y divertido.
Sí que me alegraba tenerlo de nuevo con nosotros.
—¿Por qué? ¿Estás celoso de que Bibian vea mi maravilloso cuerpo desnudo?
¿Podía devolverlo al portal? ¡Por favor!
¿Y yo lo había echado de menos?
Entonces pasó algo para lo que no estábamos preparados.
Lo sentí en mi cuerpo antes de que la luz del cielo nos iluminara como si una linterna nos alumbrara desde arriba.
¡Joder, no, no, no!
—¡Asier! —gritó Mika.
—¿Qué coño? —Ese fue Anthony.
—¿Está pasando lo que creo que es? —Miguel me miraba con tal cara de pasmo que supe que todos lo estábamos sintiendo.
Lo que hacía casi cinco siglos que no nos pasaba.
¡Dios nos estaba llamando!
—¿Qué ocurre?
Cuando el cielo de la catacumba se alumbró con una luz de un blanco cegador, ya no podíamos tener ninguna duda.
—¡Oh, oh! —murmuró Martin mirando hacia arriba, incrédulo.
—¿Qué ocurre? —Bibian no parecía ser consciente de nada.
—Nos llaman —murmuró Mika, mirando a Walter con pena.
—¿Llamaros? —Su cara de desconcierto se fijó en mí, esperando una respuesta—. ¿Quién os llama? —Cuando la luz se hizo aún más intensa, lo entendió—. No, joder, Asier, no.
—No puedo ignorar su llamada, Bibian —le aclaré con un intenso dolor en el corazón.
—No puedes marcharte, vamos a tener un hijo, ¿recuerdas?
¡Oh, joder, joder!
—Lo arreglaré, amor, te lo prometo. Volveré, ¿vale?
—¡No puedes irte! —gritó echándose a llorar de nuevo—. ¡Asier, por favor!

Me limpié las lágrimas y me arrodillé a su lado odiando mi trabajo y esa llamada tan inoportuna. No pensaba dejar sola a Bibian, así que acudiría y le pediría a Dios poder quedarme en la tierra para siempre.

—Volveré, Bibian, te lo prometo. Arreglaré esto y volveré contigo y con nuestro hijo.

Oí a mis hermanos despedirse de sus parejas y sentí el tirón que me indicaba que iba a desplazarme para acudir a esa llamada de un momento a otro.

¡Mierda, mierda!

—Por favor, por favor.

La besé con ferocidad para recrearme en el sabor de su boca y me preparé para mantener mi batalla más feroz contra el único combatiente al que sabía que nunca podría ganar.

—Volveré, amor.

Empecé a elevarme hasta que mi cuerpo desapareció junto a mis hermanos.

NOVENA PARTE

UNA LARGA ESPERA



Bibian

Dos meses desde la marcha de Asier.

Dicen que no podemos cambiar el pasado ni huir de él y que siempre, tarde o temprano, nos encuentra de nuevo. Y ahí estaba yo, ocho semanas después de que Asier y el resto de los ángeles se marcharan tras la llamada de Dios, sin saber qué iba a hacer con mi vida a partir de ahora. Volvía a estar justo como cuando empezó todo, solo que ya no estaba mi hermana y vivía con un dolor que no me dejaba ni respirar.

Ya no me quedaban lágrimas ni nada más que romper, ya que el castillo lo reponía todo con la misma rapidez con la que me venían los ataques de ira, así que me había cansado de tirar y romper todo lo que encontraba en mi camino, total, para nada.

Seguía sin tener noticias de Asier ni de ninguno de ellos.

Pensaba que estaba bien, ya que no sentía nada por nuestro vínculo excepto tristeza, y ni siquiera sabía si era debido a la que sentía yo en el fondo de mi alma o era un eco de cómo podía sentirse él.

Jamás me había sentido tan frustrada. Sabía que nada de lo que hiciera conseguiría hacerlo volver a mi lado. Había rogado a quien quisiera escucharme que me lo devolviera, que mi vida no era nada sin él, pero tras semanas y semanas de llorar y rogar, no había conseguido absolutamente nada y ya se me habían acabado las ideas.

Me pasé los siguientes días a su marcha, aparte de curando el sinfín de heridas que todos teníamos tras la batalla en el cementerio, esperando su regreso. Como si en fondo hubiese ido a hacer un recado y pudiese volver en cualquier momento. No podía hacerme a la idea de que se había marchado para siempre y que quizás, solo quizás, no quisiese volver conmigo. Porque para ser sinceros, tenía que recordar que él tenía otra pareja y otro hijo en el cielo y eso me llenaba el

corazón de una pena tan intensa que lo sentía desbordarse y sangrar como una taza de chocolate demasiado llena.

Saber que se encontraría con su primera pareja y su hijo hacía que todas mis inseguridades, y tenía un montón, se arremolinaran en mi cabeza para atormentarme yo sola.

Sabía que yo no era suficiente para una persona como él. Era egoísta y rencorosa, celosa y vengativa, y no podía evitar querer tenerlo solo para mí. Pero ¿qué podía haber visto en mí una persona como él?

Seguramente su anterior pareja, que también era un ángel, también tenía un alma pura y estaba llena de buenas intenciones y de ganas de hacer el bien a los demás.

¡Qué puto asco!

Yo no podía competir contra nada de eso, era muy consciente de todas mis limitaciones y defectos y eso era lo que más daño me hacía. Saber que, si él tenía o podía elegir, se quedaría con ella por el resto de la eternidad. Y… ¿dónde me dejaba a mí eso?

—¿Bibian?

Miré a Martin, que entró revoloteando en la sala que teníamos habilitada en el castillo para hacer las pócimas, y que había vuelto a utilizar días atrás, intentando entretenerme de alguna manera.

Vestía de un tono celeste que hacía juego con el color de sus ojos y parecía que se había peinado el nido de pájaros de su cabeza, cosa que rara vez hacía, eso solo podía significar una cosa: había quedado con Nahalla, por fin.

Se había estado negando la posibilidad de quedar con ella cuando volvió a su estado original, o sea, al tener el tamaño de un muñeco Ken, pero como nunca había tenido una cita con una chica había estado posponiendo la oportunidad de quedar con ella a solas desde que volvimos de las catacumbas.

—Vaya, ¡mírate! —Le sonreí porque estaba guapísimo y porque sabía lo nervioso que estaba con solo mirarlo a la cara.

—No estoy demasiado… ¿azul?

Contando con que su piel había vuelto a adquirir su tono azulado y vestía de ese color… Sí, sí estaba azul, pero sabía que, si le criticaba, perdería el valor que había cogido para quedar con la chica por primera vez.

—Estás perfecto.

Le acaricié la mejilla y me sonrió, consiguiendo que el sol brillara más fuerte en mi corazón.

Era una constante fundamental en mi vida.

Desde que Asier se marchó, me acompañaba a todas partes y se preocupaba de que comiera lo suficiente, además de intentar entretenerme y hacerme reír a cada momento. Era el amigo con el que

podías contar para todo y se lo agradecía en esos momentos tan aciagos por los que estaba pasando.

Cada vez me alegraba más que hubiese podido escapar del portal, porque no hubiese soportado perderlo a él también.

—¿En serio? —Sus ojos se iluminaron por mi comentario.

—¿Dónde vas a llevarla?

Me miró y se sentó sobre la mesa, frente a mí, donde yo trabajaba moliendo unos ingredientes a mano para pasar el tiempo. Trabajar con mis manos, moliendo ingredientes y preparando pócimas me entretenía y por eso había vuelto al trabajo, principalmente.

—Me dijo que quería conocer la casa más a fondo. —Se me quedó mirando con preocupación—. ¿Crees que a la casa le molestará que la traiga aquí y pasemos la tarde recorriendo el castillo? Luego podremos comer lo que nos quiera preparar. Sabes que no soy demasiado exigente con la comida.

Sabía que no habría problema, pero sabía lo que quería que yo hiciera por él.

—¿Le has preguntado a la casa?

Una ráfaga de aire me despeinó el pelo con suavidad y las luces de la habitación parpadearon un par de veces.

—Ahí lo tienes —le indiqué para que se quedara tranquilo.

—¿Eso era un sí? —Me miró dubitativo y se rascó la cabeza—. A ti te responde antes que a mí, yo nunca consigo entender lo que dice.

—Créeme que si no quisiera que estuvieseis aquí te lo haría saber sin que te quedaran dudas.

Las luces se apagaron de repente y la temperatura de la habitación bajó hasta sentir que el aliento se me congelaba. Luego todo volvió a la normalidad y las luces se encendieron de nuevo.

Como señal, era inequívoca.

—Vaya, está claro que ahora sí lo he entendido.

Le sonreí cuando se puso de pie para marcharse.

—Anda, ve. ¿Has encontrado condones como te dije?

Se sonrojó de un color más intenso que el de su pelo y me reí bajito.

—¡Es nuestra primera cita! —explicó un poco avergonzado.

—Ya, pero contando con el tiempo que hace que no follas…

—¡Bibian!

Estaba claro que no le gustaba hablar de su vida sexual conmigo. Pero a él bien que le gustaba hurgar en la de todos los demás.

—Vale, haz lo que quieras.

Pensaba que no pasar con las personas que te importaban todo el tiempo que pudieras era una pérdida de tiempo, pero bueno… ¿quién era yo para dar consejos?

—No olvides que soy un caballero —dijo, poniéndose muy digno él.

—Sí y que no tienes ni pizca de vergüenza tampoco se me olvida.

Bufó y se marchó sin decirme nada más.

Me quedé trabajando, intentando olvidarme del dolor de mi corazón.

En la casa nos habíamos quedado todas las mujeres que habíamos sido parejas de los ángeles, es decir, Kate y Marian me hacían compañía en el inmenso castillo, que ahora, sin risas de hombres y sonidos de entrenamientos o batir de alas, parecía escandalosamente silencioso y más grande que nunca.

Había pensado volver a mi casa ya que, al parecer, ya no había nada ni nadie que nos siguiera ni que intentara atentar contra nosotras, así que, sin Asier, no tenía demasiadas ganas de quedarme allí, ya que era un recordatorio constante de lo que faltaba en mi vida y que cada vez tenía más dudas de que pudiese recuperar.

¿Qué iba a hacer con mi vida sin él?

¿Qué iba a pasar con nosotros?

Me acaricié el vientre, aún plano, para intentar consolarme un poco de la pérdida que sentía en mi corazón, que ahora sentía como un hueco oscuro y frío, sin nada que paliara el dolor de la pérdida. Saber que Marian y Kate estaban allí conmigo en cierto modo me reconfortaba un poco. Ellas habían sido las que me obligaron a levantarme por las mañanas y seguir luchando y las que intentaban darme ánimos para que no me rindiera.

—Asier te quiere más que a nada en el mundo —me recordó Kate hacía unos días, mientras me obligaba a cenar algo, más por contentarlas a ellas que por apetito—. Me niego a pensar que no va a hacer todo lo posible por volver contigo.

—Si es que puede hacer algo —me oí decir.

No podía evitarlo, estaba completamente negada a sentir cualquier tipo de esperanza.

—Encontrarán la manera —secundó Marian. Estaba demacrada y aún se recuperaba del enorme gasto de energía usada en la batalla—. Creo que Anthony no va a querer quedarse allí, aunque no sea por mi causa —aclaró para no dar la idea de pretenciosa. Al fin y al cabo, solo llevaban juntos poco más de una semana—. Sé que si vuelve no será por mí.

Se ruborizó y agachó la cabeza como queriendo desaparecer, le sonreí a mi pesar.

—Nunca había visto a Anthony tan interesado por una mujer. Ten por seguro que buscará la manera de volver para estar contigo.

Sonrió, solo un pequeño atisbo en la comisura de sus labios, pero me bastó para saber que le había devuelto un poco de la fe que debía tener en sí misma.

—Aplícate el cuento —me dijo Kate, seria—, y come, que no te veo

comer nada.

Marco se rio al ver que su madre me reñía.

Tuve que sonreír yo también.

Sin lugar a duda, me alegraba mucho de estar allí con ellas.



Bibian

Unos días después me obligué a cogerle el teléfono a Zacarías, mi exmarido. Ya suponía lo que quería, pero, de todos modos, sabía que no podía pasarme la vida evitándolo. Si lo conocía bien, sabía que era insistente. Así que decidí cogerle la llamada y enterarme de lo que quisiera decirme para poder quitármelo de encima.

No me apetecía hablar con él, pero como ya me habían dicho las chicas, no podía seguir escondiéndome y debía intentar volver a mi rutina de todos los días para no estar rumiando mi pena durante un día tras otro.

Por un momento pensé que volver a trabajar con él era una manera de volver a mi rutina diaria.

—Dime.

No necesitaba endulzarle nada.

—Eh… ¡hola! —Al parecer no esperaba que le cogiera el teléfono.

—Hola, Zac.

De verdad que no me apetecía mantener ninguna conversación cordial con nadie.

—Bibian, no sé qué decirte, me enteré de lo que ha pasado con los ángeles… —Como no dije nada continuó—. ¿Estás bien?

No, no lo estaba.

—¿Qué quieres, Zac? —Estaba a punto de colgarle, así que esperaba que se diese prisa en contarme o pedirme lo que fuera que necesitase.

—Bien, como veo que no quieres compasión iré al grano —Mejor así —, necesito que me hagas nuevas drogas.

—No.

Estaba visto que no esperaba esa contestación.

—¿No? Espera…, ¿por qué no? —Parecía totalmente desconcertado.

¿De verdad no lo entendía?

—No estoy en condiciones de hacer nada ahora mismo, Zac. Lo

siento.

—Nena, sé cómo debes sentirte, pero esto es trabajo y dinero.

Contando con que mientras vivía en el castillo no necesitaba dinero para nada y ya había decidido volver a trabajar en la floristería desde el día siguiente, no me apetecía volver a fabricar drogas. Me recordaba demasiado lo que le sucedió a mi hermana y todo por crear una mierda de droga.

—Lo sé, pero…

—Venga ya, Bib, sabes que siempre te ha gustado trabajar y esto no te ocupará mucho tiempo. Sabes que te pagaré bien.

Me conocía lo suficiente como para saber que en el fondo no podía negar nada que tuviera que ver con el trabajo.

Recordé lo mucho que se había enfadado Asier la última vez que fabriqué drogas para el fumadero, pero ahora no estaba allí y mi vena indomable me hizo rebelarme de todo lo que sabía que a él no le gustaba que hiciera.

¡Si no quería que trabajara, que se hubiese quedado conmigo!

No pensaba dejar de hacer cosas porque a él no le gustaban, sobre todo cuando ni siquiera estaba allí para recriminarme.

Una perversa satisfacción al pensar en lo mucho que a él le molestaría enterarse de que volvía a trabajar con mi exmarido, me hizo aceptar. Ahora que mi barriga aún no se me notaba y no me impedía hacer una vida normal, decidí aceptar su trabajo. Ya tendría tiempo de quedarme en casa cuando mi embarazo fuese más evidente. Y era verdad que trabajar me entretendría.

—Vale —acepté con su suspiro—, ¿lo mismo de siempre?

—¿Puedes hacer algo nuevo? No sé… ¿algo con unicornios, por ejemplo?

Hacer drogas nuevas equivalía a tener que dedicarle más tiempo de lo que pensaba, pero bueno.

—Le daré una vuelta. —Era lo único a lo que iba a comprometerme.

—Vale. ¿Me llamas cuando lo acabes?

—Claro. Dame unos días.

—Cuando vengas a traerme las drogas tengo algo que proponerte.

Su tono misterioso me hizo entrecerrar los ojos, pensativa. No me dio buena espina, pero decidí que no iba a dedicarle más tiempo del necesario.

—Vale. Hablamos.

—Cuídate.

Y colgó sin más.

—¿Zacarías vuelve al ataque?

Me volví para mirar la puerta por donde Kate acababa de entrar. Ni siquiera la había oído llegar.

—Ya lo conoces. Nunca da una batalla por perdida.

Se acercó a mí y olisqueó lo que estaba moliendo en el mortero.

—¿Cómo estás? —Su cara triste me indicaba que lo estaba pasando igual de mal que yo.

Se encogió de hombros ante mi pregunta. Sabía que delante del niño no quería mostrarse triste, pero sabía que se sentía igual de desolada que yo por la marcha de Miguel.

—Hay días que se me hacen muy cuesta arriba y Marco no me lo pone nada fácil. Está más difícil que nunca. Está visto que también lo echa de menos. Ya no sé qué decirle para contentarlo.

Se sentó en el taburete que había junto a mí y se enjugó casi con rabia una lágrima que le cayó por la mejilla derecha.

—Todo se arreglará —dije, y me pregunté desde cuando era tan mentirosa. Yo no tenía claro que fuesen a volver, sobre todo Asier, que tenía los mismos motivos para quedarse allí que para volver conmigo.

Mi corazón se quejó y me obligué a respirar para mantener el control.

—¿Has visto a Marian? —me preguntó ella mientras cogía otro mortero y buscaba las plantas para ayudarme con lo que estaba haciendo.

—En la Torre Oscura. Al parecer, Theodore la ha mandado llamar a través de Walter.

El hechicero era el único que no había querido quedarse en el Castillo esperando la vuelta de Mika. Nos dijo que tenía que ir a la Torre a trabajar todos los días y que prefería quedarse en su casa. Entendía que no quisiese quedarse con tres mujeres que se pasaban el día lloriqueando por los rincones. Ni yo misma querría estar aquí…, por lo menos a ratos. Vernos aún hacía más presente la ausencia de los ángeles.

¡Qué mierda todo!

—Espero que ese brujo rancio no esté maquinando nada ahora que no está Asier para detenerlo.

Eso esperaba yo también.



Theodore Grant

Yo era Theodore Grant y no permitía que nadie me llevara la contraria o que no se hiciese lo que quería.

Ser el Hechicero jefe de una ciudad como Chicago me dejaba en una posición en la que eran estudiadas con lupa todas mis decisiones, así que controlar todo lo que pudiera hacerme vulnerable era algo de vital importancia. No podía permitirme ningún cabo suelto ni nada que perjudicara mi posición, tan vulnerable desde que todas las Profecías habían llegado a cumplirse.

Que Bibian estuviese embarazada, y que fuese a tener al que se consideraba el brujo más poderoso de todos los tiempos, me dejaba en una situación más que vulnerable, sobre todo si yo no tenía el control de ese bebé no nato o de su impredecible madre.

Aunque conocía a Bibian Shade e incluso había luchado con ella, no podía decir que fuésemos amigos ni que ella tuviese el más mínimo deseo de ponerse a mi disposición, ¿verdad?

Miré de nuevo a Walter, que estaba sentado en una de las sillas de su despacho desde primera hora de la mañana intentando encontrar un plan de acción.

—¿Es seguro que los ángeles no van a volver? —Ya había perdido la cuenta de las veces que le había hecho la misma pregunta.

—Nadie puede garantizar eso —contestó, mirándome con cansancio.

Sí, sabía que podía ser muy pesado, pero los dos éramos conscientes de que eso era de vital importancia.

—¿Podemos hacer que venga aquí?

Walter me miró con una ceja alzada, pero, de todos modos, quería oír su respuesta, así que lo insté a que me contestara.

—¿Por qué motivo? No se fía de ti. Ni de mí, ya puestos —me recordó con seriedad—, así que dudo mucho que vaya a presentarse

aquí por mucho que se lo pidas.

—Pero ¿no sale del castillo ni nada parecido?

—No, que yo sepa.

—*No que tú sepas* no es una respuesta. —Me pasé las manos por el pelo con frustración. Joder, ¡qué complicado todo!—. Necesitamos estar al tanto de todo lo que haga. ¿No podías quedarte allí con ella y estar al tanto de todo lo que haga?

—Theodore, haga lo que haga —me recordó con cansancio—, no podemos secuestrarla y traerla aquí. ¿Ya has olvidado el poder que tiene? Nadie puede enfrentarse a ella, nadie es tan poderoso o idiota.

—Pero necesitamos tenerla vigilada y de nuestra parte, si es posible.

Se rio con sarcasmo.

—Sí, bueno, suerte con eso. Quemamos nuestras posibilidades cuando la secuestraste y torturaste tanto a ella como a Marian. Todo lo que intestes acercarte a ella cantará a leguas, así que yo no intentaría nada por ahora. El bebé aún tardará en nacer, así que ella no irá a ninguna parte.

—Quiero que la tengas vigilada —le recordé de nuevo— y que me mantengas al tanto de todo lo que hace. Y quiero saber a dónde va si sale de ese maldito castillo en algún momento.

—Vale.

—Múdate a vivir con ellas, si es necesario. Tú podías hacer eso, ¿no? Pues hazlo. Pégate a ella y mantenme informado. Y ahora largo de aquí.

Le señalé la puerta con impaciencia.

¿Por qué era todo tan jodidamente complicado?



Bibian

—Ha vuelto Walter. —Martin entró en el dispensario donde estaba trabajando esa mañana, días después de su cita con Nahalla, de la que apenas había podido conseguir que me contara nada—. Y parece que viene para quedarse. Trae maletas y todo.

Eso sí que era raro.

Se había negado cuando lo invitamos a quedarse con nosotras después de la marcha de Mika, alegando tener mucho trabajo… y apenas lo habíamos visto desde entonces. Así que su vuelta era, cuanto menos, extraña.

Pero no era mi problema.

Esa mañana estábamos las tres mujeres allí metidas. Kate me ayudaba con la preparación de las drogas y Marian estaba estudiando un libro de hechizos, o eso me dijo cuando le pregunté.

Marian me miraba con las cejas levantadas.

—¿Por qué ha decidido volver ahora? —Sus ojos curiosos me miraron con seriedad y yo me encogí de hombros con indiferencia.

¿Tenían que importarme sus motivos?

—A lo mejor nos echa de menos —contesté con sarcasmo.

—A lo mejor —asintió Kate, soplándose el flequillo para apartárselo de la cara—. Posiblemente no pueda vivir sin nosotras.

—En eso tienes razón.

El inglés entró por la puerta abierta y nos sonrió al vernos a las tres allí dentro trabajando.

—Seguro que sí —contesté yo, deteniendo lo que estaba haciendo para admirar su aspecto impecable, como siempre.

—He decidido venir con vosotras. Al fin y al cabo, estáis aquí solas.

—No somos damiselas indefensas —le recordó Marian con frialdad.

Estaba claro que seguía sin fiarse de él.

—Él sabe de lo que somos capaces, ¿verdad?

Miré a Martin, sorprendiéndome de ese tono frío que usaba algunas veces y que conseguía ponerme los pelos de punta. Estaba claro que su tamaño no correspondía con el poder que tenía.

—Por supuesto que sí —Le sostuvo la mirada a Martin sin inmutarse—, pero como ahora los ángeles no están, he pensado que quedarme aquí con vosotras no era mala idea —Me miró de pronto—, al fin y al cabo, mi pareja también se ha marchado dejándome igual de abandonado que a vosotras.

Me pregunté de nuevo qué tipo de relación había mantenido con Mika en el tiempo que habían estado juntos. Ninguno de los dos contó nada al respecto y se habían cuidado muy mucho de ninguna muestra de afecto en público. Pero, aun así, todos sabíamos que había algo entre los dos y supuse que también podía sentirse igual de mal que nosotras por su marcha. O también podía ser que tuviera planes ocultos para querer quedarse aquí. Fuera como fuese, era mejor tenerlo cerca y poder mantenerlo vigilado.

—Si quieres quedarte, eres bienvenido. —Yo no era nadie para decirle lo contrario—. Pero sabes…

—Que no nos fiamos de ti —terminó de decirle Martin.

Lo miré fulminándolo con la mirada y el duende se encogió de hombros sin alterarse lo más mínimo.

—Ya lo supongo, pero no tengo motivos ocultos para quedarme con vosotras. De verdad, Bibian.

No le creí, pero daba igual; lo mantendría vigilado y punto.

—¿Puedo ayudarte con eso?

Señaló el mortero donde machacaba los ingredientes para una de las drogas del fumadero. Me limpié el sudor de la frente con el antebrazo. El verano estaba a la vuelta de la esquina y dentro del castillo ya se notaba el calor. En la habitación donde estábamos, en la que ni siquiera tenía ventanas, con cuatro adultos allí metidos y un pequeño duende, el ambiente se empezaba a sentir sofocante. Y las lumbares me estaban matando.

Aunque el embarazo no se me notaba todavía, mi espalda se quejaba cuando pasaba mucho tiempo de pie.

—No deberías inhalar los vapores del mortero —opinó Walter cuando me relevó en el trabajo que hacía mientras yo me sentaba e intentaba estirar un poco la espalda.

—Lo sé, de todos modos, esa en particular no es nociva.

—La que coloca es esta con la que trabajo yo —explicó Kate con una pequeña risita. No supe si era o no por los vapores mencionados.

—¿Qué te ha pedido Theodore que hagas aquí, exactamente? —le pregunté cuando en un momento dado nos quedamos los dos solos terminando de recoger y limpiar la habitación.

Me miró unos segundos antes de responder.

—Veo que no se te escapa una —reconoció con un suspiro. Dejó lo que estaba haciendo para mirarme unos segundos con intensidad. Su pelo castaño rojizo lo llevaba algo más largo de lo que solía y se lo apartó de la cara con impaciencia.

—Los dos sois muy fáciles de leer.

—Ya, le dije que no iba a engañarte con la idea de volver a la casa para haceros compañía.

—Aun así, sigues haciendo lo que te pide.

Me miró unos segundos antes de continuar con el paño mojado con el que limpiaba la mesa con minuciosidad.

—Mejor yo a que mande a otro en mi lugar, créeme.

—¿Qué es lo que te ha pedido que hagas?

—Como sabe que no vas a ir a La Torre para reunirte con él, quiere saber los pasos que das, y si son fuera de estas paredes, mejor.

—¿Por qué?

—¿Tú por qué crees? —me preguntó volviéndose de nuevo a mirarme.

—Por el bebé. Pero aún falta mucho para que nazca.

—El saber es poder, ya deberías conocerlo mejor.

—Pero ya no hay nada que nos amenace. —Entonces lo entendí—. Quiere al bebé para usarlo como arma si fuera necesario.

No podía creer que pudiera ser tan desarmado de querer usar a un bebé en su propio beneficio.

—No anhela nada más que el poder que el bebé puede ofrecerle.

—Jamás le pondrá sus manos encima. —Ya me encargaría yo de eso.

Walter asintió con la cabeza.

—Le prometí a Asier que estaría de vuestro lado. De tu lado —matizó—, y por eso es mejor que sea yo quien esté vigilándote antes de que mande a otro de sus brujos con menos escrúpulos. Conmigo estás a salvo, Bibian, y el bebé también. Cuidaré de vosotros hasta que vuelva su padre.

Parecía sincero y oír el nombre de Asier en sus labios me recordó que seguía sin volver conmigo y volví a preguntarme si alguna vez volvería a verlo.



Bibian

Tres meses desde la marcha de Asier.

Que los ángeles se marcharan, aparte de dejarnos desolados a los habitantes del Castillo Blanco, habían dejado desprotegida a la ciudad. Una ciudad que llevaba siendo protegida por los ángeles cientos de años.

Y no era una ciudad cualquiera.

Chicago siempre había sido conocida por sus mafiosos, traficantes de drogas, armas y trata de personas. Una ciudad que parecía atraer a los delincuentes como un imán. Era como si las entrañas de la urbe estuviesen corrompidas y solo atrajera a sus calles el mal en todas sus peores versiones.

Ahora las calles estaban patrulladas por humanos, pero estaba claro que no daban abasto para restablecer el orden. Aún con los ángeles, Chicago había sido una ciudad donde el mal intentaba abrirse paso sin descanso, aunque ellos la vigilaban como una madre a un recién nacido, nunca lo habían podido erradicar por completo. Ahora… Los robos a negocios, los asaltos a la luz del día, la prostitución vestía las esquinas de mujeres semidesnudas y las drogas se vendía con impunidad a las puertas de los colegios, en la mayoría de los bares y garitos sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo.

—¿Es cierto que te ha mandado a llamar el alcalde? —me preguntó Walter, que me esperaba en el descansillo de la escalera.

Me acompañaban Martin y Marian, ya que según estaba la ciudad de peligrosa no me atrevía a ir sola a ningún sitio. Aunque podía defenderme por mí misma en un ataque cuerpo a cuerpo, nada podía hacer si alguno de los locos que andaban sueltos por la ciudad le daba por ponerse a pegar tiros por la calle.

—Voy a reunirme con él ahora.

—¿Puedo ir con vosotras?

Que se ofreciera no me sorprendió demasiado, aunque no podía evitar dudar de sus intenciones.

—Somos muy capaces de mantenerla a salvo —le soltó Martin, que seguía sin saber lo que era la sutileza.

—Sobre todo, tú —le chinchó Walter sin mirarlo siquiera.

De repente la habitación se oscureció y Walter fue lanzado hasta el otro lado de la habitación hasta chocar con la pared de piedra del fondo. El cuadro que había cayó al suelo con estrépito. Miré al duende, que a simple vista no parecía ser el causante de la agresión. Pero la sonrisita canalla que tenía en la boca lo delataba.

—¿Decías? —soltó con sarcasmo.

—Vale, lo pillo —aceptó Walter, incorporándose y recolocándose la ropa para volver a dejársela bien puesta.

—Ya deberías conocerlo —le recordé con una sonrisa.

—Ya, perdona. ¿Puedo ir con vosotros?

Miré a los demás, que asintieron con indiferencia.

Un coche pitó en la puerta.

—El taxi acaba de llegar. ¿Nos vamos?

El alcalde nos recibió en su despacho. Un lugar enorme y sorprendentemente sobrio respecto a decoración. Había un cuadro con un paisaje del *skyline* al anochecer y una planta en un rincón, a la que hice crecer con mi magia hasta dejarla exuberante. No pude evitarlo, se estaba secando.

El alcalde abrió los ojos, sorprendido, supuse que nunca había visto a una bruja usar su magia, y luego me sonrió mientras se acercaba a mí con una enorme sonrisa para saludarme con un fuerte apretón de manos. Parecía cansado y estaba más envejecido que la última vez que lo vi.

—Me alegro de verla, señorita Shade, y me disculpo por haber abandonado un poco las plantas del ayuntamiento.

Supuse que él no era el encargado de regar y cuidar las plantas, pero, de todos modos, sus palabras me gustaron.

—Roger, es un placer volver a verlo. —Me alegré de recordar su nombre—. Ellos son Marian y Walter… y él es Martin, creo que lo conoció en su faceta de humano.

El alcalde los saludó a todos mientras miraba a Martin sin ocultar su desconcierto.

—Recuerdo vagamente de la fiesta a un hombre con su color de pelo y sus ojos.

No me extrañaba que lo recordara, ese pelo de un naranja chillón era difícil de olvidar. Recordé con nostalgia a la versión del Martin humano, que me abrazaba con fuerza y que siempre estaba sonriendo.

Ese Martin siempre me recordaría a Asier y al resto de los ángeles. Tragué el nudo de emociones que se me formó en la garganta para evitar echarme a llorar.

—Sí, ese era yo —soltó con orgullo el duende mientras se sentaba encima de la mesa delante de mí, como si quisiera protegerme de un ataque repentino.

—Bueno —El alcalde nos pidió con un gesto de mano que nos sentásemos y él lo hizo en el otro lado del escritorio—, ante todo quería deciros lo mucho que siento la marcha de los ángeles de esa manera tan… repentina. ¿Creo recordar que estabas embarazada?

Asentí con la cabeza y permanecí en silencio porque no sabía bien qué decir.

¿Me mandaba llamar para lamentarse por la marcha de los ángeles? No, estaba segura de que había algo más de fondo.

—Bibian, supongo que ya saben la situación tan difícil en las que se encuentran nuestros cuerpos de seguridad ahora que no están los ángeles para mantener el orden. —Nos observó con detenimiento a todos—. Quería preguntarles si han tenido alguna noticia sobre ellos en este tiempo. Nosotros recibimos un mensaje cuando se marcharon, pero ya no hemos recibido nada más.

Me quedé helada mientras procesaba sus palabras.

—Perdón… ¿ha dicho que recibió un mensaje de ellos cuando se marcharon?

No debía haberlo oído bien, ¿verdad?

—Claro, mire… —Roger me enseñó una especie de ¿papiro? de algo parecido al papel, pero que no lo era, en el que aparecía un mensaje.

«Las tropas celestiales han cumplido con su misión en la tierra, le mandaremos noticias llegado el momento sobre decisiones futuras. Asier».



Bibian

Sentí una ira tan intensa y un dolor tan profundo que ni siquiera supe cómo volvimos al castillo sin haberle prendió fuego al taxi en el que nos movíamos desde que los ángeles habían dejado de ser nuestros taxistas particulares.

—Déjalo salir —sugirió Walter cuando estábamos en el patio del castillo, donde habíamos entrenado meses atrás casi todos los días y que ahora se estaba llenando de malas hierbas por el desuso.

No me lo pensé demasiado porque mi magia burbujeaba dentro de mí como el agua de una tetera puesta al fuego.

Grité con fuerza mientras una enorme llamarada salía de mi interior para calentar las piedras del fondo del patio, que ya estaban ennegrecidas por hacer esto de vez en cuando.

Sabía que mis amigos, con Walter incluido, esperaban detrás de mí, a una distancia segura a que se me pasara el dolor que me había provocado que la magia de mi interior se desbordara de esta manera… otra vez.

¿Cómo había podido mandar un aviso al alcalde y no haberme dicho ni una sola palabra? No lo entendía, por más vueltas que le daba no podía entenderlo. Debía saber de primera mano todo el dolor que sentía por su ausencia. Lo que estaba sintiendo por la angustia de no saber si volvería a verlo o si lo nuestro se había acabado para siempre. Antes pensaba que él debía estar tan destrozado como yo por nuestra separación, pero ahora…

Cuando ya no quedaba más fuego en mi interior me dejé caer al suelo y allí me quedé llorando sin saber qué iba a ser de mi vida de ahora en adelante.

—¿Bibian?

Ni siquiera miré a Martin cuando revoloteó y se sentó delante de mis pies un rato más tarde.

No sabía la hora que era, pero el sol que ya calentaba indicando la cercanía del verano, me acariciaba las mejillas y me había calentado la cabeza y el pelo.

—Estoy seguro de que tiene una explicación para no haberse puesto en contacto contigo, ¿no crees?

Sé que intentaba animarme, pero ya no había nada que lo hiciera.

Estaba cansada de esperar a que volviese con nosotras. A pesar del montón de dudas que tenía, ahora me enteraba de que sí había mandado notificaciones a algunas personas, menos a mí.

¿Qué se suponía que debía pensar?

—Ya no sé qué creer.

—Dudo mucho que ese ángel pomposo haga algo sabiendo el daño que te puede causar. Aunque nunca me ha gustado demasiado, sé que te ama.

Me reí por su manera de nombrarlo. Ya no recordaba lo que Martin pensaba de él los primeros días.

—¿Ángel pomposo?

Martin se rio bajito, casi como un gorgoteo que me hacía reír siempre que lo oía.

—Bueno, ya sabes. Es lo que he pensado siempre de él. A veces se sacaba el palo del culo y parecía buena gente, pero bueno…

—Ya sabes lo que te diría si estuviera aquí —le recordé con tristeza.

—Eres un maldito bocazas, Martin —soltó, intentando poner la voz ronca de Asier.

Me reí más fuerte y el duende se acercó a mí y apoyó su cara en mi pierna en un intento de darme un torpe abrazo.

—Todo se aclarará y volverá cuando menos lo esperes. Ya verás.

Marian se asomó a la puerta del patio.

—Bib, es la hora de comer. ¿Vienes?

Agradecí que me hubiesen dejado mi espacio cuando comprobaron que no me pasaba nada. Todos se había marchado a hacer lo que fuera que estaban haciendo, dejándome en el patio sola hasta que me hubiese repuesto.

—¿Vamos? Tengo hambre —Martin se levantó y comenzó a elevarse hasta ponerse a la altura de mi cara.

—Tú siempre tienes hambre.

Me levanté y nos movimos juntos.

—Ya bueno, debo estar en la edad de crecimiento o algo así.

—¿Tras setecientos años? —No pude evitar burlarme de él.

Se encogió de hombros, algo avergonzado y entré con él en el castillo.

—¿Iremos esta tarde al ginecólogo a ver al bebé?

—No, que distraes a mi ginecóloga.

Porque eso era lo que hacía. El primer día que aparecí allí con

Martin, Fuensanta, que así se llamaba la mujer, no había dejado de hablar con él ni un solo segundo, interesándose por todo lo relacionado con él y con la magia que tenía.

—Prometo quedarme en silencio.

—¿Tú en silencio?

Me siguió al interior sin querer cambiar de tema.

—Quiero ver a mi ahijado, a lo mejor hoy ya se le ve la polla.

—¿La polla? —Lo miré escandalizada—. ¿En serio?

—¿Cómo quieres que lo llame? ¿Colita? ¿Gusanito? Tendrá un pollón como salga al padre… o al padrino —añadió el muy sinvergüenza.

Posiblemente fuese verdad, pero incluso así…

—Tendrá un pene como tenéis todos los varones.

Bufó, porque sí, porque él era así.

—Bueno, llámalo como quieras, pero quiero ir a verlo.

Me calle, porque sí, porque yo también quería que me acompañara a ver a mi fututo bebé.



Kate

Seis meses desde la marcha de Asier.

Cuando la pareja que tienes se marcha sin apenas poder despedirse de ti, te deja una herida en el corazón que no puedes cerrar de ninguna de las maneras. Así me sentía yo desde que Miguel tuvo que marcharse con el resto de los ángeles ante la llamada de Dios.

Lo peor de todo era saber que se había marchado sin desearlo y que no tenía ni idea de si volvería a verlo.

Todas las mujeres, pareja de los ángeles, y Walter, seguíamos viviendo en el Castillo Blanco, la que había sido la casa de ellos desde que se les destinó a la tierra hacía casi quinientos años, pero tenía que reconocer que nada era igual sin ellos.

Hasta la propia casa, embrujada desde hacía siglos, parecía echarlos de menos.

Nosotras sobrevivíamos a duras penas intentando volver a la vida que teníamos antes de conocerlos, pero no estaba siendo nada fácil.

Parecíamos almas en pena deambulando por una casa que no era la nuestra sin saber bien lo que nos esperaba.

Habíamos hablado de volver cada uno a nuestra casa, ya que no tenía demasiado sentido seguir viviendo allí, pero la ciudad se había vuelto peligrosa y parecía más sensato que siguiéramos juntas en vez de separarnos. Era una manera de no sentirte tan desgraciada o eso me parecía a mí.

Además, Bibian estaba en su último mes de embarazo y todos, sin excepción, nos negábamos a dejarla sola.

Ella era la que peor llevaba la separación.

Podíamos sentir su pena y su furia manar de su cuerpo como el perfume de una flor y nos negábamos a separarnos de ella. A veces sentía que nuestra presencia no era suficiente para consolarla, pero

era lo único que podíamos hacer por ella.

El único al que la vida le sonreía era a Martin, que estaba eufórico desde que había vuelto a su cuerpo de duende, ya que ahora cortejaba a Nahala como el caballero que decía ser. De manera lenta… Tan lenta que estaba segura de que hasta la propia duende se estaría aburriendo con tanta lentitud.

—¿Me estás diciendo que todavía no la has besado? —No podía creérmelo.

Estábamos las tres mujeres trabajando en las drogas que Bibian hacía de nuevo para el fumadero de su exmarido. Las tres nos quedamos mirándolo perplejas.

—Tengo miedo de ir demasiado rápido.

Bibian lo miró sin querer reírse, ya que Martin se ofendía con rapidez.

—¿Seis meses no es tiempo suficiente para haber besado a una mujer? ¿Estás seguro? —dijo, evitando la burla en todo momento.

—Las cosas de palacio van despacio —soltó él, fulminándonos con sus pequeños ojos azules, intentando ver si alguna nos atrevíamos a reírnos en su cara. Agachó la cabeza, avergonzado—. Vale, sí, la he besado… mucho.

—Menos mal —solté antes de darme cuenta, Bibian se rio bajito y miró a Marian, que también se estaba riendo.

—Si ya la has besado… mucho, ¿cuál es el problema? —Me agaché para ponerme a su altura y él se movió nervioso.

A veces parecía que estaba hablando con mi hijo de lo inocente que era. No me extrañaba en absoluto que su pureza era la que había tenido que cerrar el portal meses atrás.

Como era un tocapelotas de manual, no supimos vislumbrar el alma pura que tenía en su interior. Desde entonces no podía evitar mirarlo con otros ojos. Y desde que se había echado novia andaba como alma en pena por los pasillos de la casa, algo que se suponía que lo debía alegrar. Pero así era él y por eso lo quería tanto.

—No he follado nunca con una mujer. —Se sonrojó de manera adorable.

—¿Cómo? —Bibian fue a colocarse a mi lado, pero gimió y se incorporó con cara de dolor—. No puedo agacharme. —Me obligó a hacerme a un lado para poder colocarse frente a Martin y verlo mejor —. ¿Tienes… *chorrocientos* años y no te has acostado con una mujer? ¿En serio?

—He estado encerrado toda mi vida adulta, lista —se defendió con voz estridente.

Estuve pensando en eso, porque era verdad.

—¿No aprovechaste tu temporada como humano? —preguntó Marian.

—¿Con la que teníamos encima? —se excusó, y entendí que era cierto.

No había sido momento de salir a ligar cuando los demonios nos amenazaban y luego pasó lo de la muerte de Nathaniel.

—Eso es verdad —reconoció Bibian y volvió a sus quehaceres de moler en el mortero los ingredientes con los que estaba trabajando.

—Y tú no deberías volver a trabajar para *el fumao* de tu exmarido.

—Necesito trabajar —dijo, moliendo sin levantar la vista.

Martin me miró y me encogí de hombros como diciéndole: ¿qué vamos a hacer?

—A Asier no le gustará que vuelvas a trabajar con él.

Le indiqué al duende con la cabeza que no era buena idea nombrarle al ángel. Cada vez que se le nombraba se ponía de mal humor, así que últimamente evitábamos hablarle de él.

—Él no está. Si quiere que deje de trabajar que venga y me lo diga —soltó brusca.

—Bib —El duende revoloteó hasta colocarse junto al mortero para obligarla a mirarlo—, si no ha vuelto todavía es porque no ha podido. Eso lo sabes, ¿verdad?

Ella levantó la vista sin ocultar el mal humor que le entraba al hablar de él.

—Yo ya no sé nada —murmuró entre dientes.

—No seas tonta. Ese ángel pomposo te quiere más que a su vida.

—No lo tengo tan claro y, por favor, no vuelvas a hablarme de él.

El duende no le hizo ni caso.

—Volverá cuando menos lo esperes. Vuestro vínculo sigue intacto, ¿verdad? —Bibian miró el tatuaje de su muñeca con nostalgia y asintió sin decir nada—. Pues ahí lo tienes.

—Te recuerdo que una vinculación no puede romperse —dijo Marian comprobando lo caliente que estaba el agua antes de ponerse a mezclar ingredientes con sumo cuidado.

—No estás ayudando —susurró el duende en voz baja como si no pudiésemos oírlo.

—Sé lo que significa el vínculo —dijo, volviendo al trabajo—, pero no necesita romperlo para decidir no volver a la tierra.

Y en eso tenía toda la razón.

Me pregunté de nuevo qué estaba sucediendo para que ninguno hubiese vuelto todavía ni hubiesen dado ninguna señal de vida.

Bibian estaba terriblemente dolida porque Asier se hubiese comunicado con el alcalde y no con ella. Y por más que me pesara, reconocía que tenía toda la razón.



Zacarías

Volví a mirar a Bibian, que me explicaba con sumo detalle, como si fuese un profesor de colegio, las nuevas drogas que me acababa de entregar. La observé con la tranquilidad de conocerla desde hacía muchos años. Bibian había sido mi mujer y en su momento nos quisimos mucho, siendo lo mejor de mi mundo, porque si algo tenía Bibian era que se colaba en el corazón de la gente con suma facilidad, como si ese siempre hubiese sido su lugar.

Mis trabajadores del fumadero la adoraban, todos por igual. Ella los había tratado durante un tiempo, cuando estábamos casados venía por las tardes a ayudarme con el negocio y le bastó para ganarse la lealtad de todo el mundo. Yo fui lo suficientemente tonto como para liarme con una de mis trabajadoras y, por supuesto, Bibian se enteró. Todos la apreciaban tanto que le fueron con el chisme en cuanto algunos de mis hombres de confianza se enteraron de lo que pasaba. Prefirieron enfrentarse a mí antes de dejar a mi mujer en la ignorancia. Ese nivel de lealtad provocaba en la gente.

Y ahora no parecía ser distinto, ya que la acompañaban dos hechiceros de la Torre Oscura a los que no conocía, pero que me observaban con la misma curiosidad con que yo los miraba a ellos.

—¿Tus nuevos guardaespaldas?

Bibian ni los miró; se encogió de hombros con indiferencia.

—Por la noche hay toque de queda —me recordó el hechicero de pelo castaño. Iba tan bien vestido que me recordó al capitán de los ángeles. Estaba visto que mi mujer tenía un gusto exquisito con los hombres. Me gustaba saberme en ese selecto grupo.

—Ya le dije que la mandaría a casa con mis hombres —le aclaré a Walter, creía recordar que se llamaba.

El tipo se encogió de hombros con indiferencia.

—No necesito tus hombres —me recordó Bibian mirando unos

segundos a sus dos guardianes, que estaban colocados junto a la puerta, supuse que para evitar visitas indeseadas.

—¿Puedo hablar contigo en privado?

—No —soltaron los dos hechiceros a la vez dando un paso adelante.

Por lo visto no parecían fiarse de mí.

Miré a Bibian y levanté una ceja, sorprendido.

—¿En serio, Bibian?

—Se nos ha hecho muy tarde —le recordó el hechicero.

—No te quitaré mucho tiempo —prometí sin apartar mis ojos de ella.

—Salid un momento. Tienes tiempo hasta que termine —dijo, y siguió sacando drogas y colocándolas sobre mi escritorio.

Los hechiceros salieron y dejaron la puerta entreabierta por si tenían que entrar con urgencia.

¿De verdad pensaba que iba a hacerle daño a mi exmujer con la que mantenía una relación laboral más que satisfactoria?

—Tú dirás.

—¿Puedes prestarme atención un momento?

Bibian suspiró, se sentó en una de las sillas que había delante de mi escritorio y me miró con impaciencia.

Allá iba.

—¿Sabes algo del capitán?

Negó con lentitud y, como la conocía, sabía que estaba preguntándose adónde quería llegar.

—¿Sabes qué harás después de que nazca el bebé?

Volvió a negar.

Tragué saliva y miré la puerta donde los dos hechiceros debían estar enterándose de todo. Supuse que Kate se había quedado en el castillo con Marco. Era el único motivo por el que no había venido para acompañar a su amiga. Otro ejemplo más de la lealtad que ella provocaba en la gente que la conocía.

—Ve al grano, Zac. A estas horas mis riñones tocan los tambores de la banda y solo me apetece tumbarme y comerme una vaca entera.

—Quiero que vuelvas a vivir conmigo. —Cerré los ojos imaginándome el tsunami que me arrollaría de un momento a otro. Como no oí ni sentí nada, volví a abrirlos con cuidado. Bibian me miraba como si no me conociese. Supuse que no se esperaba esa petición. Pero por más que me lo había estado negando, seguía enamorado de mi mujer como el primer día. Había sido tan idiota de acostarme con otra, pero Bibian siempre había sido la dueña de mi corazón y eso no había cambiado con el tiempo. Ahora que no estaba su pareja ni se esperaba su vuelta, pensaba jugar todas mis cartas—. Mira, te ofrezco un trabajo continuo si lo quieres. Supongo que en algún momento tendrás que dejar ese castillo en el que vives y

entonces estarás sola en tu casa y con un bebé. Yo sigo enamorado de ti —De perdidos al rio—, y me encantaría que tú y el bebé formaseis parte de mi vida. Nunca más estarás sola, Bib. Piénsalo. —Solo parpadeó sorprendida—. No hace falta que me contestes ahora.

—Yo estoy enamorada de otro hombre, Zac.

Como si no lo llevara escrito en la frente.

—Ya, bueno…, el tiempo lo cura todo, o por lo menos eso dicen.

Miré su vientre abultado que apenas cabía en el vestido premamá que llevaba. Sus ojos de dos colores aún me impresionaban cuando me miraban y que el poder del fuego se notase a través de su piel cuando respiraba, como si fuese un puñetero dragón, solo la hacían mucho más atrayente y peligrosa. Posiblemente no necesitara que nadie la defendiera. Había demostrado que era muy capaz de hacerlo sola. Las habladurías de lo que le hizo al demonio en el brazo cuando intentó llevársela de la fiesta habían sido la delicia de los cotilleos de la ciudad durante meses. Pero sabía que era infeliz. Sus ojos lo decían a gritos y yo estaba decidido a tenerla de mi parte, y al bebé que iba a tener. Y, entonces, yo sería al que debían que temer.

Sí, quería a Bibian conmigo por encima de todas las cosas.

—Me lo pensaré.



Bibian

Ya no sabía qué hacer con mi vida. Me sentía tan desconcertada como si me hubiesen quitado la alfombra de un golpe bajo mis pies. Intentaba mantener el equilibrio de mi vida para no desmoronarme por completo. Había perdido todo lo que amaba, a mi hermana; a Asier; y ahora ni siquiera podía abrir mi floristería por miedo a que las bandas callejeras que pululaban a sus anchas por la ciudad desde que los ángeles no estaban manteniendo el orden, me atacaran si la veían abierta. Solo me quedaban Kate y mis nuevos amigos… y el bebé, que parecía que quería nacer ya por lo que se movió en los últimos días.

Me sorprendí tanto de la proposición que me hizo Zacarias de volver a vivir con él, que no podía quitármelo de la cabeza. Era ridículo que me lo plantease siquiera, sobre todo, porque hacía mucho que no lo amaba. Ya se encargó él solito de romper nuestro matrimonio al acostarse con otra, pero, sobre todo, porque el vínculo que seguía teniendo con Asier no me dejaba pensar en nada más. Lo echaba tanto de menos que me dolía como una herida que nunca se cerraba. Ya había perdido toda esperanza de que él pudiese volver conmigo. Después de casi siete meses de ausencia, no había recibido ni una mísera señal de él ni de ninguno de los demás. Y esa espera lenta y sin noticias de Dios, nunca mejor dicho, era lo que me mataba lentamente.

—Que sepas que si te vas a vivir con ese idiota me mudaré contigo. Avisada estás.

Martin entró revoloteando hasta el despacho de Asier, donde me encontraba sentada mirando a la nada, contentándome solo con imaginármelo sentado allí, trabajando como hacía siempre. Si me concentraba un poco podía olerlo en el aire. Lo llevaba buscando en el ambiente desde que se fue, así que ya no había nada que oler, excepto el olor a limpio que la casa dejaba en todas las habitaciones.

—Deberías dedicarte a enamorar a tu duende e irte a vivir con ella.

Se posó en la mesa del despacho delante de mí para poder mirarme.

—Tonterías. Ella no se va a marchar a ningún sitio. —Me sorprendió la confianza en sí mismo que dejaba entrever algunas veces —. Y tengo que evitar que tú hagas una tontería.

—Conozco a Zacarías desde hace mucho tiempo —le recordé—. Él me ofrece un trabajo y un padre para mi bebé. ¿Te parece que no debo pensar en su propuesta?

—Ya tienes un trabajo que haces desde aquí. —Supuse que se refería a las pócimas que seguía haciendo por encargo, incluidas las drogas de Zacarías cada dos o tres meses—. Además, ni siquiera te hace falta el dinero. Tienes tanto que supongo que eres una de las personas más ricas de la ciudad.

Cuando Asier se marchó miré por primera vez en la caja fuerte que había en nuestra habitación, que sabía que Asier abría de vez en cuando. Me dejó apuntada la combinación por si en algún momento lo necesitaba si él no estaba por allí. Nunca imaginamos que iba a pasar justamente eso. La caja fuerte tenía tanto dinero que ni siquiera fui capaz de contarlo todo. No lo había usado. El coche del que hablamos de necesitar antes de marcharse estaba aparcado en un lateral de la casa y era con el que nos desplazábamos cuando teníamos que ir a algún lugar. Ironías de la vida, ahora echaba inmensamente de menos viajar volando entre los brazos de mi pareja.

¡Qué triste todo!

—Necesito recuperar mi vida y dejar de pasarme los días esperando, Martin —confesé, intentando no echarme a llorar.

Ya no quería seguir llorando. Quería pasar página y empezar de cero en cualquier otro lugar. Me estaba planteando mudarme a otra ciudad donde nadie me conociera y me señalara como la mujer despechada del capitán de los ángeles.

—Lo sé.

Ese día llevaba el cabello despeinado, cómo no, y vestía con unas pequeñas calzas de cuero y una sudadera celeste con capucha que le resaltaba el azul de sus ojos y el leve tono de su piel. Recordé lo guapísimo que era en su forma humana y ese recuerdo me trajo de nuevo a la mente a mi pareja y a lo celoso que estaba de nuestro amigo.

—Ya no sé qué hacer con mi vida, Martin. Si no empiezo a hacer cosas distintas me voy a volver loca. Esta espera…

Ahogué un sollozo y me tapé la boca con la mano, intentando recomponerme. No quería llorar otra vez. Sentía que llevaba llorando el último año de mi vida. Con la muerte de mi hermana, la de Nathaniel y ahora la marcha de Asier y todos los ángeles, me sentía vacía, con un hueco tan grande en mi corazón que pensaba que nunca

volvería a llenarlo.

Martin era alguien imprescindible desde que Asier se marchó. Se había convertido en un pilar fundamental en el que no temía apoyarme cada vez que lo necesitaba. Y él estaba encantado de ser todo mi mundo en estos momentos. Junto con Kate y Marian. No terminaba de fiarme de Walter, aunque hacía poco que se había mudado con nosotros.

—Te está matando. Nos está matando a todos, Bibian, solo tienes que seguir aguantando.

—¿Aguantar para qué? —A veces sentía tanta ira por lo injusto de la situación, que el fuego de mi interior empezaba a rebelarse—. Algo me dice que no va a volver, por lo menos él.

Chascó la lengua, decidió sentarse en el filo de la mesa y dejó sus piernas colgando.

—No seas tonta, es el que más ganas tiene de volver. Vais a tener un bebé, ¿o eso también se te ha olvidado?

—Lo que no se me ha olvidado es que él tenía en el cielo a su mujer y a su hijo a los que hacía quinientos años que no veía. Eso es lo que no se me olvida nunca —dije con rencor.

—Bibian, él volverá, pero quiero que recuerdes que tu exmarido solo te quiere para que tanto el bebé como tú estéis en sus manos. Vais a ser las dos personas más poderosas de la tierra y él estará con vosotros. —Miró la puerta segundos antes de que sonará el timbre—. Anda, viene Nahala a verme. —Se puso de pie, se estiró su diminuta sudadera, intentó peinarse el pelo enredado e hizo un gesto de dolor cuando sus dedos se engancharon en algún nudo. Frunció el ceño, frustrado, y luego se encogió de hombros antes de echarse a volar—. Recuerda lo que te he dicho. Solo quiere utilizarte.

Y salió volando sin mirar atrás.

—Por lo menos estará conmigo y con el bebé —murmuré.



Bibian

Tengo que reconocer que trabajar me entretiene. Estar encerrada en el castillo sin hacer absolutamente nada en todo el día me pone de los nervios. Estamos viviendo un compás de espera, y aunque ninguno decimos nada, todos esperamos a que nuestras parejas vuelvan y yo soy, al parecer, la única que ya ha perdido la esperanza.

Hoy ha venido Theodore Grant al castillo en una visita inesperada. Lancé una mirada acusatoria a Marian y Walter por no avisarme, pero ambos negaron con la cabeza dando a entender que no sabían nada. Ya no sabía si creerles o no.

Yo no pensaba ofrecerle nada, no estaba Asier para ser políticamente correcta, así que dejé salir a pasear la antipatía que ese hombre me producía solo con verlo. Era un carroñero que se alimentaba de las desgracias de los demás y me negaba a volver a ser su presa.

El castillo resultó ser más educado que yo, ya que apareció una bandeja con té recién hecho y un plato de pastas para acompañar al té en el salón, así que me vi en la obligación de acompañarlo hasta que me dijera qué había venido a hacer aquí.

—Tú dirás. —Me negaba a hablarle de usted. No le hablaría si pudiese, pero iba a ser una reunión muy extraña si me negaba a mantener una conversación con él.

—¿Cómo se encuentra? Debe estar a punto de salir de cuentas, ¿no?

Martin, estaba sentado en la mesa, junto a mi taza de café. También me negaba a tomar té. Era algo asqueroso y no entendía cómo a los demás les podía gustar ese mejunje insípido y desagradable. Me di cuenta de que Martin no apartaba sus ojos de él. Los dos hechiceros nos acompañaban a Kate y a mí en el salón. Todos me miraban esperando mi respuesta. Al parecer, no se fiaban de que no achicharrara al viejo buitre en un ataque de ira.

—He entrado en el último mes de embarazo, pero estoy segura de que ya lo sabe.

Ignoró mis palabras y siguió bebiendo su té sin apartar sus ojos de mí. Me provocaba escalofríos.

—¿Ha sabido algo de los ángeles en este tiempo?

Me erguí en la silla y puse una mano en mi vientre para calmar al bebé. Al parecer el hechicero también le provocaba malestar, pues se removía inquieto desde que había llegado.

Me obligué a respirar y calmarme antes de contestar. Algo me decía que iba a enterarme de lo que fuera que lo había llevado al castillo y que no me iba a gustar.

—No, nada de nada.

—Ya veo.

Perdí la paciencia, la poca que había tenido siempre para estar dando vueltas a un tema sin entrar en materia.

—¿Por qué no me dice qué lo ha traído hasta aquí y así podemos seguir con nuestras vidas de una vez?

—Tengo algo que proponerle.

Se inclinó hacia mí e instintivamente me eché hacia atrás en la silla. Martin se levantó y se colocó delante de mi taza de café, como si pudiese defenderme de un posible ataque.

—No me interesa. —Ni siquiera quería enterarme de lo que quisiera proponerme.

—No ha oído lo …

—No le interesa, así que no insista —cortó Martin.

—Escuche…, Bibian… —Estaba claro que él tampoco me soportaba, nuestro desagrado era mutuo, y no entendía qué era lo que quería de nosotros—. Va a nacer su bebé y está sola en este castillo. —Cortó a mis amigos con una sacudida de mano, pues empezaron a interrumpirlo apresuradamente—. Su pareja se ha marchado y está claro que no va a volver. —Sus palabras me dolieron como si me golpeara el pecho con fuerza—. No puede quedarse aquí eternamente ni volver a su casa con lo peligrosa que es la ciudad en estos momentos. —Ni siquiera era capaz de parpadear mientras lo oía ofrecerme algo que iba a ser surrealista—. Así que le propongo que se venga a vivir con nosotros en la Torre.

Abrí la boca para contestarle, pero no me salían las palabras, así que parpadeé una, dos veces, pero era incapaz de encontrar mi voz para replicarle.

—¿Qué se ha fumado? —Martin evitó que le contestase—. ¿De verdad piensa que se irá a vivir con vosotros después de cómo la tratasteis la última vez que estuvo allí?

—Creo que no es de su incumbencia lo que yo trate con la señorita Shade.

—Por supuesto que lo es. Ella no está sola, está con sus amigos y conmigo.

—¿Y qué vas a hacer tú para protegerla? ¿Te has mirado al espejo últimamente?

Ninguno lo vimos venir. Martin movió la mano con tanta rapidez que la silla donde estaba sentado el hechicero se elevó por los aires y luego… cayó de golpe al suelo, rompiéndose bajo el peso de Theodore, que dio con sus huesos en el suelo. Estaba tan sorprendida que ni siquiera me dio tiempo a reírme. Aun teniendo una edad avanzada, Theodore se levantó con agilidad y sacó su varita para enfrentarse al duende. El fuego apareció en mis manos antes de darme cuenta de lo que hacía.

—Ni se le ocurra —advertí al hechicero.

—Esto no va a quedar así —soltó el viejo buitre. Se colocó bien la ropa y se irguió. Solo quedaban dos círculos rojos en su mejilla que indicaban lo furioso que estaba en ese momento, o avergonzado, o un poco de ambas—. Quiero que piense en lo que le he ofrecido. Nadie volverá a hacerle daño, Bibian, al fin y al cabo, es una de las nuestras y le garantizo que con nosotros estará a salvo.

—Soy muy capaz de mantenerme a salvo sin vosotros —le dije mientras lo acompañaba a la puerta.

—Piénselo.

No tenía nada que pensar.

Cuando cerré la puerta tras él fue cuando empezó el dolor.



Bibian

Fue tan inesperado e intenso que a punto estuvo de tirarme al suelo. Apoyé una mano en la pared para sujetarme mientras gritaba y me llevaba una mano al pecho.

¿Iba a nacer el bebé ya?

Volví a gritar con fuerza y me dejé caer al suelo cuando mis piernas dejaron de sostenerme. Oí a gente hablando a mi alrededor, pero sentía tal agonía que ni siquiera podía abrir los ojos. Volví a gritar mientras me miraba el pecho esperando encontrarme una herida en él, pero mi ropa estaba intacta y no había nada fuera de lugar.

Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras me encorvaba en el suelo intentando buscar una postura en la que el intenso dolor disminuyera un poco.

¿Qué estaba pasando?

—¿Bibian? —Kate me sujetó la cara para que la mirara—. ¿Es el bebé?

Nunca había estado de parto anteriormente, pero nunca había oído que durante el proceso te doliese el corazón.

Negué con la cabeza. Sentía al bebé moverse dentro de mí y no parecía que él fuese el motivo de mi agonía. Pero ¿entonces?

—Bibian… —Martin se posó junto a mi cara y me estudió con sus ojos azules llenos de preocupación—, ¿qué ocurre?

Yo respiraba de manera entrecortada porque el intenso dolor me había cortado la respiración.

—No lo sé —murmuré intentando borrar la preocupación de la cara de mis amigos.

Marian también estaba agachada a mi lado y me miraba sin decir nada. Su piel pálida me indicó lo preocupada que estaba.

—No es el bebé —informó Martin sin apartar sus ojos de mí—, él está bien.

Y entonces lo supe.

El vínculo que tenía con Asier; no lo encontraba por ninguna parte.

¿Podía romperse?

Miré el tatuaje de mi muñeca y vi cómo se empezaba a borrar hasta quedarse en apenas una señal que ni siquiera se podía ver.

—Es Asier —dije sin poder creérmelo—. Se ha roto nuestro vínculo.

—¿Eso puede hacerse? —Kate miró a Marian y a Walter, que nos observaba a unos pasos de distancia y se había mantenido completamente al margen.

—Pensaba que no —Marian no apartaba sus ojos de mi—, son vínculos de pareja y es para la eternidad. Se supone que los ángeles son inmortales así que no tengo ni idea de qué ha podido pasar.

Yo sí sabía lo que pasaba: Asier había roto su vínculo para poder empezar una nueva vida con su anterior mujer.

Mi corazón, o lo poco que quedaba de él tras su partida, se terminó de romper en ese momento.

Si eso era lo que quería…

DÉCIMA PARTE
Nuevos comienzos



Bibian

Irme del Castillo Blanco no fue fácil, pero aún hoy creo que ha sido la mejor solución.

Si Asier había roto su vínculo conmigo era porque no pensaba volver y no tenía ningún sentido que yo me quedase en la que había sido su casa durante casi quinientos años.

Cuando Zacarías me propuso volver con él, ni siquiera le hice caso. Pero no me esperaba que tan solo unos días después me iba a encontrar abandonada por mi pareja y sola.

No podía volver a mi casa, ni siquiera a la floristería ya que la ciudad era un campo de minas en la que casi nadie se atrevía a moverse solo por la calle sin temor a atracos o cosas peores. La mafia había tomado las calles y yo era una bruja poderosa embarazada del bebé que podía acabar con el mundo. Me costaba creerlo, pero, por si acaso, no pensaba darles la oportunidad de que me atraparan.

Sabía que Theodore me quería con él en la Torre Oscura por el mismo motivo y que Zacarías tampoco me había pedido que volviera con él por el amor que me tenía, pero por lo menos él era un mal menor al que pensaba que podía manejar.

De los hechiceros no me fiaba un pelo. Eran muy capaces de volver a encerrarme hasta que naciera el bebé y luego lanzarme al río con una piedra atada a los pies.

Solo por ver la cara que puso Zacarías cuando aparecí por el fumadero, valió la pena las molestias. No viriría su casa, de hecho, me pensaba quedar en el apartamento que había sobre su local, que sabía que estaba abandonado. Allí por lo menos pensaba que iba a estar a salvo, ya que el local abría las veinticuatro horas del día y tendría guardias propios. Zacarías no iba a permitir que me pasara nada. Aunque solo fuese por presumir que la bruja de fuego y su bebé estaban a su disposición.

Sí, sin lugar a duda, él era el mal menor, aunque Martin ni ninguno de mis amigos lo aprobaba.

Yo entendía que mis amigas se quedaran en el Castillo Blanco, sus parejas no las habían repudiado como a mí. Yo había vivido allí todo este tiempo esperando y rezando para que los ángeles volvieran, pero después de romperse nuestro vínculo de pareja… Miré el tatuaje que apenas se notaba ya en mi muñeca e intenté evitar llorar de nuevo.

Martin me había pedido que por favor parara ya. Que no podía soportar verme llorando sin cesar desde entonces. Y como no quería que me marchase del castillo, se había mudado conmigo al apartamento por esa historia de la deuda de vida que teníamos.

Me daba igual el motivo, lo quería a mi lado y punto.

—Tú no vivirás con nosotros, ¿verdad?

Y ahí estaba él haciendo amigos como acostumbraba. Me tapé la sonrisa que tironeaba de la comisura de mis labios al ver la cara de Zacarías ante su pregunta.

—Eh… no lo sé. —Se pasó las manos por la cara como solía hacer cuando estaba nervioso—. Mi idea era que Bibian se mudara a mi casa, no a mi negocio.

Me miró con reproche y yo me encogí de hombros con indiferencia.

—No viviré contigo, Zac, ya lo sabías.

—Ya, bueno, ahora que tu pareja no va a volver…, pensaba…

—Por supuesto que su pareja va a volver. —La indignación de Martin me hizo mirarlo con las cejas alzadas. Él no se había rendido y seguía diciéndome que Asier no había roto el vínculo y que volvería… en algún momento.

—Bueno, como sea. Que esperaba que ahora que había venido…

—Como te vea ponerle las manos encima te las haré tragar —le soltó, volando ante él de esa manera tan molesta que tenía de hacerlo y que tanto incordiaba a todo el mundo—, que está a punto de tener un bebé, pervertido.

¡Era surrealista, de verdad!

Zacarías se irguió, ofendido.

—¿Por quién me has tomado? Eres un puto incordio…

—Estás avisado —le repitió el duende.

—¿Y a ti quién coño te ha invitado a venir a mi casa? —Parecía que Zac acababa de darse cuenta de ese detalle.

—Soy el guardián de Bibian y del bebé hasta que vuelva Asier, así que voy a donde ella vaya, no necesito tu permiso.

¡Qué cara más dura!

Pero la verdad es que me gustaba tenerlo allí conmigo. Ya sabía el poder que tenía en caso de necesitarlo. No estaría más segura con nadie más que él, aunque dudaba mucho de que Asier volviera en cualquier momento. Al fin y al cabo, todos sabíamos que el vínculo

solo podía romperse si uno de los dos moríamos y Asier era inmortal, así que solo quedaba otra forma de romperlo, aunque nos negáramos a reconocerlo.

Yo estaba cansada de esperar y de sufrir, y de volver a esperar y seguir sufriendo. Ya no me quedaban fuerzas para seguir con mi vida en *stand by* como había estado hasta ahora.

—Eso de que no necesitas mi permiso para vivir en mi casa está por verse. —Zac me miró unos segundos y me encogí de hombros. ¿Qué le iba a hacer? Él era así. Pareció resignarse ante mi silencio—. Por ahora haré la vista gorda, pero me gustaría que recordaras dónde estás de ahora en adelante.

—Lo pensaré —le soltó tan fresco, y volvió a posarse sobre mi hombro—, pero recuerda lo que te he dicho de ponerle las manos encima.

Zac se lo quedó mirando, evaluando si era oponente para él. Supuse que debía haber oído hablar de Martin con anterioridad, porque se guardó lo que fuera que iba a replicarle.

—Tengo que hacer la compra, que apenas hay de nada en el apartamento. —Se volvió para marcharse—. Traeré la cena para luego. ¿Te apetece chino?

Asentí, porque cenar con él era lo menos que podía hacer.

—Volveré sobre las nueve. Estaré abajo si necesitas algo. Manda a tu mayordomo a avisarme.

Y Martin, porque sí, porque él era así, le hizo una peineta en respuesta.



Marian

Ahora que se había ido Bibian el castillo parecía triste. Ya no había brisas que despeinaran de manera inesperada ni puertas abriéndose y cerrándose cuando pasabas frente a ellas ni se oía la música que siempre le ponía a Bibian cuando estaba trabajando en su dispensario de las mazmorras. Y que tampoco estuviese Martin…

—Estoy preocupada por Asier —le solté a Kate mientras bebíamos té en la biblioteca donde ambas estábamos leyendo sin tener demasiado que hacer. Las dos ayudábamos a Bibian con las flores y sus pócimas, cosa que tampoco podíamos hacer ahora que se había marchado.

Para nuestra sorpresa, Walter se había quedado con nosotras, aunque pasaba los días trabajando en la Torre Oscura.

—¿Por Asier? —Kate soltó su taza de té y me miró con atención.

—Sí, no dejo de darle vueltas al por qué se ha desdibujado el tatuaje de vinculación de Bibian. —Comencé a pasearme como me gustaba hacer cuando buscaba soluciones a un problema—. No tiene ningún sentido, los ángeles son inmortales y si no puede morir, una vinculación de pareja no se puede deshacer.

—¿Entonces? —Ella me miró con sus ojos lilas tan maravillosos.

—Pues eso es lo que tanto me preocupa.

—¿Tú también piensas que Bibian no debería haberse marchado? —preguntó.

—Entiendo que con el bebé a punto de nacer y con lo que le ha pasado recientemente haya perdido la esperanza de que Asier vuelva, pero algo me dice que su historia de amor aún no ha terminado. Lo difícil va a ser hablar con el ángel si vuelve y ella no está aquí, sino que se ha marchado con su exmarido. Arderá Troya.

—¿De veras piensa que ellos volverán?

El anhelo en la voz de Kate era más que evidente y estaba claro que los echaba de menos tanto como yo.

Ese ángel oscuro me había robado el corazón y la duda ya no era si volvían o no, de eso no tenía dudas, sino lo que pasaría entre nosotros cuando lo hiciera.

—Algo en mi corazón me dice que esta historia, la de todos, no ha terminado todavía. No sé si las podremos continuar por donde estaban cuando se fueron, pero si es que no, estoy dispuesta a adaptarme y empezarla de nuevo si es necesario.

—¿Qué crees que hace Walter todos los días cuando se marcha de aquí?

Eso me preguntaba yo a menudo, ese hechicero trastocaba todos mis esquemas. Sabía que seguía las órdenes de Theodore, así que venir a vivir con nosotras había sido la excusa para tener vigilada a Bibian. Creía que ellos habían tenido una conversación al respecto y lo habían aclarado, Bibian no era tonta. Le di otro sorbo a mi té, que seguía tan caliente que hasta la taza me quemaba antes de contestarle.

—Sé de buena tinta que se dedicaba a vigilar a Bibian aquí en el castillo, ahora que ella se ha marchado, no tengo ni idea. Quiero pensar que el marido de Bibian la tiene a buen recaudo porque conociendo a Theodore como lo conozco, hará lo que sea para conseguir tanto a Bibian como al niño.

—¿Crees que ella lo sabe? —Kate siempre preocupándose por los demás.

—Ella a lo mejor no se ha dado cuenta de la diana tan grande que tiene en la espalda, pero Martin estoy segura de que sí.

Se oyó en la terraza un revuelo y a hombres hablando. Mi corazón comenzó a latir más deprisa, como me pasaba siempre que Anthony estaba cerca.

Las dos miramos hacia la puerta de la biblioteca cuando oímos la voz excitada de Marco.

—¡Mamá… Mamá… Corre... Han vuelto!



Bibian

Cuando no tienes nada que hacer, excepto esperar que tu bebé decida venir al mundo, hay que tener mucha paciencia para estar metida en casa sin hacer nada.

Yo no me acostumbraba a estar sin hacer nada. Así que vivir encima de un fumadero de brujas tenía sus ventajas y sus inconvenientes. El primer inconveniente era el ruido durante la noche. Aunque el fumadero estaba abierto las veinticuatro horas del día, la mayor afluencia de brujas la tenía desde que anochecía hasta por la mañana, como cualquier otro pub de la ciudad. Así que cuando me desvelaba, que era la mayoría de las noches, bajaba al local y me ponía a servir bebidas tras la barra cuando Zac no me veía, ya que no me permitía trabajar. «Estás a punto de explotar como una calabaza» solía decirme, y si no servía bebidas me dedicaba a servir y explicar las distintas drogas que se fumaban allí dentro, ya que nadie las conocía mejor que yo, que era quien las había fabricado.

Martin era mi sombra, ahora que vivíamos en el apartamento de Zac, aunque en el castillo también solía serlo, era todavía más pesado y no podía dar un paso a ningún sitio sin él.

Desde que se rompió el vínculo con Asier había caído en una profunda depresión y machaqué mi autoestima de la peor manera posible. Mis problemas de autoestima no venían de ahora, sino de toda la vida. No olvidaba que mi matrimonio se acabó precisamente porque Zac había preferido acostarse con otra. Después de haber vivido con mi hermana toda su vida, yo tenía asumido ser el patito feo de la familia y ahora Asier me clavaba la puntilla al preferir a su mujer y a su hijo celestiales.

«¿Qué tiene de malo mi bebé?» me preguntaba a menudo, y él se dedicaba a patearme las costillas en respuesta. Así nos relacionábamos nosotros dos.

¡Estaba deseando tenerlo en mis brazos!

—Bibian, ¿otra vez?

¡Mierda!

Me hice la desentendida y Zac me quitó lo que estaba preparando, se lo dio a la camarera que ese día servía las drogas y luego me miró con reproche.

—Eso puedo hacerlo —le recordé con terquedad. Martin llegó volando y se posó en la barra para mirarme también con cara de pocos amigos—. ¿Te has chivado tú? No puedo creerlo.

—Ni siquiera deberías de estar aquí dentro —me contestó Martin cruzándose de brazos—. El ginecólogo te ha dicho que descanses y tú no haces ningún caso.

Si me quedaba más tiempo en mi casa me iba a volver loca.

—El bebé está bien. —Me pateó con fuerza para corroborar mis palabras.

—Bibian, mírate —Zac me conocía para saber cómo hablarme para no rebelarme con él—, has perdido peso, apenas duermes y lo último que necesitas es estar aquí metida en este ambiente tan cargado. Vete a casa y descansa un poco. Son las tres de la mañana y llevas aquí desde las ocho de la tarde. No puedes seguir así.

—No te consideraba tan inconsciente —soltó Martin sin tener en cuenta el mal humor que me estaba entrando por ese control riguroso que ambos intentaban tener conmigo.

—¡Cállate! —le gritamos Zac y yo a la vez.

Me miró con un mohín, dolido por mis palabras.

—Solo intento cuidar de ti.

—¿No tienes una novia a la que dar la lata? —le solté, solo por chincharlo un poco.

—La he dejado saciada antes de venir a vigilarte a ti.

Abrí los ojos por la sorpresa y Zac se rio. No sabía cuándo habían hecho tan buenas migas esos dos.

—Mira que eres bruto. —Mis lumbares se quejaron y decidí que ya era hora de irme a casa. Me llevé la mano allí para intentar aliviar los calambres que me daban de vez en cuando.

—El bebé está a punto de nacer. —Martin me sorprendía cada vez que decía esas cosas.

—No va a nacer todavía. —No estaba preparada para tenerlo… yo sola.

—Te digo yo que sí.

Entonces sentí cómo la humedad bajaba por mis piernas y formaba un charco en el suelo.

Me lo quedé mirando como una idiota.

—¡Oh, mierda!

Los dos hombres observaron el charco en el suelo y luego Zac miró

a Martin como si lo creyese culpable de haber roto aguas.

—¿Qué? ¡No he sido yo! —exclamó molesto—. Va a nacer ahora porque ha llegado el momento.

Cómo si eso no fuese más que evidente.

—¡Nos vamos al hospital! ¿Tienes que coger algo de casa?

Zac me empezó a empujar para salir del local.

—Espera, espera, quiero darme una ducha y coger las cosas para el bebé. No va a nacer todavía.

—Llamaré a tu ginecóloga. Dadme un teléfono —pidió Martin mientras nos seguía hasta las escaleras del apartamento.

—Ya lo hago yo —ofreció Zac, sacando su propio teléfono—. Tienes cinco minutos para ducharte. Ya cogeré las cosas del bebé.

—Date prisa, Bib.

No sabía quién de los tres estaba más nervioso.

¡Ya veía el bebé!

Me moría por tenerlo en mis brazos, aunque me rompiera el corazón por recordarme a su padre.



Asier

¡Qué rápido te puede cambiar la vida!

Bajé desterrado a la tierra hace cientos de años por formar parte de una guerra para la que no estaba autorizado. Volví al cielo con los honores de haber detenido una masacre y haber acabado una vez más con una amenaza terrorífica como eran los demonios liderados por Azrael.

Ninguna de las dos veces, por supuesto, se me pidió opinión sobre lo que quería hacer, y las dos veces se me alejó de la mujer y la familia que quiero.

Volver al cielo y alejarme de Bibian y de mi futuro hijo fue lo más duro a lo que me tuve que enfrentar y ahora estaba ahí, en el cielo, listo para encontrarme con Elia y mi hijo Gabriel, mi primera familia, a la que abandoné en el cielo por mandato divino.

Le tenía un inmenso cariño, pero ya hacía mucho que dejé de amarla y esperaba que hubiera rehecho su vida tras mi marcha. Mi hijo me recibió en su casa con su familia y, gracias a Dios, no me guardaba rencor, ya que entendía que quedarme no era una opción tras un mandato divino. Ahora, siglos después, pensaba volver a la tierra con autorización o sin ella, ya que Bibian y mi hijo corrían peligro y, sobre todo, no quería seguir viviendo alejado de ellos.

—Hola, Asier, te veo bien.

Me acerqué a darle un beso en la mejilla y su olor corporal, ese que tanto me gustó siglos atrás, me inundó las fosas nasales y un sinfín de recuerdos me llenaron la mente y para mi sorpresa, eso solo consiguió que echara más de menos a mi brujita rebelde.

¡Por favor, que estén bien!

—Hola, Elia. —Me quedé parado, llenándome el pecho de sensaciones que hacía mucho que creía olvidadas. Nuestras charlas interminables, los paseos con el niño correteando entre nosotros y las risas. Ella fue mi mejor

amiga durante mucho tiempo y no puedo evitar sentir nostalgia de todos los momentos que nos robaron.

—Quiero felicitarte por tu nueva familia —dijo, haciéndome un gesto para que entrara. La acompañé al interior de la que fue nuestra casa y me senté con ella en la cocina mientras preparaba los cafés—. ¿Es cierto que es una bruja poderosa?

Me resultaba muy raro hablar con ella de otra mujer y otro hijo, pero esas eran las cartas que nos tocaban jugar.

No oí rencor en su voz y eso me recordó que Elia era la persona más honesta y sencilla que conocía. Por eso me enamoré de ella.

—Sí que lo es. Era una bruja de Tierra y con la muerte de su hermana, que le cedió su poder, se convirtió en la única bruja de fuego de los últimos mil años.

—Tienes que contármelo todo —me dijo, sentándose frente a mí y ofreciéndome el café.

Y durante el resto de la tarde, eso es lo que hice; contárselo todo.

—¿Volverás a la tierra? —preguntó de repente.

Sabía que ella había rehecho su vida y de verdad que me alegraba porque entre nosotros no quedaba más que el cariño que sentí por una mujer que en su momento fue toda mi vida, igual que lo era ahora Bibian.

—Sí. Mañana hablaré con Dios para volver a la tierra.

—Pensaba que habíais vuelto para comandar sus ejércitos aquí.

Eso fue lo que oí. Que, tras nuestra batalla en la tierra con los demonios, habíamos sido llamados de vuelta para ejercer el mismo trabajo que teníamos antes de nuestro destierro. Ser los soldados de Dios desde arriba. Pero esa vez no iba a callarme y poner la otra mejilla, esa vez haría todo lo posible por volver a la tierra. Y si Dios no lo permitía, me marcharía sin su permiso. No volvería a abandonar a mi familia. No otra vez.

—Pues entonces se va a llevar una gran sorpresa porque no voy a quedarme, y creo que mis hermanos tampoco.

De hecho, ya habíamos hablado de reunirnos todos al día siguiente para pedirle a Dios que nos dejase volver a la tierra con nuestras parejas.

—Hagas lo que hagas, te deseo suerte, Asier. No es justo que tengas que renunciar a tu familia de nuevo.

—Has hecho un gran trabajo con Gabriel. —Era justo que se lo dijese a la cara.

—Fueron años difíciles cuando te fuiste, pero el tiempo todo lo cura.

—¿Eres feliz, Elia?

En el fondo todo se reducía a eso. A intentar ser lo más feliz que se pudiera porque es un sentimiento tan efímero, que apenas nos daba tiempo a disfrutarlo antes de que se evaporase como el agua caliente.

—Sí. Y me alegro de que tú también lo seas. Habla con Dios y vuelve a casa, no puede pedirte que te sacrifiques de nuevo.

Todos los hermanos nos reunimos con él. Estaba seguro de que sabía de sobra lo que queríamos pedirle, aunque por su expresión no parecía muy contento con nuestra petición.

—Siento deciros que tengo una nueva misión para vosotros y se os necesita aquí. Vuestro tiempo en la tierra era puntual, este es vuestro lugar y quiero que os quedéis.

No pensaba aceptarlo. Mi mujer y mi hijo me necesitaban, y así se lo dije.

—Me necesitan en la tierra. Allí tenemos a nuestras familias y hacemos un trabajo excelente manteniendo el orden en la ciudad.

—No insistas, Asier, os necesito aquí.

—Nuestras familias están allí. —No quería perder los papeles porque sabía que era implacable y ponerlo en mi contra solo me traería problemas —. Mi mujer y mi hijo están allí, mi vida *está allí. —A la mierda todo—. Ya me quitaste una vez todo lo que amaba y no voy a perderlos de nuevo.*

Me levanté con toda la intención de irme.

—No tienes permiso para marcharte. Y no vuelvo a hablar del tema; os quedáis y punto.

Me volví para enfrentarme a él, ante la cara de alarma de mis hermanos que sabían lo que iba a hacer.

—Asier…

Miré a Anthony, que se levantó y se colocó a mi lado.

Sabía que tenía todo su apoyo.

—Esperaba que la última vez que os amotinasteis aprendierais la lección.

—Pues está visto que no, porque me marcho con tu apoyo o sin él. Renuncio a ser capitán y seguir comandando tus legiones. Búscate a otro.

Por una vez en la vida, había conseguido dejarlo con la boca abierta.

—No lo dices en serio.

—Por supuesto que lo digo en serio.

—Ya sabes las consecuencias —advirtió sin una pizca de piedad.

Por supuesto que lo sabía.

—Que así sea.

Sabía que el castigo era cortarme las alas. Lo peor que le podía pasar a un ángel.

Cuando me las cortó, un dolor como el que no había sentido nunca me tiró al suelo y la oscuridad me envolvió.

Kate

Salimos al salón para descubrir quién había entrado sin que lo supiéramos, aunque mi corazón me decía que nuestros ángeles habían vuelto.

¡Y Bibian sin estar presente!

Marian estaba tan nerviosa como yo.

Allí estaban todos, y sujetaban a Asier, que parecía gravemente herido. En principio no supe qué le sucedía, ya que a simple vista su cara, aunque terriblemente pálida, no parecía tener ninguna herida, pero por el cuidado con el que lo estaban transportando Anthony y Miguel, al que mi hijo se había aferrado a su pierna como si fuera un monito, supuse que tenía mucho dolor.

—Será mejor que lo llevemos a su habitación, será más fácil que Bibian lo trate allí —dijo Mika mirando por la habitación. Creí que echaba de menos a Walter y a Bibian—. Hola, Kate. —Me mandó un beso y siguió mirando a nuestro alrededor—. ¿Y Bibian? ¿Está bien?

Asier no parecía estar consciente así que no temía su reacción al enterarse de la noticia que estaba segura de que no le iba a gustar nada.

—Bibian ya no vive aquí. —Miré a Asier para asegurarme de que no se estaba enterando.

—¿Qué? —Esa vez fue Anthony el que lo preguntó mientras iban a llevar a Asier a su dormitorio.

Ya me había dado cuenta de que no le quitaba los ojos de encima a Marian.

Aparté a mi hijo de la pierna de Miguel para evitar accidentes.

—Pasó algo muy raro hace unos días. Al parecer el vínculo entre ellos se rompió —Yo no lo tenía claro y ahora que habían vuelto mucho menos—, y ella decidió marcharse. Martin, por supuesto, se marchó con ella.

—No se ha roto el vínculo —aclaró Miguel mientras lo soltaban en la cama boca abajo—, se ha debilitado porque él ha estado a punto de morir.

Y entonces me di cuenta de lo que le pasaba a Asier: no tenía sus alas. Esas alas blancas, gigantescas y maravillosas tan características de él *no estaban*. Gemí ante el sacrilegio de que alguien hubiese podido hacer algo tan cruel.

—Oh, ¡Dios, mío! ¿Qué le ha pasado?

Me daba miedo tocarlo. Su cuerpo se estremecía de manera visible aun en la inconsciencia y de nuevo lamenté que Bibian se hubiese marchado, porque estaba claro que ella era la persona más indicada para tratarlo en el caso de que se pudiese hacer algo por él.

Lo dejaron vestido. Le quitaron los zapatos y lo taparon con el edredón de plumas. La chimenea se encendió de repente para intentar caldear un poco la fría habitación.

—Dios, en su infinita empatía, lo ha castigado cortándole las alas por negarse a quedarse allí y querer volver con Bibian y el bebé. —Miguel se acercó a mí y me abrazó con fuerza. Lo abracé a mi vez, enterrando la cabeza en el hueco de su hombro y llenándome de su aroma—. No te imaginas cuánto te he echado de menos —me susurró al oído. Cuando se separó se agachó a coger a mi hijo, que no dejaba de darle vueltas para que le hiciera caso—. ¡Madre mía, cuánto has crecido! —Mi hijo se abrazó a su cuello con fuerza mientras reía, feliz de verlo.

Anthony se había abrazado a Marian y la besaba con tanta pasión que estuve a punto de taparle los ojos a mi hijo. Pero estaba tan contenta que me dio igual.

Oímos un tremendo trueno y la luz que entraba por la ventana comenzó a cambiar. Todos nos asomamos para ver qué estaba ocurriendo. El cielo se estaba llenando de nubarrones oscuros y se había levantado un fuerte viento que agitaba los árboles de la calle.

—¿Qué está pasando? —pregunté a nadie en particular. En ese momento me sonó el móvil con el nombre de Bibian en la pantalla. Se iba a quedar muerta cuando se enterara—. ¿Sí?

—Es Bibian —murmuró Mika, mirando la tormenta con cara de preocupación—. Ya viene el bebé.

—Kate, es Bibian —oí a Martin al otro lado—, está de parto.

Lo más raro de todo es que Asier, sin llegar a abrir los ojos todavía, la nombró en sueños. Al parecer él también lo había presentido.

Ese bebé que iba a trastocarlo todo, estaba a punto de nacer. Hasta la naturaleza se había dado cuenta de que un bebé poderoso estaba a punto de venir al mundo.

—Bibian…



Theodore Grant

Y el niño nació…

—¿Qué está ocurriendo?

No entendía qué pasaba que todo el mundo en la Torre había dejado de hacer su trabajo y salían a la calle para mirar… ¿el qué?

Walter, que acababa de llegar de la calle, se asomó a mi despacho.

—Creo que deberías ver esto.

¿Otro?

Decidí salir a ver qué pasaba. Cuando di un paso a la calle sentí la magia en el aire.

—¿Puedes sentirla?

Miré el cielo, donde un montón de nubes negras se arremolinaban preparándose para lo que parecía ser una gran tormenta. Se había levantado un viento que comenzaba a silbar entre los árboles y envolvía los vestidos en las piernas de las mujeres que pasaban por la calle.

—¿De dónde viene toda esta magia? —Miré a Walter, que se había acercado a mí mientras miraba el cielo con preocupación.

—¿Sabemos algo del niño de Bibian? —Era la única opción porque, si no era por eso, teníamos un inmenso problema entre manos.

—Hace varios días que no hablo con ella. Pero…

—Ni te molestes. Si ese bebé no ha nacido ya —señalé las nubes oscuras que se movían en contra del viento, algo de lo más inusual—, nacerá en las próximas horas.

—Tenemos otro problema —me informó sin dejar de mirar hacia arriba.

¿Más problemas? Como si el que acabábamos de ver no fuera ya uno lo suficientemente malo.

—¿Qué más ha pasado?

—Los ángeles han vuelto.

Eso sí me sorprendió, incluso más.

—¿No se suponía que se habían ido para no volver?

—Eso parecía, pero me ha llamado Mika para decirme que han vuelto esta mañana. Aunque no sabes lo mejor… —Lo miré esperando a que acabara de informarme. ¡Qué tranquilo era para dar las noticias! —. Asier ha perdido la gracia de Dios.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Que ha perdido las alas.

Parpadeé varias veces, completamente pasmado por sus palabras. ¿El capitán de los ángeles y mano derecha de Dios había perdido su estatus? ¿Qué se suponía que significaba eso?

—¿Literalmente?

—Ha estado a punto de morir. Ni siquiera está consciente y no saben si saldrá de esta.

—Pues entonces hay que hacerse con ese niño de inmediato. Ya puedes ir al hospital a por él.

—No va a ser fácil acercarse a él ahora que los ángeles han vuelto.

¿Iba a seguir poniéndome excusas?

—Busca la manera. Tenemos que parar esto mientras podamos.

—El maldito duende no la deja ni a sol ni a sombra y es mucho más poderoso de lo que parece.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer con él.

Aunque no tenía claro que pudiésemos hacer nada, con duende o sin él.



Zacarías

No hubiese estado más nervioso si el niño hubiese sido mío.

La carrera en taxi hasta el hospital aguantando los lamentos de Martin como si él fuese el que estaba de parto no se me olvidaría en la vida.

¿Cómo un ser tan pequeño podía ser tan intenso, Dios santo?

—¿Quieres callarte de una vez? ¡Y mantente sentado! —El taxista nos miraba por el retrovisor y debía estar alucinando con nosotros.

—Va a nacer el bebé, ya viene, ya viene…

Sus palabras parecían mucho más tétricas dichas así. Si no fuera porque me la jugaba a que Bibian me arrancara la cabeza, estaba tentado a tirarlo por la ventanilla del coche para que se callara de una vez. Además… ¿de qué color iba vestido? ¿Verde kiwi? ¿Verde menta? No podía con él, en serio.

—Cállate, ¿quieres? —Bibian se removió inquieta. Su cara había perdido el color y apenas se vislumbraba la purpurina bajo su piel. Su magia de fuego parpadeaba en sintonía con su pulso. Era como un dragón a punto de escupir fuego. Su apariencia era, como mínimo, impactante, con sus ojos de dos colores y su piel encendiéndose y apagándose. Me pregunté, no por primera vez, qué niño nacería de dos seres *tan extraños.*

—¿Falta mucho? ¿Falta mucho?...

—¿Eh…? —El taxista volvió a mirar por el espejo retrovisor intentando ver a Martin, que se había sentado sobre una rodilla de Bibian—. No demasiado, teniendo en cuenta que ya me lo has preguntado hace exactamente un minuto.

—¡Martin!

—Va a nacer el bebé. —Dio un respingo como si acabara de acordarse de esa noticia—. Bibian, voy a ser tío. ¡Qué guay!

Se le posó en el cuello para poder acariciarle la mejilla con su mano diminuta en un gesto tan tierno, que ella cerró los ojos para disfrutar mejor de la caricia.

Tenía entendido que los ángeles se llevaban bastante bien con el duende, y me hubiese gustado ver la relación que tenía con Asier, con lo protector que había sido con su pareja. No tenía ni idea de lo que nos iba a deparar el futuro cuando naciera el bebé. Estaba claro que quién lo tuviera jugaría con una gran ventaja en esa ciudad y aunque Bibian se había negado a volver a ser mi pareja, todo se andaría, que viviera conmigo me daba una gran ventaja. Ya me encargaría yo de poder sacarle provecho a todo eso.

La llegada al hospital fue tan caótica como el trayecto hasta allí. Martin se negaba a separarse de Bibian por *su deuda de vida* o algo así, pero, por supuesto, una enfermera se negó a dejarlo entrar y le cerró la puerta del quirófano en las narices y él comenzó a lloriquear como un crío pequeño, llamando la atención de todo el que pasaba por el pasillo.

—Martin… —Joder con el intenso del duende. Hasta a mí empezó a darme pena con su llanto desconsolado—. Va a estar bien, ya verás.

—Pero yo quiero ver al bebé.

—Luego veremos al bebé, no te preocupes, todo va a salir bien.

—Hay que avisar a Kate y a Marian. —Se sentó junto a mí en uno de los bancos del pasillo—. A Walter no.

—¿No te cae bien? —El duende solía ser un pozo sin fondo de información.

—Solo quiere al bebé. Ninguno de los demás le importamos nada.

Me removí incómodo en el banco. Yo le tenía mucho aprecio a Bibian, pero, para ser sincero, estaba más interesado en ese bebé que cambiaría la vida de quien lo tuviese en su poder.

—Ya he avisado a Kate cuando veníamos hacia aquí.

El duende se quedó en silencio unos segundos, cosa muy rara en él.

—¡Oh, oh!

Tan explícito como siempre.

—¿Qué ocurre ahora?

Me quedaba alucinado con el tipo de premoniciones que solía tener de vez en cuando.

—No puede ser.

—Martin…

Y entonces dijo lo último que esperaba que dijese.

—Los ángeles han vuelto. Pero algo pasa con Asier.

¡Oh, mierda!



Miguel

No podíamos ir al hospital sin Asier. Mi hermano había salido de la inconsciencia cuando nos avisaron de que iba a nacer el bebé, así que pedimos un taxi para él y las mujeres, incluida Mika, y Anthony y yo nos dirigimos al hospital volando.

Conociendo lo importante que iba a ser ese niño, no descartábamos encontrarnos con más de un problema.

El primero de ellos estaba entrando en el hospital cuando nosotros aterrizamos en la puerta, ante el revuelo que se formó cuando la gente se dio cuenta de que habíamos vuelto.

Walter y Theodore Grant se nos quedaron mirando sin disimular su descontento. Ya suponía el gran inconveniente que éramos para ellos ahora que habíamos vuelto, y que mi hermano volviera con su pareja y su bebé.

—¡Hola! —Walter se acercó a saludarnos y estrechamos sus manos, y correspondimos a su sonrisa de bienvenida. Parecía sincero, pero él era especialista en jugar a dos bandas. Theodore ni siquiera se molestó en acercarse—. Me alegro de veros —No me pasó por alto que miró hacia arriba buscando algo o a alguien—. Viene en taxi con Asier —le informé en voz baja.

Mi hermana era muy apta para mantenerlo vigilado.

—Veo que ya están de vuelta. —Theodore se dirigió al hospital sin esperar respuesta.

Los demás lo seguimos. No iba a perder de vista al hechicero jefe ni un minuto cuando se encontraba tan cerca del bebé de Asier.

No sabía si agradecer que Asier se encontrara tan débil cuando en la sala de espera nos encontramos a Martin —cómo no— sentado junto a Zacarías, el exmarido de Bibian. Mi hermano no iba a estar contento cuando llegara.

El excesivo recibimiento de Martin, con lágrimas incluidas, tuve que reconocer que me hizo sentir bienvenido. Jamás lo reconocería en voz alta, pero había echado de menos al duende bocazas.

—¡Qué guay que hayáis vuelto! —Martin comenzó a revolotear a nuestro alrededor con lo molesto que eso resultaba. Ya me estaba arrepintiendo de pensar que lo había echado de menos.

—Vale, vale… ¡Deja de revolotear! —le pidió Anthony, que tenía menos escrúpulos en reñir al duende cuando se ponía tan intenso.

—¿Dónde está Asier? —Salió volando por el pasillo hasta el otro extremo y se puso la mano en la frente, a modo de visera, como si así pudiese hacer aparecer a mi hermano por arte de magia—. No lo veo.

Mira que era peliculero.

—Viene en taxi con las chicas.

—¿Asier en taxi? —Como era natural en él, fue el que puso voz a la pregunta que todos los demás estaban pensando sin atreverse a decirlo en voz alta—. ¿Qué le pasa? Noto su esencia vital muy débil. ¿Está enfermo?

No tenía sentido negar nada porque iban a verlo de un momento a otro.

—Está herido —me limité a decir.

—¿Cómo de herido? —Por supuesto, él no iba a dejarlo estar.

—Ya lo verás cuando llegue.

—Tú no te acercarás al bebé.

Miré a Martin, que se había plantado ante Theodore para soltarle lo que le acababa de decir sin despeinarse siquiera. Me alegré de que el duende fuese capaz de decirle en la cara aquello que los demás no habíamos tenido narices de hacer.

Por supuesto que ninguno queríamos que el hechicero se acercara al bebé.

—¿Y eso por qué?

Ya veía al enano destripado en el suelo o algo peor. ¿Es que no se podía mantener en silencio? Al parecer, no. Y que tuviera los cojones de enfrentarse al viejo buitre me dejó alucinado. Ya no me acordaba de lo valiente que era y de lo poderosa que era su magia.

—Porque lo digo yo.

Todos nos quedamos mirando a mi hermano, que acababa de entrar en la sala de espera. Que tuviera que ir sujeto por todas las mujeres para poder mantenerse en pie y que estuviese tan pálido, gritaba a los cuatro vientos lo grave que estaba, pero eso no deslució su amenaza, ni un poquito siquiera.

Habíamos vuelto y fue para quedarnos.

Todos los ángeles nos colocamos tras él para demostrar que éramos un frente común y que nos enfrentaríamos a quien hiciese falta para defender a los nuestros.



Walter

Ver a Mika de nuevo, más de seis meses después de su marcha, fue como si me golpeara un tren de mercancías. No podía apartar mis ojos de ella, que a su vez me miraba con desconfianza al encontrarme con Theodore.

¿No sabía que trabajaba para él? Yo había decidido que la mejor manera de tener controlado al hechicero jefe era convertirme en su sombra, aunque eso parecía ser que levantaba las sospechas de todos sobre mí.

Las palabras del duende me pusieron sobre aviso.

—Asier, ¿vas a morirte?

Estuve a punto de echarme a reír ante la cara que pusieron todos los que estábamos en ese pasillo.

El duende se acercó a él y el ángel tuvo el detalle de elevar una mano para que se posara sobre ella.

—Espero que no —contestó Asier.

—¿Qué has hecho para perder tus alas? Me gustaban mucho. —Estaba claro que el duende no tenía idea de las reglas sociales de no hacer determinadas preguntas, por lo menos en público. Bueno, la verdad es que en privado tampoco quedaban bien, pero así era Martin.

—A mí también me gustaban. Pero volverán a crecer o eso espero.

—¿En serio? —La pena de su voz se evaporó y comenzó a chillar con esa voz suya tan estridente— ¡Qué guay! Yo quiero ver cómo crecen. ¿Me dejarás verlas crecer?

Asier sonrió y para nuestra sorpresa el duende se lanzó al pecho de Asier para lo que se suponía era darle un abrazo.

—Te he echado mucho de menos —confesó con la cara enterrada en su sudadera—, y me fui con Bibian para cuidar de ella, como sé que querías que hiciera.

—Gracias, Martin. Sé que cuidaste de ella como si hubiese sido yo.

—Evité que Zacarías se metiera en sus bragas, que es lo que ha estado intentando todo este tiempo. Pero Bibian no ha querido, ¿eh? Te ha sido fiel hasta el último segundo.

Estaba claro que el duende no se había dado cuenta de la bomba que acababa de soltar, pero yo sí me percaté de que los ojos de Asier se habían vuelto rojos y que el brujo, el exmarido de Bibian, había palidecido notablemente.

De repente no me apetecía ver cómo Asier destripaba al brujo por la mirada que le lanzó. Así que me dirigí a Mika, que observaba la escena sin decir palabra.

—¿Podemos hablar un minuto?

Me recorrió el cuerpo con la mirada antes de asentir y nos dirigimos en silencio a la sala adyacente, que estaba vacía.

—Tú dirás.

—Dios, ¡cuánto te he echado de menos!

La empujé con mi cuerpo para acabar pegados en la pared y la besé con ferocidad. Cuando me respondió con las mismas ganas, el dolor que había tenido en mi pecho desde que se marchó se alivió, por fin.



Bibian

Una extraña necesidad de despertarme me sacó del letargo que sentía tras la cesárea que me habían hecho ese día. Como si presintiera que había sucedido algo y era urgente que lo supiera.

Pensé que mi hijo podía estar en peligro o haberle sucedido algo, pero cuando abrí los ojos vi sentado en un sillón, junto a la cama, a un hombre que sostenía al bebé en brazos y mi corazón comenzó a latir desbocado.

¿Quién estaba en la habitación?

Yo había dado órdenes claras de que nadie que no fueran Kate o Marian entrara en la habitación. Ni siquiera me fiaba de la lealtad de Zacarías. No me había engañado respecto a sus sentimientos por mí; él, cómo todos los demás, quería tener al niño a su disposición. Quien tuviera al niño, tendría el poder.

El hombre me miró y yo parpadeé, sin tener claro a quién estaba viendo. Entonces lo sentí. Nuestro vínculo palpitaba débilmente, pero no podía negar que estaba ahí.

—¿Asier?

No entendía qué era lo que estaba mal en él. Su cara se veía demacrada y lucía unas ojeras intensas que clamaba a gritos que algo iba mal. Y entonces, ante mi escrutinio, lo vi…

Sus alas.

—¿Qué ha pasado con tus alas?

El pánico se adueñó de mí y el alivio de saber que estaba vivo se juntó con la culpa por pensar que nos había abandonado al bebé y a mí. Sollocé e intenté incorporarme para acercarme a él. Asier le entregó al bebé a ¿Anthony? Antes de acercarse a mí y abrazarme con fuerza mientras también rompía a llorar.

La pena que me llegaba por el vínculo era tan intensa que apenas

me dejaba respirar.

—Lo siento, lo siento, por favor, perdóname —murmuró, y yo solo pude abrazarlo y sostenerlo pegado a mi corazón. La falta de sus alas me horrorizaba. No era capaz de asumir que le faltara algo tan íntimamente ligado a él.

—¿Qué ha pasado?

Miré tras él y vi a todos los ángeles a los pies de la cama rodeando a Anthony y al bebé. Lo sostenía como si fuese una pieza de gran valor y eso enterneció mi corazón.

—Habéis vuelto —murmuré, ahogándome con mis propias lágrimas—. Has vuelto. —Lo abracé más fuerte sin poder creer que de verdad estaba allí.

Mis amigas, Kate, Marian y Martin lloraban en silencio, viéndonos a todos reunidos de nuevo. No podía creérmelo.

—¿Qué les ha pasado a tus alas?

Sentía que su dolor, su intenso dolor que me envolvía cómo si fuera una segunda capa de piel, era a causa de la falta de sus alas.

—Me negué a quedarme en el cielo —murmuró, todavía llorando entre mis brazos—, y dios me ha castigado por preferir venir contigo y con el bebé.

—No puede hacerte esto… No es justo… Tú…

—Mis alas volverán a crecer, Bib. No pasa nada. Habría entregado mi alma con tal de poder volver con vosotros.

—¿El bebé está bien?

—Bibian, tiene unas plumitas en la espalda super *cuquis* y por lo visto de ahí nacerán sus alas y… ¿sabes qué? —dijo Martin. Apenas respiraba mientras me contaba todo eso—. Van a ser blancas, igual que las de su padre.

—Te quiero —le susurré a Asier, que se estremeció con mis palabras—. Necesito que sepas que no puedo culparte por nada de lo que ha pasado.

—Pero tú pensabas que yo había roto nuestro vínculo —dijo, también entre susurros.

Tener a tanta gente en la habitación adorando al bebé comenzaba a ser un incordio, ya que no podía hablar temas tan personales.

—El dolor… —No sabía bien cómo explicárselo—. Tras ese dolor dejé de sentir nuestro vínculo y pensé que habías preferido quedarte allí con tu otra mujer.

—Voy a perdonarte que hayas dudado de mi amor por ti, porque estoy demasiado feliz de estar aquí con vosotros y de que todo haya salido bien. Pero si vuelves a dudar de mí voy a enfadarme mucho.

—El vínculo —intenté explicarle.

—Al cortarme las alas estuve a punto de morir, por eso dejaste de sentir nuestro vínculo. —Me besó en el pelo—. Recuerda que solo

puede romperse si muere uno de los dos y somos inmortales. No puede romperse por ningún otro motivo.

—Siento haber dudado de ti.

—Ya hablaremos de eso.

—¿Alguien puede dejarme ver a mi hijo?

Todos los ángeles comenzaron a soltar un montón de quejas ante mi pregunta. Mika fue la que me lo acercó.

—Es un niño precioso. Felicidades a los dos.

Me lo quedé mirando embobada. Era clavado a Asier, aunque con rasgos más suaves. Bajo su piel de purpurina, como la mía, podía verse la luz latir al compás de su corazón. Igual que la mía, pero sus ojos parecía que iban a ser dorados. Supuse que su magia al mezclar la sangre de una bruja y un ángel necesitaba un color propio.

—Va a ser muy poderoso —dijo Marian—. Puedo sentir su poder desde que nació. Y se levantó una gran tormenta eléctrica mientras nacía.

En ese momento llamaron a la puerta y Walter asomó la cabeza.

—¿Podemos entrar?

Vi a Theodore con él.

Habían tardado poco en venir para controlar al bebé.

Zacarías

La vuelta de Asier desbarataba todos mis planes. Yo había estado intentando ganarme a Bibian y, aunque sabía que ella no me quería ni se planteaba volver a ser mi mujer, esperaba que los malditos ángeles no volviesen para que ella siguiese apoyándose moralmente en mí.

Ahora, sin embargo…

Me quedé fuera de la habitación cuando avisaron de que ya se podía pasar a visitar a Bibian y, como era normal, y jamás se me ocurriría anteponerme al padre de la criatura, dejé que los ángeles pasaran primero y me quedé en la sala de espera con el hechicero jefe y su mano derecha, Walter, que había estado en mi fumadero acompañando a mi exmujer más de una vez.

A ellos aún se les notaba más la frustración ante la vuelta de los ángeles. Walter había estado reunido en privado con Mika, por lo visto mantenían una especie de relación o la habían mantenido antes de que se marcharan precipitadamente meses atrás.

Al hechicero jefe le faltaba echar humo por las orejas por la inmensa furia que desprendía.

—Tenemos que hacernos con ese bebé. —Lo miré sorprendido ante esa declaración.

Yo no quería tener nada que ver con esa idea. Asier parecía enfermo, casi en las últimas, pero eso no impediría que los ángeles que lo rodeaban nos destriparan sin dudarlo un segundo si se enteraban de las intenciones del hechicero. ¿Es que ese hombre no tenía un mínimo instinto de supervivencia?

—Buena suerte con eso. —Me sentí mal al pensar que alguien querría quitarle el bebé a Bibian.

Menos mal que no quería formar parte de ese plan.

—Tú eres el que más fácil lo tiene para poder acercarte a ellos sin levantar sospecha. Vivía contigo, ¿no?

De verdad que me sorprendía que ese viejo hechicero estuviese al tanto de todo lo que sucedía en la ciudad.

—Eso fue antes de la vuelta de su padre. Con Asier aquí, ella volverá al Castillo Blanco con el resto de los ángeles —les recordé—. Quizás el novio del ángel mujer lo tenga más fácil.

—No se fían de mí —dijo Walter. Miré a Theodore para que lo tuviese en cuenta, por si se le había olvidado ese pequeño detalle—. Ese niño estará más protegido que los habitantes de la Casa Blanca.

—Necesito entrar a comprobar cómo de poderosa es su magia.

Y sin decir nada más, se dirigieron a la habitación donde estaban todos reunidos con el bebé. Yo no pensaba participar en ninguno de los planes, pero quería ver de primera mano lo que esos buitres pensaban hacer en la habitación llena de salvajes soldados que darían su vida por defender al hijo de su capitán, por muy en desgracia que este hubiese caído. Era uno de los suyos. Y yo no dudaría en defender a Bibian de cualquier peligro. Una cosa era mantenerla cerca de mí y del bebé, y otra muy distinta era querer hacerles algún daño.



Asier

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando los tres hombres que habían estado en la sala de espera entraron en la habitación, ante la mirada curiosa de todos nosotros.

Sabíamos que Theodore quería quedarse al niño para demostrar su poder ante toda la comunidad mágica, así que ahora tenía serias dudas de lo que pensaba hacer.

Mis hermanos se acercaron a la cama, donde Bibian tenía al bebé en brazos, y yo estaba sentado a su lado, formando, sin que posiblemente se dieran cuenta, un escudo protector entre nosotros y ellos.

Por supuesto, Martin echó a volar y se enfrentó a ellos sin dudarlo un segundo:

—No vais a cercaros al bebé. Podéis verlo desde aquí.

—Martin, no voy a hacerle daño, solo quiero verlo y felicitar a los padres.

No me pasaron por alto las palabras de Walter. *Quiero verlo*, en singular. Algo me decía que era una señal de las intenciones del hechicero jefe. No sería tan tonto de intentar nada delante de todos nosotros.

—Martin, déjalos.

—Pero…

—No van a hacerle daño.

Martin me miró ofuscado, se retiró para posarse junto al bebé en la cama y se cruzó de brazos en actitud defensiva. Lo adoraba por el mero hecho de ser tan protector con Bibian y con mi bebé.

Los tres hombres se acercaron a la cama y entonces pasó algo totalmente increíble. El bebé comenzó a removerse inquieto y empezó a llorar, como si presintiese algún tipo de peligro.

—Asier… —Bibian me miró sorprendida.

El bebé comenzó a brillar, como le pasaba a Bibian con su magia de fuego y una especie de escudo de un color dorado lo rodeó por completo.

Martin no dudó un segundo en colarse dentro del escudo y tocar al bebé, que parecía un faro encendido con una luz muy tenue.

—No está caliente. —Martin me miró con una gran sonrisa. —Se está defendiendo de ellos.

—Eso es absurdo, no vamos a hacerle ningún daño. —las mejillas de Theodore se habían encendido, posiblemente tanto por la humillación como por el enfado que se veía a leguas que tenía.

—No sé qué intenciones tenéis con respecto a mi hijo. —Me levanté sacando fuerzas de donde no las tenía y me obligué a mantenerme erguido para que no tuvieran ninguna duda de lo que haría por defender a mi pequeño—, pero está visto que vuestra presencia le molesta, así que os pido, por favor, que os marchéis.

—Espera… —Walter dio un paso al frente—, me gustaría poder cogerlo. Y ante todo quiero felicitaros por su nacimiento.

Supe de inmediato lo que quería hacer. Desligarse del hechicero jefe intentando dejar claro que estaba de nuestra parte. Había que ser valiente de pedir eso. Si mi hijo tenía un sexto sentido ante las personas que querían hacerle daño, esa petición podía dejarlo con el culo al aire. Estaba claro que ni Bibian ni Martin lo molestaban porque ellos estaban a su lado sin consecuencias, así que dejarle el niño a Walter…

—Si le haces daño te arrancaré la piel a tiras —murmuré antes de coger al niño que aún tenía esa especie de escudo dorado a su alrededor.

Walter miró unos segundos a Mika y supe que esto era una especie de prueba para dejar clara su lealtad.

Le pasé al bebé que ya no lloraba tanto y miraba a Walter con los ojos muy abiertos. Su escudo se mantuvo levantado, pero no pasó nada cuando el hombre lo sostuvo en sus brazos.

Tuve una idea muy ridícula de dejar que todos en la sala lo cogieran si esa especie de escudo protector me indicaba quién tenía malos pensamientos hacia él.

—¿Alguno más quiere demostrar su lealtad? —Martin, cómo no…

Theodore prefirió largarse de la habitación sin decir nada más.

Zacarías no tenía malas intenciones, como ya había demostrado hacía tiempo, pero, incluso así, quiso coger el bebé que, como ya suponía, no lloró con él.

Algo me decía que mi hijo iba a poder cuidarse solo con esa magia tan poderosa que tenía.



EPÍLOGO

BIBIAN

Ahora, después del montón de cosas que me han pasado este último año y medio. De haber perdido a mucha gente en el camino a la que quería con locura y otras que eran importantes en mi vida, no me queda otra que agradecer lo que he conseguido a cambio.

Una familia inmensa que me quiere y a los que quiero con todo mi corazón.

Una pareja que me exaspera, pero que me da estabilidad y a la que mi corazón eligió por encima de todas las cosas y que, además, me ha dado un hijo haciéndome la mujer más feliz del mundo.

Soy un poco exagerada, ya lo sé, pero todas las madres del mundo me entenderán.

Mi magia ha crecido y evolucionado de una manera extraña, solo para convertirme en una mujer poderosa, aunque el único poder que deseo es el de hacer felices a todos los que me rodean y poder mantenerlos en paz.

Hemos vivido mil aventuras y estoy segura de que en el futuro viviremos muchas más.

Ahora debo cuidar de mi hijo, que sin tener voz y voto en su futuro, es un hechicero poderoso que atraerá a muchos seres que nos darán más de un quebradero de cabeza.

Cuando miro a mi alrededor, en este Castillo Blanco que siempre me apoyó desde el primer día que pise su suelo, solo veo felicidad. Mis hermanos, todos estos ángeles que son fieros guerreros y que antepondrían sus vidas para proteger a los demás, han encontrado por fin una pareja que los quiere y entiende. Por una vez en quinientos años, ya no están solos. Ahora somos una gran familia de ángeles, brujas, hechiceros y duendes que llenan nuestras vidas de risas y felicidad.

Hoy, al final de muchos acontecimientos, miro mi futuro con ilusión.

Siempre echaré de menos a mi hermana, pero tengo a mucha gente que me hace inmensamente feliz.

Mi pequeño se queja por algo y miro hacia allí para saber qué ocurre.

—Martin… ¿qué coño le estás haciendo al niño? —se queja Asier.

Ahí están las tres personas que llenan mi vida de felicidad.

—Ups…, cállate, pequeño delincuente, o tu padre me arrancará las alas.

FIN…
O NO.

Agradecimientos

Esta ha sido mi primera novela de fantasía y estoy segura de que todo el mundo sabe lo difícil que puede llegar a ser.

Nunca más oiré hablar de duendes sin sacarme una sonrisa, y de los ángeles y sus alas maravillosas ni hablamos. En definitiva, me da muchísima pena soltar esta historia.

Posiblemente haya mucha gente que piense que tiene una magia y una fantasía muy básica, y es cierto, pero yo quise contar una historia de amor, principalmente, más que inventarme mundos paralelos y extraños seres que lo habitaran. Yo, ante todo, soy escritora de novela romántica, y eso es en lo que centro mis historias: en el amor y en los sentimientos entre mis personajes.

Quiero agradecer esta novela a mis lectoras cero que tantos buenos ratos me han dado comentándola.

Yoli, Silvia, Manoli, Sofía, Santi, Eva y Juani… Gracias, chicas, por todo este tiempo y los buenos ratos.

Agradecer también a Ediciones Hic Sic por su bien hacer y a Jenn, mi editora, por su paciencia. Un placer trabajar contigo de nuevo.

Por último, y como siempre os digo, una escritora no es nadie sin unos lectores que te acompañen y apoyen.